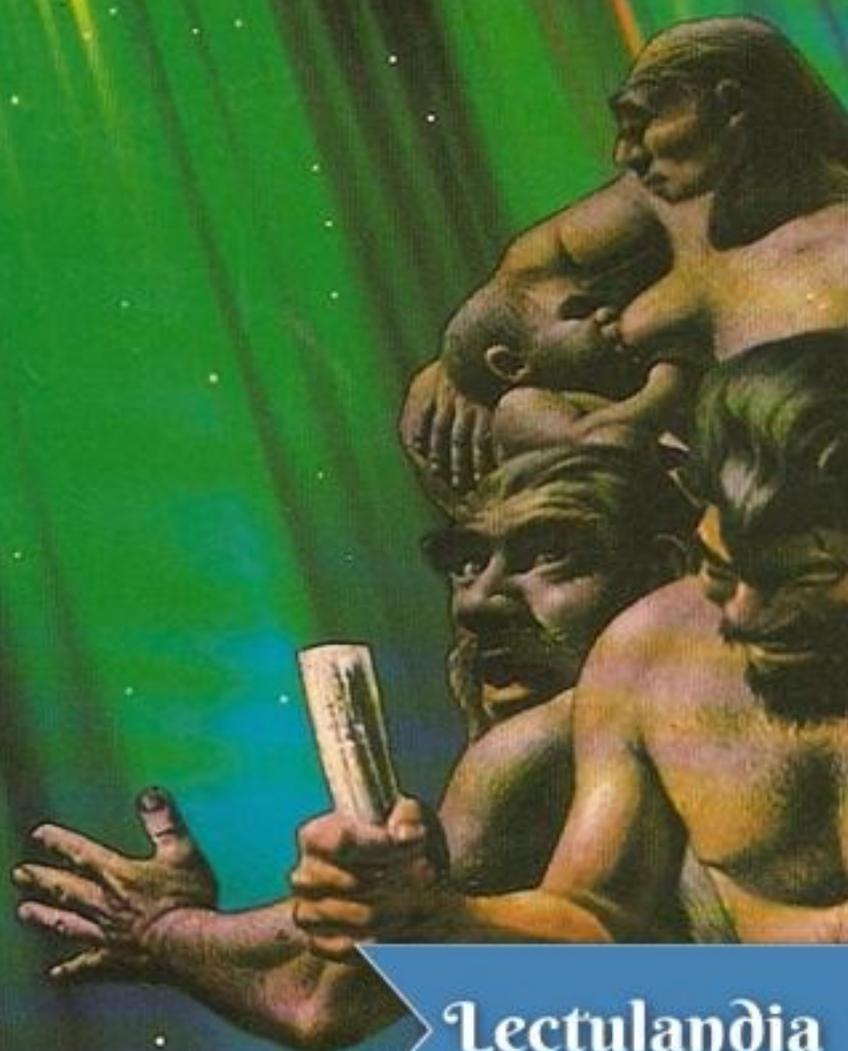


ISAAC ASIMOV Y
ROBERT SILVERBERG

HIJO DEL TIEMPO



Lectulandia

Cuarenta mil años antes de nuestra era, los hombres de neandertal se enfrentan violentamente con un grupo rival por la posesión de un santuario. Para propiciar la protección de la Diosa, se disponen a sacrificar un niño, pero este desaparece misteriosamente... En el presente, un grupo de científicos dirigidos por el doctor Hoskins elabora un audaz proyecto para transportar materia del pasado al presente. Después de conseguirlo con una cría de dinosaurio, retroceden hasta cuarenta mil años y logran transportar un niño neandertal.

Edith Fellowes, una enfermera especializada, es asignada al cuidado del niño. Sin embargo, una serie de dramáticos acontecimientos hace que ambos se vean obligados a huir hacia el pasado, precisamente cuarenta mil años atrás... Hijo del Tiempo, una de las novelas más fascinantes surgida de la fecunda colaboración entre dos maestros de la ficción científica, plantea la posibilidad nada remota de viajes en el tiempo y el consiguiente choque de culturas que se derivaría de hecho tan asombroso.

Lectulandia

Isaac Asimov y Robert Silverberg

Hijo del tiempo

ePub r1.3

FLeCos 12.10.2015

Título original: *The ugly little boy*
Isaac Asimov y Robert Silverberg, 1992
Traducción: Eduardo G. Murillo

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Esta novela es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se emplean como ficción. Cualquier parecido con sucesos, situaciones o personajes reales, vivos o muertos, sería pura coincidencia.

Para Martin y Harry Greenberg,
con una doble medida de afecto

Y, solo en la oscuridad del castillo de proa dormido, parecía más grande, colosal, muy viejo; viejo como el propio padre Tiempo, que se hubiera acercado a este lugar con el sigilo de un sepulcro para contemplar con ojos pacientes la corta victoria del sueño, el consolador. Sin embargo, no era más que un hijo del tiempo, solitaria reliquia de una generación devorada y olvidada...

Joseph Conrad, El negro del Narcissus

Prólogo

NUBE DE PLATA

Una fina capa de nieve, tenue como la niebla, se había posado durante la noche, transportada por el viento del oeste. Debía de venir de muy lejos. Aún conservaba el olor del mar, que se elevaba de la vasta y desértica tundra a medida que el calor de la mañana obraba su efecto.

Nube De Plata había visto el mar en una ocasión, mucho tiempo atrás, cuando era niño y el Pueblo todavía cazaba en las tierras del oeste. El mar era inmenso, oscuro y turbulento, y según cómo lo bañaba la luz del sol, brillaba como un extraño fuego líquido. Jamás volvería a verlo, y lo sabía. Las tierras que bordeaban el mar se hallaban ahora en poder de los Otros, y el Pueblo estaba en retirada. Cada año se acercaba más y más al lugar donde nacía el sol. Y aunque los Otros desaparecieran tan repentinamente como habían llegado. Nube De Plata comprendía que no existía la menor esperanza de regresar al territorio de la costa. Era demasiado viejo, demasiado débil; su fin estaba próximo. La tribu tardaría la mitad de una vida, tal vez más, en volver sobre los pasos de su camino hacia el este. A Nube De Plata no le quedaba la mitad de una vida. Dos o tres años, con suerte; eso era lo más probable.

Pero no lo sentía. Ya había visto el mar una vez, y ningún miembro de la tribu podía decir lo mismo. Nunca olvidaría su olor, la magnitud de su fuerza. Ahora, estaba erguido sobre la elevación que dominaba el campamento, y contemplaba la sorprendente perspectiva de las llanuras nevadas. Aspiró una profunda bocanada de aire y dejó que el aroma a almizcle del mar se elevara hasta él, mezclado con el vapor que se desprendía de la nieve fundida. Por un momento volvió a sentirse joven.

Sólo un momento.

—Anoche, cuando acampamos, no mencionaste nada sobre la nieve, Nube De Plata —dijo una voz a sus espaldas.

Era la voz de La Que Sabe. ¿Por qué lo había seguido hasta allí? Había subido para estar solo en el silencio del amanecer. Y era la última persona por la que deseaba ser molestado en ese momento íntimo.

Lentamente, Nube De Plata se volvió.

—¿Acaso es la nieve algo tan insólito que debo anunciar siempre su llegada?

—Estamos en la quinta semana del verano, Nube De Plata.

El anciano se encogió de hombros.

—También puede nevar en verano, mujer.

—¿En la quinta semana?

—En cualquier semana. Recuerdo veranos en que la nieve no cesaba de caer, día tras día. Se veía el sol radiante del verano brillar tras las nubes, pero la nieve seguía cayendo. Y eso ocurría en las tierras del oeste, donde los veranos son más cálidos que aquí.

—Eso fue hace mucho tiempo, antes de que yo naciera. Dicen que los veranos son mejores en todas partes, y parece que es verdad. Deberías avisarnos cada vez que vaya a nevar. Nube De Plata.

—¿Tanto ha nevado? Apenas se ha formado una capa delgada, La Que Sabe.

—Podríamos haber sacado las mantas.

—¿Por tan poca nieve?

—Sí. A nadie le gusta despertarse con la cara cubierta de nieve. Tendrías que habérselo dicho.

—No me pareció importante —contestó Nube De Plata, irritado.

—De todos modos, tendrías que habérselo dicho. A menos que ignoraras su llegada.

La Que Sabe le dirigió una larga mirada hostil, henchida de malicia. A medida que envejecía, se iba convirtiendo en una mujer muy importuna, pensó Nube De Plata. Recordaba la época en que era la hermosa y esbelta joven Río Turbulento, con cascadas de espeso cabello oscuro y pechos como melones. Todos los hombres de la tribu la deseaban, y él también, no podía negarlo. Sin embargo, ahora había sobrepasado su trigésimo invierno, su cabello había encanecido, sus pechos colgaban flácidos, los hombres ya no la miraban con deseo, y había cambiado su nombre por La Que Sabe, y se daba aires de sabiduría, como si la Diosa hubiera penetrado en su alma.

La miró.

—Sabía que iba a nevar, pero también sabía que no valía la pena mencionarlo. Sentí la nieve en el muslo, donde me hirieron hace mucho tiempo, donde siempre siento la llegada de la nieve.

—Me pregunto si dices la verdad.

—¿Me estás llamando mentiroso?

—De haber sabido que iba a nevar, nos lo hubieras dicho. Te habría gustado ponerte una manta encima tanto como a cualquiera. Aún más, me parece.

—Pues mátame —dijo Nube De Plata—. Lo admito todo. No sentí que iba a nevar. Por lo tanto, no di el aviso y te has despertado con la nieve en la cara. Es un pecado terrible. Llama a la Sociedad de Ejecutores, ordena que me conduzcan detrás de la colina y que me golpeen doce veces con el garrote de marfil. ¿Crees que me importaría, La Que Sabe? He visto cuarenta inviernos y algunos más. Soy muy viejo y estoy muy cansado. Si quisieras gobernar a la tribu durante un tiempo, me complacería mucho apartarme de tu camino y...

—Por favor, Nube De Plata.

—Es verdad, ¿no? Día a día crece la sabiduría en tu interior, en tanto yo me limito

a envejecer. Ocupa mi lugar. Ten. —Se quitó con brusquedad el manto de piel de oso propio de su cargo y se lo arrojó a la cara—. ¡Vamos, cógelo! Y el gorro de plumas, la vara de marfil y todo lo demás. Bajaremos y lo anunciaremos a todo el mundo. Mi tiempo ha terminado. Ahora, tú eres el jefe. ¡La tribu es tuya!

—Te comportas como un tonto. Y además, no eres sincero. El día que renuncies al gorro de plumas y a la vara de marfil será el día que te encontremos tendido en el suelo, frío y rígido, ni un momento antes. —Le devolvió el manto—. Ahórrame tus gestos majestuosos. No tengo el menor deseo de ocupar tu lugar, ni ahora ni cuando mueras, y tú lo sabes.

—Entonces, ¿por qué has subido a molestarme a causa de esta ridícula nevada?

—Porque es la quinta semana del verano.

—¿Y qué? Ya hemos hablado de eso. La nieve puede caer en cualquier época del año, y no hace falta que yo te lo diga.

—He mirado los bastones del recuerdo. No nevaba en esta época del año desde que era pequeña.

—¿Has mirado los bastones del recuerdo? —preguntó Nube De Plata, asombrado—. ¿Quieres decir esta mañana?

—¿Cuándo, si no? Desperté, vi la nieve y me asusté. Fui a ver a Guardiania Del Pasado y le pedí que me enseñara los bastones. Los examinamos juntas. Hace diecisiete años, nevó en la quinta semana del verano. Desde entonces no había vuelto a suceder. ¿Sabes lo que ocurrió aquel verano? Seis miembros de nuestro pueblo murieron en la caza de rinocerontes, y cuatro en una estampida de mamut. Diez muertos en un sólo verano.

—¿Qué intentas decirme, La Que Sabe?

—No intento decirte nada. Te pregunto si crees que esta nevada es un presagio.

—Creo que la nieve es nieve. Nada más.

—¿No crees que la Diosa sé ha enfadado con nosotros?

—Pregúntalo a la Diosa, no a mí. Últimamente, la Diosa no habla mucho conmigo.

La Que Sabe hizo una mueca de exasperación.

—No seas frívolo, Nube De Plata. ¿Y si esta nieve significa que un peligro nos acecha?

—Escucha —dijo el hombre, abarcando con un gesto el valle y las llanuras—. ¿Ves algún peligro? Yo veo un poco de nieve, sí. Muy poco. Y también veo al Pueblo despierto y sonriente, entregado a sus quehaceres, iniciando otro día estupendo. Eso es lo que veo, La Que Sabe. Si tú ves la cólera de la Diosa, enséñamela.

La verdad, todo parecía maravillosamente tranquilo. En el campamento principal, las mujeres y las muchachas preparaban la hoguera matutina. Los chicos demasiado jóvenes para ir a cazar merodeaban por las cercanías, y removían la fina capa de nieve, en busca de briznas de hierba seca que pudieran utilizarse como combustible. A la izquierda, en el territorio de las Madres, observó que los bebés recibían su

desayuno. Allí estaba Fuente de Leche, aquella mujer inagotable, con un niño en cada pecho, mientras Aguas Profundas, que había reunido a los niños en un corro, se detenía para consolar al pequeño Rostro De Fuego Celestial, que se había caído y arañado una rodilla. Detrás del territorio de las Madres, las tres Mujeres Divinas habían erigido un túmulo de piedras para rendir culto a Ella, y estaban muy ocupadas: una de las sacerdotisas depositaba una ofrenda de bayas, otra derramaba la sangre del lobo matado el día anterior sobre la piedra de los sacrificios, y la tercera encendía el fuego. Al otro lado. Jinete De Mamut había dispuesto su taller y ya estaba fabricando espadas de pedernal, que todavía ejecutaba con perfecta destreza pese a la parálisis que se iba apoderando poco a poco de sus miembros. Detrás de él se sentaban Bailarina de la Luna y una de sus hijas, dedicada a su tarea habitual de masticar pellejos para reblandecerlos y poder convertirlos en capas. Y a lo lejos, en el horizonte, Nube De Plata divisó a los hombres de la Sociedad de Cazadores desplegados sobre la tundra, con las lanzas y los venablos dispuestos. Aún se veía la larga línea irregular de sus pisadas, como una escueta sugerencia de su paso. Los oscuros contornos de los talones y los dedos de los pies extendidos avanzaban desde el campamento y se adentraban en la nieve, que se iba fundiendo con rapidez.

Todo parecía tranquilo, sí. Todo parecía normal y cotidiano. Un nuevo día amanecía en la vida del Pueblo, que era tan viejo como el tiempo y perduraría hasta el fin de los días. ¿Por qué ocasionaba tantas preocupaciones una pequeña nevada de verano? La vida era dura; la nieve era algo habitual y siempre lo sería, todo el año; la diosa jamás había prometido a nadie que el verano se vería libre de la nieve, pese a que en los últimos años había sido muy benévola en ese sentido.

De todos modos, era extraño que la noche anterior no hubiera sentido su llegada. ¿O tal vez sí, pero no había prestado suficiente atención? Aquéllos eran días de numerosos dolores y quebrantos, y cada vez resultaba más difícil interpretar cada uno.

No obstante, todo parecía ir bien.

—Voy a bajar —dijo a La Que Sabe—. Sólo he subido para pasar un rato a solas, pero ya veo que no puede ser.

—Deja que te ayude.

Nube De Plata apartó con brusquedad la mano que la mujer había extendido hacia él.

—¿Te parezco un tullido, mujer? ¡Ten las manos quietas!

La mujer se encogió de hombros, indiferente.

—Como quieras, Nube De Plata.

Pero el descenso fue arduo y peligroso, porque la fina capa de nieve casi fundida ocultaba a la vista pequeñas rocas traicioneras, sobre cuya superficie resbalaban sus pies. Antes de haber dado diez pasos, Nube De Plata deseó haberse tragado el orgullo y aceptado la oferta de La Que Sabe. Pero era imposible. A nadie le importaba que cojeara un poco, pero si empezaba a necesitar ayuda para bajar una pendiente suave

como aquélla, no tardarían en pensar que había llegado el momento de ayudarle a encontrar su descanso final. Se reverenciaba a los ancianos, sí, pero sólo se les podía mimar hasta cierto punto. En sus tiempos había ayudado a otros ancianos a encontrar su descanso final, y era muy triste excavar nidos en la nieve para ellos, así como quedarse de pie a su lado hasta que el frío les conducía al sueño eterno. No deseaba tal ayuda. Su momento llegaría cuando fuera, pero ni una hora antes. En cualquier caso, ya faltaba poco.

Jadeaba algo cuando llegó al pie de la colina, acalorado y empapado de sudor bajo su capa de espesa piel gris, pero el descenso no había sido tan malo. Aún era lo bastante fuerte para resistir.

Su nariz percibió olores de comida. Las carcajadas de los niños y el llanto agudo de los bebés estremecían el aire. El sol se alzaba con gran rapidez. Una sensación de bienestar invadió su alma.

Dentro de tres días se celebraría la Fiesta de Verano. Tendría que bailar en el círculo, sacrificar a un toro joven y embadurnar con su sangre a la virgen elegida. Después la conduciría a un lugar apartado y yacería con ella, para garantizar el éxito de la caza otoñal. A medida que se acercaba la Fiesta, aumentaba la inquietud de Nube De Plata. Pensaba que su cojera le impediría ejecutar bien la danza, que se mostraría torpe a la hora de sacrificar al toro, como había sucedido en el caso de otros jefes ancianos, y en cuanto a yacer con la virgen, tampoco estaba muy seguro. Pero el calor de la mañana disipó todos sus temores. La Que Sabe se estaba convirtiendo en una vieja chocha. La nieve no significaba nada. ¡Nada! El día era hermoso y claro. Un glorioso día de verano aguardaba al Pueblo, y el calor no cesaba de aumentar.

Era una pena que la Fiesta de Verano no se celebrara hoy, pensó Nube De Plata. Ahora que su espíritu estaba exultante, ahora que su cuerpo experimentaba, al menos de momento, una pequeña oleada de renovado vigor. El baile, el toro, la virgen...

—¡Nube De Plata! ¡Nube De Plata!

Voces roncas sin aliento, jadeos exhaustos, procedentes de los campos, más allá de donde las Mujeres Divinas procedían a sus ritos.

¿Qué ocurría? ¿Por qué regresaban tan pronto los cazadores, y con tanta prisa?

Se protegió los ojos con las manos y miró en la dirección del sol. Sí, eran Árbol De Lobos y Montaña Rota, que corrían hacia el campamento con toda la celeridad de sus piernas, sin dejar de gritar su nombre. Árbol De Lobos agitaba su lanza frenéticamente, como si hubiera enloquecido. Montaña Rota, al parecer, no portaba su arma.

Entraron tambaleantes en el campamento y prácticamente cayeron a los pies de Nube De Plata. Resoplaron, gimieron, lucharon por recuperar el resuello. Eran dos de los hombres más fuertes y veloces, pero debían de haber corrido sin parar desde los terrenos de caza y se encontraban al límite de su resistencia.

Nube De Plata experimentó una gran inquietud que borró aquel brevísimo momento de paz y felicidad.

—¿Qué pasa? —preguntó, sin darles tiempo de recuperar el aliento—. ¿Por qué habéis vuelto tan pronto?

Montaña Rota señaló hacia atrás. Su brazo temblaba como el de un anciano. Sus dientes castañeteaban.

—¡Otros! —exclamó.

—¿Cómo? ¿Dónde?

Montaña Rota meneó la cabeza. Ya no le quedaban fuerzas para hablar.

—Nosotros... —dijo Árbol De Lobos con un gran esfuerzo— no... les... vimos. Sólo sus huellas.

—En la nieve.

—Sí, en la nieve.

Árbol De Lobos estaba de rodillas, con la cabeza echada hacia atrás. Las convulsiones sacudían su cuerpo desde los hombros hasta la cintura. Al cabo de un momento pudo volver a hablar.

—Sus pisadas. Sus pies largos y estrechos. Así. —Dibujó en el aire la forma de un pie—. Otros. No hay duda.

—¿Cuántos?

Árbol De Lobos meneó la cabeza. Cerró los ojos.

—Muchos —dijo Montaña Rota, Levantó ambas manos y flexionó todos los dedos, una y otra vez—. Más que nosotros. Dos, tres, cuatro veces más. Marchan de sur a norte.

—Y un poco al oeste —añadió Árbol de Lobos.

—¿Quieres decir hacia nosotros?

—Tal vez. No estoy... seguro.

—Creo que hacia nosotros —confirmó Montaña Rota—. O nosotros hacia ellos. Si no vamos con cuidado, iremos directamente a su encuentro.

—¿Otros aquí? —dijo Nube De Plata, como si hablara para sí—. No les gustan los espacios abiertos. Éste no es su tipo de país. Aquí no hay nada para ellos. Tendrían que haberse quedado cerca del mar. ¿Estáis seguros respecto a las pisadas, Árbol De Lobos, Montaña Rota?

Ambos asintieron.

—Están cruzando nuestro sendero, pero no creo que vengan hacia nosotros —dijo Árbol De Lobos.

—Yo creo que sí —replicó Montaña Rota.

—Creo que no saben que estamos aquí.

—Yo creo que sí —insistió Montaña Rota.

Nube De Plata se llevó las manos a la cara y se tiró de la barba con fuerza, hasta que le dolió. Desvió la mirada hacia el este, como pensando que si se esforzaba podría divisar al grupo de Otros, avanzando por la senda que su pueblo pretendía tomar. Sólo vio el resplandor de la mañana.

Después se volvió y sus ojos se encontraron con los de La Que Sabe.

Esperaba que le estaría mirando con aires de superioridad. Al fin y al cabo, la inesperada nevada de verano había sido un mal presagio, ¿no? Y no sólo había sido incapaz de presentir su llegada, sino que también había malinterpretado por completo su horroroso significado. «Te lo dije —serían las siguientes palabras de La Que Sabe—. Tenemos graves problemas y tú ya no estás capacitado para ser nuestro jefe».

Sin embargo, quedó asombrado al no advertir satisfacción en la expresión de La Que Sabe. La pena ensombrecía su rostro, y silenciosas lágrimas resbalaban sobre sus mejillas.

Extendió la mano hacia él, casi con ternura.

—Nube De Plata... —susurró—. Oh, Nube De Plata.

«No sólo está llorando por ella —pensó Nube De Plata—, o por el peligro que corre la tribu. Está llorando por mí», comprendió con estupor.

Capítulo I

AMAR

Edith Fellowes alisó su mono de trabajo, como siempre hacía antes de abrir aquella puerta de cerradura tan complicada, y atravesó la línea divisoria invisible entre el ser y el no ser. Llevaba su cuaderno y su pluma, aunque ya no tomaba notas, excepto cuando necesitaba imperiosamente redactar un informe.

Esta vez, también llevaba una maleta. («Unos juegos para el chico», había explicado con una sonrisa al guardia, quien había dejado incluso de pensar en hacerle preguntas mucho tiempo atrás, y que la saludaba alegremente cada vez que atravesaba la barrera de seguridad).

Y, como siempre, el niño feo supo que ella había penetrado en su mundo particular, y corrió hacia ella.

—Señorita Fellowes, señorita Fellowes —gritaba con aquella curiosa pronunciación.

—Timmie —dijo Edith, y acarició el cabello castaño de su cabecita de extraña forma.

—¿Dónde está Jerry? —preguntó el niño—. ¿Vendrá a jugar conmigo hoy?

—Hoy no.

—Lamento lo ocurrido.

—Lo sé, Timmie.

—¿Y Jerry...?

—No te preocupes ahora por Jerry, Timmie. ¿Por eso has llorado? ¿Porque echas de menos a Jerry?

El niño apartó la vista.

—No sólo por eso, señorita Fellowes. He vuelto a soñar.

—¿El mismo sueño?

La señorita Fellowes apretó los dientes. El problema con Jerry había resucitado el sueño, por supuesto.

Timmie asintió.

—Sí, el mismo sueño.

—¿Ha sido muy malo esta vez?

—Sí, malo. Yo estaba... fuera. Había muchos niños. Jerry también estaba. Todos me miraban. Algunos se reían, algunos me señalaban con el dedo y hacían muecas, pero otros eran amables conmigo. Decían: «Ven, ven, tú puedes hacerlo, Timmie. Un paso cada vez. Sigue andando y quedarás libre». Y yo lo hice. Salí de aquí. Y dije:

«Ahora venid a jugar conmigo», pero todos se pusieron a oscilar y ya no les vi más, y empecé a resbalar hacia atrás, hacia aquí. No pude detenerme, me deslicé hacia atrás y un muro negro me rodeó, y no podía moverme, estaba clavado en el suelo, estaba...

—Es terrible. Lo siento, Timmie, de verdad.

Reveló sus dientes demasiado grandes cuando trató de sonreír, y sus labios se abrieron hasta que su boca pareció sobresalir de su cara más de lo habitual.

—¿Cuándo seré lo bastante mayor para salir de aquí, señorita Fellowes? Me refiero a salir de verdad, no sólo en sueños.

—Pronto —dijo la mujer en voz baja, con el corazón roto—. Pronto.

La señorita Fellowes dejó que el niño cogiera su mano. La deleitaba el cálido contacto de la gruesa piel reseca de la palma que se apretaba contra la suya. La arrastró a través de las tres habitaciones que constituían la Sección Uno Estasis; muy cómodas, ciertamente, pero una eterna prisión para el niño feo durante los siete (¿eran siete?, ¿quién podía estar seguro?) años de su vida.

La condujo hasta una ventana que daba a la sección boscosa del mundo del ser, ahora oculta por la noche. Había una verja, y un cartel de aspecto severo en un tablón de anuncios, advertía a todo el mundo que no traspasara los límites, so pena de algún terrible castigo.

Timmie aplastó la nariz contra la ventana.

—Cuénteme otra vez qué hay ahí fuera, señorita Fellowes.

—Lugares mejores. Lugares más bonitos —dijo la mujer con tristeza.

Como había hecho tantas veces durante los últimos tres años, le examinó disimuladamente por el rabillo del ojo, y contempló su desdichada carita, perfilada contra la ventana. Su frente retrocedía en una pendiente lisa, cubierta por mechones de cabello áspero que Edith nunca había podido domeñar. La parte posterior de su cráneo abultaba de una forma peculiar, y proporcionaba a su cabeza un aspecto desmesurado, como si colgara y se doblara hacia delante, encorvando todo su cuerpo. Sobre sus ojos, prominentes salientes óseos empezaban a empujar hacia fuera de la piel. Su gran boca sobresalía más que su ancha y aplastada nariz, y carecía de mentón, apenas una mandíbula que se curvaba con suavidad hacia atrás y hacia abajo. Era pequeño para su edad, casi un enano, a pesar de su robusta complexión, y tenía las piernas arqueadas. Una marca de nacimiento de un rojo furioso, que a todo el mundo se le antojaba de forma de rayo, destacaba sobre su amplia y huesuda mejilla.

Era un niño muy feo y Edith Fellowes lo quería más que a nada en el mundo.

Como él no la miraba, dejó que sus labios temblaran un instante. Querían matarle. Ni más ni menos. Sólo era un niño extremadamente indefenso, y pensaban enviarle a la muerte.

Pero no lo conseguirían. Ella haría todo cuanto estuviera en su mano para impedirlo. Cualquier cosa. Sabía que interferir en sus planes sería una negligencia espantosa, y ella jamás había cometido un acto contrario a su deber, tal como lo entendía, pero eso no importaba ahora. Tenía una obligación hacia ellos, sin duda,

pero también hacia Timmie, además de hacia ella. Y tenía muy claro cuál era la más importante de las tres obligaciones, cuál la segunda y cuál la tercera.

Abrió la maleta.

Sacó el abrigo, la gorra de lana con orejeras, y lo demás.

Timmie se volvió y la miró. Sus ojos eran grandes, brillantes, solemnes.

—¿Que es eso, señorita Fellowes?

—Ropa. Ropa para llevar fuera. —Le indicó que se acercara—. Ven aquí, Timmie.

En realidad, fue la tercera persona que Hoskins entrevistó para el trabajo, pero los de Personal se habían inclinado por las otras dos. Sin embargo, Gerard Hoskins era una especie de director ejecutivo, y no necesitaba aceptar las opiniones de aquellos en los que delegaba su autoridad, ni tomarse la molestia de confrontar sus opiniones con las de él. Algunos miembros de la empresa opinaban que era su peor defecto como directivo. En ocasiones se mostraba de acuerdo con ellos. No obstante, había insistido en entrevistar personalmente a las tres mujeres.

La primera llegó con una recomendación especial de Sam Aickman, jefe de Personal de Tecnologías Estasis, lo cual bastó para despertar la suspicacia de Hoskins, porque Aickman tenía debilidad por los tecnócratas, la opción perfecta si se buscaba a un experto en contención del campo de implosión, o a alguien capaz de lidiar con un enjambre de positrones indisciplinados de tú a tú. Sin embargo, Hoskins no estaba convencido de que un tecnócrata apadrinado por Sam fuera la persona idónea para aquel trabajo en particular.

Se llamaba Marianne Levien y era una auténtica tigresa. A finales de la treintena, elegante, delgada, atractiva, rutilante. La palabra más apropiada para definirla no era hermosa, pero sí impresionante, definitivamente impresionante.

Tenía unos pómulos magníficos, cabello negro como el azabache peinado hacia atrás y unos ojos fríos que no pasaban por alto ningún detalle. Vestía un elegante traje de vistoso color marrón con rebordes dorados, tal vez comprado un par de días antes en París o San Francisco, y rodeaba su garganta una profusión de cadenitas doradas guarnecidas con perlas, que Hoskins no consideró la clase de joyas adecuadas para una entrevista de trabajo, sobre todo uno de esta clase. Parecía más una joven ejecutiva agresiva, aspirante a ocupar un puesto en la junta directiva, y no encajaba con su idea de cómo debía ser una enfermera.

Pero, de hecho, era una enfermera, si bien parecía un empleo muy modesto para alguien con sus antecedentes y logros profesionales. Su currículum era deslumbrante. Doctorados en pedagogía heurística y tecnología de rehabilitación. Ayudante del jefe de Servicios Especiales de la clínica infantil del Hospital General de Houston. Consultora de la Comisión Katzin, la fuerza de choque federal sobre educación terapéutica. Seis años de experiencia en interacción avanzada para niños autistas mediante inteligencia artificial. Bibliografía de programas para ordenador de un kilómetro de largo.

¿Justo lo que Tecnologías Estasis S. L. necesitaba?

Eso parecía pensar Sam Aickman, al menos.

—Como comprenderá —dijo Hoskins—, le pediremos que renuncie a todos sus proyectos externos, las colaboraciones en Washington y Houston, cualquier trabajo de

consultora que le exija viajar. Permanecerá aquí, en situación de servicio permanente, durante un período de varios años. Se ocupará de una tarea altamente especializada.

La mujer ni siquiera pestañeó.

—Comprendo.

—Veo que durante los últimos dieciocho meses ha dado conferencias en Sao Paulo, Winnipeg, Melbourne, San Diego y Baltimore, y que se han leído comunicaciones escritas por usted en otras cinco reuniones científicas, a las que no pudo acudir en persona.

—Correcto.

—Y a pesar de ello, ¿está segura de que podrá realizar la transición de la carrera profesional muy activa reflejada en su currículum, al tipo de existencia básicamente aislada que deberá adoptar aquí?

Un brillo frío y decidido apareció en sus ojos.

—No sólo creo que seré completamente capaz de realizar la transición, sino que estoy ansiosa por empezar.

Hoskins creyó captar algo que no encajaba bien.

—¿Le importaría explicarse un poco mejor? Quizá no acaba de entender del todo lo monásticos que tendemos a ser en Tecnologías Estasis S. L., lo muy exigente que le resultará su parcela de responsabilidad exclusiva.

—Creo que sí lo entiendo, doctor Hoskins.

—Y pese a ello, ¿está ansiosa por empezar?

—Quizás esté menos ansiosa que antes por viajar de Winnipeg a Melbourne, y de Melbourne a Sao Paulo.

—¿Intenta decir que está un poco quemada, doctora Levien?

La sombra de una sonrisa apareció en sus labios, la primera muestra de calidez humana que Hoskins veía desde que la mujer había entrado en su despacho, pero se desvaneció con tanta rapidez como había surgido.

—Puede llamarlo así, doctor Hoskins.

—Sí, pero ¿y usted?

Aquella inesperada salida pareció sorprenderla, pero luego respiró hondo y recuperó el aplomo sin apenas esfuerzo.

—«Quemada» es un término excesivo para mi propensión anímica habitual. Digamos que estoy interesada en reorientar mi gasto de energía, tan diversificado hasta este momento, como habrá visto, y concentrarlo en una única tarea.

—Ah... Ya. Exactamente eso.

Hoskins la contempló con una mezcla de asombro y horror. Hablaba con perfecta voz de contralto; sus cejas eran impecablemente simétricas; estaba sentada muy erguida, en la postura más elegante imaginable. Era extraordinaria en todos los sentidos. Pero no parecía real.

—¿Qué la condujo, exactamente —preguntó, tras una breve pausa—, a solicitar este trabajo, aparte de concentrar su gasto de energía en una única tarea?

—La naturaleza del experimento me fascina.

—Ah. Cuénteme.

—Como sabe cualquier escritor importante de literatura infantil, el mundo del niño es muy diferente del de los adultos. Un mundo alienígena, de hecho, cuyos valores, premisas y realidades son muy diferentes. A medida que nos hacemos mayores, casi todos realizamos una transición tan perfecta de aquel mundo a éste, que olvidamos la naturaleza del mundo abandonado. A lo largo de mi trabajo con niños he intentado penetrar en sus mentes y comprender la naturaleza derivada de este otro mundo, con tanta profundidad como me han permitido mis limitaciones de adulta.

—¿Cree que los niños son seres alienígenas? —preguntó Hoskins, intentando sustraer la sorpresa de su voz.

—De una manera metafórica, sí. No literalmente, por supuesto.

—Por supuesto. —Hoskins echó un vistazo al currículum y frunció el ceño—. ¿Nunca ha estado casada?

—No, nunca —contestó la mujer con frialdad.

—Y supongo que tampoco ha elegido la vía de tener un hijo criado exclusivamente por usted.

—Consideré muy seriamente esa posibilidad hace unos años, pero mi trabajo me ha proporcionado una especie de maternidad sustitutiva muy satisfactoria.

—Sí, supongo que sí... Bien, hace un momento estaba diciendo que ve el mundo del niño como un lugar alienígena. ¿Cómo se relaciona esa afirmación con mi pregunta acerca de los motivos que la impulsaron a solicitar este trabajo?

—Si es cierta en su integridad la notable descripción preliminar del experimento que me ha sido entregada, supondría cuidar de un niño que proviene, literalmente, de un mundo alienígena. No espacial, sino temporal. No obstante, la esencia de la situación existencial es equivalente. Agradecería la oportunidad de estudiar las diferencias tan fundamentales que apartan a un niño de nosotros, como medio de obtener alguna desviación paraláctica capaz de proporcionarme más ideas para mi trabajo.

Hoskins la miró fijamente.

No, pensó. No era real. Una especie de androide muy perfeccionado. Una enfermera robot. Sólo que la perfección de los robots no había alcanzado todavía tal nivel de calidad, estaba seguro. Por lo tanto, tenía que ser una persona de carne y hueso, pero no actuaba como tal.

—Tal vez no sea tan sencillo —dijo—. Puede que surjan dificultades de comunicación. Es muy probable que presente algún defecto del habla. De hecho, hay muchas posibilidades de que sea incapaz de hablar.

—¿Cuál es su sexo?

—Aún lo ignoramos. Ha de pensar que el niño tardará otras tres semanas en llegar, más o menos, y hasta ese momento no sabremos nada sobre su naturaleza real.

La mujer aparentó indiferencia.

—Soy consciente de los peligros. Es probable que el niño padezca graves deficiencias vocales, físicas o incluso intelectuales.

—Sí, puede que deba tratarlo como a un niño retrasado mental de nuestra era. No lo sabemos. Le entregaremos un completo desconocido.

—Estoy dispuesta a afrontar ese desafío, o el que sea. Lo que me interesa es el desafío, doctor Hoskins.

Él le creyó. Las reservas, incluso especulaciones, contenidas en la descripción del trabajo no la habían impresionado. Parecía dispuesta a enfrentarse con cualquier cosa, y se desinteresaba de los detalles.

Era fácil comprender por qué había impresionado tanto a Sam Aickman.

Hoskins guardó silencio un momento, el tiempo suficiente para conceder una oportunidad a la candidata. Marianne Levien no vaciló en aprovecharla.

Introdujo la mano en el maletín y extrajo un ordenador minúsculo, del tamaño de una moneda grande.

—He traído un programa en el que he estado trabajando desde que corrió la noticia de que se abría el plazo de solicitudes para este puesto. Es una variación de un trabajo que realicé en Perú hace siete años, con niños aquejados de lesiones cerebrales. Seis algoritmos definen y modifican el flujo de comunicaciones. En esencia, evitan los canales verbales de la mente y...

—Gracias —dijo con suavidad Hoskins, y contempló el diminuto artilugio que sostenía en su mano extendida como si le ofreciera una bomba—, pero existe todo tipo de complejidades legales que me impiden ver su material hasta que sea una empleada de Tecnologías Estasis S. L. Cuando haya sido contratada, me sentiré encantado de comentar con usted en detalle sus investigaciones anteriores, pero hasta entonces...

—Por supuesto.

El rubor tiñó sus mejillas inmaculadas. Un error táctico, y ella lo sabía: demasiada impaciencia, incluso insistencia. Hoskins contempló su lenta recuperación.

—Comprendo la situación. Ha sido una estupidez por mi parte intentar saltarme las formalidades, pero confío en que entienda, doctor Hoskins, que bajo la fachada reluciente que ve, soy básicamente investigadora, con todo el entusiasmo de una estudiante recién graduada que se dispone a descubrir los secretos del universo, y en ocasiones, pese a saber lo que es factible y adecuado, tiendo a esquivar los protocolos acostumbrados por puro deseo enfebrecido de llegar al corazón de...

Hoskins sonrió. Hoskins cabeceó. Hoskins habló.

—Por supuesto, doctora Levien. No es ningún pecado dejarse llevar por el entusiasmo, y la conversación ha sido muy esclarecedora. Nos pondremos en contacto con usted en cuanto hayamos tomado la decisión.

Ella le dirigió una extraña mirada, como sorprendida de que no la hubiera contratado en el acto. Tuvo el buen sentido de no decir nada más que «Gracias» y «Adiós».

Se detuvo en la puerta del despacho, se volvió y le dedicó una sonrisa final de alto voltaje. Después salió, dejando una imagen incandescente en la mente de Hoskins.

Uf, pensó Hoskins.

Sacó un pañuelo y se secó la frente.

La segunda candidata era diferente de Marianne Levien en casi todos los aspectos. Para empezar, tenía veinte años, y además era lo menos elegante, fría, amedrentadora, incandescente o ambigua que cabe imaginar. Se llamaba Dorothy Newcombe. Era regordeta, como una matrona, casi excesiva. No llevaba joyas y su indumentaria era sencilla, hasta descuidada. Tenía modales pausados y la cara risueña.

Un aura dorada de calidez maternal parecía rodearla. Tenía el aspecto de la abuela ideal. Aparentaba tanta sencillez e indolencia que costaba creerla en posesión de los conocimientos exigidos en pediatría, fisiología y química analítica, pero todo constaba en su currículum, además de otra sorprendente especialidad: un título de medicina antropológica. Pese a las maravillas de la civilización del siglo XXI, aún quedaban algunas regiones primitivas diseminadas por el globo, y Dorothy Newcombe había trabajado en seis o siete de ellas, en diversas partes del mundo (África, Sudamérica, Polinesia, sudeste de Asia). No era de extrañar que hubiera merecido la aprobación de Sam Aickman. Una mujer que podría posar como modelo para una estatua erigida a la diosa del amor maternal, y que encima tenía experiencia en el cuidado de niños pertenecientes a sociedades atrasadas...

Parecía perfecta en todos los aspectos. Después de la opresiva perfección superelegante de la imponente Marianne Levien, Hoskins se sentía muy a gusto en presencia de esa mujer, y tuvo que reprimir un fuerte impulso de ofrecerle el empleo en el acto, sin necesidad de entrevistarla. No sería la primera vez que se permitía el lujo de ceder a un sentimiento espontáneo.

Pero logró dominarlo.

Y después, para su asombro y decepción, Dorothy Newcombe consiguió descalificarse para el trabajo antes de que hubieran transcurrido cinco minutos de la entrevista.

Todo había funcionado a las mil maravillas hasta el instante fatal. Era cariñosa y presentable. Le gustaban los niños, por supuesto. Tenía tres hijos, y antes, como hija mayor de una familia numerosa con una madre enferma, había cuidado de sus hermanos y hermanas menores desde muy pequeña. Estaba en posesión de los antecedentes profesionales adecuados. Llevaba bajo el brazo las mejores recomendaciones de los hospitales y clínicas en que había trabajado; había superado sin dificultad las más extrañas y abrumadoras condiciones de vida en lejanas zonas tribales; le gustaba trabajar con niños disminuidos de toda clase, y aguardaba con gran entusiasmo el momento de enfrentarse al problema único que el proyecto de Tecnologías Estasis planteaba.

Sin embargo, la conversación derivó a continuación hacia el tema de por qué

deseaba dejar su empleo actual (un puesto importante y, al parecer, muy bien pagado, como jefa de enfermeras en un centro infantil enclavado en un estado del Sur) y encerrarse en el celosamente guardado cuartel general de Tecnologías Estasis. Y dijo:

—Sé que sacrifico muchas cosas al venir aquí. Sin embargo, también tengo mucho que ganar. No sólo la posibilidad de dedicarme al trabajo que más me gusta en una parcela que nadie ha tocado antes, sino también la oportunidad de quitarme de encima por fin al pelmazo de Bruce Mannheim.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Hoskins.

—¿Bruce Mannheim? ¿Se refiere al defensor de los «niños en crisis»?

—¿Es que conoce a otro?

Hoskins contuvo la respiración. ¡Mannheim! ¡Aquel bocazas! ¡Aquel liante! ¿Cómo demonios se había visto mezclada con él Dorothy Newcombe? Aquello era algo completamente inesperado, y de lo más desagradable.

—¿Intenta decir que hay algún tipo de problema entre Bruce Mannheim y usted?
—preguntó al cabo de unos segundos.

La mujer soltó una carcajada.

—¿Un problema? Imagino que puede decirlo así. Ha demandado a mi hospital. Y a mí, todo hay que decirlo. De hecho, soy una de las principales acusadas. Nos ha causado tremendos problemas durante los últimos seis meses.

Hoskins notó que el estómago se le revolvía. Manoseó los papeles acumulados sobre su escritorio, esforzándose en recuperar la serenidad.

—No consta nada de eso en su informe personal.

—Nadie me lo preguntó. No intento ocultar nada, porque se lo acabo de comentar, pero el tema no surgió en ningún momento.

—Bien, se lo voy a preguntar ahora, señora Newcombe. ¿Qué ocurre, exactamente?

—¿Sabe la clase de agitador profesional que es Mannheim? ¿Sabe que adopta las posturas más estrambóticas con el fin de demostrar a todo el mundo cuánto le preocupa el bienestar de los niños?

A Hoskins no le pareció prudente verter opiniones, sobre todo en lo tocante a Bruce Mannheim.

—Sé de gente que opina lo mismo de él —dijo con cautela.

—Lo expresa de una manera muy diplomática, doctor Hoskins. ¿Cree que hay micrófonos ocultos en su despacho?

—No, pero tampoco comparto su evidente desagrado por Mannheim y sus ideas. De hecho, no tengo una opinión formada sobre él. No he dedicado mucha atención a los temas que saca a colación.

Era una flagrante mentira, y Hoskins se sintió incómodo. Uno de los primeros documentos acerca del proyecto decía: «Se tomarán todas las medidas posibles para evitar que plagas como Bruce Mannheim nos caigan encima». En cualquier caso, era Hoskins quien la entrevistaba a ella, y no al revés. No estaba obligado a decir más de

lo que consideraba conveniente.

Se inclinó hacia delante.

—En realidad, todo cuanto sé es que se trata de un cruzado vocinglero, con un montón de ideas bien hilvanadas sobre cómo han de ser educados los niños bajo custodia pública. No estoy cualificado para decidir si sus ideas son correctas o no. En cuanto a esa demanda legal, señora Newcombe... —Hemos recogido algunos niños de la calle. La mayoría eran drogadictos de tercera e incluso cuarta generación, adictos congénitos. Es lo más triste que pueda imaginar, niños que nacen adictos. Supongo que conoce la teoría, generalmente aceptada, de que la drogadicción, como la mayoría de las adicciones fisiológicas, suele aparecer a causa de una predisposición genética en esa dirección.

—Por supuesto.

—Bien, hemos realizado estudios genéticos sobre esos niños, sobre sus padres y abuelos, siempre que hemos podido encontrarles. Tratamos de localizar y aislar el gen drogopositivo, si es que existe, con la esperanza de eliminarlo algún día.

—Me parece una buena idea.

—Todo el mundo piensa lo mismo, excepto Bruce Mannheim. A juzgar por la forma en que se ha encarnizado con nosotros, se diría que con esos niños practicamos cirugía genética, en lugar de pequeñas investigaciones en sus cromosomas. Puro trabajo de investigación, sin modificaciones genéticas de ningún tipo. Sin embargo, ese pelmazo nos ha castigado con dieciséis requerimientos judiciales que nos han atado las manos. Es como para echarse a llorar. Hemos intentado explicárselo, pero no nos hace caso. Tergiversa nuestras declaraciones y las utiliza como base para su siguiente denuncia. Y ya sabe cómo reaccionan los tribunales en lo tocante a acusaciones de que se utilizan niños como conejillos de Indias.

—Temo que sí —admitió con pesar Hoskins—. Por lo tanto, su hospital está dilapidando energías y recursos en defenderse por la vía legal, en lugar de...

—No sólo el hospital. Ha mencionado a individuos concretos, y yo soy uno de ellos. Uno de los nueve investigadores acusado de abuso de menores, literalmente, como resultado de lo que él llama «sus estudios» sobre nuestro trabajo. —Asomaba un timbre de amargura en su voz, pero también cierto humor. Sus ojos centellearon. Rió hasta que sus grandes pechos se agitaron—. ¿Se lo imagina? ¿Abuso de menores, yo?

Hoskins meneó la cabeza, como solidarizándose con ella.

—Resulta increíble.

Pero el corazón le había dado un vuelco. Aún creía firmemente que esa mujer era la candidata idónea para el puesto, pero ¿cómo iba a contratar a alguien metido en líos con el terrible Bruce Mannheim? El proyecto ya iba a suscitar suficiente polémica. En cualquier caso, era indudable que Mannheim no tardaría en investigar sus actividades, aunque tomaran las máximas precauciones. Por la misma regla de tres, incluir en nómina a Dorothy Newcombe sólo serviría para empeorar las cosas.

Era fácil imaginar la rueda de Prensa que Mannheim convocaría. Anunciaría a los cuatro vientos que Tecnologías Estasis había contratado a una mujer acusada de abuso de menores en una institución científica (y Mannheim ya se cuidaría de insinuar que un gran jurado había formulado el auto de acusación), para trabajar como enfermera y guardiana de un desdichado infante, patética víctima de una nueva forma de secuestro sin precedentes.

No. No podía aceptarla de ninguna manera.

Se obligó a dedicar otros cinco minutos a hacer preguntas. En apariencia, todo seguía plácido y amable, pero era un ejercicio inútil, y Hoskins sabía que Dorothy Newcombe lo sabía. Cuando se marchó, agradeció su sinceridad a la mujer y le expresó su felicitación por las altísimas calificaciones de que gozaba, asegurándole que no tardaría en ponerse en contacto con ella. La mujer sonrió y dijo cuánto le había agradado la conversación. Hoskins no albergó la menor duda de que era consciente de su fracaso.

En cuanto salió, telefoneó a Sam Aickman.

—Sam, por el amor de Dios —dijo—, ¿por qué no me dijiste que Dorothy Newcombe está en el punto de mira de una demanda presentada por Bruce Mannheim?

En la pantalla, el rostro de Aickman expresó un asombro mayúsculo.

—¿Lo está?

—Acaba de decírmelo. Una acusación de abuso de menores, como resultado del trabajo que está realizando.

—Vaya, vaya —dijo Aickman, cabizbajo. Parecía más desconcertado que sorprendido—. Mierda, Jerry, no tenía ni idea de que estaba metida en semejante berenjenal. La interrogamos de cabo a rabo. Bueno, no del todo, por lo que veo.

—Sólo nos faltaría contratar para este trabajo a alguien que ya está en la lista negra de Mannheim.

—Es magnífica, ¿verdad? El ser humano más maternal que he visto en...

—Sí, desde luego. Y la acompaña una garantía absoluta de que los buitres legales de Mannheim nos clavarán sus garras en cuanto descubran que está aquí. ¿No estás de acuerdo, Sam?

—¿Quieres decir que elegirás a Marianne Levien?

—Aún no he terminado las entrevistas, pero Levien me parece muy bien.

—Sí, ¿verdad? —Sonrió Aickman.

Edith Fellowes no tenía modo de saber que era la tercera candidata para el puesto, pero tampoco la habría sorprendido averiguarlo. Estaba acostumbrada a que la subestimaran. No tenía nada de deslumbrante, nada espectacular, nada que indicara calificaciones sobresalientes en algo. No era impresionantemente bella, ni fascinantemente fea, ni intensamente apasionada, ni interesantemente reservada, ni osadamente perspicaz, ni abrumadoramente brillante. Durante toda su vida la habían considerado como un libro abierto, pero era una mujer estable y equilibrada, que sabía muy bien lo que valía y, en conjunto, su existencia era satisfactoria y plena... en conjunto.

El cuartel general de Tecnologías Estasis S. L., tan similar a un campus, se le antojaba un lugar misterioso. Edificios grises de aspecto corriente, desnudos y sencillos, se alzaban sobre agradables jardines salpicados de ocasionales árboles pequeños. Era un centro de investigaciones como miles de otros, pero Edith Fellowes sabía que en el interior de esos edificios ocurrían cosas extrañas; cosas que sobrepasaban su comprensión, cosas que sobrepasaban su credulidad. La idea de que tal vez trabajaría en uno de tales edificios la maravillaba.

Como la mayoría de la gente, sólo tenía una noción muy vaga sobre lo que era la empresa, o cómo había logrado cosas tan notables. Había oído rumores, por supuesto, de la cría de dinosaurio que habían conseguido traer del pasado. Una vez vencido su escepticismo inicial, lo consideró milagroso. Sin embargo, encontró incomprensibles las explicaciones ofrecidas en televisión sobre cómo Tecnologías Estasis había buceado en el pasado para llevar al siglo XXI el reptil extinto. Después, la expedición a las lunas de Júpiter había arrinconado a Estasis y a su dinosaurio a las últimas páginas de los periódicos, y había olvidado todo al respecto. El dinosaurio no había sido más que un prodigio de nueve días de duración, uno de los muchos de lo que se estaba convirtiendo en un siglo de prodigios.

Ahora, por lo visto, Estasis planeaba traer un niño del pasado, un niño humano, un niño humano prehistórico. Necesitaban a alguien que se cuidara del niño.

Ella podía hacerlo.

Quería hacerlo.

Podría hacerlo mejor que nadie. Sin duda lo haría muy, muy bien.

Decían que el trabajo iba a ser un desafío, fuera de serie, extremadamente difícil. No la preocupaba en absoluto. Siempre había preferido soslayar los trabajos corrientes, sencillos, que no implicaban ningún reto.

Habían solicitado a una mujer especializada en fisiología, con algunos conocimientos de química analítica, y amante de los niños. Edith Fellowes cumplía

los tres requisitos.

Los conocimientos de fisiología habían formado parte de su preparación básica como enfermera. La química analítica le había parecido una buena idea, si iba a trabajar con niños enfermos, muchos de ellos prematuros o nacidos con una minusvalía, para comprender cómo podían funcionar con más eficacia sus cuerpos maltratados.

Un reto, un trabajo difícil con un niño anormal... Sí, era su especialidad. Por otra parte, el sueldo ofrecido era fenomenal, lo suficiente para llamar su atención, aunque la búsqueda del dinero nunca había sido su factor capital en su proyecto de vida. Y estaba preparada para el nuevo desafío. Las rutinas ya demasiado familiares de la vida en el hospital infantil empezaban a pesarle, y empezaba a sentirse un poco agraviada. Era terrible sentirse agraviada por el trabajo, pensó, sobre todo por un trabajo como el suyo. Quizá necesitaba un cambio.

Cuidar de un niño prehistórico...

Sí. Sí.

—El doctor Hoskins la recibirá ahora —dijo la recepcionista. Una puerta accionada electrónicamente se abrió silenciosamente. La señorita Fellowes entró en un despacho cuya falta de ostentación la sorprendió: albergaba un escritorio corriente, un monitor corriente, y a un hombre de aspecto corriente de unos cincuenta años, cabello color arena que empezaba a ralear, un principio de papada y una peculiar boca curvada hacia abajo y que parecía más hosca de lo que debía de ser en realidad.

La placa que descansaba sobre el escritorio rezaba: GERALD A. HOSKINS, Doctor en Físicas, DIRECTOR EJECUTIVO.

El detalle divirtió más que impresionó a la señorita Fellowes. ¿Era la compañía tan grande que el «Doctor en Físicas» debía recordar a la gente la identidad del hombre que mandaba, mediante el expediente de colocar una placa frente a él, en su propio despacho? ¿Y por qué consideraba necesario añadir el Doctor en «Físicas»? ¿Acaso no poseían un título, o dos, todos los miembros de la empresa? ¿Era una forma de proclamar que no era un simple ejecutivo, sino también un científico? Había dado por sentado que el responsable de una empresa especializada como Tecnologías Estasis S. L. sería un científico, sin necesidad de que se lo pasaran por la cara.

Daba igual. Un hombre podía tener peores manías que la presunción.

Hoskins tenía delante un fajo de fotocopias. Su currículum, supuso ella, y el informe sobre su entrevista preliminar, y cosas por el estilo. El hombre levantó la vista, la bajó de nuevo hacia las fotocopias, y volvió a mirarla. Su examen fue claro, un poco demasiado directo. La señorita Fellowes se puso rígida al instante. Notó que sus mejillas enrojecían, y que en una de ellas le pulsaba involuntariamente un músculo.

«Piensa que tengo las cejas demasiado pobladas y la nariz un poco descentrada», se dijo.

Y luego dijo que era ridículo, que ese hombre tenía tanto interés por examinar el

ángulo de su nariz y el espesor de sus cejas como por saber la marca de zapatos que calzaba. De todos modos, resultaba sorprendente y algo embarazoso que un hombre la mirara con tanta minuciosidad. Una enfermera uniformada solía resultar invisible para los hombres. Ahora no llevaba uniforme, pero con los años había aprendido a hacerse invisible a los ojos de los hombres, aun vestida de calle, y suponía que con éxito. Ser examinada de esa manera la inquietaba más de lo conveniente.

—Su expediente es notabilísimo, señorita Fellowes —dijo el hombre.

Ella sonrió, pero guardó silencio. ¿Qué podía decir? ¿Darle la razón, contradecirle?

—Y viene con encomiásticas recomendaciones de sus superiores. Todos la alaban con casi idénticas palabras, ¿sabe? Total dedicación al trabajo, profunda devoción al deber, gran iniciativa en momentos de crisis, soberbia pericia técnica...

—Soy una buena trabajadora, doctor Hoskins, y suelo saber lo que hago. Creo que esas frases sólo son maneras rebuscadas de decir ambas cosas.

—Supongo que sí.

El hombre clavó los ojos en los de ella, y la señorita Fellowes intuyó de repente la energía del hombre, su resolución y la obstinada determinación de culminar las tareas iniciadas, excelentes cualidades en un administrador pero que podían amargar la vida a quienes trabajaban bajo sus órdenes. El tiempo tenía la palabra, pensó. Sostuvo su mirada sin vacilar.

—No veo que haya ninguna necesidad de interrogarla acerca de sus antecedentes profesionales —dijo por fin Hoskins—. Ya fueron examinados durante sus anteriores entrevistas, que superó con suma brillantez. En realidad, sólo quiero discutir dos puntos con usted.

La mujer aguardó.

—Uno, quiero saber si se ha visto implicada en asuntos que pudieran ser..., bueno..., políticamente sensibles. Políticamente controvertidos.

—No estoy metida en política, doctor Hoskins. Voto, cuando creo que merece la pena votar por alguien, cosa que no sucede muy a menudo, pero no firmo peticiones ni participo en manifestaciones, si a eso se refiere.

—No exactamente. Más que a controversias políticas, me refiero a controversias profesionales. Temas relacionados con el trato que deberían no recibir los niños.

—Sólo conozco una manera de tratar a los niños, que es hacer lo posible por atender sus necesidades. Si le parece simplista, lo siento, pero...

El hombre sonrió.

—Tampoco me refiero a eso. Lo que quiero decir es... —Hizo una pausa y se humedeció los labios—. Me refiero a cosas del tipo Bruce Mannheim. Acalorados debates sobre los métodos empleados por ciertas instituciones públicas para tratar a los niños. ¿Me explico, señorita Fellowes?

—Me ocupo sobre todo de niños disminuidos, doctor Hoskins. Intento mantenerles con vida y ayudarles a forjar su personalidad. No hay mucho que debatir

sobre eso, ¿verdad?

—¿Nunca ha tenido un tropiezo profesional con pretendidos defensores de los niños como Bruce Mannheim?

—Nunca. He leído algo sobre el señor Mannheim en los periódicos, pero jamás he tenido contactos con él o con alguien como él. No le conocería si nos cruzáramos en la calle. Tampoco me he formado una opinión concreta sobre sus ideas, ni a favor ni en contra.

Hoskins aparentó alivio.

—No intento dar a entender que soy contrario a Bruce Mannheim o a las posturas que representa —dijo—, pero nos produciría graves complicaciones que su trabajo aquí se convirtiera en blanco de una publicidad hostil.

—Desde luego. Sería lo último que yo desearía.

—Perfecto. Podemos continuar. Mi segunda pregunta tiene que ver con la naturaleza del compromiso contraído con el trabajo que le exigiremos aquí. Señorita Fellowes, ¿cree que puede querer a un niño difícil, extraño, tal vez indisciplinado, e incluso muy desagradable?

—¿Querer? ¿No sólo cuidar?

—Querer. Ocupar el *loco parentis*. Ser su madre, señorita Fellowes, más o menos. Más o menos. Será el niño más solitario de la historia del mundo. No sólo necesitará una enfermera, sino una madre. ¿Está preparada para asumir esa carga? ¿Desea asumirla?

La miró fijamente, como si deseara leer en su interior. Una vez más, ella sostuvo su acuciante mirada sin la menor vacilación.

—Dice que será difícil, extraño y... ¿qué palabra ha empleado?... muy desagradable. ¿En qué sentido?

—Estamos hablando de un niño prehistórico, ya lo sabe. Él o ella, aún no lo sabemos, puede ser muy salvaje, más que un miembro de la tribu más salvaje de la Tierra en nuestros días. Es posible que el comportamiento de este niño se asemeje más al de un animal. Un animal feroz, tal vez. Eso quiero decir con difícil, señorita Fellowes.

—No sólo he trabajado con niños prematuros, doctor Hoskins. Tengo experiencia con niños emocionalmente desequilibrados. Me las he visto con pequeños clientes muy duros.

—No tan duros, quizá.

—Ya lo veremos, ¿no?

—Salvaje, y probablemente desdichado, solitario y furioso. Extraño y asustado, en un mundo desconocido. Arrancado de su entorno familiar y condenado a un aislamiento casi total. Una auténtica Persona Desplazada. ¿Conoce la expresión «Persona Desplazada», señorita Fellowes? Se remonta a mediados del siglo pasado, a la época de la Segunda Guerra Mundial, cuando la gente desarraigada vagaba por toda Europa, y...

—La paz reina ahora en el mundo, doctor Hoskins.

—Por supuesto, pero este niño no experimentará mucha paz. Sufrirá a causa del rompimiento total de su vida, una verdadera Persona Desplazada, del tipo más patético. Y muy pequeña, por cierto.

—¿Hasta qué punto?

—De momento sólo podemos transportar desde el pasado un máximo de cuarenta kilos de masa cada vez, e incluyen no sólo al sujeto vivo sino también a la zona de aislamiento inanimado circundante. Por lo tanto, estamos hablando de un niño pequeño, muy pequeño.

—Una criatura, ¿verdad?

—No estamos seguros. Confiamos en conseguir un niño de seis o siete años, pero podría ser mucho más pequeño.

—¿No lo saben? ¿Van a cogerlo a ciegas?

A Hoskins no pareció gustarle el comentario.

—Hablemos de afecto, señorita Fellowes. Del afecto hacia ese niño. Le garantizo que no será fácil. ¿Le gustan realmente los niños? No me refiero a un cariño trivial, y no estoy hablando de la correcta ejecución de las tareas profesionales. Quiero que profundice en las acepciones de la palabra, en el significado real de afecto, en el significado de maternidad, en el significado real de amor incondicional que representa la maternidad.

—Creo saber lo que es el amor.

—Sus datos bibliográficos dicen que estuvo casada en una ocasión, pero que ha vivido sola muchos años.

La señorita Fellowes notó que su rostro se encendía.

—Estuve casada en una ocasión, sí. Hace mucho tiempo, y durante un breve período.

—No tuvo hijos.

—El matrimonio se rompió porque yo no podía tener hijos.

—Entiendo —dijo Hoskins, incómodo.

—Había muchas formas de solucionar el problema, por supuesto, gracias a los avances del siglo veintiuno: cámaras fetales exútero, implantes, madres sustitutivas, etcétera. Sin embargo, mi marido no aceptaba otra cosa que el antiguo método tradicional de compartir genes. Quería un hijo nuestro en todos los sentidos, y yo debía llevar en mi seno a nuestro hijo durante los nueve meses preceptivos. No pude hacerlo, él no aceptó otra alternativa y... nos separamos.

—Lo siento. Y no volvió a casarse.

La mujer prosiguió con voz serena, desprovista de toda emoción:

—El primer intento ya me resultó bastante doloroso. Cabía la posibilidad de que el segundo fuera más duro aún, y no quise correr el riesgo. Eso no significa que no sepa querer a los niños, doctor Hoskins. Creo innecesario apuntar que la elección de mi profesión está relacionada con el gran vacío que mi matrimonio creó en mi... en

mi alma, si lo prefiere. En lugar de querer a uno o dos niños, he querido a docenas. Como si fueran míos.

—No todos han sido niños agradables.

—Muy cierto.

—No todos han sido niños agradables y cariñosos, con naricitas respingonas y alegres gorjeos. ¿Los aceptó tal como eran, guapos, feos, tranquilos y nerviosos? ¿Sin condiciones?

—Sin condiciones. Los niños son así, doctor Hoskins. Los que no son guapos y simpáticos son los que necesitan más ayuda. Y la mejor manera de empezar a ayudar a un niño es queriéndole.

Hoskins guardó silencio y reflexionó unos momentos. La señorita Fellowes se sentía muy decepcionada. Había acudido dispuesta a hablar de su bagaje técnico, de sus investigaciones en desequilibrios de la electrólisis, en neurorreceptores. Se había centrado exclusivamente en la cuestión de si era capaz de querer a un desgraciado niño salvaje (a cualquier niño, tal vez), como si fuera lo único importante. Y en la cuestión, aún más irrelevante, de si había hecho algo que pudiera causar agitaciones políticas. Era obvio que no sentía interés hacia sus aptitudes. Era obvio que ya tenía en mente a alguien para el puesto, y que no tardaría en despedirla cortésmente en cuanto se le ocurriera una manera diplomática de hacerlo.

—Bien —dijo por fin—, ¿cuándo puede despedirse de su actual empleo?

Ella le miró, confundida.

—¿Quiere decir que me acepta? ¿Así, sin más?

Hoskins sonrió levemente, y su cara grande adquirió por un momento cierto encanto de profesor despistado.

—¿Por qué iba a preguntárselo, si no?

—¿No tendría que dar su aprobación previa un comité?

—Señorita Fellowes, yo soy el comité. El comité decisivo, el que da la aprobación final. Y tomo las decisiones con rapidez. Sé qué clase de persona necesito y usted encaja en el perfil. Podría equivocarme, desde luego.

—¿Y si es así?

—Puedo desdecirme con igual rapidez, créame. Este proyecto no admite el menor error. Hay una vida en juego, una vida humana, la vida de un niño. Por pura curiosidad científica, vamos a hacer algo con un niño que algunas personas considerarán monstruoso. No me hago ilusiones al respecto. No he pensado ni por un momento que somos monstruos, ninguno de nosotros lo ha pensado, y no abrigo escrúpulos ni remordimientos por lo que proyectamos hacer, y creo que, a la larga, el niño objeto de nuestros experimentos saldrá beneficiado. Sin embargo, soy muy consciente de que otras personas estarán en completo desacuerdo con esta opinión. Por lo tanto, es nuestro deseo que el niño reciba el mejor trato posible durante su estancia en nuestra época. Si usted no es capaz de proporcionarle ese trato, será sustituida sin vacilaciones, señorita Fellowes. No se me ocurre otra forma más

delicada de expresarlo. No somos sentimentales y no nos gusta jugar con algo que podemos controlar. En suma, en este momento, su contrato es meramente provisional. Le pedimos que abandone por completo su existencia actual, sin garantizarle que durará más de una semana en ésta, o un día. ¿Se ve con fuerzas para aceptar el reto?

—Es usted muy directo, doctor Hoskins.

—Siempre suelo serlo. Bien, señorita Fellowes. ¿Qué me responde?

—A mí tampoco me gusta jugar.

El rostro de Hoskins se ensombreció.

—¿Significa eso una negativa?

—No, doctor Hoskins. Acepto el puesto. Si dudara por un momento que soy la persona adecuada para el trabajo, no me habría presentado. Puedo hacerlo, y lo haré. Y no tendrá motivos para lamentar su decisión, se lo aseguro. ¿Cuándo empiezo?

—En estos momentos estamos conduciendo la Estasis a su nivel crítico. Confiamos en efectuar la recogida dentro de dos semanas a partir de esta noche, la decimoquinta, a las siete y media en punto de la noche. Queremos que usted esté presente en el momento de la llegada, preparada para ocuparse del sujeto al instante. Hasta entonces tendrá que renunciar a sus actividades actuales en el mundo exterior. ¿Queda claro que residirá aquí todo el tiempo, señorita Fellowes? Y con eso quiero decir las veinticuatro horas del día, al menos las primeras fases. Lo leyó en las especificaciones de la solicitud, ¿verdad?

—Sí.

—En ese caso, creo que nos hemos entendido perfectamente.

«No —pensó la mujer—. No nos hemos entendido en absoluto. Claro que eso carece de toda importancia. Si surgen problemas, los resolveremos como sea. Lo único importante es el niño. Todo lo demás es secundario. Todo».

Intercapítulo 1

LA QUE SABE

Mediado el día, una sensación de crisis progresiva se había adueñado de todo el campamento. La Sociedad de Cazadores había regresado de las praderas, sin haber permanecido el tiempo suficiente de avistar una pieza, y menos de cazarla. Sus siete miembros estaban sentados en silencio, inquietos por la posibilidad de que estallara la guerra y las consecuencias que padecerían. Las Mujeres Divinas habían sacado los tres cráneos de oso sagrados, depositándolos sobre los estantes de piedra situados encima del altar de la Diosa, y estaban acuclilladas desnudas delante de ellos, untadas con grasa de oso, sangre de lobo y miel, salmodiando las oraciones especiales que, en teoría, aportaban sabiduría en épocas de gran peligro. Las Madres habían reunido a todos los pequeños bajo su protección, como si esperasen que los Otros atacaran en cualquier momento. Y los adolescentes acechaban al borde del círculo, temerosos y desconcertados.

En cuanto a los viejos, los sabios y distinguidos ancianos de la tribu, se habían congregado en la pequeña colina que dominaba el campamento para discutir de estrategias. Nube De Plata se encontraba entre ellos, así como Jinete De Mamut, el tuerto y jorobado Fuerte Como Un León, y el gordo y perezoso Buey Almizclado Apestoso. El destino de la tribu dependía de sus decisiones.

Cuando los Otros habían invadido los terrenos de caza de la tribu en las tierras del oeste, y quedó claro que el Pueblo no lograría expulsarlos, los ancianos habían decidido que lo mejor era emigrar hacia el este. «La Diosa se ha decantado por entregar las tierras del oeste a los Otros —opinó Buey Almizclado Apestoso—, pero las frías tierras del este nos pertenecen. La Diosa quiere que vayamos allí y vivamos en paz». Los demás se mostraron de acuerdo. A continuación, las Mujeres Divinas habían arrojado las piedras del destino, y el resultado había confirmado la opinión de los hombres.

Por lo tanto, el Pueblo había emigrado a este lugar, pero ahora, por lo visto, los Otros les habían imitado. «¿Qué haremos ahora? —se preguntó La Que Sabe—. Podríamos viajar hacia el sur, a tierras más cálidas, tal vez, pero es muy probable que a estas alturas las tierras cálidas estén ocupadas por Otros. ¿Y si nos encaminamos hacia el norte, donde se extienden los terribles campos de hielo? Los Otros son demasiado blandos para vivir en un sitio como ése. Pero nosotros también —sospechaba La Que Sabe—. Nosotros también».

Sentía una infinita tristeza. Habían venido desde muy lejos. Se sentía cansada por

la agotadora marcha, y sabía que Nube De Plata también estaba extenuado, y muchos otros. Había llegado el momento de descansar, de almacenar carne y nueces en vistas al invierno, y recobrar energías. Sin embargo, todo indicaba que deberían vagar de nuevo, sin posibilidad de descansar, sin un momento de paz. ¿Por qué pasaban esas cosas? ¿No existía ningún lugar en esa inmensa tierra árida donde descansar una temporada para recobrar el aliento?

La Que Sabe carecía de respuesta, no sólo a esto, sino a todo. A pesar del orgulloso nombre que se había adjudicado, estaba abrumada por el problema de los eternamente molestos Otros, así como por los desafíos y misterios de su propia existencia. Era el único miembro de la tribu que carecía de lugar específico, de auténtica función. Como muchas jóvenes, había crecido con la idea de que sería una Madre, pero había tardado demasiado tiempo en elegir pareja y prefirió entregarse a una vida errante y libre; incluso llegó a acompañar a los hombres en sus cacerías. Cuando en su vigésimo año accedió a tomar como pareja al guerrero Viento Oscuro, una edad muy avanzada para ello, sólo salieron de su útero niños muertos. Y después, también perdió a Viento Oscuro, a causa de una fiebre negra que se lo llevó en una tarde.

En aquella época aún conservaba gran parte de su belleza, pero tras la muerte de Viento Oscuro ningún hombre desemparejado de la tribu quiso convivir con ella, a pesar de su belleza. Sabían que su útero era un lugar que mataba bebés, y no servía de nada a un varón. Además, la muerte prematura de Viento Oscuro daba a entender que estaba maldecida por la desgracia. Por lo tanto, permaneció sola para siempre, intocada por los hombres, ella, que había tenido tantos amantes. Nunca llegaría a ser Madre.

Ni tampoco podría ser una Mujer Divina; se consideraría una burla a la Diosa que una mujer estéril la sirviera, y en cualquier caso los misterios de las Mujeres Divinas se empezaban a aprender antes de que la primera hemorragia brotara de las entrañas. Era absurdo que una mujer anciana de veinticinco años, que había perdido cinco hijos en cinco años, llegara a ser una Mujer Divina.

De modo que La Que Sabe no era una Madre ni una Mujer Divina, lo cual equivalía a no ser nada en absoluto. Hacía lo que todas las mujeres: raspar pellejos, cocinar, cuidar a los enfermos y vigilar a los niños, pero no tenía pareja, no era miembro de ninguna Sociedad y, por esa causa, casi era una extraña entre su propio pueblo. Su única esperanza residía en que Guardiania Del Pasado muriera, pues entonces podría ocupar el puesto de cronista de la tribu. Guardiania Del Pasado era una mujer como ella, ni Madre ni sacerdotisa, y era la amiga más íntima de La Que Sabe. Aunque Guardiania Del Pasado tenía cuarenta años y era la mujer más vieja de la tribu, aún se conservaba fuerte y ágil, mientras que La Que Sabe, ocho años más joven, ya se estaba convirtiendo en una anciana. Empezaba a pensar que se marchitaría y moriría mucho antes de que Guardiania Del Pasado cediera sus bastones del recuerdo y acudiera ante la Diosa.

Era una triste manera de vivir, pero La Que Sabe procuraba ocultar a los demás la tristeza que la afligía. Prefería que la temieran y rechazaran. No quería que se apiadaran de ella.

Ahora, estaba apartada de los demás, como de costumbre, observando los grupos que formaban. Tomados de uno en uno, no podían hacer nada contra la amenaza representada por los Otros, al igual que ella, pero al menos estaban juntos, y se consolaban en grupo.

—¡Ahí está la persona que necesitamos! —gritó Ojo Llameante—. ¡La Que Sabe debería ir a luchar contra los Otros a nuestro lado!

—¡La Que Sabe! ¡La Que Sabe! —Corearon los hombres de la Sociedad de Cazadores.

Se estaban burlando de ella, por supuesto. ¿Acaso no lo habían hecho siempre? ¿Acaso no la habían rechazado todos y cada uno de esos hombres, después de morir Viento Oscuro, cuando confiaba en encontrar una nueva pareja?

En cualquier caso, se acercó a ellos y les dedicó una amplia sonrisa. Se encontraban acurrucados en círculo, sobre la tierra cubierta de escarcha.

—Sí —dijo—. Es una buena idea. Puedo luchar tan bien como cualquiera de vosotros.

Antes de que nadie pudiera detenerla, se apoderó de la lanza que sujetaba Ojo Llameante. Éste lanzó un alarido de rabia y se puso en pie de un salto para recuperarla, pero la mujer aferró el arma con destreza y apretó la punta de pedernal contra el estómago de Ojo Llameante. El guerrero la miró, con los ojos a punto de salirse de las órbitas. No parecía molestarle el sacrilegio de que una mujer manejara su lanza; daba la impresión de creer que La Que Sabe iba a atravesarle de parte a parte.

—Dame eso —dijo con voz ronca.

—Sabe cogerla, Ojo Llameante —dijo Árbol de Lobos.

—Sí, y también utilizarla —agregó ella.

—Dame eso.

Ella le aguijoneó de nuevo. Pensó que Ojo Llameante iba a sufrir un ataque. Tenía la cara de color púrpura y el sudor resbalaba por sus mejillas. Todo el mundo reía. Tendió la mano hacia la lanza, pero la mujer alejó el arma de su alcance. Furioso, escupió a La Que Sabe y ejecutó un signo demoníaco con las manos enlazadas. La Que Sabe sonrió.

—Haz ese signo otra vez y lo borraré con tu sangre —amenazó.

—Por favor, La Que Sabe —dijo con acritud Ojo Llameante. Se debatía visiblemente por controlarse—. No es correcto que toques esa lanza, y lo sabes. Ya nos acechan bastantes peligros, sin necesidad de que cometas actos impíos.

—Me invitaste a ir a luchar junto con los hombres. Bien, en ese caso necesitaré una lanza, ¿verdad? La tuya es perfecta. Se adapta muy bien a mis necesidades. Fabrícate otra, si quieres.

Los demás hombres volvieron a reír, pero un timbre peculiar asomó en sus carcajadas.

La mujer hizo una finta con la lanza. Ojo Llameante maldijo y la esquivó. Avanzó, como si quisiera arrebatársela por la fuerza. La Que Sabe le disuadió con un amenazador movimiento del arma. Ojo Llameante retrocedió de un salto, irritado y un poco asustado.

No conseguía recordar cuándo se había divertido tanto por última vez. Ojo Llameante era el guerrero más fuerte de la tribu, y también el hombre más apuesto, de espaldas anchas como un mamut y maravillosos ojos oscuros que ardían como brasas bajo una frente espléndida, que sobresalía como un acantilado. Cuando eran jóvenes se había acostado con él muchas veces, y cuando Viento Oscuro murió alentó la esperanza de que la tomaría como pareja, pero había sido el primero en rechazarla. Fuente De Leche era la única pareja que deseaba, había dicho. Le gustaban las mujeres capaces de engendrar hijos, dijo. Así acabó la relación entre Ojo Llameante y ella.

—Está bien —cedió La Que Sabe.

Se inclinó hacia delante y clavó en el suelo la punta de la lanza. El calor había fundido la nieve de la noche, y la tierra estaba blanda.

Ojo Llameante arrancó la lanza con un gruñido.

—Debería matarte —murmuró, y agitó el arma ante su cara.

—Adelante. —La mujer abrió los brazos y sacó los pechos hacia fuera—. Clávala aquí. Mata a una mujer, Ojo Llameante. Será una gran hazaña.

—Quizá nos trajera buena suerte —dijo, pero bajó el arma—. Si alguna vez vuelves a tocar mi lanza, te ataré en lo alto de una colina para que sirvas de comida a los osos ¿Entendido?

—Resérvate tus amenazas para los Otros —replicó la mujer—. Se asustarán más difícilmente que yo. Y yo no estoy asustada en absoluto.

—Viste a un Otro muy de cerca, ¿verdad? —preguntó Montaña Rota.

—Sí, en una ocasión —respondió La Que Sabe, y arrugó el entrecejo al recordar aquel espantoso acontecimiento.

—¿Cómo olía? —preguntó Antílope Joven—. ¿Apestaba?

La Que Sabe asintió.

—Como una hiena muerta —confirmó—. Como algo que se ha estado pudriendo durante mes y medio. Y era feo. No puedes imaginarte lo feo que era. Tenía la cabeza aplastada, así, como si alguien se la hubiera estrujado. —Subrayó sus palabras con un gesto de las manos—. Y sus dientes eran pequeños como los de un niño. Tenía orejas ridículamente pequeñas y una nariz diminuta. Y sus brazos, sus piernas... —Se estremeció—. Eran espantosas y absurdas. Como las patas de una araña. Tan largas, tan delgadas.

Todos la miraban admirados, incluso Ojo Llameante. Nadie de la tribu, ni siquiera Nube De Plata, se había encontrado cara a cara con un Otro, tan cerca como para

poder tocarlo. Algunos habían visto de vez en cuando Otros desde muy lejos, fugazmente, cuando la tribu vivía en las tierras del oeste, pero La Que Sabe se había topado con uno en el bosque.

Había sucedido años atrás, cuando tenía diecinueve y era una chica indómita que lo hacía todo a su manera. Los hombres de la Sociedad de Cazadores le habían prohibido, por fin, que les acompañara en sus salidas, y una mañana, malhumorada, se había levantado temprano, alejándose mucho del campamento. A mediodía, en un pequeño claro rodeado de abedules de corteza blanca, descubrió una bonita laguna circundada de rocas. Se quitó su túnica de piel para bañarse en la fría agua azul, y cuando salió se quedó estupefacta al ver a un Otro, un inconfundible Otro, que la observaba desde unos veinte metros de distancia.

Era alto; increíblemente alto, tan alto como un árbol, y muy delgado, de espalda estrecha y pecho hundido, de manera que parecía tan frágil como una mujer, pese a su estatura. Su rostro era el más extraño que ella había visto en su vida: de facciones delicadas como las de un niño y de piel muy pálida. Sus mandíbulas tenían un aspecto tan débil que se preguntó cómo podía masticar la carne, pero la barbilla era desagradablemente rotunda, y sobresalía de su cara achatada. Tenía los ojos grandes, de un peculiar color acuoso deslustrado, y la frente alta y despejada, sin protuberancias.

En conjunto, pensó era increíblemente feo, tan feo como un demonio, pero no parecía peligroso. No parecía portar armas, y sonreía. Al menos, ella creyó que sonreía, a juzgar por la forma en que revelaba aquellos dientes diminutos.

Iba completamente desnudo, en plena madurez de su belleza juvenil. Se irguió ante ella sin vergüenza, y de repente pensó que deseaba a ese hombre, deseaba que la llamara y la tomara en sus brazos, y que le hiciera el amor al estilo de los Otros. A pesar de que era feo, a pesar de que era raro, lo deseaba. ¿Por qué?, se preguntó. Porque era diferente, se respondió; era nuevo; era otro. Se entregaría a él, sí. Y entonces la llevaría a casa, vivirían juntos y se convertiría en una Otra, porque estaba harta de los hombres de su tribu y quería algo nuevo. Sí. Sí.

¿De qué debía tener miedo? Se suponía que los Otros eran demonios terroríficos, pero ese hombre no parecía demoníaco en modo alguno; sólo tenía una cara rara y era demasiado alto y delgado. Y no parecía amenazador. Sólo diferente.

—Me llamo Río Turbulento —dijo; así se llamaba en aquellos días—. ¿Quién eres?

El Otro no contestó. Emitió un sonido gutural, que le recordó una carcajada.

¿Una carcajada?

—¿Te gusto? —preguntó—. Todos los hombres de la tribu piensan que soy bonita. ¿Y tú?

Recorrió con las manos su largo y espeso cabello, mojado tras el baño. Se exhibió y estiró sus miembros, para que admirara la redondez de sus pechos, la fuerza y solidez de sus brazos y muslos, la robustez de su cuello. Avanzó dos o tres pasos

hacia él, sonriente, tarareando una cancioncilla de deseo.

Los ojos del desconocido se abrieron de par en par. Meneó la cabeza. Extendió el brazo con la palma hacia fuera, y empezó a hacer signos con los dedos, signos de brujería, sin duda signos demoníacos. Retrocedió.

—No tendrás miedo de mí, ¿verdad? Sólo quiero jugar. Ven aquí, Otro. —Sonrió—. ¡Oye, deja de retroceder! No te haré daño. ¿Es que no me entiendes?

Hablaba en voz muy alta, muy clara, espaciando las palabras. El hombre siguió reculando. Ella puso las manos debajo de sus pechos y los empujó hacia fuera, el gesto universal del ofrecimiento.

El otro comprendió por fin.

Emitió una especie de rugido, como un animal acorralado. El temor brillaba en sus ojos. Sus labios se torcieron, como si expresara... ¿consternación?, ¿desagrado?

Sí, desagrado, comprendió la joven.

Debo de resultarle tan fea como él a mí.

Dio la vuelta, huyó de ella y desapareció entre los abedules.

—¡Espera! —gritó ella—. ¡Otro! ¡Vuelve, Otro! ¡No huyas así, Otro!

Pero ya se había alejado. Era la primera vez en su vida que un hombre la rechazaba, y la experiencia se le antojó sorprendente, increíble, casi frustrante. Aunque fuera un Otro, aunque le hubiera parecido extraña y tal vez carente de atractivo, ¿tan repulsiva la consideró como para gruñir, hacer muecas y huir?

Sólo era un muchacho, se dijo. Muy alto, pero sólo un muchacho.

Aquella noche regresó a la tribu, dispuesta a emparejarse por fin con un muchacho de su especie, y cuando Viento Oscuro le pidió poco después que compartiera con él su manta, aceptó sin titubeos.

—Sí —dijo a los hombres de la Sociedad de Cazadores—. Sí, sé muy bien cómo son los Otros. Y cuando nos encontremos con ellos, tengo la intención de estar a vuestro lado, para matar a esas bestias repugnantes como los impíos demonios que son.

—Mirad —dijo Árbol De Lobos—. Los ancianos están bajando de la colina.

Y era verdad. Nube De Plata abría la marcha. Cojeaba ostensiblemente y fingía que no, por supuesto; los otros tres ancianos le seguían a duras penas. La Que Sabe vio que entraban en el campamento y se encaminaban hacia el altar de la Diosa. Nube De Plata conferenció durante largo rato con las tres sacerdotisas. Hubo muchas sacudidas de cabezas, y luego muchos asentimientos. Por fin, Nube de Plata se adelantó, acompañado de la sacerdotisa más anciana, para anunciar las decisiones tomadas.

La Fiesta de Verano sería cancelada ese año, dijo, o al menos aplazada. La Diosa había expresado su desagrado por mediación de la inquietante proximidad de la partida de Otros, a pesar de que los Otros no habitaban en estas tierras del este. Era evidente que el Pueblo había hecho algo impropio, y que no debían continuar en ese lugar. Por lo tanto, el Pueblo se marcharía y peregrinaría al Lugar De Los Tres

Ríos, muy alejado, donde habían erigido un espléndido altar a la Diosa el año anterior, cuando viajaban hacia el este. Y en el Lugar De Los Tres Ríos suplicarían a la Diosa que les explicara los errores cometidos.

La Que Sabe gruñó.

—¡Tardaremos semanas en llegar allí! ¡Y está en dirección contraria! Nos internaremos en el territorio que acabamos de abandonar, donde los Otros hormigean por todas partes.

Nube De Plata le dirigió una mirada glacial.

—La Diosa nos prometió esta tierra, libre de Otros. Hemos llegado y descubierto que los Otros se nos habían adelantado. Las cosas no deberían ser así. Hemos de pedir consejo a la Diosa.

—Pidámoslo en el sur, pues. Allí hará más calor, al menos, y encontraremos un lugar decente para emplazar el campamento, sin Otros que nos molesten.

—Tienes nuestro permiso para ir al sur, La Que Sabe, pero el resto de nosotros partiremos esta tarde en dirección al Lugar De Los Tres Ríos.

—¿Y los Otros? —exclamó la mujer.

—Los Otros no osarán acercarse al altar de la Diosa —respondió Nube De Plata—, pero si temes que ocurra eso, ¡vete al sur! ¡Vete al sur, La Que Sabe!

Oyó que alguien alzaba una carcajada. Era Ojo Llameante. Luego los demás hombres de la Sociedad de Cazadores también rieron, coreados por algunas Madres. Al cabo de pocos momentos todo el mundo reía y la señalaba con el dedo.

Deseó aferrar todavía la lanza de Ojo Llameante. Los exterminaría a todos, y nadie podría evitar la matanza.

—¡Vete al sur, La Que Sabe! —Chillaron—. ¡Vete al sur, vete al sur, vete al sur!

Una maldición acudió a sus labios, pero la reprimió. Comprendió que lo decían en serio. Si se dejaba arrastrar por la cólera, quizá la expulsaran de la tribu. Diez años antes habría cogido con alegría tal decisión, pero ahora era una anciana. Tenía más de treinta años. Marcharse sola equivalía a una muerte segura.

Murmuró unas palabras airadas para sí y evitó la mirada fija de Nube De Plata.

—Muy bien —gritó—. ¡Que todo el mundo empiece a embalar sus cosas! ¡Levantamos el campamento! ¡Nos iremos de aquí antes de que oscurezca!

Capítulo II

LLEGAR

Aquellas pocas semanas resultaron de lo más ajetreado para Edith Fellowes. Lo más difícil fue renunciar a su trabajo en el hospital. Anunciarlo con sólo dos semanas de anticipación no sólo era irregular, sino absolutamente incorrecto, pero la administración se mostró razonablemente comprensiva, una vez explicó la señorita Fellowes que se marchaba muy a disgusto, y sólo porque se le había ofrecido la oportunidad de participar en un nuevo proyecto experimental de incalculable importancia.

Mencionó el nombre de Tecnologías Estasis S. L.

—¿Va a hacerse cargo de la cría del dinosaurio? —Le preguntaron, y todo el mundo lanzó una risita.

—No, del dinosaurio no —contestó—. Algo mucho más cercano a mis conocimientos.

No agregó más detalles. El doctor Hoskins le había prohibido que lo hiciera, pero todas las personas que conocían y trabajaban con Edith Fellowes supusieron que el proyecto tenía relación con niños; y si sus inferiores eran los individuos que habían traído a la famosa cría de dinosaurio del Mesozoico, debían de estar planeando algo similar, como traer a un niño prehistórico de aquella lejana era. La señorita Fellowes se abstuvo de confirmarlo o negarlo, pero ellos lo sabían. Todo el mundo lo sabía. Le concedieron la excedencia del hospital, por supuesto.

De todos modos, tuvo que trabajar día y noche durante unos cuantos días, con el fin de atar algunos cabos sueltos, redactar sus informes finales, preparar listas de cosas para sus sucesores y separar su equipo y materiales de investigación de los del hospital. Esa tarea fue extenuante, pero no abrumadora. Lo más difícil fue despedirse de los niños. No podían creer que se marchaba.

—Volverá dentro de una o dos semanas, ¿verdad, señorita Fellowes? —Le preguntaron, apretujados a su alrededor—. Se va de vacaciones, ¿no es cierto? Unas vacaciones cortas... ¿Adonde va, señorita Fellowes?

Conocía a varios de los niños desde su nacimiento. Ahora, tenían cinco, seis, siete años de edad. Pacientes externos, en su mayoría, pero algunos eran residentes permanentes y había trabajado con ellos varios años.

Fue muy duro comunicarles la noticia.

Sin embargo, se armó de valor para enfrentarse a la nueva tarea. Otro niño la necesitaba, un niño muy especial, un niño cuyas circunstancias serían únicas en la

historia del universo. Sabía que debía ir a donde más la necesitaban.

Cerró su pequeño apartamento de la parte sur de la ciudad, seleccionó las pocas cosas que quería llevarse a su nuevo hogar, y guardó lo demás. Procedió con suma diligencia. No tenía que preocuparse por plantas de interior, gatos ni otros animales domésticos. Lo único que le importaba era su trabajo: los niños, siempre los niños. No necesitaba plantas o animales domésticos.

Como era una mujer prudente, adoptó las debidas precauciones para prolongar su alquiler durante un período de tiempo indefinido. Había tomado muy en serio la advertencia de Gerald Hoskins, en el sentido de que podía ser despedida en cualquier momento, o de que tal vez quisiera renunciar. La señorita Fellowes sabía que debía tener en cuenta la posibilidad de resultar incompatible con el proyecto de Tecnologías Estasis, de que su papel en dicho proyecto fuera insatisfactorio, de que quizás iba a descubrir muy pronto que había cometido un craso error al aceptar el puesto. Por lo tanto, no quemó todas sus naves: el hospital aguardaría su regreso, así como los niños y el apartamento.

Durante aquellas dos semanas finales, a pesar de sus múltiples ocupaciones, atravesó la ciudad en varias ocasiones hasta el cuartel general de Tecnologías Estasis para colaborar en los preparativos de la llegada del niño procedente del pasado. Le habían asignado un equipo de tres ayudantes, dos hombres y una mujer a los que dio una extensa lista de cosas que necesitaba: medicamentos, productos nutritivos complementarios, hasta una incubadora.

—¿Una incubadora? —preguntó Hoskins.

—Una incubadora —confirmó ella.

—No tenemos la intención de traer un niño prematuro, señorita Fellowes.

—No sabe lo que van a traer, doctor Hoskins. Usted mismo me lo dijo, casi textualmente. Es posible que traigan a un niño enfermo, o desnutrido, o que caiga enfermo en cuanto se infiltren en su organismo microbios de nuestra época. Quiero una incubadora preparada para tal eventualidad.

—Una incubadora. Muy bien.

—Y una cámara esterilizada lo bastante grande para albergar a un niño sano y activo, si resulta que es demasiado pequeño para vivir en una incubadora.

—Por favor, señorita Fellowes, sea razonable. Nuestro presupuesto es...

—Una cámara esterilizada, hasta saber si no entraña peligro dejar que el niño respire nuestro aire.

—Temo que la contaminación es inevitable. Respirará nuestro aire saturado de microbios en cuanto llegue. No hay forma de dirigir la Estasis bajo las condiciones asépticas que usted quiere. No hay forma, señorita Fellowes.

—Pues quiero que encuentre una forma.

Hoskins le dirigió lo que ella ya consideraba su exclusiva mirada pragmática.

—En esta ocasión soy yo quien va a ganar, señorita Fellowes. Agradezco su deseo de proteger al niño de todos los peligros imaginables, pero no tiene ni idea de

la disposición física de nuestros equipos, y debe aceptar el hecho de que no podemos introducir al niño por arte de magia en una cámara absolutamente aislada. No podemos.

—¿Y si enferma y muere?

—Nuestro dinosaurio todavía goza de excelente salud.

—No existen motivos para creer que los reptiles, prehistóricos o no, estén sujetos a infecciones por parte de los microorganismos que producen enfermedades en los seres humanos, pero lo que van a traer, doctor Hoskins, es un ser humano, no una cría de dinosaurio. Un miembro de nuestra propia especie.

—Lo sé, señorita Fellowes.

—Por tanto, le pido...

—Y yo le digo que la respuesta es no. Hay que asumir ciertos riesgos, y la infección microbiana es uno de ellos. Si surge algún problema, tendremos preparada toda la asistencia médica posible, pero no vamos a intentar crear un entorno milagroso, puro en un ciento por ciento. De ninguna manera. —Hoskins suavizó un poco el tono—. Permítame decirle algo, señorita Fellowes. Tengo un hijo pequeño que aún no tiene edad para ir a la guardería. Sí, a mi edad, y es lo más maravilloso que me ha pasado en la vida. Quiero que sepa, señorita Fellowes, que estoy tan preocupado por la seguridad del niño que llegará la semana que viene como lo estaría por la de mi hijo Jerry. Y tan confiado en que todo irá bien como si mi propio hijo fuera el sujeto del experimento.

La señorita Fellowes no se sintió segura de que la lógica de esta argumentación fuera especialmente firme, pero estaba claro que Hoskins no iba a ceder en ese punto, y que no le quedaba otra alternativa que aceptar o dimitir. Guardaría en reserva esta última posibilidad, pero las amenazas no servirían de nada en un momento así. Era la única arma que tenía. Debía reservarla para el momento adecuado, y éste no lo era.

Hoskins se mostró igualmente inflexible en lo tocante a dejarle echar un vistazo a la zona donde se alojaría el niño.

—Es la zona de la Estasis —arguyó—, donde tiene lugar la cuenta atrás. Nadie puede entrar mientras continúe. Nadie. Ni usted, ni yo, ni el presidente de los Estados Unidos. Tampoco podemos interrumpir la cuenta atrás para que usted se dé un paseíto.

—Pero si las instalaciones son inadecuadas...

—Las instalaciones son adecuadas, señorita Fellowes. Más que adecuadas. Confíe en mí.

—De todos modos, preferiría...

—Sí. Confíe en mí.

Palabras huecas. Sin embargo, confiaba en él, más o menos.

Aún no estaba segura de qué clase de científico era Hoskins, o si era bueno, a pesar de aquel vago y presuntuoso «doctor en Físicas» que exhibía en la placa, pero había algo indudable: era un administrador duro. No había llegado a responsable de

Tecnologías Estasis S. L. por ser un pelele.

6

A las cinco en punto de la tarde del día 15 de aquel mes, sonó el teléfono de la señorita Fellowes. Era Phil Bryce, un ayudante de Hoskins.

—La cuenta atrás ha llegado a sus tres últimas horas, señorita Fellowes, y todo está dispuesto. Enviaremos un coche para recogerla a las siete en punto.

—Puedo acudir por mis propios medios, gracias.

—El doctor Hoskins ha ordenado que enviemos un coche para que la recoja. Estará en su casa a la siete.

La señorita Fellowes suspiró. Discutir no serviría de nada. «Que Hoskins gane pequeñas victorias —decidió—. Reserva tus municiones para las grandes batallas que sin duda se aproximan».

Caía una lluvia fina. El cielo del anochecer se veía gris y melancólico, y los edificios de Tecnologías Estasis parecían más inhóspitos que nunca, enormes estructuras similares a cocheras, desprovistas de gracia y elegancia.

El aspecto general era de improvisación, de apresuramiento. Reinaba un aire mecánico y severo, carente de alegría, inhumano. Había trabajado durante toda su vida en centros hospitalarios, pero estos edificios conseguían que el más tétrico hospital pareciera la morada del júbilo y las carcajadas. Y los empleados, todos con sus distintivos, aplicados como autómatas en sus ocupaciones, los rostros impenetrables, los tonos susurrados, el ambiente apremiante, casi militar...

«¿Qué estoy haciendo aquí? —se preguntó—. ¿Cómo me he dejado arrastrar a esto?».

—Sígueme, señorita Fellowes, por favor —dijo Bryce.

La gente empezó a mirarla y hacer señas en su dirección. Parecía innecesario anunciar su identidad. Daba la impresión de que todo el mundo conocía su cometido. Ahora llevaba un distintivo, por supuesto, pero nadie le prestaba atención. Simplemente lo sabían. «Es la enfermera del niño», parecían decir. Anduvo ágilmente, casi como si se deslizara sobre patines, de un pasillo a otro, todos de aspecto improvisado, hasta entrar en una sección del centro de investigaciones que desconocía por completo.

Bajaron una ruidosa escalera metálica, desembocaron en una especie de túnel carente de ventanas, iluminado por fluorescentes, caminaron bajo tierra durante una eternidad y se detuvieron ante una puerta de acero. Las pautas ondulantes de un escudo de seguridad bailaban, sobre su superficie pintada de negro.

—Acerque la placa al escudo —indicó Bryce.

—¿De veras considera neces...?

—Por favor, señorita Fellowes. Por favor.

La puerta se abrió. Había más escalones. Subieron por una escalera de caracol, encerrada entre las paredes de una inmensa bóveda de cañón, se internaron por un pasillo, atravesaron otra puerta... ¿Era necesario todo eso?

Por fin, se encontró que un mirador suspendido sobre un enorme pozo. Frente a ella, más abajo, había un asombroso conjunto de instrumentos encajados en una matriz curva, como un cruce entre un panel de control de una nave espacial y la parte delantera de un ordenador gigantesco, aunque tal vez se tratara de un decorado para una epopeya «científica», espectacular y absurda. Multitud de técnicos, de aspecto agotado y ojos desorbitados, corrían de un lado a otro de forma aparatosa, e intercambiaban frenéticas señales. Trasladaban gruesos cables de una toma a otra, los examinaban, meneaban la cabeza y los devolvían a su posición original. Destellaban

luces, y los números de la cuenta atrás parpadeaban en grandes pantallas.

El doctor Hoskins se encontraba en el mirador, no muy lejos, pero se limitó a dirigirle una mirada vaga.

—Señorita Fellowes —murmuró.

Parecía abstraído, preocupado, aislado de lo que ocurría alrededor.

Ni siquiera la invitó a sentarse, aunque había cuatro o cinco filas de silla plegables, apoyadas cerca de la barandilla. La mujer cogió una y la acercó al borde para disfrutar de una vista mejor.

De repente, se encendieron luces en el pozo e iluminaron la zona inmediatamente inferior a donde ella estaba, que hasta aquel momento permanecía a oscuras. Vio una serie de tabiques que componían una serie de apartamentos sin techo, una enorme casa de muñecas cuyas habitaciones era posible mirar desde lo alto.

Creyó distinguir un horno microondas y una unidad refrigeradora en una habitación, y los elementos propios de un cuarto de baño en otra. Había un cubículo abarrotado de aparatos médicos que le resultaron muy familiares. Daba la impresión de contener todo cuanto había solicitado, incluso la incubadora.

Y el objeto que distinguió en otra habitación sólo podría ser parte de una cama, una cama pequeña.

Hombres y mujeres que portaban los distintivos de la empresa empezaron a entrar en el mirador y se sentaron a su lado. La señorita Fellowes reconoció a algunos ejecutivos que le habían presentado en visitas anteriores, aunque fue incapaz de recordar sus nombres. A otros no los había visto nunca. Todos cabecearon y sonrieron en su dirección, como si hiciera años que trabajaran juntos.

Entonces, vio a alguien cuyo nombre y cara le eran conocidos: un hombre delgado, atractivo, de unos cincuenta y cinco años, provisto de un minúsculo bigote gris cuidadosamente recortado, y de ojos penetrantes que parecían tomar nota de todo.

¡Candide Deveney! ¡El corresponsal científico de Telenoticias Internacionales!

La señorita Fellowes no era muy aficionada a la televisión. Una o dos horas a la semana, a veces menos. Había semanas en que ni siquiera conectaba el aparato. Pensaba que los libros constituían suficiente diversión, y su trabajo le resultaba tan fascinante durante largos períodos de tiempo que hasta los libros se le antojaban superfluos. Sin embargo, Candide Deveney era un personaje de la pequeña pantalla que sí conocía. En ocasiones, muy de vez en cuando, algún acontecimiento de gran interés reclamaba toda su atención, de tal modo que debía verlo, no sólo leer artículos al respecto. El aterrizaje en Marte, por ejemplo, o el descubrimiento público de la cría de dinosaurio, o la espectacular destrucción nuclear, en el hemisferio oriental, de aquel pequeño pero mortífero asteroide que iba a chocar contra la Tierra un par de años antes. Candide Deveney estuvo presente en la pantalla durante todos aquellos acontecimientos. Se encontraba en la escena del avance científico más importante de la historia. Verle aquí impresionó a la señorita Fellowes, a pesar suyo. Notó que su

corazón se aceleraba un poco al comprender que algo trascendental iba a suceder, si el hombre se había desplazado hasta Tecnologías Estatus para presenciarlo en directo, y que casi podía extender la mano y tocar a Candide Deveney, a medida que el gran momento se aproximaba.

Después, su arrebató la enfureció. Al fin y al cabo, Candide Deveney era un simple periodista. ¿Por qué la subyugaba tanto, sólo porque le había visto en la televisión?

Lo único admirable era que iban a hurgar en las profundidades del tiempo y traer al siglo XXI a un pequeño ser humano. Y ella era una parte fundamental de aquel proyecto. Ella, no Candide Deveney. En todo caso, tenía que ser Candide Deveney quien se quedara impresionado por estar en la misma habitación que Edith Fellowes, y no al revés.

Hoskins se había acercado a Deveney para saludarle, y daba la impresión de que le estaba explicando el proyecto. La señorita Fellowes inclinó la cabeza para escuchar.

—He estado pensando en lo que hacen aquí desde mi última visita —decía Deveney—, cuando llegó el dinosaurio. Hay un punto en particular que me intriga, y es la cuestión de la selectividad.

—Continúe —dijo Hoskins.

—Sólo pueden llegar hasta cierto límite, lo cual me parece razonable. Cuanto más se alejan, más difuso es todo. Exige más energías y, en último extremo, tienen que habérselas con límites absolutos de energía; no me cuesta comprenderlo. Sin embargo, ese límite es lejano, no cercano. Es lo que más me desconcierta, y no sólo a mí. Es decir, si son capaces de apoderarse de algo que existió hace cien millones de años, les costaría mucho menos recuperar algo del martes pasado, por ejemplo, pero ustedes me dicen que no pueden traer nada del martes pasado, o de otro período de tiempo cercano. ¿Por qué?

—Intentaré que le parezca menos paradójico, Deveney —dijo Hoskins—, si me permite utilizar una analogía.

«¡Le llama “Deveney”! —pensó la señorita Fellowes—. ¡Como un profesor que explica algo a un estudiante!».

—Utilícela, se lo ruego. Sírvase del medio que más le convenga.

—Bien. Es imposible leer un libro impreso con letra normal si lo sostienen a dos metros de tus ojos, ¿verdad? Sin embargo, se lee con suma facilidad si se sostiene, digamos, a treinta centímetros. De momento, cuanto más cerca mejor. Si acerca el libro a dos centímetros de sus ojos, tampoco podrá leerlo. El ojo humano no puede captar algo tan próximo. Por lo tanto, la distancia es un factor determinante en más de un sentido. En lo tocante a la visión, demasiado cerca es tan perjudicial como demasiado lejos.

—Humm —dijo Deveney.

—Pongamos otro ejemplo. Su hombro derecho dista unos setenta y cinco

centímetros del extremo de su índice derecho, y puede apoyar su índice derecho sobre su hombro derecho sin la menor dificultad. Bien. Su codo derecho dista del extremo del índice derecho la mitad de dicha distancia. Por pura lógica, debería ser mucho más fácil tocar con ese dedo el codo que el hombro. Adelante, Pruébalo: coloque su índice derecho sobre su codo derecho. Una vez más, aparece el problema de lo que está demasiado cerca.

—¿Puedo utilizar esas analogías para mi artículo? —preguntó Deveney.

—Por supuesto. Utilice lo que le apetezca. Goza de libertad absoluta. Esta vez queremos que todo el mundo vea lo que sucede aquí.

(A su pesar, la señorita Fellowes descubrió que admiraba la serenidad de Hoskins. Proyectaba energía).

—¿Cuánto tiempo retrocederán en el experimento de esta noche? —preguntó Deveney.

—Cuarenta mil años.

La señorita Fellowes contuvo el aliento.

¿Cuarenta mil años?

Nunca había considerado tal posibilidad. Había estado muy ocupada en otras cosas, como romper sus lazos profesionales con el hospital e instalarse aquí. De pronto, comprendió que no se había molestado en reflexionar lo suficiente sobre ese proyecto.

Sabía que iban a traer al mundo actual a un niño del pasado, por supuesto. Daba por sentado, aunque no estaba segura de dónde había recogido la información, de que provendría de la era prehistórica.

Pero «prehistórica» podía significar casi cualquier cosa. La mayor parte de Europa podía considerarse «prehistórica» tan sólo tres mil años antes. En algunas regiones del mundo actual todavía subsistía una especie de vida prehistórica. La señorita Fellowes había asumido, en el curso de sus escasas meditaciones sobre el asunto, que el niño sería secuestrado de una era nómada preagrícola, que tal vez se remontara a unos cinco mil años atrás, diez mil a lo sumo.

¡Pero cuarenta mil años!

No estaba preparada para eso. ¿Se podría calificar de humano al niño que iban a entregarle? ¿Existía algo similar al Homo Sapiens cuarenta mil años atrás?

La señorita Fellowes deseó recordar algo de los cursos de antropología que había seguido en la universidad, pero tan sólo acudieron a su mente escasos retazos de información, falseados y distorsionados. Antes de que los verdaderos seres humanos evolucionaran, había existido el pueblo neandertal, ¿verdad? Seres primitivos y brutales. Y antes de ellos, el pitecántropo, aún más primitivo, y otros de nombre igualmente complicado, y probablemente algunas especies de prehomínidos o subhomínidos, pequeños seres simiescos, desnudos y peludos, que podían considerarse nuestros lejanos antepasados. Sin embargo, ¿a qué época se remontaban esos seres ancestrales? ¿Veinte mil años? ¿Cincuenta mil? ¿Cien mil? No sabía nada útil sobre su marco temporal.

«Santo Dios, ¿voy a hacerme cargo de un niño-mono?». Se echó a temblar. Incordiando sobre incubadoras y cámaras estériles, y se disponían a arrojar en sus brazos algo muy parecido a un chimpancé. Un salvaje peludo y feroz, provisto de garras y colmillos, algo cuyo lugar era un zoo, en todo caso, pero que no debía entregarse al cuidado de una especialista en...

Bien, tal vez no. Tal vez los neandertales, los pitecántropos y todas aquellas formas primitivas de vida seudohumana habían vivido un millón de años antes, o más, y le iban a entregar un niño en estado salvaje. Ya habían lidiado en ocasiones anteriores con niños salvajes.

Aún así, cuarenta mil años se le antojaba un enorme espacio de tiempo. Su inmensidad la aturdía.

¿Cuarenta mil años?
¿*Cuarenta mil años?*

La tensión se respiraba en el ambiente. Ya había cesado el caótico *ballet* que tenía lugar abajo, y los técnicos apostados frente a los controles apenas se movían. Se comunicaban entre sí mediante señas tan sutiles que era imposible detectarlas; una ceja apenas enarcada, un dedo que palmeaba un instante sobre una muñeca.

Un hombre situado ante un micrófono desgranaba en tono monótono una serie de frases breves que carecían de sentido para la señorita Fellowes. Cifras, sobre todo, puntuadas por lo que parecían frases en código, crípticas e impenetrables.

Deveney se había sentado a su lado, Hoskins al otro.

—¿Veremos algo especial, doctor Hoskins? —preguntó el periodista, inclinado sobre la barandilla—. Me refiero a efectos visuales.

—¿Cómo? No. Nada de nada, hasta que el trabajo haya terminado. Detectamos de manera indirecta, mediante una técnica basada en el principio del radar, aunque utilizamos mesones en lugar de radiaciones. Hace semanas que manipulamos los analizadores de mesones. Sintonizamos y volvemos a sintonizar. Los mesones bucean en el pasado, en condiciones adecuadas. Algunos se reflejan y hemos de analizar las reflexiones, los realimentamos y utilizamos de nuevo para la siguiente exploración, y los afinamos hasta que nos acercamos al nivel de precisión deseado.

—Parece un trabajo difícil. ¿Cómo pueden estar seguros de haber alcanzado el nivel correcto?

Hoskins exhibió su sonrisa habitual, vista y no vista.

—Llevamos trabajando en esto quince años. Cerca de veinticinco, si tenemos en cuenta la labor de nuestra empresa predecesora, que desarrolló muchos de los principios básicos pero no fue capaz de alcanzar una fiabilidad total... Sí, es duro, Deveney. Muy duro. Y aterrador.

El hombre del micrófono levantó una mano.

—¿Aterrador? —preguntó Deveney.

—No nos gusta fracasar. A mí no, por lo menos. Y siempre hay que tener en cuenta esa posibilidad. Trabajamos sobre probabilidades. Efectos cuánticos, ¿comprende? Lo máximo que podemos conseguir es una probabilidad, nunca la certeza. No basta, pero es lo máximo a que podemos aspirar.

—Aparentan mucha confianza, de todos modos.

—Sí. Hace semanas que estamos concentrados en este momento temporal concreto. Lo descomponemos, lo recomponemos después de calibrar nuestros movimientos temporales, verificamos paralajes, buscamos todas las distorsiones de la relatividad, nos aseguramos constantemente de que podemos controlar el flujo temporal con suficiente precisión. Creemos poder hacerlo. Me gustaría decir que sabemos que podemos.

Pero su frente estaba perlada de sudor.

—Ahora —dijo en voz baja el hombre del micrófono.

El silencio aumentó. Era una nueva clase de silencio, un silencio total, un profundo silencio que la señorita Fellowes jamás habría creído posible en una habitación llena de gente, pero apenas duró un segundo.

Entonces se oyó en la casa de muñecas el chillido de un niño aterrorizado. Un chillido de una intensidad aterradora, el chillido que impulsa a taparse los oídos con las manos.

¡Terror! ¡Profundo terror!

Un niño asustado, que gritaba en un momento de desesperación y pavor absolutos, y cuya voz se alzaba con una fuerza y energía asombrosas. Expresaba un terror tan sobrecogedor que apenas se podía concebir.

La cabeza de la señorita Fellowes giró en dirección al grito.

Hoskins descargó el puño sobre la barandilla y dijo con voz tensa, temblorosa de júbilo:

—¡Lo hemos conseguido!

Se precipitaron escaleras abajo en dirección a la sala de operaciones, Hoskins el primero, Deveney pisándole los talones, y la señorita Fellowes, sin que nadie se lo hubiera indicado, detrás del periodista. Pensó que tal vez estaba infligiendo las normas de seguridad, pero había oído el grito proferido por el niño.

Tenía tanto derecho a bajar como Candide Deveney, se dijo.

Hoskins se detuvo al pie de la escalera y paseó la vista en derredor. Pareció sorprenderse un poco de que la señorita Fellowes le hubiera seguido, pero sólo un poco. No le dijo nada.

El ambiente de la sala de operaciones había cambiado de forma radical. El frenesí había desaparecido, y casi toda la tensión. Los técnicos que manipulaban los aparatos parecían totalmente agotados. Guardaban un silencio absoluto, como aturridos. Hoskins no les hizo caso, como si fueran partes desechadas de una maquinaria, carentes de importancia.

Un zumbido muy suave se oía en la casa de muñecas.

—Vamos a entrar —dijo Hoskins.

—¿En el campo de la Estasis? —preguntó Deveney, inquieto.

—No existe el menor peligro. Lo he hecho miles de veces. Notará una sensación extraña cuando atraviese la envoltura del campo, pero es momentánea e inofensiva. Confíe en mí.

Pasó por una puerta abierta para demostrarlo. Deveney le siguió un instante después, esbozando una sonrisa forzada y conteniendo el aliento.

—Usted también, señorita Fellowes —dijo Hoskins—. ¡Haga el favor!

Hizo una señal con el dedo índice, impaciente.

La señorita Fellowes atravesó el umbral. Notó el efecto del campo, como si hubiera roto una ola, un hormigueo interno.

En cuanto estuvo en el interior no percibió ninguna sensación extraña. Todo aparentaba normalidad. Captó el olor de la madera recién cortada de la habitación, y algo más... Un olor de tierra, olor de bosque...

Reparó en que los chillidos de terror ya habían enmudecido. El silencio reinaba en el interior del campo de la Estasis. Entonces oyó un arrastrar de pies, unos dedos que arañaban la madera y, en su opinión, un débil gemido.

—¿Dónde está el niño? —preguntó la señorita Fellowes, angustiada.

Hoskins estaba examinando unos cuadrantes y medidores, ya dentro de la casa de muñecas. Deveney le miraba como idiotizado. Ninguno parecía tener prisa por hacerse cargo del niño, el niño que aquella incomprensible maquinaria había arrebatado de una era increíblemente remota.

¿Acaso no les importaba?

La señorita Fellowes siguió adelante por propia cuenta y se internó por un pasillo que conducía a la habitación de la cama.

Allí encontró al niño. Un niño pequeño, desaseado, flaco, de aspecto muy extraño.

Tendría unos tres años. Iba desnudo. Su pecho sucio de tierra jadeaba. Estaba rodeado de tierra suelta, guijarros y manojos de gruesa hierba arrancada, que formaban un amplio arco en el suelo, como si alguien hubiera arrojado dentro de la habitación una paletada de terreno. El aire olía a tierra, con un toque fétido. La señorita Fellowes vio algunas hormigas grandes de color oscuro y un par de arañas peludas que se movían cerca de los pies desnudos del niño.

Hoskins siguió su mirada horrorizada y dijo, con un tono de profunda irritación:

—No es posible arrebatar limpiamente del tiempo a un niño, señorita Fellowes. Tuvimos que traer parte de su entorno, por su propio bien. ¿Habría preferido que llegara con una pierna menos, o la mitad de la cabeza?

—¡Por favor! —exclamó la señorita Fellowes, asqueada—. ¿Vamos a permanecer quietos? El pobre niño está asustado. Y muy sucio.

Nunca había visto a un niño de aspecto tan desagradable. Tal vez hacía semanas que no se bañaba, o quizá no lo había hecho nunca. Hedía. Una gruesa capa de mugre y grasa cubría todo su cuerpo, y en su muslo se veía un largo arañazo, rojo e inflamado, posiblemente infectado.

—Voy a echarle un vistazo... —murmuró Hoskins, avanzando con cautela.

El niño se encogió, pegó los codos a los costados, bajó la cabeza, como en un instintivo gesto de defensa, y retrocedió. Un brillo de miedo y desafío alumbró en sus ojos. Cuando llegó al otro extremo de la habitación y no pudo retroceder más, elevó el labio superior y siseó como un gato. Fue un sonido aterrador: salvaje, bestial, feroz.

La señorita Fellowes notó que una onda sísmica estremecía su sistema nervioso. ¿Era éste su nuevo pupilo? ¿*Esto*? ¿Este pequeño... animal?

Era tan espantoso como se temía.

Peor incluso. Apenas parecía humano. Era horrible; un pequeño monstruo.

Hoskins reaccionó con presteza: aferró las muñecas del niño, empujó sus brazos hacia atrás y los cruzó sobre su estómago. Al mismo tiempo le levantó del suelo, mientras el niño pataleaba, se retorció y chillaba.

Estremecedores aullidos surgieron del niño. Brotaban de las profundidades de su cuerpo con fuerza asombrosa. La señorita Fellowes advirtió que estaba temblando, y se obligó a serenarse. El sonido era escalofriante, repulsivo, inhumano. Creyó que sus oídos iban a estallar. Costaba creer que un niño tan pequeño pudiera emitir sonidos tan horribles.

Hoskins le sostuvo en el aire, alejado lo más posible de él, y miró a la señorita Fellowes con angustia.

—Siga sujetándole. No le baje. Tenga cuidado con las uñas de sus pies. Llévelo al

cuarto de baño y lo lavaremos. Antes de nada, necesita un buen baño caliente.

Hoskins asintió. A pesar de su diminuto tamaño, no parecía fácil inmovilizar al niño. Un adulto y un niño, pero éste provisto de una fuerza salvaje. Sin duda pensaba que estaba luchando por su vida.

—¡Llene la bañera, señorita Fellowes! —bramó Hoskins—. ¡De prisa!

Había entrado más gente en la zona de la Estasis. En medio de la confusión, la señorita Fellowes reconoció a sus tres ayudantes y les indicó que se acercaran.

—Elliott, abra el grifo. Mortenson, quiero antibióticos para esa infección de la pierna. Mejor dicho, lleve todos los antisépticos al cuarto de baño. Stratford, ordene al equipo de limpieza que saque de aquí toda esta porquería.

Se pusieron en acción. Ahora que empezaba a dar órdenes, recobró parte de su aplomo profesional. La conmoción inicial y el terror se fueron desvaneciendo. Iba a ser difícil, sí, pero se había especializado en manejar casos difíciles. Y había afrontado muchos en el curso de su carrera.

Llegaron los operarios, provistos de cajas. Recogieron la tierra y los desperdicios y los trasladaron a una sección situada en la parte posterior.

—¡Que no salga ni un trozo de tierra de la burbuja! —gritó Hoskins.

La señorita Fellowes se precipitó al cuarto de baño e indicó a Hoskins que zambullera al niño en la bañera. Elliott la estaba llenando de agua caliente. Ya no era una espectadora confusa, sino una eficiente y experimentada enfermera entregada a su trabajo. Se había calmado lo suficiente para examinar al niño con ojo clínico y verle con claridad por primera vez.

Lo que vio la abrumó. Vaciló un momento y procuró reprimir las emociones incontroladas que invadían su mente desprevenida. Vio algo más que la suciedad y los chillidos, algo más que los miembros convulsos y los inútiles pataleos. Vio al niño.

Su primera impresión en aquel momento de caos había sido correcta. Era el niño más feo que había visto en su vida. Era horriblemente feo, desde la cabeza deforme a las piernas arqueadas.

Su cuerpo era excepcionalmente robusto, de pecho muy hundido y ancho de hombros. Perfecto; no había nada de anormal en ello. ¡Pero aquel cráneo largo y de tamaño exagerado! ¡Aquella frente inclinada y protuberante! Aquella inmensa nariz de patata, con las fosas nasales oscuras y cavernosas, que se abrían hacia fuera tanto como hacia abajo. ¡Aquellos enormes ojos, enmarcados en unos portentosos rebordes huesudos! ¡La barbilla huidiza, el cuello breve, las extremidades de enano!

«Cuarenta mil años», se dijo la señorita Fellowes, atontada.

No era humano. No lo era.

Un animal. Su peor pesadilla convertida en realidad: era un niño-mono. Una especie de chimpancé, más o menos. ¡Le pagaban tanto dinero por cuidar de eso! ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Qué sabía sobre el cuidado de monos salvajes prehistóricos?

Y sin embargo... Y sin embargo...

Quizás estaba equivocada acerca de él. Lo deseaba en lo más profundo de su corazón. Había un brillo de inequívoca inteligencia humana en aquellos ojos grandes, fulgurantes, furiosos. Su piel, de un tono pardo claro, casi tostado, no estaba cubierta del grueso vello que cabía imaginar, sino de una pelusilla dorada. Y su rostro, a pesar de la fealdad, no era el rostro de un simio. Era necesario superar la sensación de extrañeza, inicial, para ver que no era nada más que un niño.

Un niño, sí, un niño feo, un niño peculiar, un niño humano. Un niño sucio y asustado, de piernas arqueadas, cabeza deforme, barbilla casi inexistente, con un corte infectado en el muslo y una curiosa marca de nacimiento, roja, en la mejilla, que parecía un rayo. Sí, no se parecía en nada a los demás niños que había conocido, pero pese a ello intentaría ver como a un ser humano a ese pobre crío asustado que habían secuestrado del tiempo. Quizá triunfaría. Quizá.

¡Dios santo, qué feo era! ¡Señor, iba a ser un auténtico desafío querer a alguien tan feo! La señorita Fellowes no estaba segura de lograrlo, pese a todo lo que había dicho al doctor Hoskins durante la entrevista. Era un pensamiento muy perturbador.

La bañera ya estaba llena. Elliott, un hombre musculoso de cabello oscuro, enormes manos y gruesas muñecas, cogió al niño y sumergió su cuerpo tembloroso casi por completo. Mortenson, el otro ayudante, había traído en un carrito los medicamentos. La señorita Fellowes vació la mitad de un tubo de jabón antiséptico en la bañera y empezó a formarse una espuma amarillenta. Las burbujas atrajeron la atención del niño un momento, que dejó de patalear y aullar... pero sólo un momento. Después, probablemente recordó que algo terrible le estaba sucediendo y continuó debatiéndose.

Elliott soltó una carcajada.

—Es un bichejo muy escurridizo. Casi se me ha escapado.

—Procure que no lo haga —advirtió la señorita Fellowes—. Dios mío, cuánta suciedad. Cuidado... ¡Cójale! ¡Cójale!

Fue un trabajo brutal. A pesar de que los dos hombres la ayudaban, sólo pudo controlar al crío hasta cierto punto. No dejó ni un momento de retorcerse, agitarse, patalear, arañar y vociferar. La señorita Fellowes ignoraba si creía defender su vida o su dignidad, pero en muy pocas ocasiones se había encontrado con un paciente tan rebelde. Pronto quedaron empapados de agua sucia y jabonosa, y Elliott dejó de reír. El niño le había arañado el brazo con las uñas, y un largo hilillo de sangre apareció bajo su espeso vello rizado. La señorita Fellowes se preguntó si sería necesario administrarle un sedante para terminar el trabajo. Sería a lo último que recurriría.

—Inyéctese un antibiótico cuando hayamos acabado —indicó a Elliott—. Ese arañazo no me gusta nada. Ignoramos qué clase de microbios prehistóricos pueden alojarse debajo de sus uñas.

Reparó en que había olvidado su anterior petición de un entorno estéril, libre de gérmenes. Ahora, se le antojaba una estupidez. El niño era muy fuerte, ágil y fiero, y ella lo había imaginado débil y vulnerable.

Bien, se dijo la señorita Fellowes, aún era vulnerable, con independencia de la encarnizada resistencia que oponía. Tendrían que controlarlo muy estrechamente durante los primeros días, para evitar que contrajera una infección bacteriana contra la cual careciera de defensas congénitas.

—Sáquele de la bañera un momento, Elliott —ordenó—. Mortenson, llénela de agua limpia. ¡Por Dios, qué niño más sucio!

El baño pareció prolongarse una eternidad.

La señorita Fellowes trabajaba en silencio, con una sensación de creciente indignación. Su estado de ánimo empezaba a derivar hacia la irritación más exacerbada. Ya no pensaba en los estímulos de afrontar un reto difícil. Su mente, espoleada por la incesante resistencia y los aullidos del niño, por no mencionar que todo, ella incluida, se estaba poniendo perdido de agua, se centraba en la idea de que Hoskins la había engatusado para que aceptara una tarea imposible, cuya auténtica naturaleza no había comprendido.

Había insinuado que el niño no sería guapo, lo cual distaba mucho de explicar que sería repulsivamente deforme y tan intratable como un animal salvaje. Por otra parte, el agua y el jabón sólo conseguían atenuar levemente el hedor que emanaba del niño.

Mientras la batalla proseguía, sintió el irresistible impulso de arrojar al niño, mojado y enjabonado, a los brazos del doctor Hoskins, y largarse a continuación, pero la señorita Fellowes sabía que no podía hacerlo. Al fin y al cabo, era una cuestión de orgullo profesional. Para mal o para bien, había accedido a encargarse de ese trabajo. Tendría que apechugar con ello, así de claro. Admitió que Hoskins no la había engatusado. Le había dicho que el trabajo iba a ser duro. Le había dicho que el niño sería difícil, extraño, indisciplinado, incluso muy desagradable. Ésas habían sido sus palabras exactas. Le había preguntado si estaba preparada para querer a ese niño sin condiciones, por más que su barbilla fuera casi inexistente o su frente protuberante. Y ella había respondido que sí, que estaba preparada para asumir todo eso, Y si ahora se marchaba, la mirada de Hoskins, fría y escrutadora, diría: «De modo que estaba en lo cierto. A usted sólo le interesa cuidar de niños guapos, ¿eh, señorita Fellowes?».

Le miró de reojo. Hoskins se mantenía a prudente distancia de ambos, y contemplaba la escena con ojos fríos y una sombra de sonrisa en el rostro. La sonrisa se ensanchó cuando sus miradas se encontraron, como si pudiera leer en su mente, ver la indignación y la sensación de haber sido traicionada que bullían en su interior, y le divertiera el espectáculo.

«Dimitiré —pensó ella cuando la furia le embargó una vez más—. Pero aún no. Esperaré a tenerlo todo bajo control. Dimitir antes sería una deshonra. Primero, civilizaré un poco a este pequeño salvaje repugnante, y después Hoskins deberá buscar a otra persona que lidie con él».

La escaramuza de la bañera terminó con una victoria de los tres adultos sobre el niño asustado. Las capas exteriores de mugre desaparecieron por fin, y la piel adquirió un tono rosáceo bastante más presentable. Sus chillidos de terror habían dado paso a lloriqueos inseguros.

Daba la impresión de que sus forcejeos lo había agotado. Contemplaba todo con suma atención. Sus ojos asustados y suspicaces examinaban a las personas presentes en la habitación. Estaba temblando. No tanto de miedo como de frío después del baño, supuso la señorita Fellowes. Pese a la complexión robusta, su delgadez era extrema. No le sobraba ni un gramo de grasa, y tenía los brazos y piernas como palillos. Estaba temblando, como si la capa de mugre le hubiera protegido del ambiente.

—¡Traigan una bata para el niño! —ordenó la señorita Fellowes.

Una bata apareció al instante. Era como si todo estuviera preparado, pero no se pusiera en acción a menos que ella diera la orden, como si Hoskins la estuviera poniendo a prueba.

—Será mejor que le sujete de nuevo, señorita Fellowes —dijo Elliott—. No podrá ponérsela sola.

—Tiene razón —reconoció Fellowes—. No podré. Gracias, Elliott.

Los ojos del crío se abrieron de par en par cuando vio acercarse la bata, como si se tratara de un instrumento de tortura, pero en esta ocasión la batalla fue más breve y menos violenta. Elliott asió las muñecas con sus enormes manos y levantó sus brazos. La señorita Fellowes pasó diestramente la bata de franela rosa sobre su cabeza de gnomo.

El niño emitió un tenue sonido interrogativo. Deslizó los dedos de una mano por dentro del cuello de la prenda y agarró con fuerza la tela. Arrugas de perplejidad aparecieron en su extraña frente inclinada.

Después gruñó y propinó a la bata un feroz tirón, como si quisiera romperla.

La señorita Fellowes le dio una fuerte palmada en la mano. El doctor Hoskins, que se encontraba detrás de ella, emitió una exclamación de sorpresa, pero la mujer hizo caso omiso.

El niño enrojeció, pero no lloró. Miró a la señorita Fellowes de una forma curiosa, como si el palmetazo no le hubiera ofendido, como si fuera algo habitual y esperado. Ella nunca había visto a un niño de ojos tan grandes, oscuros, brillantes y misteriosos.

Sus dedos separados y rechonchos se movieron poco a poco sobre la gruesa franela de la bata; palparon el tacto extraño, pero no realizó un segundo intento de desgarrarla.

Bien, y ahora ¿qué?, pensó con desesperación la señorita Fellowes.

Todo el mundo parecía en estado de suspensión animada, esperando la siguiente reacción de la mujer, incluso el niño.

Una larga lista de cosas que necesitaban hacerse se reprodujo en su mente, aunque no en orden de importancia:

Profilaxis para aquel arañazo infectado.

Cortar las uñas de manos y pies.

Análisis de sangre. ¿Vulnerabilidad del sistema inmunológico?

Vacunas. ¿Tratamientos preventivos con antibióticos?

Corte de pelo.

Análisis de heces ¿Parásitos intestinales?

Examen dental.

Radiografías del torso. Radiografías del esqueleto.

Y otra media docena de detalles, más o menos apremiantes. De pronto, comprendió cuál era la máxima prioridad, al menos para aquel niño desagradable.

—¿Han traído comida y leche? —preguntó.

Así era. La señora Stratford, su tercera ayudante, entró empujando una reluciente unidad móvil. La señorita Fellowes encontró en el compartimiento de refrigeración tres cuartos de litro de leche, además de una unidad calentadora, una provisión de vigorizantes bajo forma de complementos vitamínicos, un jarabe de cobre, cobalto y hierro, y otras cosas de las que ahora no tenía tiempo de preocuparse. Otro compartimiento contenía una selección de alimentos infantiles en latas que conservaban el calor.

Para empezar, leche y sólo leche. Independientemente de lo que comiera en el lugar de donde procedía (carne medio carbonizada, bayas silvestres, raíces e insectos, ¿cómo saberlo?), la leche solía formar parte de todas las dietas infantiles. Supuso que los salvajes daban de mamar a sus hijos hasta una edad avanzada.

Pero los salvajes no utilizaban tazas, de eso estaba segura. La señorita Fellowes vertió un poco de leche en un plato y lo introdujo unos segundos en el microondas.

Todos la miraban: Hoskins, Candide Deveney, los tres ayudantes y toda la gente que había conseguido colarse en la zona de Estasis. El niño también la observaba con atención.

—Sí, mírame —dijo al niño—. Buen chico.

Sostuvo el plato con cuidado, lo acercó a su boca e imitó el acto de sorber leche.

Los ojos del niño siguieron sus movimientos. ¿Comprendería?

—Bebe —dijo la mujer—. Se bebe así.

La señorita Fellowes imitó de nuevo el acto de sorber. Se sintió un poco absurda, pero no le importó. Haría todo cuanto considerara correcto. Tenía que enseñar al chico cómo se bebía.

—Ahora, tú —dijo.

Le ofreció el plato, acercándolo para que el niño sólo tuviera que adelantar un poco la cabeza y lamer la leche. El niño miró el plato con aire solemne, sin dar

señales de comprender.

—Bebe —dijo la señorita Fellowes. Movi6 la lengua de nuevo a modo de demostraci6n.

No hubo respuesta. S6lo una mirada. Temblaba otra vez, aunque hacfa calor en la habitaci6n y la bata bastaba para protegerle.

Era preciso tomar medidas eficaces, pens6 la enfermera.

Deposit6 el plato en el suelo. Despu6s cogi6 el brazo del ni6o con una mano, se agach6, hundi6 tres dedos de la otra mano en la leche, recog6 un poco y la acerc6 a los labios del ni6o. Resbal6 sobre sus mejillas y su ment6n huidizo.

El ni6o emiti6 un chillido agudo, de un tipo que a6n no habfan escuchado. Parecfa desconcertado y disgustado. Movi6 la lengua lentamente sobre sus labios mojados. Prob6. La lengua lami6 de nuevo.

¿Era aquello una sonrisa?

Sf. Una especie de sonrisa. La se6orita Fellowes retrocedi6 un paso.

—Leche —dijo—. Eso es leche. Adelante. Bebe un poco m6s.

El ni6o, vacilante, se acerc6 al plato. Se inclin6, levant6 la vista y luego mir6 hacia atr6s, como si esperase encontrar a un enemigo agazapado a su espalda, pero no habfa nada. Se inclin6 otra vez, primero con cautela y despu6s con creciente ansia. Lami6 la leche como un gato, con ruidos de absorci6n. No mostr6 el menor inter6s por utilizar las manos para alzar el plato hasta los labios. Era como un animalito, acuclillado en el suelo para sorber la leche.

La se6orita Fellowes experiment6 una s6bita oleada de asco, a6n a sabiendas de que era ella quien habfa imitado la acci6n de lamer. Deseaba pensar en 6l como un ni6o, un ni6o humano, pero continuaba comport6ndose como un animal, y ella no podfa soportarlo. Lo detestaba. Sabfa que su reacci6n se reflejarfa en su cara, pero no podfa evitarlo. ¿Por qu6 era tan bestial aquel ni6o? Era prehist6rico, sf (¿cuarenta mil a6os?), pero ¿debfa por ello recordar tanto a un simio? Era humano, ¿verdad? ¿Qu6 clase de ni6o le habfan entregado?

Candide Deveney adivin6 sus pensamientos.

—¿Lo sabe la enfermera, doctor Hoskins? —pregunt6.

—¿Qu6 he de saber? —replic6 la se6orita Fellowes.

Deveney vacil6, pero Hoskins, de nuevo con aquella expresi6n ir6nica en la cara, intervino:

—No estoy seguro. ¿Por qu6 no se lo cuenta?

—¿A qu6 viene tanto misterio? —pregunt6 Fellowes—. ¡Adelante, dfganmelo, si hay alg6n secreto que revelar!

Deveney se volvi6 hacia ella.

—Me estaba preguntando, se6orita..., si tiene conciencia de que es la primera mujer civilizada que va a cuidar de un ni6o neandertal.

Intercapítulo 2

MUJER DIVINA

Era la cuarta mañana de la marcha hacia el oeste, el peregrinaje de vuelta al Lugar De Los Tres Ríos. Un viento frío y seco del norte no cesaba de soplar desde que Nube De Plata había ordenado dar media vuelta y desandar el largo camino que atravesaba las planicies desérticas. En ocasiones, ráfagas de nieve remolineaban sobre sus cabezas. ¿En pleno verano? La Diosa debía de estar muy enfadada. ¿Por qué? ¿Qué habían hecho? Por la noche, el Pueblo se acurrucaba en grietas y hendeduras, bajo una luna blanca que dibujaba en el cielo ríos de luz gélida. No había cuevas donde guarecerse. Los más intrépidos encontraron ramas de diversos tamaños e improvisaron cobertizos para guarecerse, pero los demás estaban demasiado cansados, después de un día de caminar, y desecharon el esfuerzo.

El día de la Fiesta de Verano había pasado en un abrir y cerrar de ojos, pero por primera vez en su historia no se había celebrado. A Mujer Divina no le hizo ninguna gracia.

—Cuando lleguen los meses fríos, pasaremos hambre —dijo con semblante lúgubre a Guardiania Del Pasado—. Pasar por alto la Fiesta de Verano es algo muy serio. ¿Algún año hemos dejado de celebrarla como es debido?

—No hemos pasado por alto la Fiesta de Verano —replicó Guardiania Del Pasado—. Sólo la hemos aplazado hasta solicitar el consejo de la Diosa.

Mujer Divina escupió.

—¡El consejo de la Diosa! ¡El consejo de la Diosa! ¿Qué se cree Nube De Plata? Yo soy quien recibe el consejo de la Diosa, y no necesito volver al Lugar De Los Tres Ríos para ello.

—Nube De Plata sí.

—Pura cobardía. Se ha asustado de los Otros y quiere huir de ellos, porque sabe que no nos han adelantado.

—Están delante y detrás de nosotros. Ya no podemos escondernos de ellos. Nos rodean por todas partes, y no somos bastantes para oponerles resistencia. ¿Qué vamos a hacer? La Diosa ha de explicarnos cómo tratar con ellos.

—Sí —admitió Mujer Divina, malhumorada—. Supongo que es verdad.

—Por lo tanto, a menos que tú nos aconsejes en nombre de la Diosa las tácticas que debemos seguir...

—Ya basta, Guardiania Del Pasado. Sé lo que quieres decir.

—Bien, Trata de recordarlo.

Mujer Divina resopló y se acercó al fuego. Permaneció de pie, los brazos pegados a los costados.

Guardiana Del Pasado y ella disentían desde hacía más años de los que quería recordar, y el paso del tiempo no había logrado que llegaran a apreciarse. Guardiana Del Pasado se creía especial, gracias a su prodigiosa memoria (auxiliada por sus montones de bastones del recuerdo) y su profundo conocimiento de las tradiciones tribales. Bien, a su manera era especial, admitía a regañadientes Mujer Divina, pero no era sagrada. «Yo soy sagrada —pensó—. Ella es una mera cronista, pero yo hablo con la Diosa, y a veces la Diosa me habla».

De todos modos, concedió Mujer Divina mientras abría su capa de piel para que las llamas calentaran su cuerpo delgado y robusto, Guardiana Del Pasado tenía razón. Los Otros constituían un grave problema; aquella gente alta, ágil y de rostro achatado que había surgido de la nada y parecía estar en todas partes, que se apropiaba de las mejores cavernas, los mejores terrenos de caza, los mejores manantiales. Vagabundos sin tribu que se habían cruzado en el camino del Pueblo habían narrado a Mujer Divina horripilantes historias, historias de batallas entre los Otros y grupos del Pueblo, de espantosas masacres, de terribles derrotas. Los Otros disponían de mejores armas, que al parecer fabricaban en grandes cantidades, y eran muy ágiles en el combate. Se movían como sombras, según decían, y cuando atacaban a alguien parecía que lo hacían desde todos los lados al mismo tiempo. Hasta el momento, Nube De Plata había evitado un enfrentamiento directo con los intrusos, conduciendo a la tribu de un lado a otro de las grandes praderas para eludir escaramuzas con los peligrosos recién llegados. ¿Hasta cuándo lo conseguiría?

«Sí, mejor realizar este peregrinaje y pedir consejo a la Diosa», se dijo Mujer Divina.

Además, Nube De Plata había sido muy persuasivo en lo tocante a la vertiente religiosa de su decisión. La Fiesta de Verano señalaba el punto álgido del año, cuando el sol calentaba más y los días eran más largos. Celebraba la bondad de la Diosa, su indulgencia y ayuda, y servía para agradecer por adelantado los beneficios que concedería durante las restantes semanas de la estación de caza y recogida de alimentos.

¿Cómo iban a celebrar la Fiesta de Verano, si la Diosa estaba disgustada con ellos?, había preguntado Nube De Plata.

En concreto, pensó Mujer Divina, ¿cómo iban a celebrar la Fiesta de Verano, si Nube De Plata se negaba de plano a intervenir? El rito exigía la participación del hombre más poderoso de la tribu. Era él quien debía ejecutar la danza de gratitud ante el altar de la Diosa. Era él quien debía llevar a cabo el sacrificio del toro, el que debía tomar en sus brazos a la virgen escogida e iniciarla en los misterios de la Gran Madre. Las demás festividades religiosas de la tribu eran responsabilidad de las tres Mujeres Divinas, pero ésta no, de ningún modo. Correspondía al jefe llevar la iniciativa. Si Nube De Plata se negaba a tomar parte, no podía celebrarse la Fiesta de Verano. Así

de claro. Mujer Divina se sentía inquieta al respecto, pero la decisión estaba en manos de Nube De Plata.

Mujer Divina se alejó del fuego. Había llegado el momento de preparar el altar para los ritos matutinos.

—¡Mujeres Divinas! —llamó—. ¡Poneos a trabajar las dos!

En otro tiempo, todas habían tenido un nombre, pero ahora se las llamaba simplemente, Mujeres Divinas. Se renunciaba al nombre cuando entraban al servicio de la Diosa, que no tenía nombre y, por tanto, tampoco sus siervas.

Mujer Divina aún recordaba el nombre de la Mujer Divina más joven, porque era hija de la propia Mujer Divina, y Mujer Divina la había llamado Cielo Brillante del Amanecer, pero habían pasado años desde que había pronunciado ese nombre en voz alta. Para ella, y para todos los demás, su hija, llamada en otro tiempo Cielo Brillante del Amanecer, era ahora una Mujer Divina. Al igual que la Mujer Divina que la seguía en edad, cuyo antiguo nombre empezaba a borrarse de la memoria de Mujer Divina; Ave Solitaria, o Zorro Veloz, no estaba segura. Las dos, Ave Solitaria y Zorro Veloz, se parecían mucho. Una había muerto y la otra se había convertido en sacerdotisa, pero Mujer Divina había llegado a confundir sus identidades con el paso del tiempo.

En cuanto a su nombre de nacimiento, Mujer Divina ya no tenía idea de cuál había sido. Hacía años que lo había olvidado, y apenas pensaba en ello. Era Mujer Divina; y sólo Mujer Divina. A veces, tendida a la espera del sueño, se descubría preguntándose, bien a su pesar, por su nombre de nacimiento. ¿Algo relacionado con la luz del sol, con unas alas doradas, con agua transparente? Estaba segura de que incluía algo brillante, pero había olvidado el nombre para siempre. Se sentía culpable por pensar en esas cosas. No podía preguntarlo a nadie. Era un pecado que una Mujer Divina usara su nombre de nacimiento. Cuando pensaba en ello, de inmediato hacía un signo de purificación y pedía perdón.

Era la segunda mujer más vieja de la tribu. Éste era su verano número cuarenta. Sólo Guardianas Del Pasado era más vieja, y únicamente una o dos estaciones. Sin embargo. Mujer Divina era fuerte y vigorosa. Esperaba vivir otros diez años, tal vez quince o incluso veinte, si tenía suerte. Su madre había alcanzado una edad muy avanzada, más de sesenta años, al igual que su abuela. La longevidad era una característica de su familia.

—¿Celebraremos el rito completo esta mañana? —preguntó la Mujer Divina más joven, mientras trasladaban las piedras para erigir el altar.

Mujer Divina le dirigió una mirada de irritación.

—Naturalmente. ¿Hay algún motivo que lo impida?

—Nube De Plata quiere que nos marchemos nada más terminado el desayuno. Dice que hoy hemos de viajar más que en los últimos tres días.

—¡Nube De Plata! ¡Nube De Plata! Dice esto, dice lo otro, y saltamos como ranas a la menor orden suya. Puede que él tenga prisa, pero la Diosa no. Celebraremos el

rito completo.

Encendió el fuego de la Diosa. La segunda Mujer Divina extrajo un saquito de hierbas aromáticas, hecho con piel de lobo, y las espolvoreó sobre la hoguera. Se alzaron llamas de colores. La Mujer Divina más joven trajo el cuenco de piedra lleno de sangre, procedente de la matanza del día anterior, y vertió un poco sobre el altar.

Mujer Divina sacó los tres cráneos de oso sagrados de la piel de oso en que estaban envueltos, la posesión más sagrada de la tribu, y los colocó sobre tres piedras planas, para protegerlos del contacto con el suelo. Los tres cráneos se encontraban en posesión de la tribu desde hacía más generaciones de las que Guardianas Del Pasado podía decir. Grandes héroes del pasado remoto habían matado a los tres osos en combate singular, y habían pasado de una Mujer Divina a la siguiente. El oso era el animal-Padre, la inmensa fuerza que extraía vida de la Gran Madre. Por eso Mujer Divina debía cuidar que los cráneos no entraran en contacto con el suelo desnudo, pues entonces fecundarían a la Madre, y ésta no era la estación apropiada. Cualquier niño que fuera engendrado ahora, mediado el verano, nacería en los días oscuros de finales del invierno, cuando más escaseaba la comida. El tiempo de engendrar niños era el otoño, para que nacieran en primavera.

Mujer Divina posó las manos sobre cada cráneo, de uno en uno, acarició amorosamente la parte superior, pulida y brillante como el hielo por las manos de tantas Mujeres Divinas que habían ejecutado el mismo ritual a lo largo de los años. Notó escalofríos que recorrían sus manos, brazos y hombros cuando el poder de la fuerza-Padre elemental brotó de los cráneos y entró en su cuerpo.

Acarició los colmillos relucientes, las oscuras cuencas de los ojos.

La fuerza-Padre le abrió camino, y la fuerza-Madre penetró en su alma. Una fuerza conducía necesariamente a la otra; no se podía invocar una sin notar la presencia de la otra.

—Te damos gracias, Diosa —murmuró Mujer Divina—. Te damos gracias por el fruto de la tierra, por la carne de las bestias y, sobre todo, te damos gracias por el fruto de nuestros úteros.

Tocó un momento sus pechos, estómago e ingles. Se agachó y hundió los dedos en el suelo, duro y cubierto de escarcha. Por frío que estuviera hoy, seguía siendo el seno de la Madre, y lo acarició con ternura. A su lado, las otras dos Mujeres Divinas la imitaron.

Cerró los ojos. Vio el gran arco del seno de la Madre extenderse ante ella hasta el horizonte. La presencia de la Diosa, la fuerza-Madre, hinchó su alma.

—Bendícenos —rezó Mujer Divina—. Protégenos. Concédenos la gracia de tu amor.

Fuertes carcajadas que sonaron a sus espaldas la arrancaron con brusquedad de sus meditaciones. Era los muchachos de la tribu, dedicados a sus rudos juegos. Procuró no hacerles caso. También pertenecían a la Diosa, por groseros, crueles y estúpidos que fueran.

La Diosa había creado a las mujeres para tener hijos y darles alimento y amor, y a los hombres para cazar, conseguir comida y guerrear, y cada uno tenía asignado un papel que el otro no podía realizar. Tal era el significado de la Fiesta de Verano, la entrada de hombres y mujeres juntos al servicio de la Diosa. Y si los chicos eran groseros e irreverentes, bueno, era porque la Diosa los había hecho así. Que rieran. Que corrieran en círculos y se golpearan unos a otros con bastones. Así debían ser las cosas.

Cuando el largo rito hubo terminado, Mujer Divina se levantó, removi6 el fuego con un palo hasta reducirlo a brasas y recogió las piedras sagradas. Levantó los cráneos, besó cada uno y los envolvió en sus fundas de piel.

Divisó a Nube De Plata, erguido en la distancia, con los brazos cruzados en señal de impaciencia, como si estuviera esperando de mal humor a que acabaran. Mucho más cerca, La Que Sabe había reunido en un círculo a un puñado de niños, y les estaba enseñando una canción.

«Qué patético —se dijo—. La Que Sabe, esa mujer estéril, fingiendo ser una Madre. La Diosa ha tratado con dureza a La Que Sabe», pensó Mujer Divina.

—¿Ya habéis terminado? —gritó Nube De Plata—. ¿Podemos irnos ya, Mujer Divina?

—Sí, podemos irnos.

La Que Sabe se acercó a ella. Algunos de los niños más pequeños le pisaban los talones: Dulce Flor, Rostro De Fuego Celestial, y un par más.

—¿Puedo hablar contigo un momento, Mujer Divina? —preguntó La Que Sabe.

—Nube de Plata quiere que lo recojamos todo y nos pongamos en camino.

—Sólo un momento.

—De acuerdo.

La Que Sabe era una mujer irritante. Nunca le había caído bien a Mujer Divina. Ni a nadie. Era inteligente, sí, y poseía una misteriosa energía, y se merecía cierto; respeto, pero era de trato difícil. Toda su vida había tenido problemas, y Mujer Divina la compadecía por ello: los bebés muertos, la pérdida de su pareja, todo eso. Sin embargo, deseaba que La Que Sabe la dejara en paz. Un aura de mala suerte la rodeaba, como si resultara desagradable a los ojos de la Diosa.

—¿Es cierto lo que he oído —preguntó en voz baja La Que Sabe—, que se celebrará un sacrificio especial cuando lleguemos al Lugar De Los Tres Ríos?

—Habrá un sacrificio, sí. ¿De qué serviría peregrinar, si no hiciéramos una ofrenda cuándo llegáramos al lugar del peregrinaje?

—Un sacrificio especial.

La escasa paciencia que Mujer Divina conservaba se agotó al instante.

—¿Especial en qué, La Que Sabe? ¿En qué sentido? No tengo tiempo para adivinanzas.

—El sacrificio de un niño.

Si La Que Sabe le hubiera arrojado un puñado de nieve a la cara, Mujer Divina no

se habría quedado más sorprendida.

—¿Cómo? ¿Quién ha dicho eso?

—He oído hablar a los hombres. Ofreceremos un niño a la Diosa en el Lugar De Los Tres Ríos, para que aleje a los Otros de nosotros. Nube De Plata ya lo ha decidido. Se supone que después de discutirlo contigo. ¿Es cierto, Mujer Divina?

Mujer Divina notó que su corazón se aceleraba y un trueno retumbaba en sus oídos. Se sintió débil y mareada, y tuvo que esforzarse por seguir erguida y aguantar la mirada de La Que Sabe. Aspiró profundas bocanadas de aire, llenó sus pulmones una y otra vez, hasta recobrar algo lejanamente emparentado con la calma.

—Esto es una locura, La Que Sabe —contestó con frialdad—. La Diosa da niños. No los quita.

—A veces se los lleva.

—Sí, lo sé. —Mujer Divina suavizó un poco su tono—. Los caminos de la Diosa son inescrutables, pero nosotros no matamos niños para ofrecérselos. Animales, sí. Nunca un niño. Jamás. Nunca ha sucedido.

—Tampoco los Otros habían constituido un serio peligro para nosotros.

—Sacrificar niños no nos protegerá de los Otros.

—Dicen que Nube De Plata y tú habéis decidido que sí.

—Mienten, sean quienes sean —replicó Mujer Divina, airada—. No sé nada sobre este plan. ¡Nada! Son tonterías, La Que Sabe. No ocurrirá. Te lo prometo. No habrá sacrificios de niños. Puedes estar completamente segura.

—Júralo. Júralo por la Diosa... No. —La Que Sabe cogió de una mano a Rostro De Fuego Celestial y de otra a Dulce Flor—. Júralo por las almas de estos niños.

—Mi palabra es suficiente.

—¿No quieres jurar?

—Mi palabra es suficiente. No tengo por qué hacerte juramentos. Ni por la Diosa, ni por el culo de Dulce Flor, ni por nada. Somos gente civilizada. La Que Sabe. Nosotros no matamos niños. Esto debería bastarte.

La Que Sabe parecía escéptica, pero se dio la vuelta y se marchó.

Mujer Divina permaneció pensativa.

¿Sacrificar un niño? ¿Hablaban en serio? ¿Creían que serviría de algo? ¿Podía servir de algo?

¿Toleraría la Diosa algo semejante? Intentó razonarlo. Entregar una pequeña vida, devolver a la Diosa lo que la Diosa había dado..., ¿era forma de convencerla de que debía ayudar a su Pueblo en esta hora difícil?

No. No. No. Carecía de sentido, desde todos los puntos de vista que acudían a la mente de Mujer Divina.

¿Dónde estaba Nube De Plata? Ah, allí, examinando las nuevas puntas de flecha fabricadas por Jinete De Mamut. Mujer Divina se acercó y le llevó a un lado.

—Dime algo, y sé sincero. ¿Piensas sacrificar a un niño cuando lleguemos al Lugar De Los Tres Ríos?

—¿Has perdido la cabeza, Mujer Divina?

—La Que Sabe dice que algunos hombres hablan de ello. Que ya lo has decidido y que yo he dado mi aprobación.

—¿Has dado tu aprobación?

—Por supuesto que no.

—Bien, el resto de la historia es igual de cierto. ¿Sacrificar a un niño, Mujer Divina? No habrás creído que yo...

—No estaba segura.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Suprimiste la Fiesta de Verano, ¿no?

—¿Qué te pasa, Mujer Divina? ¿Es que no ves la diferencia entre suprimir una fiesta y sacrificar a un niño?

—Hay quienes afirman que tan mala es una cosa como la otra.

—Bien, alguien que diga eso tiene que estar loco —replicó Nube De Plata—. No abrigo tales intenciones, y puedes decirle a La Que Sabe que yo... —Hizo una pausa. Su expresión cambió de manera extraña—. No pensarás que nos puede beneficiar, ¿verdad? No estarás insinuando...

—No, claro que no. Ahora eres tú el que habla como si hubieras perdido la cabeza. No seas ridículo. No he sugerido nada. He venido para averiguar si había algo de cierto en los rumores, eso es todo.

—Pues ahora ya lo sabes. Nada. Nada de nada.

Sin embargo, persistía un brillo extraño en sus ojos. La indignación de Nube De Plata se había mitigado, dando paso a la reflexión. Mujer Divina no estaba segura de cómo interpretar aquella extraña mirada. ¿En qué estaría pensando?

Diosa del cielo no podía tomar en serio la idea de sacrificar a un niño, así de repente, ¿verdad? «¿Habré sembrado una idea monstruosa en su mente?», pensó.

No, decidió. No. Era imposible. Conocía bien a Nube De Plata. Era duro, irreductible, podía ser brutal..., pero esto no. Un niño, no.

—Quiero que entiendas mí postura claramente —dijo Mujer Divina, con toda la energía que pudo reunir—. Es posible que haya hombres en esta tribu convencidos de que sería útil ofrecer un niño a la Diosa y, por lo que sé, Nube De Plata, serían capaces de convencerte antes de que lleguemos al Lugar De Los Tres Ríos. Pero yo no lo permitiré. Estoy dispuesta a arrojar la peor maldición de la Diosa sobre cualquier hombre que se proponga algo semejante. Será la maldición del oso, la más siniestra de todas. Le apartaré de su misericordia sin el menor titubeo. Le...

—Calma, Mujer Divina. Estás haciendo una montaña de nada. Nadie habla de sacrificar a un niño. Nadie. Cuando lleguemos al Lugar De Los Tres Ríos, cazaremos un íbice, un antílope o un buen alce rojo, y ofreceremos su carne a la Diosa como siempre hacemos, y nada más. De modo que tranquilízate. Tranquilízate. Te preocupas demasiado por algo que jamás permitiré. Y tú lo sabes, Mujer Divina.

—Muy bien. Un íbice. Un antílope.

—Desde luego.

Nube De Plata sonrió y le dio un apretón en el hombro. Mujer Divina se sintió estúpida. ¿Cómo podía haber imaginado que Nube De Plata acariciara una idea tan bárbara?

Se alejó para arrodillarse junto al riachuelo y refrescarse con agua fría su frente dolorida.

Más tarde, cuando la tribu reemprendió la marcha, Mujer Divina se acercó a La Que Sabe.

—He hablado con Nube De Plata —dijo—. No sabía más que yo acerca de ese plan para sacrificar un niño. Y piensa lo mismo que yo, y que tú. Nunca lo permitiré.

—Hay quienes opinan lo contrario.

—¿Quiénes, por ejemplo?

La Que Sabe meneó la cabeza.

—No diré nombres, pero piensan que la Diosa no estará satisfecha hasta que le entreguemos uno de nuestros niños.

—Si piensan eso, no entienden a la Diosa en absoluto. Olvida todo esto, La Que Sabe, te lo ruego. Es hablar por hablar, como hacen los locos.

—Confiamos en que así sea —dijo La Que Sabe con tono agorero.

Continuaron la marcha. Poco a poco, Mujer Divina olvidó el asunto. La negativa de La Que Sabe a dar nombres había despertado sus sospechas. Era muy probable que la historia fuera falsa. Tal vez lo había inventado todo; tal vez se había vuelto loca; tal vez sería una buena idea enviar a La Que Sabe a una peregrinación en solitario, para que limpiara su alma atormentada de fantasías tan perturbadoras. ¡Sacrificar a un niño! Era impensable.

Lo olvidó por completo, y las semanas fueron transcurriendo. El Pueblo marchó hacia el oeste, hacia el Lugar De Los Tres Ríos, mientras el calor del verano perdía su fuerza.

Y ahora, por fin, se encontraban sobre la ladera inclinada de una colina que dominaba Los Tres Ríos. La larga marcha hacia atrás estaba a punto de terminar. El sendero serpenteaba colina abajo, hasta perderse en el brumoso valle, desde el que se veía el centello de las aguas De Los Tres Ríos.

Estaba oscureciendo, y el Pueblo ya pensaba en montar el campamento para pasar la noche. Y entonces ocurrió algo extraño.

Mujer Divina estaba cerca de la cabeza de la fila, flanqueada por Árbol De Lobos y Ojo Llameante, encargados de ayudarla y transportar los paquetes que contenían las cosas de la Diosa. De repente, justo al lado del sendero, el aire adquirió un brillo intenso. Se produjo un chispazo. Mujer Divina vio destellos rojos y verdes, ondas luminosas, una ardiente blancura en el núcleo. La luz blanca se movió. Subió y bajó en el aire, dibujando remolinos.

Mirar aquello era doloroso. Levantó una mano para protegerse los ojos. Alrededor de ella, el Pueblo gritaba de miedo.

Después se desvaneció, tan de repente como se había iniciado. El aire cercano al sendero parecía vacío. Mujer Divina permaneció inmóvil, parpadeando, con los ojos doloridos y la mente sumida en la confusión.

—¿Qué ha pasado? —preguntó alguien.

—¿Qué pasará ahora?

—¡Sálvanos, Nube De Plata!

—¿Mujer Divina? ¡Mujer Divina, dinos qué era eso!

Mujer Divina se humedeció los labios.

—Era... la Diosa pasando a nuestro lado —improvisó, desesperada—. El borde de su túnica; eso era.

—Sí —dijeron—. La Diosa. Era la Diosa. Ha sido ella.

Todo el mundo guardó silencio durante un rato, con cautela, sin moverse, por si la Diosa regresaba, pero no ocurrió nada anormal.

—¡Ha sido la Diosa, sí —gritó entonces La Que Sabe—, y se ha llevado a Rostro De Fuego Celestial!

—¿Cómo?

—Estaba aquí, justo detrás de mí, cuando apareció la luz. Ya no está.

—¿Que ya no está? ¿A dónde ha ido?

—¡Buscadle! —gritó alguien—. ¡Hay que encontrarle! ¡Rostro De Fuego Celestial! ¡Rostro De Fuego Celestial!

Se produjo una tremenda confusión. La gente empezó a moverse en todas direcciones, sin propósito determinado. Mujer divina oyó que Nube De Plata gritaba pidiendo calma. Las Madres estaban nerviosísimas. Sus chillidos se elevaban por encima de todos los demás sonidos, y corrían de un lado a otro, sollozando y agitando los brazos.

Por un momento, Mujer Divina fue incapaz de recordar cuál era la verdadera madre de Rostro De Fuego Celestial; después, vino a su memoria que era Humo Rojo Del Amanecer quien había dado a luz al niño de la marca de nacimiento en forma de rayo, cuatro veranos antes. No obstante, las Madres educaban a todos los niños de la tribu en común, y les daba igual cuál de ellas había traído al mundo a un niño en concreto. Fuente De Leche, Nieve Hermosa y Lago De Hielo Verde estaban tan preocupadas por su sorprendente desaparición como Humo Rojo Del Amanecer.

—Se habrá alejado del sendero —dijo Montaña Rota—. Iré a buscarle.

—Estaba aquí —repitió La Que Sabe—. Aquella luz se lo tragó.

—¿Lo viste?

—Estaba detrás de mí cuando ocurrió, pero no tan lejos como para extraviarse. Se lo llevó la luz. Fue la luz.

De todos modos, Montaña Rota insistió en ir a buscarle, pero fue inútil. No encontró ni rastro del niño en ninguna parte. Una hora de búsqueda resultó infructuosa; ni siquiera vieron huellas. Y la oscuridad se había abatido sobre ellos.

—Hemos de seguir —dijo Nube De Plata—. Aquí no podemos acampar.

—Pero Rostro De Fuego Celestial...

—Se ha ido —sentenció Nube De Plata—. Ha desaparecido en la luz de la Diosa.

—¡La luz de la Diosa! ¡La luz de la Diosa!

Continuaron su camino. Mujer Divina se sentía aturdida. Había mirado de frente la luz cegadora y todavía le dolían los ojos. Cuando los cerró, vio puntos de color púrpura. ¿Había sido la Diosa? No podía afirmarlo. Nunca había visto algo parecido a aquella luz, y deseó no volver a verlo.

—De modo que, al fin y al cabo, la Diosa quería a uno de nuestros niños —dijo La Que Sabe—. Vaya, vaya, vaya.

—¡No sabes nada de esos asuntos! —Se revolvió Mujer Divina—. ¡Nada!

Pero ¿y si estaba en lo cierto?, se preguntó Mujer Divina. Era muy posible, incluso probable. Una luz tan poderosa sólo podía ser una manifestación de la Diosa.

¿La Diosa había exigido un niño? ¿Por qué? ¿Qué sentido tenía?

«Nunca podremos comprenderla —decidió Mujer Divina, después de reflexionar toda la noche sobre el extraño suceso—. Ella es la Diosa, y nosotros sólo somos sus criaturas. Y Rostro De Fuego Celestial se ha ido. Sobrepassa nuestra comprensión, pero así sea». Recordó ahora el rumor de que Nube De Plata pensaba sacrificar a un niño cuando llegaran al Lugar De Los Tres Ríos. Bien, al menos ya no se hablaría de esas cosas. Casi habían alcanzado su destino, y la Diosa había reclamado a un niño sin necesidad de que se vieran obligados a entregárselo. Mujer Divina confió en que Ella hubiera quedado satisfecha. No había tantos niños en la tribu como para permitirse el lujo de darle otro.

Capítulo III

DESCUBRIR

¿Un neandertal? ¿Un neandertal subhumano? La señorita Fellowes pensó en ello con incredulidad y estupor, invadida por la ira y una creciente sensación de haber sido traicionada. ¿Era eso el niño? Si Deveney había dicho la verdad, sus peores temores se habían confirmado.

Se volvió hacia Hoskins y le miró con una especie de ferocidad controlada.

—Tendría que habérmelo dicho, doctor.

—¿Por qué? ¿Qué más da?

—Dijo que era un niño, no un animal.

—Y es un niño, señorita Fellowes. ¿No opina lo mismo?

—Un niño neandertal.

Hoskins aparentaba confusión.

—Sí, claro. Ya sabe a qué tipo de experimentos se dedica Tecnologías Estasis. ¿No quedó claro que el niño sería extraído de una era prehistórica?

—Prehistórica, sí, pero ¿neandertal? Pensaba que iba a cuidar de un niño humano.

—Los neandertales eran humanos —replicó Hoskins, que empezaba a dar muestras de irritación—. Más o menos.

—¿De veras?

Miró a Candide Deveney en busca de ayuda.

—Bien —dijo el periodista—, según la opinión de casi todos los paleoantropólogos de los últimos sesenta o setenta años, los neandertales han de ser considerados una forma de *Homo sapiens*, señorita Fellowes; una rama arcaica de la especie, tal vez, o una subespecie, algo así como un primo lejano, por decirlo de alguna manera, pero definitivamente un pariente próximo, definitivamente humano...

Hoskins le interrumpió, impaciente.

—Dejemos eso de momento, Deveney. Centrémonos en el problema. Señorita Fellowes, ¿ha tenido alguna vez perros o gatos?

—Cuando era joven sí, pero ¿qué tiene que ver con...?

—Cuando tuvo un perro o un gato, ¿lo cuidó? ¿Lo quiso?

—Por supuesto, pero...

—¿Era humano, señorita Fellowes?

—Era un animal doméstico, doctor. Ahora no estamos hablando de animales domésticos. Es una cuestión profesional. Han solicitado una enfermera con sólida experiencia y considerables conocimientos en pediatría avanzada, sólo para cuidar

de... de...

—Imagine que este niño fuera una cría de chimpancé —siguió Hoskins—. ¿Sentiría repugnancia si yo le pidiera que lo cuidara?, ¿lo haría, o saldría corriendo, asqueada? Y no estamos hablando de un chimpancé, ni de un simio antropoide. Estamos hablando de un ser humano.

—Un niño neandertal.

—Justo lo que acabo de decir. Un ser humano. De aspecto extraño y salvaje, como ya le adelanté. Un caso difícil. Usted es una enfermera experimentada, señorita Fellowes, con una soberbia lista de éxitos. ¿La asustan los casos difíciles? ¿Se ha negado alguna vez a cuidar de un niño deforme?

La señorita Fellowes se dio cuenta de que sus argumentos se tambaleaban.

—Tendría que habérmelo dicho —contestó con menos vehemencia.

—Y habría rechazado el trabajo, ¿verdad?

—Bueno...

—Sabía que íbamos a retroceder miles de años en el pasado.

—«Miles» podía significar tres mil. No me he dado cuenta hasta esta noche, cuando el señor Deveney y usted estaban hablando del proyecto y oí las palabras «cuarenta mil años», de lo que estaba pasando aquí. Y ni siquiera entonces comprendí que había de por medio un neandertal. No soy experta en... en... ¿Dijo usted paleoantropología, señor Deveney? No estoy tan familiarizada como ustedes con la escala temporal de la evolución humana.

—No ha contestado a mi pregunta —dijo Hoskins—. Si hubiera conocido todos los detalles por anticipado, ¿habría rechazado el empleo o no?

—No estoy segura.

—¿Quiere rechazarlo ahora? Ya sabe que había otras candidatas cualificadas. ¿Va a renunciar?

Hoskins la miró con frialdad, mientras Deveney la observaba desde el otro lado de la habitación, y el niño neandertal, que había terminado la leche y lamido el plato hasta dejarlo seco, clavó la vista en ella, con la cara mojada y los ojos anhelantes.

La señorita Fellowes contempló al niño. El niño feo. Oyó su propia voz: «Pero ¿neandertal? Pensaba que iba a cuidar de un niño humano».

El niño señaló la leche, y después el plato. De pronto, prorrumpió en una serie de sonidos bruscos y ásperos, repetidos una y otra vez; sonidos compuestos de ruidos guturales estrangulados y complicados chasquidos de lengua.

—¡Pero si está hablando! —exclamó la señorita Fellowes, sorprendida.

—Eso parece —dijo Hoskins—, o al menos es capaz de producir un sonido equivalente a «dame de comer otra vez». Como cualquier gato, por supuesto.

—No... No; está hablando —repitió la señorita Fellowes—. Es algo que todavía debe confirmarse. El tema de si los neandertales poseían un verdadero lenguaje está sujeto a muchas controversias. Es uno de los puntos que confiamos en dilucidar durante el tiempo que dure el experimento.

El niño volvió a repetir los sonidos. Miró a la señorita Fellowes. Miró la leche, y al plato vacío.

—Ahí tiene la respuesta —dijo la mujer—. ¡No cabe duda de que está hablando!

—En ese caso es humano, ¿no cree, señorita Fellowes?

La mujer no contestó. Era un tema demasiado complicado para pararse a pensarlo ahora. Un niño hambriento la estaba llamando. Cogió la leche.

Hoskins aferró su muñeca y la obligó a erguirse de cara a él.

—Un momento, señorita Fellowes. Antes de seguir adelante, he de saber si va a continuar en el puesto.

La mujer se soltó, irritada.

—¿Le matará de hambre en caso contrario? Me está pidiendo más leche, y usted me impide que se la dé.

—Adelante, pero necesito saber la respuesta.

—Me quedaré con él... durante un tiempo.

Vertió la leche. El niño se acuclilló y hundió la cara en el plato, lamiendo y sorbiendo como si no comiese ni bebiese desde hacía días. Emitió canturreos guturales mientras lamía el plato.

«No es más que un animalito —pensó la señorita Fellowes—. ¡Un animalito!».

Reprimió con esfuerzo un escalofrío.

—Vamos a dejarla a solas con el chico, señorita Fellowes —dijo Hoskins—. Ha sufrido una experiencia terrible, y es mejor despejar esto de gente para que usted intente ayudarle a descansar.

—De acuerdo.

El hombre indicó la puerta metálica oval, muy parecida a la escotilla de un submarino, que permitía el acceso a la casa de muñecas.

—Ésta es la única puerta de la Sección Uno Estatus, y estará puntualmente cerrada y vigilada en todo momento. La cerraremos cuando nos marchemos. Mañana aprenderá el funcionamiento de la cerradura, que responderá a sus huellas digitales como ya responde a las mías. Los espacios superiores —señaló los techos abiertos de la casa de muñecas— están vigilados por una red de sensores que avisarán de inmediato si algo incorrecto sucede aquí.

—¿Incorrecto?

—Una intrusión.

—¿Por qué habría una...?

—Tenemos a un niño neandertal del año cuarenta mil antes de Cristo en estas habitaciones —dijo Hoskins, sin disimular su impaciencia—. Es posible que a usted se le antoje inverosímil, pero pueden producirse toda clase de intrusiones, desde productores de Hollywood a grupos científicos rivales, pasando por algún supuesto defensor de los derechos de los niños, como ese del que usted y yo hablamos en nuestra primera entrevista.

«Bruce Mannheim —pensó la señorita Fellowes—. Está preocupado por la posibilidad de que Mannheim cause problemas. Cuando quiso saber si había tenido algún encontronazo con Mannheim durante mi carrera profesional, no era sólo una pregunta hipotética».

—Claro, por supuesto —dijo—. Hay que proteger al niño.

Entonces se le ocurrió una idea. Levantó la vista hacia el techo abierto y recordó que había podido ver todas las habitaciones de la casa de muñecas desde el mirador.

—¿Quiere decir que estaré expuesta a la vista de cualquier observador que se asome ahí arriba? —preguntó, indignada.

—No, no.

Hoskins sonrió. Una sonrisa afable, quizás algo condescendiente, pensó la mujer. La recatada solterona, preocupada por los mirones. Sin embargo, no existían motivos para que tuviera que vestirse y desvestirse bajo el escrutinio de unos extraños.

—Su intimidad será respetada al máximo, señorita Fellowes, se lo aseguro. Confíe en mí.

Otra vez el «confíe en mí». Le gustaba utilizar la frase; debía de usarla

continuamente, con todas las personas que trataba. No era una frase que inspirara mucha confianza. Cuanto más la usaba, menos confiaba en él.

—Si cualquiera puede asomarse a ese mirador y echar un vistazo a estas habitaciones, no veo cómo...

—El acceso al mirador será restringido estrictamente; estrictamente —dijo Hoskins—. Los únicos que subirán ahí serán los técnicos que trabajan en el centro de energía, y usted será avisada de antemano. Los sensores que he mencionado ejercerán una vigilancia electrónica, controlada por un ordenador. No la espiaremos. Se quedará con él esta noche, señorita Fellowes, ¿comprendido? Y todas las noches, hasta nuevo aviso.

—Muy bien.

—Será relevada durante el día, según el horario que usted juzgue conveniente. Nos encargaremos de eso mañana. Mortenson, Elliott y la señora Stratford la sustituirán por turnos siempre que no esté con el niño. En todo momento habrá uno de ustedes con él. Es absolutamente esencial que permanezca dentro de la zona de Estatus, y que usted sepa siempre dónde está.

La señorita Fellowes paseó la vista por la casa de muñecas con expresión de estupor.

—¿De veras cree necesario todo eso, doctor Hoskins? ¿Tan peligroso es el niño?

—Es una cuestión de energía, señorita Fellowes. Hay implicadas leyes de conservación. Se las explicaré si quiere, pero creo que de momento ha de aplicarse a cosas más importantes. Ha de grabar en su mente que no podrá salir de estas habitaciones. Nunca, Ni por un instante. Por ningún motivo. Ni para salvar su vida. Ni siquiera para salvar la vida de usted, señorita Fellowes... ¿Está claro?

La señorita Fellowes alzó la barbilla con aire de afectación.

—No estoy segura de a qué se refiere con leyes de conservación, pero he entendido las órdenes, doctor Hoskins. El niño se queda en sus habitaciones, si existen buenos y suficientes motivos, y es obvio que existen. Aunque mi vida esté en juego, por melodramático que suene, estoy preparada para afrontarlo. La enfermera profesional está acostumbrada a anteponer su deber al instinto de conservación.

—Estupendo. Si necesita algo, avise por el interfono. Buenas noches, señorita Fellowes.

Los dos hombres se marcharon. Los demás ya habían desaparecido. La escotilla se cerró y la señorita Fellowes oyó el ruido de mecanismos electrónicos al ajustarse.

Estaba encerrada. Con un niño salvaje del año 40 000 antes de Cristo.

Se volvió hacia el niño. La observaba con cautela, y aún quedaba leche en el plato. La señorita Fellowes intentó señalarle con mímica cómo levantar el plato y llevarlo a los labios. La mímica no surtió efecto. Siguió mirándola, pero no hizo el menor esfuerzo por imitarla. La mujer pasó a la acción, como antes. Levantó el plato hacia la cara y fingió que lamía la leche.

—Ahora, tú —dijo—. Inténtalo.

El niño siguió mirando. Temblaba.

—No es difícil. Yo te enseñaré. Dame las manos.

Apoyó las manos sobre sus muñecas con infinita delicadeza.

El niño gruñó, un sonido terrorífico al surgir de una criatura tan pequeña, y se soltó con fuerza sorprendente. Su rostro se encendió de rabia y miedo. La marca de nacimiento con forma de rayo se destacaba claramente sobre la piel recién aseada.

Apenas hacía unos minutos que el doctor Hoskins le había asido por las muñecas. Le había cruzado los brazos sobre el cuerpo y levantado en vilo. El niño aún recordaba la sensación de aquellas grandes manos masculinas sujetando sus muñecas.

—No —dijo con suavidad la señorita Fellowes—. No quiero hacerte daño. Sólo intentaba enseñarte a coger el plato de leche.

Tenía sus asustados ojos clavados en ella, al acecho de cualquier falso movimiento. La señorita Fellowes extendió poco a poco las manos hacia sus muñecas, pero el niño sacudió la cabeza y las apartó.

—Muy bien. Yo sujetaré el plato. Tú te limitas a lamerlo. Al menos, no estarás tirado en el suelo como un animal.

Vertió un poco más de leche en el plato, lo levantó, se lo extendió. Y esperó.

Esperó.

El niño produjo chasquidos de lengua y ruidos guturales que expresaban hambre, pero no avanzó hacia el plato.

La miró con sus enormes ojos.

Emitió un sonido que la señorita Fellowes no creyó haber oído antes.

¿Qué significaba? «Baja el plato, vieja estúpida, para que pueda lamer un poco de leche». ¿Era eso?

—Vamos, niño. Bebe sin tirarte al suelo, como haría cualquier niño humano normal.

La miró fijamente. Chasqueó la lengua con cierto aire de tristeza.

—Hazlo así —indicó la señorita Fellowes.

Se dobló casi por la cintura, echó la cabeza hacia delante (fue difícil; no tenía una boca similar a un hocico como la de él) y lamió un poco de leche de su lado del plato, mientras lo sostenía delante del niño, que la miró con solemnidad desde el otro lado, a muy escasa distancia.

«Qué ojos más grandes tiene», pensó.

—Así...

Sorbió un poco más de leche.

El niño dio un paso adelante. Mantuvo las manos pegadas a los costados, de modo que ella continuó sujetando el plato, pero el niño lamió un momento la leche, vacilante, luego con mayor entusiasmo, y empezó a beber, todavía de pie.

La señorita Fellowes empezó a bajar el plato hacia el suelo.

El niño gruñó de disgusto cuando vio que el plato descendía, y alzó las manos para sostenerlo al nivel de su boca. Entonces, la mujer apartó las manos. Ahora era el

niño quien sujetaba el plato. Y lamía ansiosamente.

«Bien hecho, hijo —pensó—. ¡Magnífico!».

El plato se vació. Ahora que había terminado de beber, lo dejó caer al suelo. El plato se rompió en media docena de pedazos. El niño la miró con una mezcla de decepción, pesar y miedo. Algo similar a un sollozo brotó de su interior.

La señorita Fellowes sonrió.

—Sólo era un plato, hijo. Los platos no son importantes. Hay muchos más en el sitio del que salió ése. Y mucha más leche.

Apartó con el pie los pedazos. Tendría que recogerlos enseguida, porque eran afilados, pero de momento los dejó. Sacó otro plato, idéntico al primero, del compartimiento situado en la base del carrito. Se lo enseñó.

Los lloriqueos cesaron. El niño sonrió.

Una sonrisa inconfundible, la primera desde su llegada. Era increíblemente amplia (¡qué grande era su boca, de oreja a oreja!) y radiante, como la luz del sol cuando se abre paso entre nubarrones negros.

La señorita Fellowes le devolvió la sonrisa. Extendió la mano con cautela para tocarle, para acariciar su pelo. Movié la mano con mucha lentitud, dejó que el niño siguiera con los ojos cada milímetro de recorrido, para convencerle de que no iba a hacerle daño.

El niño temblaba, pero se quedó inmóvil, mirándola. Por un momento, consiguió acariciarle el cabello. Entonces el niño retrocedió, con timidez, pensó, como un... animalito asustado.

La idea hizo enrojecer a la señorita Fellowes.

«Basta. No debes pensar en él así. No es un animal, a pesar de su aspecto. Es un chico, un niño, un niño asustado, un niño humano asustado».

¡Pero qué áspero había sentido su cabello! ¡Qué enmarañado, qué basto, qué espeso!

Era un cabello muy extraño. Muy, muy extraño.

—Tendré que enseñarte a utilizar el cuarto de baño. ¿Crees que podrás aprender?

Hablaba en voz baja, con dulzura, consciente de que no entendería sus palabras, pero confiada en que reaccionaría a la serenidad de su tono.

El niño emitió una frase a base de chasquidos de lengua. ¿Quería más leche, o estaba diciendo algo nuevo? La señorita Fellowes esperaba que estuvieran grabando todos los sonidos que producía. Era muy probable, pero tenía la intención de mencionarlo a Hoskins al día siguiente. Quería estudiar la forma de hablar del niño, aprender su lenguaje, si había alguna forma de lograrlo. Siempre que fuera un lenguaje, y no una especie de sonidos animales instintivos. La señorita Fellowes pretendía enseñarle el inglés, si podía, pero quizá no fuera posible, y en ese caso trataría, al menos, de comunicarse con él a su manera.

Un concepto extraño: aprender a hablar neandertal. De todos modos, había hecho cosas casi igual de extrañas en otro tiempo, para establecer contacto con niños difíciles.

—¿Puedo cogerte la mano?

La señorita Fellowes extendió la suya, y el niño la miró como si nunca hubiera visto una mano. La dejó extendida y aguardó. El niño frunció el ceño. Al cabo de un momento, su mano se levantó, vacilante, y reptó hacia la suya, algo temblorosa.

—Muy bien, coge mi mano.

La mano temblorosa se acercó a escasos centímetros de la otra, pero el niño se intimidó en el último instante. La apartó como si de los dedos de la señorita Fellowes brotara fuego.

—Bien —dijo con calma la mujer—, volveremos a intentarlo más tarde. ¿Quieres sentarte aquí?

Palmeó el colchón de la cama.

No hubo respuesta.

Imitó el gesto de sentarse. Nada. Una mirada inexpresiva.

La mujer se sentó (no le resultó fácil, en una cama pequeña tan cerca del suelo) y dio otra palmada, a su lado.

—Ven —dijo, y le dirigió su más cálida y tranquilizadora sonrisa—. ¿Quieres sentarte a mi lado?

Silencio. Una mirada fija. Después, una cascada de chasquidos, y algunos gruñidos profundos. Sonidos nuevos, esta vez estaba segura. Daba la impresión de que poseía un considerable vocabulario de chasquidos, gruñidos y gargarismos. Tenía que ser un lenguaje. Un importantísimo descubrimiento científico, a las pocas horas de iniciarse el experimento. El doctor Hoskins había dicho que nadie sabía si los neandertales tenían un lenguaje, y ella había demostrado que sí.

No, no lo había demostrado, se reprendió la señorita Fellowes. Una mera hipótesis, pero plausible.

—¿Te sientas? ¿No?

Chasquidos. Escuchó y trató de imitarlos, pero su lengua se mostró torpe, carente de la rapidez que manifestaba el niño. Éste la miró, ¿asombrado?, ¿divertido? Era difícil descifrar sus expresiones, pero parecía fascinado por la idea de que ella estaba chasqueando la lengua. Quizás estaba diciendo cosas sucias y horribles en su idioma. Tal vez decía cosas prohibidas. Lo más probable, concluyó, era que aquellos ruidos le resultaran incomprensibles. Tal vez pensaba que se había desquiciado.

El niño chasqueó la lengua y gruñó, de un modo sereno, casi pensativo.

Ella imitó sus gruñidos. Eran más fáciles de imitar que los chasquidos. El niño la miró de nuevo, con expresión grave, meditabunda, como un niño que tuviera delante a un adulto demente.

Esto es completamente ridículo, se dijo la señorita Fellowes. He de ceñirme al inglés. Nunca aprenderá nada si me dedico a hacer ruidos idiotas en su supuesto idioma.

—Siéntate —dijo como si hablara a un cachorro—. ¡Siéntate! ¿No? Bueno, pues no. ¿Vamos al cuarto de baño? Coge mi mano y te enseñaré a usar el cuarto de baño. Tampoco, ¿verdad? No puedes hacerlo en el suelo, ¿sabes? No estamos en el año cuarenta mil antes de Cristo, y aunque estés acostumbrado a cavar en un hoyo en el suelo para tus necesidades, muchacho, no podrás hacerlo aquí, en particular porque el suelo es de madera. Coge mi mano y entremos, ¿de acuerdo? ¿No? ¿Más tarde?

La señorita Fellowes se dio cuenta de que estaba empezando a hablar por hablar.

El problema era que estaba agotada. Había estado sometida a una fuerte tensión desde que la larga noche había empezado. Parecía un sueño, estar sentada en esta casa de muñecas, intentando explicar a un niño-mono de frente protuberante y enormes ojos desorbitados cómo beber leche de un plato, cómo usar el cuarto de baño, cómo sentarse en una camita.

«No —pensó con severidad—. No es un niño-mono. Nunca le llames así... ¡Ni siquiera en privado!».

—¿Me coges la mano? —repitió.

Casi lo hizo. Casi.

Las horas se desgranaban lentamente, y se habían producido muy pocos progresos. Era obvio que iba a perder la batalla del cuarto de baño y de la cama. Ya empezaba a notar señales de cansancio. Bostezó. Tenía los ojos vidriosos, y los párpados se le cerraban. De pronto, el niño se dobló, se tendió sobre el suelo y, con un veloz movimiento, rodó debajo de la cama.

La señorita Fellowes se arrodilló y le miró. Los ojos brillantes del niño la miraron, y le habló mediante chasquidos de lengua.

—Muy bien. Si te sientes más seguro ahí, ahí dormirás.

Esperó un rato, hasta que escuchó el sonido de una respiración acompasada y

regular. ¡Qué cansado debía de estar! A cuarenta mil años de casa, arrojado a un desconcertante lugar extraño, lleno de luces brillantes, suelos duros y gente rara que no se parecía en nada a la que él conocía, y aun así era capaz de acurrucarse y caer dormido. La señorita Fellowes envidió su maravillosa adaptabilidad. Los niños eran tan resistentes, tan capaces de asumir los cambios más terribles... Apagó la luz, cerró la puerta y se retiró al catre que habían dejado en la habitación más grande.

Sobre su cabeza sólo había oscuridad. La escudriñó y se preguntó si alguien estaría al acecho en el mirador, observándola. Era imposible saberlo. La señorita Fellowes sabía que estaba pensando tonterías, que era tarde y que allí arriba no había nadie. Los únicos ojos que la estarían espiando eran los de un puñado de sensores electrónicos. Pero aun así... Carecer de la menor intimidad...

Lo estaban filmando todo, casi seguro. Registraban todo lo que ocurría en la zona de Estasis. No debió haber aceptado el trabajo sin insistir en que Hoskins le permitiera inspeccionar el lugar donde iba a vivir.

«Confíe en mí», había dicho el hombre.

De acuerdo. Por supuesto.

Bien, esta noche se las arreglaría, pero por la mañana iban a poner un techo, al menos sobre sus habitaciones. Y también, pensó, esos estúpidos tendrán que colocar un espejo en este cuarto, y una cómoda, y un cuarto de baño separado, si quieren que pase las noches aquí.

Era difícil dormir. Pese al cansancio, tenía los ojos abiertos, en ese estado de desvelo absoluto que nace del cansancio más extremo. Se esforzaba en captar cualquier sonido procedente de la habitación contigua.

No podía salir, ¿verdad? ¿Verdad?

Las paredes eran perpendiculares y muy altas, pero ¿y si el niño podía trepar como un mono?

¿Por un muro vertical sin nada a lo que agarrarse? «¡Otra vez has vuelto a pensar en él como en un mono!».

No podía trepar y descolgarse por el otro lado, no. Estaba segura. En cualquier caso, los omnipresentes sensores de Hoskins vigilaban desde arriba. Lo registrarían y darían la alarma, si el niño empezaba a trepar de habitación en habitación en plena noche.

Seguro. «Hay tantas cosas que no me he preocupado de averiguar», pensó la señorita Fellowes.

Y entonces, de súbito, se preguntó: «¿Puede ser peligroso? ¿Físicamente peligroso?».

Pensó en los numerosos problemas que había causado bañarle. Primero Hoskins, y luego Elliott, se las habían visto y deseado para sujetarle. Sólo un niño, ¡pero qué fuerte era! ¡El arañazo que había propinado a Elliott!

¿Y si entraba aquí y...?

«No —se dijo—. No me hará daño».

Hoskins no la habría dejado sola, con o sin sensores, si creyera que existía algún peligro...

Intentó reírse de sus temores. Era un niño de tres años, cuatro a lo sumo. De todos modos, aún no había logrado cortarle las uñas. Si la atacaba con aquellas uñas y dientes mientras dormía...

Su respiración se aceleró. Oh, qué ridiculez, qué completa ridiculez. Y sin embargo...

Se debatía en un mar de dudas, incapaz de tomar una decisión firme. ¿Era un repulsivo simio peligroso, o sólo un niño aterrorizado, alejado de sus seres queridos? O uno u otro, se dijo, pero ¿por qué no los dos? Hasta un niño asustado es capaz de hacer daño, si golpea con suficiente fuerza. Recordaba algunos desagradables episodios del hospital: niños arrastrados a tal desesperación que habían atacado a miembros del personal con auténtica violencia, provocándoles graves daños.

La señorita Fellowes no osaba dormirse. No osaba.

Yacía con la vista clavada en el techo, aguzando el oído. Oyó un sonido.

El niño estaba llorando.

No gritaba de miedo o rabia, no chillaba ni vociferaba. Lloraba en voz baja, estremecedores sollozos de un niño solitario.

Su ambivalencia se disipó al instante. Por primera vez, la señorita Fellowes pensó, afligida: «¡Pobre criatura! ¡Pobre niño aterrorizado!».

Pues claro que era un niño. ¿Qué importaba la forma de su cabeza, o la textura de su cabello? Era un niño que se había quedado huérfano como ningún otro niño en la historia. Hoskins lo había dicho, con suma precisión, durante su primer encuentro: «Éste será el niño más solitario de la historia del mundo». No sólo había perdido a su padre y a su madre, sino a todos los miembros de su especie, hasta el último. Desgajado cruelmente de su tiempo, era el único de su clase en el mundo.

El último. El único.

Sintió que su compasión aumentaba y se profundizaba, acompañada de vergüenza por su propia crueldad: la repugnancia que había experimentado hacia el niño, la irritación demostrada hacia sus salvajes costumbres. ¿Cómo podía haber sido tan cruel?, se preguntó. Tan poco profesional. Ya era bastante horrible haber sido secuestrado de aquella manera, pero aún peor ser tratado con desdén por la persona que debía cuidarle y enseñarle a encontrar un lugar en su nueva y desconcertante vida.

Se cubrió cuidadosamente las pantorrillas con la bata (los sensores, ¿es que no podía dejar de preocuparse por aquellos estúpidos sensores?), saltó de la cama y avanzó de puntillas hacia la habitación del niño.

—Niño —susurró—. Niño.

Se arrodilló y rebuscó debajo de la cama, pero entonces se le ocurrió la idea (vergonzosa pero prudente, nacida de su larga experiencia con niños problemáticos) de que podía morderla, y retrajo la mano. Encendió la luz de la mesita de noche y apartó la cama de la pared.

La criatura estaba acurrucada en un rincón, las rodillas apretadas contra el mentón, y la miró con ojos nublados y temerosos.

Gracias a la escasa luz consiguió hacer caso omiso de su aspecto repulsivo, de las groseras facciones, de la enorme cabeza deforme.

—Pobre crío —murmuró—. Pobre crío asustado.

La señorita Fellowes acarició su cabello, aquella masa enmarañada que le había resultado tan desagradable unas horas antes. Ahora, le pareció tan sólo peculiar. El niño se puso rígido cuando le tocó, pero luego se tranquilizó.

—Pobre criatura. Deja que te abrace.

El niño emitió un suave chasquido. Después, un breve gruñido, como expresando su desdicha. La señorita Fellowes se sentó en el suelo a su lado y volvió a acariciarle el cabello, lenta, rítmicamente. La tensión fue abandonando su cuerpo. Tal vez nadie le había acariciado el cabello antes, en aquella feroz vida prehistórica que había dejado atrás. Tuvo la impresión de que le gustaba. Jugueteeó con su cabello, lo alisó, desenmarañó, quitó algunos espinos enredados, pero sobre todo pasó la mano sobre la

parte superior de su cabeza, poco a poco, casi hipnóticamente.

Acarició su mejilla, su brazo. El niño la dejó hacer.

La mujer comenzó a cantar en voz baja una canción, repetitiva y sin palabras, una melodía que conocía desde su infancia, que había cantado a muchos niños angustiados para sosegarles.

El niño levantó la cabeza, fijó la vista en su boca, como preguntándose de dónde procedía el sonido.

Ella le atrajo hacia sí mientras la escuchaba. No opuso resistencia. Apretó la mano contra su cabeza, guiándola hasta que descansó sobre su hombro. Pasó el brazo por debajo de sus muslos y lo depositó sobre su regazo con un suave movimiento.

Continuó cantando la misma tonada, serena y sinuosa, una y otra vez, mientras le mecía de un lado a otro, de un lado a otro, de un lado a otro.

El niño dejó de llorar en algún momento.

Al cabo de un rato, su tranquila y rítmica respiración indicó a la señorita Fellowes que se había dormido.

Empujó la cama hacia la pared con mucho cuidado, moviendo la rodilla, y le tendió sobre ella. Le cubrió con las sábanas (¿habría tenido alguna vez colcha?). ¡Una cama no, desde luego! Permaneció unos minutos contemplándole. Su rostro expresaba una profunda paz mientras dormía.

De alguna manera, ya no le importaba tanto que fuera feo.

Se dispuso a salir de puntillas, pero cuando llegó a la puerta se detuvo y pensó: «¿Y si se despierta?».

Se sentiría peor que antes, pues esperaría encontrar su consoladora presencia al lado, y no sabría a dónde había ido. Tal vez fuera presa del pánico; tal vez perdiera los estribos.

La señorita Fellowes titubeó, sin saber qué hacer. Volvió hacia la cama y le examinó mientras dormía. Después, suspiró. Sólo había una solución. Se acostó a su lado.

La cama era demasiado pequeña para ella. Tuvo que apretar las piernas contra el pecho, el codo izquierdo contra la pared, y para no molestar al niño adoptó una complicada e incómoda posición retorcida. Permaneció despierta por completo, hecha un ovillo, y se sintió como Alicia después de probar la botella que ponía «Bébeme» en el País de las Maravillas. Muy bien: esta noche no iba a dormir. Sólo era la primera noche. Después, todo sería más fácil. A veces, existían prioridades más importantes que dormir.

Notó que algo rozaba su mano. Los dedos del niño, que recorrían su palma. La buscaba, dormido. La áspera manita enlazó la suya.

La señorita Fellowes sonrió.

Despertó sobresaltada, se preguntó dónde estaba, por qué se sentía tan rígida y dolorida. Percibió el olor extraño de otra persona y la sensación de un cuerpo pegado al suyo.

Tuvo que reprimir un salvaje impulso de chillar. El grito quedó estrangulado en su garganta.

El niño se había incorporado y la miraba con ojos abiertos de par en par. El niño feo, el niño arrebatado del tiempo. El niño neandertal.

La señorita Fellowes tardó unos segundos en recordar que se había acostado con él. Luego comprendió que se había dormido, a pesar de todo. Y ya había amanecido.

Lentamente, sin apartar la vista de él, estiró una pierna y apoyó el pie en el suelo. Después, posó el otro. Sus músculos estaban tensos, prestos a saltar si el niño se asustaba.

Dirigió una rápida y aprensiva mirada al techo abierto. ¿Estarían mirando? ¿Las cámaras entrarían en funcionamiento cuando ella se levantara, con los ojos abotagados, al nuevo día?

Entonces, los dedos rechonchos del niño tocaron sus labios. Dijo algo: dos breves chasquidos y un gruñido.

La señorita Fellowes se encogió involuntariamente al sentir su roce. Le miró. Un leve escalofrío recorrió su cuerpo. Se odió por ello, pero no pudo evitarlo. Era terriblemente feo a la luz del día.

El niño habló de nuevo. Abrió la boca y movió la mano significativamente.

No fue difícil descifrarlo.

—¿Quieres que vuelva a cantar? —preguntó la señorita Fellowes, temblorosa—. ¿Es eso?

El niño no dijo nada, pero clavó la vista en su boca.

La señorita Fellowes repitió la canción de la noche anterior, con voz insegura, desafinando un poco a causa de la tensión. El niño feo sonrió. Aparentó reconocer la melodía, y siguió el ritmo con torpes oscilaciones, mientras movía los brazos. Emitió una especie de gorgoteo, tal vez el inicio de una carcajada.

La señorita Fellowes suspiró en silencio. La música calma a las fieras. Bien, cualquier cosa que sirviese de ayuda...

—Espera —dijo—. Voy a arreglarme. No tardaré ni un minuto. Después te prepararé el desayuno.

Se lavó la cara y peinó, consciente en todo momento de la falta de techo, de los invisibles ojos electrónicos. Quizá no sólo electrónicos, pensó.

El chico no se movió de la cama, y continuó mirándola. Parecía tranquilo. La

frenética violencia de sus primeras horas en el siglo XXI se había desvanecido. Cada vez que se volvía hacía él, la señorita Fellowes agitaba la mano en su dirección. Por fin, el niño le devolvió el saludo, un gesto torpe y encantador que le provocó un escalofrío de sorpresa y placer en la espina dorsal.

—Sospecho que te irá bien algo sólido —dijo, cuando hubo terminado—. ¿Te apetecen unas gachas con leche?

El niño sonrió, casi como si la hubiera entendido. Casi.

Tardó un momento en preparar los cereales en el microondas. Después indicó al niño que se acercara.

El niño saltó de la cama y corrió hacia ella, aunque la señorita Fellowes ignoraba si había comprendido el gesto o le atraía el aroma. Sus piernas eran muy cortas comparadas con el robusto tronco, de modo que parecían más arqueadas de lo que eran.

Clavó la vista en el suelo, esperando que la mujer dejara el cuenco de cereales delante de él para que lo lamiera.

—No. Ahora eres un niño civilizado, o al menos lo vas a ser. Los niños civilizados no comen en el suelo.

Chasquidos. Gruñidos.

—Sé que no entiendes nada de lo que estoy diciendo, pero ya lo harás, tarde o temprano. Creo que no podré aprender tu idioma, pero tú sí aprenderás el mío.

Sacó una cuchara del cajón y se la enseñó.

—Cuchara.

El niño la miró sin el menor interés.

—Para comer. Cuchara.

La hundió en el cuenco y se la llevó a la boca. Los ojos y las fosas nasales del niño se abrieron de par en par, y emitió un ruido extraño e inquietante, como un tenue aullido. El ruido, sospechó la señorita Fellowes, de un animal hambriento y temeroso de que otro animal vaya a robarle el desayuno.

Imitó el gesto de introducirse la cuchara en la boca, engullir las gachas y lamerse los labios de placer. El niño contempló la pantomima, con ojos redondos como platos y aspecto desdichado, sin comprender nada.

—Ahora prueba tú —dijo la señorita Fellowes.

Dejó las gachas en el cuenco y le enseñó la cuchara vacía para demostrar que no había comido nada. La hundió de nuevo en el cuenco y la tendió hacia él.

El niño retrocedió con expresión alarmada, como si la cuchara fuera un arma. Una mueca de miedo se dibujó en su rostro atezado, y emitió un sonido mitad gruñido y mitad sollozo.

—Fíjate bien. Cuchara. Gachas. Boca.

No. Pese al hambre, no quería saber nada de la cuchara. «Bien, ya es suficiente», pensó la señorita Fellowes. Apartó la cuchara.

—Pero tendrás que coger el cuenco con las manos. Ya sabes cómo se hace. No

vas a echarte en el suelo para comer.

Le tendió el cuenco. El niño lo miró y bajó la vista al suelo.

—Cógelo con las manos.

Chasquidos. La mujer creyó reconocer una pauta familiar. ¡Dios santo, Hoskins tendría que grabar esos sonidos! Si no lo estaba haciendo ya.

—Con las manos —insistió la señorita Fellowes—. Toma.

El niño comprendió. Cogió el cuenco con las manos, los pulgares metidos dentro de las gachas, y lo levantó hasta su cara. Lo hizo con dificultades y torpeza, pero consiguió engullirlo casi todo.

Aprendía rápido; el miedo no le paralizaba. La señorita Fellowes dudó que volviera a comer en el suelo, como un animal.

Le examinó con detenimiento mientras comía. Tenía aspecto saludable, fuerte y robusto. Sus ojos eran brillantes y exhibía buen color de piel. No detectó signos externos de fiebre o enfermedad. Hasta el momento, parecía soportar muy bien los rigores de su extraordinario viaje.

Aunque lo ignoraba todo acerca del crecimiento de los niños neandertales, la señorita Fellowes empezó a sospechar que era mayor de lo que había creído en un principio, sin duda más cercano a los cuatro años que a los tres. Era pequeño, sí, pero su desarrollo fisiológico era superior al de un niño de tres años actual. Probablemente se debía, en parte, a las condiciones en que había vivido en su mundo de la Edad de Piedra (¿La Edad de Piedra? Sí, claro, los neandertales vivieron en la Edad de la Piedra. Estaba bastante segura al respecto. Tenía que aprender muchas cosas, cuando tuviera tiempo).

Esta vez intentó que bebiera la leche en vaso. Apenas tardó unos segundos en captar la idea de coger el vaso con las manos. Necesitó las dos para hacerlo, como la mayoría de niños de su edad, y el vaso no le resultó tan amenazador como la cuchara. Tuvo problemas para introducir la cara en la abertura, demasiado pequeña, y se puso a lloriquear, un agudo y penetrante sonido de frustración que derivaba rápidamente hacia la irritación. La señorita Fellowes apoyó una mano sobre la del niño, le ayudó a inclinar el vaso y acercó su boca al borde.

Se puso perdido, pero tragó casi todo el líquido. Ella estaba acostumbrada a que los niños se pusieran perdidos.

El cuarto de baño, para la sorpresa y alivio de la mujer, resultó mucho menos difícil. Al principio, el niño pareció pensar que la taza del water era una especie de fuente, y que sería divertido chapotear en ella. La señorita Fellowes, temerosa de que saltara dentro, le contuvo, le situó de cara a la taza y abrió su bata. El niño comprendió al instante lo que se esperaba de él.

La mujer palmeó su cabeza.

—Buen chico —dijo—. Eres listo.

Y para su satisfacción, el niño le dirigió una sonrisa.

Iba a ser una mañana de grandes descubrimientos, se dijo la señorita Fellowes,

complacida. Para él y también para ella. Estaba aprendiendo acerca de cucharas, vasos de leche y tazas de water. Ella estaba aprendiendo sobre él. Descubría la humanidad esencial oculta tras su rostro, extraño y feo, ¡tan feo!

La señorita Fellowes contestó a su sonrisa con otra. El niño sonrió de nuevo. Era una sonrisa muy normal, la sonrisa de un niño que ha comprobado la agradable reacción a su sonrisa.

No era un niño normal, tuvo que recordarse. Cometería un serio error si se hacía ilusiones al respecto.

«Pero cuando sonrío —pensó—, es muy soportable. Bastante soportable».

Capítulo IV

ESTUDIAR

Media mañana. Había vuelto a bañarle (una trifulca similar a la de ayer) y sometido a un detenido examen físico. Mostraba algunos arañazos y contusiones, como era de esperar en un niño que había vivido bajo condiciones primitivas, pero no detectó señales de enfermedad o heridas graves. Incluso consiguió, con gran acopio de paciencia e incesantes canturreos para que se calmara, cortarle las uñas de las manos. Las de los pies tendrían que esperar. Ni ella ni el crío soportarían una segunda sesión de manicura.

Sin que ella se diera cuenta, la puerta de la burbuja de Estasis se había abierto mientras cantaba. Hoskins se encontraba de pie ante ella, en silencio y con los brazos cruzados. Quizás hacía varios minutos que estaba allí.

—¿Puedo entrar? —preguntó el hombre.

La señorita Fellowes asintió.

—Creo que ya lo ha hecho, ¿no? Me refiero a la zona de trabajo. No me contestó cuando la llamé por el interfono desde fuera.

—Estaba ocupada. Quizá deba hablar más alto. ¡Entre, entre!

El niño retrocedió cuando Hoskins entró. Le dirigió una mirada inquieta y dio la impresión de que iba a refugiarse en la habitación trasera. La señorita Fellowes sonrió y le indicó que se acercara. El niño obedeció y se apretó contra ella, rodeándola con sus piernecillas arqueadas, tan delgadas.

Algo cercano a la admiración asomó al rostro de Hoskins.

—¡Ha hecho grandes progresos, señorita Fellowes!

—Un poco de gachas calientes obra maravillas.

—Parece muy unido a usted.

—Sé hacer mi trabajo, doctor Hoskins. ¿Tanto le sorprende?

El hombre se ruborizó.

—No quería decir...

—No, claro que no. Entiendo. Era un animalito salvaje cuando le vio ayer por última vez, y ahora...

—Ya no es un animal.

—No. No es un animal. —Vaciló un momento—. En principio tuve mis dudas.

—¿Cree que lo he olvidado? Estaba muy indignada.

—Pero ya no. Exageré. A primera vista pensé que era un niño-mono, y no estaba preparada para ello, pero se está adaptando de una forma asombrosa. No es un simio,

doctor Hoskins. De hecho, es muy inteligente. Nos llevamos muy bien.

—Me alegro de oírlo. Así pues, ¿ha decidido quedarse con el puesto?

La mujer le dirigió una mirada severa.

—Jamás hubo dudas a ese respecto, ¿verdad, doctor Hoskins?

—Bien... —Hoskins se encogió de hombros—. Supongo que no. No es usted la única persona que se ha puesto un poco nerviosa, señorita Fellowes. La supongo muy capaz de comprender el gran esfuerzo volcado en este proyecto, y lo mucho que dependía de su éxito. Ahora que es un éxito, un éxito total, no podemos evitar sentirnos algo estupefactos, como un hombre que ha hecho acopio de todas sus fuerzas para derrumbar una puerta que bloquea su camino. Carga contra la puerta, y ésta cede con menos resistencia de la esperada, y el hombre irrumpe en el lugar al que tanto anhelaba llegar. Una vez allí, se detiene pasea la vista alrededor, algo confuso, y se dice: «Muy bien, he llegado. Y ahora, ¿qué?».

—Una buena pregunta, doctor Hoskins. Y ahora, ¿qué? Traerá toda clase de expertos para examinar al chico, ¿no? Especialistas en vida prehistórica, y gente así.

—Por supuesto.

—No tardará en venir alguien que le someta a un examen médico completo, supongo.

—Sí, naturalmente... Parece en perfecto estado, ¿no cree? Básicamente.

—Sí, básicamente. Es una criatura fuerte, pero yo no soy médico y no ha sido sometido a exámenes internos. Existe una diferencia entre parecer sano y estar sano. Podría ir cargado de parásitos: amebas, protozoos, cosas así. Es muy probable. Puede que no le sean perjudiciales, pero puede que sí. Aunque no representen una seria amenaza para su salud, sí podrían amenazar la nuestra.

—Ya he pensado en eso. El doctor Jacobs llegará a mediodía, para efectuar una serie de pruebas preliminares. Es el médico con el que usted trabajará mientras el proyecto continúe. Si el doctor Jacobs no trastorna demasiado al niño, el doctor McIntyre, del Smithsonian, le verá después para el primer examen antropológico... Y luego vendrán los medios de comunicación, por supuesto.

Esa información la pilló desprevenida.

—¿Los medios de comunicación? ¿Qué medios? ¿Quiénes? ¿Cuándo?

—Bueno... Todos quieren ver al niño lo antes posible, señorita Fellowes. Candide Deveney ya ha desvelado el misterio. Todos los periódicos y cadenas de televisión del mundo estarán llamando a nuestra puerta antes de que termine el día.

La señorita Fellowes miró al niño y apoyó el brazo sobre su hombro, en un gesto protector. El niño se encogió apenas, pero no intentó evitar su contacto.

—¿Van a llenar este estrecho lugar de periodistas y cámaras, el primer día que el niño pasa aquí?

—Bueno, no habíamos pensado en...

—No, no habían pensado. Es evidente. Escuche, doctor Hoskins, es su pequeño neandertal y puede hacer lo que quiera con él, pero no entrarán periodistas aquí hasta

que el médico le haya examinado de pies a cabeza y comprobado su perfecto estado de salud, como mínimo. Ni tampoco hasta que se haya adaptado a este lugar. Lo entiende, ¿verdad?

—Señorita Fellowes, ha de saber que la publicidad es una parte esencial de...

—Sí. En estos días, la publicidad es parte esencial de todo. ¡Imagine la publicidad que obtendrán si este niño muere de un ataque de miedo delante de las cámaras!

—¡Señorita Fellowes!

—O si uno de sus preciosos periodistas le contagia un resfriado. Intenté hacerle comprender, cuando le pedí un entorno estéril, que probablemente posea resistencia cero a los microorganismos infecciosos contemporáneos. Cero. Ni anticuerpos, ni resistencia congénita, nada que le proteja de...

—Por favor, señorita Fellowes. Por favor.

—¿Y si contagia a todos una bonita plaga de la Edad de la Piedra a la que no seamos inmunes?

—Muy bien, señorita. La he comprendido perfectamente.

—Quiero estar bien segura de eso. Que sus medios de comunicación esperen, así de claro. Necesita una vacunación masiva. Ya es bastante malo que haya estado expuesto a tanta gente como había anoche, pero no permitiré que una manada de periodistas entre aquí, ni hoy ni mañana. Si quieren, que le fotografíen desde arriba, a partir de ahora, desde fuera de la zona de Estasis, como si fuera un recién nacido. Pero deberán hacerlo en silencio. Negociaremos una sesión de vídeo para última hora del día. A propósito, no me gusta en absoluto estar expuesta a la curiosidad de cualquiera que se asome desde arriba. Quiero que pongan techo en mis habitaciones. De momento servirá una cubierta de tela alquitranada. No quiero obreros armando follón a nuestro alrededor... y creo que poner techo al resto de la casa de muñecas tampoco estaría nada mal.

Hoskins sonrió.

—No se anda con rodeos. Es usted una mujer muy enérgica, señorita Fellowes. Su tono expresaba tanta admiración como fastidio.

—¿Enérgica? Supongo que sí. Al menos, en lo que concierne a mis niños.

Jacobs era un hombre de unos sesenta años, corpulento, de rostro embotado y cabello cano cortado al estilo militar. Actuaba con eficacia y sentido práctico, con un toque de brusquedad, más como un médico del Ejército que como un pediatra. Sin embargo, la señorita Fellowes sabía por su larga experiencia que a los niños no les turbaba esa clase de brusquedad, siempre que fuera temperada por una afabilidad equivalente. Esperaban que un médico fuera autoritario. Lo querían así. La bondad, la ternura y el consuelo los buscaban en otras personas. El médico tenía que ser como un dios, el que solucionaba los problemas, el que dispensaba la curación.

La señorita Fellowes se preguntó qué clase de médico habían cuidado de la tribu del niño en el año 40 000 antes de Cristo. Brujos, sin duda. Figuras aterradoras con la nariz atravesada por un hueso y círculos rojos pintados alrededor de los ojos, que llevaban a cabo sus diagnósticos saltando y haciendo cabriolas en torno de una hoguera que arrojaba llamas azules, verdes y escarlatas. ¿Qué aspecto tendría el doctor Jacobs con la nariz atravesada por un hueso?, se preguntó. ¿Y con una piel de oso sobre sus hombros, en lugar de aquel prosaico abrigo blanco?

El médico le estrechó la mano con energía.

—He oído hablar bien de usted, Fellowes.

—Eso esperaba.

—Trabajó a las órdenes de Gallagher en el General del Valle, ¿verdad? Eso me dijo Hoskins. Un buen tipo, Gallagher. Un hijo de puta dogmático, pero aferrado a los dogmas correctos. ¿Cuánto tiempo en su departamento?

—Tres años y medio.

—¿Le cae bien?

La señorita Fellowes se encogió de hombros.

—Ni bien ni mal. En una ocasión le oí decir ciertas cosas a una enfermera joven que me parecieron fuera de lugar, pero trabajamos bien en equipo. Aprendí mucho de él.

—Un hombre listo, sí. —Jacobs meneó la cabeza—. Lástima del trato que dispensaba a las enfermeras. Utilizo la palabra en más de un sentido. No tuvo ningún encontronazo con él, ¿verdad?

—¿Yo? No. ¡En absoluto!

—No, no creo que se hubiera atrevido con usted.

La señorita Fellowes se preguntó a qué se refería. ¿A que no era el tipo de Gallagher, tal vez? No era el tipo de nadie, y así esperaba continuar durante muchos años. Hizo caso omiso de la observación.

Parecía que Jacobs se había aprendido de memoria todo su currículum. Mencionó varios hospitales y directores, y habló con desenvoltura de enfermeras jefes y juntas

directivas. Había corrido mucho mundo, estaba claro. Por su parte, todo cuanto sabía acerca del doctor Jacobs se reducía a que ocupaba un lugar preeminente entre los médicos del Estado y que había ejercido durante mucho tiempo la práctica privada. Sus caminos profesionales nunca se habían cruzado. Si Hoskins le había permitido leer su currículum, tendría que haber pensado en la posibilidad recíproca, pero también pasó por alto ese punto.

—Bien, creo que ha llegado el momento de que echemos un vistazo a su pequeño neandertal —dijo Jacobs—. ¿Dónde se ha escondido?

La mujer señaló el otro cuarto. El niño, atrincherado sobre la barrera que presentaba la puerta, asomaba de vez en cuando un rizo de su pelo enmarañado, cuando se acercaba a mirar por la rendija.

—Tímido, ¿no? Eso no concuerda con los informes de los ayudantes. Dijeron que era salvaje como un mono.

—Ya no. Su terror inicial ha desaparecido; ahora sólo se siente solo y asustado.

—Es comprensible, pobre criatura, pero hemos de ir a lo que importa. Dígale que salga, por favor, ¿o prefiere entrar y sacarle?

—Intentaré llamarle.

Se volvió hacia el niño.

—Puedes salir, Timmie. Éste es el doctor Jacobs. No te hará daño.

¿Timmie? ¿De dónde había sacado ese nombre? No tenía ni idea.

Su inconsciente se lo había sugerido en aquel momento. Jamás había conocido a alguien llamado Timmie, pero había que darle un nombre al niño, ¿verdad? Y daba la impresión de que ya lo había hecho, Timothy. Abreviado, Timmie. Pues muy bien. Un nombre de verdad. Un nombre humano. Timmie.

—Timmie —repitió.

Le agradó cómo sonaba, le agradó poder llamarle por un nombre. Dejó de pensar en él como en «el niño», «el neandertal», «el niño feo». Era Timmie. Era una persona. Tenía un nombre.

Cuando se acercó a la otra habitación, Timmie se alejó de la puerta.

—Muy bien —dijo Jacobs, algo impaciente—. No podemos pasar todo el día así. Entre y sáquele, Fellowes, por favor.

Se colocó una máscara de cirujano, tanto para su propia protección como para la de Timmie.

La máscara fue una mala idea. Timmie se asomó, la vio y lanzó un horroroso aullido, como si hubiera visto a un demonio surgido de las pesadillas de la Edad de la Piedra. Cuando la señorita Fellowes llegó a la puerta, el niño se precipitó con violencia hacia la pared del otro extremo, como un animal enjaulado que huyera de su carcelero, y se apretó contra ella, temblando de miedo.

—Timmie... Timmie...

Inútil. Mientras Jacobs estuviera presente, no permitiría que se acercara a él. El niño había tolerado la presencia de Hoskins bastante bien, pero Jacobs parecía

aterrorizarle. Adiós a su teoría de que los niños preferían que sus médicos fueran individuos bruscos, prácticos, de tipo militar. Ese niño no lo prefería.

Pulsó el timbre para que acudieran Mortenson y Elliott.

—Creo que vamos a necesitar un poco de ayuda —les dijo.

Los dos corpulentos ayudantes intercambiaron una mirada, vacilantes. Se veía un bulto en el brazo izquierdo de Elliott, bajo la chaqueta del uniforme. Un vendaje, sin duda aplicado al arañazo que Timmie le había propinado ayer.

—Por favor —dijo la señorita Fellowes—. No es más que un niño.

El niño aterrorizado, había recobrado su agresividad anterior. La señorita Fellowes, flanqueada por Mortenson y Elliott, entró en la habitación, pero el niño empezó a saltar de un lado a otro del cuarto, con agilidad antropeide, y les costó mucho sujetarle. Por fin, Mortenson se abalanzó sobre él, lo cogió por la cintura y lo tiró al suelo. Elliott, cauteloso, lo agarró por los tobillos para impedir que pataleara.

La señorita Fellowes se acercó a Timmie.

—Tranquilo, Timmie —dijo—. Nadie va a hacerte daño.

Igual podía haber dicho «confía en mí». El niño se debatió con casi tanta furia como el día anterior, cuando le habían bañado.

La señorita Fellowes, con la sensación de estar haciendo el ridículo más espantoso, intentó calmarle, repitiendo la canción de la noche anterior, pero fracasó.

El doctor Jacobs se acercó.

—Creo que será mejor administrarle un sedante... ¡Dios mío, qué cosa más fea!

La señorita Fellowes experimentó un arrebato de furia, casi como si Timmie fuera su hijo. ¡Cómo osaba decir algo semejante! ¡Cómo se atrevía!

—Es un rostro neandertal típico —replicó con aspereza—. Según los patrones neandertales, es muy guapo.

Se preguntó de dónde había sacado la idea. Ignoraba por completo cómo eran los rostros de los neandertales, así como sus cánones de belleza.

—No me hace mucha gracia la idea de sedarle, pero si no hay otra alternativa...

—Creo que no —dijo el médico—. No conseguiremos nada reduciéndolo mediante la fuerza bruta, mientras yo intento efectuar las pruebas.

No, pensó la señorita Fellowes. Al niño no le iba a entusiasmar que le metieran por la boca un laringoscopio o que apuntaran luces a sus ojos, no toleraría que le tomaran una muestra de sangre, ni siquiera la temperatura, aunque lo hicieran mediante un termo par manejado por control remoto. Accedió a regañadientes.

Jacobs extrajo una ampolleta sedante ultrasónica de su maletín y se dispuso a activarla.

—No sabe cuál es la dosis adecuada —dijo la señorita Fellowes.

El médico levantó la vista, sorprendido.

—Estas dosis están calculadas para un peso corporal de treinta kilos, como máximo. Debería tolerarla bien.

—Calculadas para un peso corporal humano de treinta kilos, como máximo,

doctor. Se trata de un niño neandertal. Carecemos de datos sobre su sistema circulatorio.

Quedó sorprendida de su propio razonamiento. Advirtió con cierto pesar que había vuelto a trazar una línea divisoria entre humanos y neandertales. Al parecer, era incapaz de mantener una filosofía coherente acerca del niño. «Es humano —se dijo con vehemencia—. Humano, humano. Se llama Timmie y es humano».

Por lo visto, Jacobs creía que no valía la pena discutir el tema.

—Aunque fuera un gorila o un orangután joven, Fellowes, consideraría esta dosis adecuada. Humano o neandertal, ¿qué tiene que ver su sistema circulatorio? Es la masa corporal lo que cuenta. Muy bien, media dosis esta vez. No correremos riesgos con la preciosa criaturita de Hoskins.

No sólo de Hoskins, pensó la señorita Fellowes, estupefacta.

Jacobs disminuyó la dosis y apoyó la ampolleta en el antebrazo de Timmie. Se oyó un leve zumbido y el sedante empezó a ejercer su efecto.

—Bien —dijo el médico—. Vamos a extraer un poco de sangre paleolítica, y otro poco de orina prehistórica. ¿Tiene alguna muestra de heces, señorita Fellowes?

—No ha defecado desde que llegó, doctor Jacobs. El trastorno del viaje a través del tiempo...

—Bien, cuando lo haga, recoja un poco del suelo y avíseme, por favor.

—Utiliza el retrete, doctor —dijo la señorita Fellowes, en un tono de obvia irritación.

Jacobs la miró, y una mezcla de sorpresa y cólera apareció en su expresión, pero luego lanzó una carcajada.

—No vacila en defenderle, por lo que veo.

—Sí... Sí, en efecto. ¿Le parece mal?

—No, No... Bien, cuando el niño utilice el retrete, quiero esa muestra. Suponiendo que no tire de la cadena enseguida, ¿eh, Fellowes?

Esta vez, Elliott y Mortenson también rieron. La señorita Fellowes no compartió la diversión general.

Timmie parecía dormido; pasivo, en cualquier caso, tranquilo, tolerante. Jacobs no encontró dificultades para abrirle la boca y examinar su dentadura. La señorita Fellowes, que no había tenido oportunidad de ver aún los dientes de Timmie, miró por encima del hombro del médico, temerosa de que tuviera colmillos de mono salvaje, pero no, no eran nada por el estilo. Tal vez algo más grandes que los de un niño normal, y de aspecto fuerte, pero bien formados y alineados. Una excelente dentadura, en conjunto. Dientes humanos, definitivamente humanos, nada de terroríficos incisivos afilados, nada de grandes caninos salientes. La señorita Fellowes exhaló un profundo suspiro de alivio.

Jacobs cerró la boca del niño, examinó sus oídos, levantó sus párpados. Miró la palma de sus manos, la planta de los pies, dio unos golpecitos sobre su pecho, palpó su abdomen, flexionó sus brazos y piernas, hundió levemente los dedos en la

musculatura de sus antebrazos y muslos.

—Un buen ejemplar, y fuerte, como ya habrá advertido. Pequeño para su edad y más bien flacucho, pero no hay indicios de malnutrición. En cuanto obtengamos la muestra de heces, me haré una idea de lo que ha comido hasta ahora, pero lo más probable es que haya seguido una dieta rica en proteínas y escasa en féculas, como sería de esperar entre cazadores y recolectores que viven en una época de clima adverso.

—¿Adverso? —preguntó la señorita Fellowes.

—Una era glacial —explicó Jacobs con tono paternalista—. Fue lo normal durante la era neandertal: un período glacial.

«¿Y tú cómo lo sabes? —pensó la mujer, irritada—. ¿Estabas allí? ¿Eres antropólogo?».

Se mordió la lengua. El doctor Jacobs hacía todo lo posible por fastidiarla, pero ahora era su colega, y tendrían que sostener una relación civilizada. Por el bien de Timmie, al menos.

Timmie se removió y comenzó a inquietarse cuando el examen médico estaba a medio terminar, y unos minutos después resultó evidente que el efecto del sedante se había disipado. Lo cual significaba que una dosis normal para un niño normal de su tamaño habría sido la correcta, y que la señorita Fellowes le había sobreprotegido. Aunque se diferenciase en otros aspectos de un niño moderno, Timmie había reaccionado al sedante más o menos como lo habría hecho un niño moderno. A medida que la señorita Fellowes averiguaba más cosas sobre él, más humano le parecía. Para entonces, Jacobs ya había terminado su examen. Recogió sus aparatos y se fue, anunciando que volvería al día siguiente para comprobar cualquier cosa anormal de la que dieran cuenta los análisis preliminares.

—¿Quiere que nos quedemos? —preguntó Mortenson.

—No es necesario. Déjenme a solas con el niño.

Timmie se calmó en cuanto salieron. Se había adaptado a la compañía de la señorita Fellowes, pero los demás le ponían nervioso. El tiempo se encargaría de eso, pensó la señorita Fellowes.

—No ha sido tan horrible, ¿verdad, Timmie? Un poco fastidioso, pero hemos de averiguar muchas cosas sobre ti, ¿entiendes?

El niño la miró con solemnidad, pero no dijo nada.

—Lo entiendes, ¿verdad Timmie?

El niño emitió un breve gruñido, dos sílabas. A sus sorprendidos oídos sonaron como «Timmie».

¿Era posible? ¿Ya reconocía su nombre?

—¡Repítelo! Timmie. Timmie.

El niño emitió de nuevo las dos sílabas ahogadas. Esta vez no estuvo tan segura de que hubiera dicho «Timmie». Quizás eran imaginaciones suyas, pero valía la pena investigar la posibilidad.

Apuntó un dedo en su dirección.

—Timmie... Eres tú. Timmie. Timmie. Timmie.

Él la miró en silencio.

—Y yo soy... —Apuntó el dedo hacia ella, vacilante. «Señorita Fellowes» parecía demasiado difícil, pero «Edith» no sonaba bien. ¿«Enfermera»? No, tampoco. Tendría que ser «Señorita Fellowes»—. Yo, señorita Fellowes. Tú, Timmie. —Señaló con el dedo—. Yo, señorita Fellowes. Tú, Timmie. —Repitió la rutina tres o cuatro veces más. El niño no reaccionó—. Crees que estoy loca, ¿verdad? —preguntó, y rió de su propia necedad—. Haciendo ruidos incomprensibles, señalando, cantando. Y creo que ahora sólo estás pensando en comer, ¿verdad? ¿Tengo razón, Timmie? ¿Comida? ¿Hambre?

El niño gruñó dos sílabas, acompañadas de unos cuantos chasquidos.

—Hambriento, sí. Es hora de tomar una comida rica en proteínas y baja en féculas. Un especial «período glacial», ¿de acuerdo, Timmie? Bien, vamos a ver qué tenemos aquí...

El doctor McIntyre, del Departamento de Antropología del Smithsoniano, llegó a primera hora de la tarde. Hoskins tomó la precaución de preguntar por el interfono a la señorita Fellowes si creía que el niño sería capaz de aguantar a otro visitante tan seguido al primero. La mujer miró al otro lado de la habitación. Timmie había comido con auténtica voracidad: un frasco entero de una bebida de vitaminas sintéticas que el doctor Jacobs había recomendado, otro cuenco de gachas y una pequeña tostada, el primer alimento sólido que se atrevía a darle. Ahora, estaba sentado en el borde de la cama, con aspecto tranquilo y feliz. Golpeaba rítmicamente los talones de sus pies contra la parte inferior del colchón, y parecía un niño absolutamente normal, entreteniéndose después de comer.

—¿Qué opinas, Timmie? ¿Crees que soportarás otro examen?

No esperaba una respuesta, y no pensó que los chasquidos constituyeran una. El niño no miraba en su dirección, y siguió con su juego de dar pataditas al colchón. Hablaba solo, sin duda, pero aparentaba excelente humor.

—Creo que podemos arriesgarnos —contestó al doctor Hoskins.

—Bien. ¿Cómo le ha llamado? ¿Timmie? ¿Qué significa eso?

—Es su nombre.

—¿Le ha dicho su nombre? —preguntó Hoskins, en tono de estupor.

—Claro que no. Yo le llamo Timmie.

Se produjo una breve pausa.

—Ah —dijo por fin Hoskins—. Usted le llama Timmie.

—He de llamarle de alguna manera, doctor Hoskins.

—Ah. Sí, sí. Timmie.

—Timmie —repitió ella con firmeza.

—Timmie. Sí. Muy bien. Enviaré ahora al doctor McIntyre, si le parece bien, señorita Fellowes. Para que vea a Timmie.

El doctor McIntyre resultó más delgado, apuesto y joven de lo que esperaba la señorita Fellowes. No tendría más de treinta o treinta y cinco años, estimó. Era bajo, de complexión frágil, cabello dorado brillante y cejas tan pálidas y finas que eran prácticamente invisibles, y se movían de una forma precisa, remilgada y complicada, como siguiendo una misteriosa coreografía interna. Su elegancia y finura impresionaron a la señorita Fellowes. No suponía que un paleantropólogo tuviera semejante aspecto. Incluso Timmie pareció fascinado por su apariencia, tan diferente de la de los demás hombres que había conocido desde su llegada. Con los ojos desorbitados de asombro, miró a McIntyre como si fuera un dios llegado de otro planeta.

En cuanto a McIntyre, quedó tan estupefacto al ver a Timmie que apenas pudo

articular palabra. Se quedó inmóvil en la puerta un largo momento, y miró al niño con tanta atención como Timmie le miraba a él. Después dio unos pasos a su izquierda, se detuvo y volvió a mirarle. Se dirigió al otro lado de la habitación, se detuvo de nuevo y le dedicó otra atenta mirada.

—Doctor McIntyre —dijo una señorita Fellowes muy enfurecida—, éste es Timmie. Timmie, el doctor McIntyre. Ha venido para estudiarte. Supongo que tú también puedes estudiarle, si te apetece.

Las pálidas mejillas del doctor McIntyre enrojecieron.

—No puedo creerlo —dijo con voz ronca de la emoción—. No puedo creerlo. ¡Es un auténtico neandertal! ¡Vivo, ante mis propios ojos, un verdadero neandertal! Perdona, señorita Fellowes. Ha de comprenderlo; es algo absolutamente asombroso para mí, increíble, inverosímil...

Parecía a punto de llorar. Aquella demostración de emoción resultaba embarazosa, incluso molesta, en opinión de la señorita Fellowes. De pronto, su irritación se disipó y dio paso a una sensación de simpatía. Se imaginó cómo se sentiría un historiador si entrara en una habitación y le brindaran la oportunidad de sostener una conversación con Abraham Lincoln, Julio César o Alejandro Magno; o cómo reaccionaría un experto en la Biblia si le presentaran las auténticas tablas de la Ley que Moisés había bajado del monte Sinaí. Claro que estaría sobrecogido. Por supuesto. Dedicar años al estudio de algo conocido únicamente por escasísimos restos antiguos, intentar comprenderlo, recrear a duras penas en la mente la realidad perdida, y toparte de repente con el objeto del estudio, el auténtico tema...

McIntyre se recuperó de inmediato. Cruzó la habitación con celeridad, sin perder su elegancia, y se arrodilló delante de Timmie, acercando su cara a la del niño. Timmie no demostró el menor temor. Sonrió, canturreó y se meció de un lado a otro, como satisfecho por la visita del tío favorito. Un brillo de admiración alumbraba todavía en sus ojos. Parecía absolutamente fascinado por el paleontólogo.

—Qué hermoso es, señorita Fellowes —exclamó McIntyre tras un largo momento de silencio.

—¿Hermoso? Hasta el momento, muy poca gente opina lo mismo.

—¡Pero lo es, lo es! ¡Un perfecto rostro neandertal! Los arcos supraorbitales... Apenas han empezado a desarrollarse, pero ya son inconfundibles. El cráneo platicefálico. La región occipital alargada... ¿Puedo tocarle la cara, señorita Fellowes? Lo haré con suavidad. No pretendo asustarle, pero me gustaría comprobar algunos puntos de la estructura ósea.

—Tengo la impresión de que a él también le gustaría tocar la suya.

Timmie había extendido la mano hacia la frente de McIntyre. El hombre del Smithsonian se inclinó un poco más y dejó que los dedos de Timmie explorasen su brillante cabello dorado. El niño lo acarició como si jamás hubiera visto algo tan prodigioso. De repente, enredó algunos mechones alrededor de su dedo medio y tiró con fuerza. McIntyre lanzó un chillido y retrocedió de un brinco, sonrojado.

—Creo que quiere un poco —indicó la señorita Fellowes.

—Así no. Deme unas tijeras. —McIntyre, sonriente, cortó un mechón de su cabello y se lo entregó a Timmie, que gorgoteó de placer—. Dígame, señorita Fellowes, ¿ha entrado aquí alguien rubio?

La mujer reflexionó un momento. Hoskins, Deveney, Elliot, Mortenson, Stratford, el doctor Jacobs... Todos tenían cabello castaño, negro o gris. El suyo era castaño, vetado de gris.

—No, que yo recuerde. Usted es el primero.

—¿El primero de su vida, tal vez? No tenemos ni idea del color de cabello de los neandertales. Casi siempre se les reproduce con cabello oscuro, porque se considera que los neandertales eran seres simiescos y brutales, y casi todos los grandes monos actuales tienen el pelaje oscuro. El cabello oscuro es más propio de los pueblos de clima cálido, pero los neandertales se adaptaron bien al frío extremo. Por lo que sabemos, bien podían ser tan rubios como los rusos, los suecos o los finlandeses.

—Sin embargo, la reacción ante su cabello, doctor McIntyre...

—Sí. Sin duda le resultó algo especial. Bien, tal vez la tribu de la que proviene es de cabello oscuro, o toda la población de ese territorio. Desde luego, su piel oscura no tiene mucho de nórdico, pero no es posible llegar a una conclusión a partir de la muestra de un único niño. ¡Y menos mal que tenemos a este único niño! ¡Qué maravilla, señorita Fellowes! No puedo creerlo. Me resulta extraordinario.

Por un momento, ella temió que McIntyre se dejara arrastrar de nuevo por la admiración, pero aparentó recuperar el control. Apoyó con delicadeza las yemas de sus dedos sobre las mejillas de Timmie, su frente inclinada, su barbilla huidiza. Mientras trabajaba, murmuraba para sí comentarios técnicos, al parecer, palabras que sólo poseían significado para él.

Timmie soportó el examen con suma paciencia. Al cabo de un rato, el niño se enfrascó en un largo monólogo de gruñidos y chasquidos. Era la primera vez que hablaba desde que el paleantropólogo había entrado en la habitación.

McIntyre miró a la señorita Fellowes, y el entusiasmo tiñó su cara de púrpura.

—¿Ha oído esos sonidos? ¿Lo había hecho antes?

—Pues claro que sí. No para de hablar.

—¿Hablar?

—¿Qué cree que está haciendo, sino hablar? Nos está diciendo algo.

—Usted da por sentado que nos está diciendo algo.

—No —contestó la señorita Fellowes, algo irritada—. Habla, doctor McIntyre, en el idioma neandertal. Existe una pauta invariable en lo que dice. He tratado de descifrar esos sonidos, incluso imitarlos, pero hasta ahora he fracasado.

—¿Qué clase de pauta, señorita Fellowes?

—De chasquidos de lengua y gruñidos. Empiezo a reconocerlos. Utiliza una serie de sonidos para decirme que tiene hambre, otro para manifestar impaciencia o inquietud. Una que indica miedo... Sé que sólo se trata de mis propias

interpretaciones, y que son muy científicas, pero no me he movido de su lado desde el instante de su llegada, y poseo cierta experiencia con niños que presentan trastornos de lenguaje, doctor McIntyre. Les escucho con mucha atención.

—Bien, estoy seguro. —McIntyre le dirigió una mirada escéptica—. Esto es importante, señorita Fellowes. ¿Alguien ha grabado esos gruñidos y chasquidos?

—Espero que sí, pero lo ignoro. —Se dio cuenta de que había olvidado preguntarlo al doctor Hoskins.

Timmie habló de nuevo, esta vez con diferente entonación, algo más melodiosa, casi quejumbrosa.

—¿Lo ve, doctor McIntyre? Nunca había dicho algo parecido. Creo que quiere volver a jugar con su cabello.

—Sólo son suposiciones, ¿verdad?

—Pues claro. Aún no hablo el neandertal con fluidez. Mire: ha extendido la mano hacia usted como antes.

McIntyre no tenía ganas de sufrir más tirones de pelo. Sonrió y extendió un dedo hacia Timmie, pero el niño no manifestó demasiado interés. Lo explicó mediante una serie de chasquidos puntuados por tres sonidos agudos desconocidos, mitad gruñidos y mitad sollozos.

—¡Creo que tiene razón, señorita Fellowes! —dijo McIntyre, exaltado—. ¡Suena como un lenguaje! Definitivamente, como un lenguaje. ¿Cuántos años tiene el niño, en su opinión?

—Entre tres y cuatro. Más cerca de cuatro, diría yo. No hay motivos para sorprenderse de que hable tan bien. Los niños de cuatro años hablan muy bien, doctor McIntyre. Si tiene hijos...

—Pues sí. Una niña. Tiene casi tres años y no para de hablar, pero este niño es un neandertal.

—¿Y qué más da? ¿Acaso esperaba que un niño neandertal de esta edad no supiera hablar?

—En este momento carecemos de motivos, señorita Fellowes, para creer que un neandertal de cualquier edad posea un auténtico lenguaje, tal como nosotros entendemos el concepto. Por eso los sonidos que emite este niño son de capital importancia para nuestro conocimiento del hombre prehistórico. Si representan un lenguaje, pautas organizadas de sonido con una estructura gramatical definida...

—¡Pues claro que sí! —Se enardeció la señorita Fellowes—. El lenguaje es lo que diferencia a los seres humanos de los animales, ¿no? Si intenta sugerir que este niño no es un ser humano, le aseguro que...

—Los neandertales eran humanos, señorita Fellowes. Sería el último en negarlo. Sin embargo, eso no significa que poseyeran un lenguaje humano.

—¿Cómo? ¿Cómo podían ser humanos y no hablar?

McIntyre respiró hondo, el típico gesto aparatoso que indicaba paciencia contenida, tan bien conocida por la señorita Fellowes. Toda su vida laboral la había

pasado rodeada de gente que la consideraba en posesión de menos conocimientos de los que en verdad tenía, porque «sólo» era una enfermera. En el hospital casi nunca ocurría, pero ahora no estaba en un hospital. Y en lo tocante a neandertales, no sabía nada de nada, y aquel joven rubio era un experto. Se obligó a mantener una expresión de aplicado interés.

—Señorita Fellowes —empezó McIntyre con el tono inconfundible de un catedrático—, para que un ser sea capaz de hablar necesita no sólo cierto grado de inteligencia, sino también la capacidad física de producir sonidos complejos. Los perros son muy inteligentes, y poseen un vocabulario considerable, pero existe una diferencia abismal entre saber el significado de «siéntate» y «ve a buscar» y ser capaz de decir «siéntate» y «ve a buscar», y ningún perro ha logrado jamás decir algo más perfeccionado que «guau». Como también sabrá, es posible enseñar a gorilas y chimpancés a comunicarse mediante signos y gestos, pero no poseen más capacidad que los perros de articular palabras. Carecen de la constitución anatómica adecuada.

—No lo sabía.

—El lenguaje humano es algo muy complicado. —McIntyre señaló su garganta—. El elemento clave es un diminuto hueso en forma de U llamado hioides, situado en la base de la lengua. Controla once músculos pequeños que mueven la lengua y la mandíbula inferior, y pueden elevar y bajar la laringe para producir las vocales y consonantes que constituyen el lenguaje. Los simios carecen de hueso hioides. Por lo tanto, sólo pueden gruñir y sisear.

—¿Qué me dice de los loros y las cotorras? Pronuncian auténticas palabras. ¿Está diciendo que el hueso hioides evolucionó en ellos pero no en los chimpancés?

—Aves como los loros y las cotorras se limitan a imitar los sonidos humanos, utilizando estructuras anatómicas muy diferentes. Lo que hacen, sin embargo, no puede ser considerado lenguaje. No existe comprensión verbal. No tienen idea de lo que dicen. Es una mera reproducción de los sonidos que escuchan.

—Muy bien. ¿Tienen hueso hioides los neandertales? Si se les considera seres humanos, ha de ser así.

—No estamos seguros. Para empezar; el número total de esqueletos neandertales descubiertos, desde que el primero salió a la luz en 1856, no llega a doscientos, y muchos son fragmentarios o están muy estropeados. Además el hueso hioides es muy pequeño y no está conectado con los demás huesos del cuerpo, sólo con los músculos de la laringe. Cuando un cuerpo se descompone, el hioides se desprende y puede separarse con facilidad del resto del esqueleto. De todos los fósiles neandertal que se han examinado, señorita Fellowes, tan sólo uno conservaba todavía el hueso hioides.

—¡Pero si uno lo tenía, los demás también debían tenerlo!

McIntyre asintió.

—Es muy probable, pero nunca hemos visto una laringe de neandertal. Los tejidos blandos no sobreviven, por supuesto. Por lo tanto, ignoramos de qué servía el hioides en los neandertales. Hioides o no, no sabemos con seguridad si los

neandertales eran capaces de hablar. Lo único que podemos decir es que la anatomía del aparato vocal de los neandertales era, probablemente, igual a la de los seres humanos modernos. Probablemente. Pero en cuanto a si estaba desarrollada lo suficiente para permitirles articular palabras comprensibles, o si sus cerebros estaban bastante avanzados para asumir el concepto de lenguaje...

Timmie volvió a chasquear y gruñir.

—Escuche —dijo la señorita Fellowes, con aire triunfal—. ¡Ahí tiene su respuesta! Posee un buen lenguaje y lo habla a la perfección. Y antes de que transcurra mucho tiempo, hablará inglés, doctor McIntyre. Estoy segura. Y entonces ya no tendrá que especular sobre si los neandertales eran capaces de hablar.

Al parecer, McIntyre deseaba solucionar todos los enigmas neandertales a la vez. Dirigió chasquidos a Timmie, con la esperanza de que respondiera con otros; extrajo unos bloques de colores de su maletín, sin duda una especie de prueba de inteligencia, y trató de que Timmie los alineara en secuencia de tamaño y color; le entregó lápices y papel, y esperó a que dibujara algo, pero el niño no demostró el menor interés por ello; pidió a la señorita Fellowes que paseara por la habitación, con Timmie cogido de su mano, y les fotografió mientras deambulaban. Quiso someter a Timmie a otras pruebas, pero éste tenía ideas propias al respecto. Cuando McIntyre empezó a disponer carretes y husos, cuyo conjunto parecía un juguete, pero era en realidad un artilugio para medir la coordinación del niño, éste se sentó en medio de la habitación y se echó a llorar a moco tendido.

Era la primera vez que lloraba, en lugar de sollozar o gimotear, desde la noche de su llegada. Expresaba la desesperación de un niño muy cansado, al que se había presionado demasiado. La señorita Fellowes se alegró de oírlo, aunque se sorprendió de ver lo grande que era su boca cuando la abría por completó, lo enorme que parecía su nariz, lo mucho que sobresalían los extraños arcos ciliares cuando cerraba los ojos, como ahora. Con la cara desencajada por la angustia, parecía un aterrador alienígena.

Sin embargo (aquel aullido, aquel estallido de emoción), si no le miraba, era fácil creer que aquel niño que pateaba el suelo y gritaba como si le estuvieran matando era un niño normal de cuatro años, presa de un brutal acceso de impaciencia.

—¿Qué he hecho para molestarle así? —preguntó McIntyre.

—Ha colmado su capacidad de atención, imagino. Ha agotado la buena impresión que le dio al principio. Es un niño pequeño, doctor McIntyre. No puede esperar que aguante indefinidamente pruebas y exámenes. Debo recordarle que ha padecido una reciente y traumática separación de su mundo.

—Pero yo no estaba atormentándole ni... Bien, puede que sí. Lo lamento. Escucha, Timmie, ¿ves este cabello? ¿Ves este cabello brillante? ¿Quieres jugar con mi pelo? ¿Quieres tirar de mi pelo?

McIntyre agitó su flequillo dorado muy cerca de Timmie. Éste no le hizo caso. Sus gritos aumentaron de intensidad.

—Ahora no quiere jugar con su cabello, doctor McIntyre —dijo la señorita Fellowes, hastiada—. Y si decide tirar de él, se arrepentirá. Déjelo en paz. Tendrá muchas oportunidades de examinarle.

—Sí, claro. —El paleantropólogo se levantó con aspecto abatido—. Debe comprender, señorita Fellowes, que es como si me hubieran dado un libro sellado que contiene las respuestas a todos los misterios de las edades. Quiero abrirlo y leerlo ahora mismo. Todas y cada una de las páginas.

—Lo comprendo, pero me temo que su libro está hambriento y destrozado, y creo que le gustaría ir al lavabo.

—Sí, por supuesto.

McIntyre recogió apresuradamente su material. Cuando se disponía a guardar los husos y los carretes, la señorita Fellowes le interrumpió.

—¿Puede dejar alguno?

—¿Quiere someterle a una prueba de inteligencia?

—No necesito someter a prueba su inteligencia, doctor. A mí me parece muy inteligente, pero pienso que algunos juguetes no le sentarían mal, y éstos ya están aquí.

El color acudió de nuevo a las mejillas de McIntyre. Al parecer, no le costaba mucho sonrojarse, pensó la señorita Fellowes.

—Por supuesto. Tenga.

—Y hablando de libros abiertos, doctor McIntyre, ¿cree que podría conseguirme material sobre el hombre neandertal? Dos o tres textos básicos, algo que me proporcione la información que nadie se ha preocupado de facilitarme hasta el momento. Pueden ser muy técnicos. Puedo leer prosa científica, y necesito saber detalles sobre la anatomía de los neandertales, su forma de vida, los alimentos que consumían, todo lo que haya sido descubierto hasta ahora. ¿Podría hacerlo?

—Mañana le enviaré todo cuanto necesita, aunque le advierto, señorita Fellowes, que nuestros conocimientos sobre los neandertales son irrelevantes comparados con lo que vamos a averiguar mediante Timmie, a medida que avance el proyecto.

—Todo a su tiempo —sonrió ella—. Está ansioso por extraerle la información, ¿verdad?

—Naturalmente.

—Bien, pues tendrá que ser paciente. No le permitiré que abrume al niño. Por el día de hoy ya ha padecido demasiadas intrusiones, y no volverá a suceder.

McIntyre pareció incómodo. Consiguió esbozar una leve sonrisa y se dirigió hacia la puerta.

—Y cuando elija esos libros, doctor...

—¿Sí?

—Me gustaría contar con uno que analizara a los neandertales en términos de su relación con los humanos. Con los humanos modernos, quiero decir. En qué eran diferentes de nosotros, en qué eran parecidos. El esquema de evolución, tal como nosotros lo entendemos. Ésa es la información que más me interesa. —Le dirigió una mirada fiera—. Son humanos, ¿verdad, doctor McIntyre? Un poco diferentes de nosotros, pero no tanto. ¿No es así?

—En esencia sí, pero...

—No. Nada de «peros». No estamos tratando con una variedad de mono. Timmie no es una especie de eslabón perdido. Es un niño, un niño humano... Envíeme unos cuantos libros, doctor McIntyre, se lo agradeceré. Hasta pronto.

El paleantropólogo salió. En cuanto desapareció, los aullidos de Timmie se redujeron a unos sollozos vacilantes, y después al silencio.

La señorita Fellowes le cogió en brazos. El niño se aferró a ella, tembloroso.

—Sí —dijo la mujer con tono tranquilizador—. Desde luego ha sido un día muy ajetreado. Demasiado ajetreado. Y tú no eres más que un niño pequeño. Un niño extraviado. Lejos de casa, lejos de todo lo que conocías... ¿Tenías hermanos? —preguntó, hablando más para ella que para el niño, sin esperar respuesta, ofreciéndole el consuelo de una voz cariñosa—. ¿Cómo era tu madre? ¿Y tu padre? Y tus amigos, tus compañeros de juegos. Todos desaparecidos. Ahora, casi te parecerán personajes de un sueño. Me pregunto hasta cuándo te acordarás de ellos.

«El niño extraviado —pensó—. Mi niño extraviado».

—¿Te apetece un poco de leche caliente? Y luego, a dormir.

Intercapítulo 3

EL LUGAR DE LOS TRES RÍOS

Por la noche, Nube de Plata soñó con el mar.

En su sueño, volvía a ser joven. Soñó que era apenas un muchacho, uno o dos veranos mayor que Rostro De Fuego Celestial, arrebatado por la Diosa en un torbellino de luz. Se erguía en la orilla del mar, notaba en sus labios el tacto del extraño viento húmedo. Su padre y su madre estaban con él, Árbol Alto y Dulce Flor. Le cogían de las manos y le conducían con parsimonia hacia el mar.

—No —dijo él—. Está frío. Tengo miedo de meterme dentro.

—No te hará daño —contestó Árbol Alto.

Pero no era verdad. Nadie se metía en el mar, nadie, nunca. Todos los niños lo aprendían apenas eran capaces de aprender algo. El mar mataba. El mar arrebatava la vida en un instante y devolvía los cuerpos a la orilla, vacíos y rígidos. El año anterior, el guerrero Matador De Cinco Mamut había resbalado por un acantilado cubierto de nieve y había caído al mar, y cuando poco rato después fue arrojado a la orilla estaba muerto, y tuvieron que enterrarle en una pequeña caverna excavada en la roca, cerca del lugar del que cayó. Cantaron toda la noche y encendieron una hoguera de extraños colores. Ahora, sus propios padres le animaban a entrar en el mar. ¿Querían que muriera como Matador De Cinco Mamut? ¿Se habían cansado de él? ¿Qué clase de tradición era ésa?

—El mar te hará fuerte —dijo Dulce Flor—. El mar te hará hombre.

—¡Pero Matador De Cinco Mamut murió por su causa!

—Había llegado la hora de su muerte. El mar le llamó y se apoderó de él, pero el momento de tu muerte está muy lejano todavía, muchacho. No debes tener miedo.

¿Era cierto? ¿Podía confiar en ellos?

Eran sus padres. ¿Por qué querían que muriera?

Cogió sus manos con fuerza y avanzó hacia la orilla.

Nunca había estado tan cerca del mar, aunque su tribu siempre había vivido en la llanura costera, vagando en busca de caza. Contempló las aguas con admiración y temor. Era como una inmensa bestia plana tendida frente a él, oscura y reluciente. Emitía rugidos, y una parte del borde se ondulaba y proyectaba espuma blanca. En algunos puntos, un fragmento de mar se alzaba en el aire, para abatirse sobre las rocas de la orilla. En ocasiones, de pie sobre acantilados muy parecidos al que había causado la muerte de Matador De Cinco Mamut, Nube De Plata había contemplado la inmensidad del mar, y divisó animales que se movían en él, entre los pedazos de hielo

flotante. Eran animales diferentes de los mamut, bueyes almizclados y rinocerontes de la tierra; eran criaturas esbeltas, ágiles y brillantes que surcaban el mar como si volaran por el aire.

La pasada primavera, uno de aquellos animales marinos había llegado a la orilla, y la Sociedad de Cazadores lo había matado, y la tribu celebró un gran festejo. ¡Qué tierna era su carne! ¡Qué extraña! Y su grueso y hermoso pelaje, de maravillosa suavidad. Con aquel espeso pelaje oscuro Árbol Alto había hecho una capa para Dulce Flor, y ella la llevaba con orgullo los días más señalados del año. ¿Iban a entregarle al mar a cambio de aquella piel?

—Avanza otro paso, muchacho —le urgió Árbol Alto—. No debes temer nada.

Nube De Plata levantó la vista, pero su padre sonreía.

Tenía qué confiar en su padre. Avanzó un paso, asiendo con fuerza sus manos. El borde del mar se enroscó alrededor de sus tobillos. Esperaba que fuera fría, pero no, era caliente, quemaba como el fuego. Sin embargo, al cabo de un momento ya no sintió su mordedura. El mar retrocedió, luego regresó, más alto que antes, hasta sus rodillas, sus muslos, su estómago. Árbol Alto y Dulce Flor se internaron un poco más, arrastrándole con ellos. El fondo del mar era muy blando, suave como la piel del animal marino, y daba la impresión de que se movía bajo sus pies mientras caminaba.

Se había hundido en el mar hasta el pecho. Le envolvía como una cálida manta.

—¿Aún tocan tus pies el fondo? —preguntó Árbol Alto.

—Sí. Sí.

—Bien. Inclínate hacia delante. Hunde tu cabeza en el mar. Deja que el mar cubra tu cara.

Obedeció. El mar se alzó sobre él, y fue como si un manto de nieve le cubriera. Nieve demasiado incesante para resultar fría. Calentaba como fuego, y si se pasaba demasiado tiempo en su interior daban ganas de quedarse dormido, como envuelto en una manta. Eso le había dicho una chica mayor. En una ocasión había presenciado cómo depositaban en el interior de la nieve a una anciana de la tribu, de huesos torcidos y ojos apagados. Había cerrado los ojos y caído dormida, con una expresión apacible.

Ahora dormiré en el seno del mar, pensó Nube De Plata, y ése será mi final. De alguna manera, morir ya no le pareció importante. Levantó la cabeza para ver si el mar cubría también los rostros de su padre y su madre, pero descubrió que ya no estaban a su lado. Le habían dejado completamente solo.

Oyó la voz de su padre desde muy lejos:

—Sal del mar, muchacho. Da media vuelta y sal.

Se dispuso a hacerlo. Pero mientras avanzaba hacia la orilla, notó que su cuerpo cambiaba a cada paso; se ensanchaba, crecía de estatura y grosor, y comprendió que se estaba haciendo hombre, que envejecía a cada momento que transcurría. Su espalda se ensanchaba, su pecho se ahondaba, sus muslos adquirían mayor fuerza y consistencia. Cuando pisó la orilla rocosa era un guerrero, en plena madurez.

Examinó su cuerpo desnudo y vio que era el cuerpo de un hombre moreno y peludo. Rió. Se frotó el pecho y palmeó los muslos. A lo lejos, divisó las hogueras del campamento, y corrió en su dirección para contarles a todos el extraño suceso ocurrido.

Mientras corría, notó una extraña sensación, porque seguía envejeciendo a cada momento. La edad se había apoderado de él y no iba a soltarle. Había dejado su infancia en el mar. Después, al salir, la fuerza de la juventud le había embargado. Sin embargo, ahora jadeaba un poco, luego se quedó sin aliento, su carrera se redujo a un trotecillo, y por fin a un paso lento. Y después empezó a cojear, porque algo le había ocurrido a su muslo izquierdo, y toda su pierna estaba rígida y dolorida. La miró. Estaba ensangrentada, como si un animal le hubiera clavado sus garras. Y recordó, sí, que había salido de caza con la Sociedad de Cazadores, y una onza se había abalanzado sobre él de repente...

Qué difícil le resultaba andar ahora. Qué viejo y cansado estoy —pensó—. Ya no puedo mantenerme erguido. Y todo el vello de mi cuerpo se ha teñido de plata.

Todo el cuerpo le dolía. La fuerza escapaba de sus miembros. ¡Qué sueño tan extraño y perturbador! Primero era un niño que entraba en el agua, luego salía y envejecía a marchas forzadas, y ahora estaba muriendo, muriendo, en un lugar desconocido y lejos del mar, donde la tierra era fría y dura y el viento seco, y se encontraba rodeado de extraños. ¿Dónde estaba Árbol Alto, dónde estaba Dulce Flor? ¿Dónde estaba Nube De Plata?

—Ayudadme —dijo, incorporándose en su sueño—. ¡El mar me ha matado! El mar... El mar...

—¿Nube De Plata?

Alguien estaba a su lado. Parpadeó y miró en derredor. La Que Sabe, arrodillada junto a él, le miraba con ansiedad. Se esforzó por recuperar el control. Temblaba como una vieja enferma y su pecho se agitaba con violencia. Nadie debía verle así, nadie. Tanteó en busca de su bastón, agarró el extremo y se irguió con dificultad.

—Un sueño —murmuró—. Malos presagios. Es necesario llevar a cabo un sacrificio ahora mismo. ¿Dónde está Mujer Divina? ¡Traedme a Mujer Divina!

—Ha bajado —dijo La Que Sabe—. Está limpiando el altar.

—¿El altar? ¿Cuál? ¿Dónde?

—En los Tres Ríos. ¿Qué te sucede, Nube De Plata? ¡Pareces tan confuso!

—He tenido un sueño horroroso.

Apoyado en su bastón, avanzó tambaleante. Su mente empezaba a aclararse. Sabía dónde estaba. Tres ríos confluían en el valle situado bajo sus pies.

Sí. El largo peregrinaje de regreso había llegado a su término. Estaban acampados en la alta meseta inclinada que dominaba el llano donde se reunían los Tres Ríos. A la luz brumosa del amanecer, Nube De Plata vio los ríos. El más largo se arrastraba perezosamente desde el norte, transportando una nutrida carga de bloques de hielo, mientras el más corto y el más veloz surgían desde el este y el oeste, respectivamente.

El año pasado (parecía tan lejano ya) se habían detenido en este mismo lugar durante muchas semanas, azotados por el hambre, hasta que la Diosa les envió milagrosamente un rebaño de renos, tan debilitados también por el hambre que la Sociedad de Cazadores azuzó sin grandes dificultades a una docena de perplejos animales hacia el borde de un risco. ¡Qué enorme cantidad de comida habían obtenido! Como prueba de agradecimiento, habían erigido un maravilloso altar a la Diosa en el lugar donde confluían los ríos, utilizando los bloques de piedra más pesados que pudieron izar, y los decoraron con una curiosa roca brillante que habían desgajado en relucientes láminas en la pared del risco. Después habían proseguido su camino, continuado su larga emigración hacia el este. Y ahora, habían regresado.

—No veo a Mujer Divina —dijo Nube De Plata a La Que Sabe.

—Tendría que estar en el altar.

—Veo el altar, pero no veo a Mujer Divina.

—Tus ojos ya no son lo que eran, Nube De Plata. Déjame mirar a mí.

Se colocó delante de él y miró hacia el brumoso valle.

—No —dijo al cabo de un momento, perpleja—. Tienes razón, no está. Habrá emprendido el camino de regreso, pero dijo que iba a quedarse toda la mañana para recitar las oraciones y purificar el altar...

—¡Nube De Plata! ¡Nube De Plata!

—¿Mujer Divina? ¿Qué estás...?

La sacerdotisa subía a toda prisa por el sendero que ascendía desde el valle. Tenía la cara enrojecida, sus ropas colgaban desaliñadamente y jadeaba como si hubiera corrido sin parar desde el fondo.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa, Mujer Divina?

—¡Otros!

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Alrededor del altar. No les he visto, pero había huellas por todas partes. Conozco bien sus largos pies... Huellas por todas partes, en el suelo húmedo. Huellas frescas. Por todas partes. ¡Nos hemos metido en la boca del lobo, Nube De Plata!

Capítulo V

EQUIVOCARSE

—¿Cómo está nuestro muchacho esta mañana, señorita Fellowes? —preguntó Hoskins.

—¿Por qué no lo comprueba usted mismo, doctor?

La cara de Hoskins registró una mezcla de diversión y fastidio.

—¿Por qué me llama siempre «doctor»?

—Porque lo es, según creo —contestó ella, pensando en aquel «doctor en Físicas» grabado con tanto orgullo en la placa del despacho.

—Un doctorado en física, nada más.

—Un doctorado siempre es un doctorado.

—Y durante mucho tiempo ha estado acostumbrada a llamar «doctor» a gente que ostenta alguna clase de autoridad, ¿no es eso? Sobre todo si eran hombres.

Aquellas palabras la sobresaltaron. Eran ciertas. A lo largo de su carrera, los altos cargos de los hospitales donde había trabajado poseían títulos de medicina. La mayoría eran hombres. Tenía la costumbre de añadir la palabra «doctor» a cada frase que dirigía a alguien que consideraba su superior. Su marido también había sido médico, con un doctorado en física, como Hoskins. La señorita Fellowes se preguntó si también le habría llamado «doctor», en caso de que hubieran continuado casados. Una idea curiosa. Casi nunca pensaba en él. La idea de estar casada, de tener marido, se le antojaba remota e inverosímil. Había estado casada muy poco tiempo, muchos años atrás.

—¿Qué prefiere? —preguntó—. ¿Quiere que le llame «señor Hoskins»?

—Casi toda la gente de la casa me llama Jerry.

La señorita Fellowes le miró de una forma peculiar.

—¡No puedo hacerlo!

—¿Que no puede?

—No... me parecería correcto.

—No le parecería correcto —repitió Hoskins en voz baja— llamarme Jerry. —La estudió con detenimiento, como si la viera por primera vez. Su amplio rostro se iluminó con una cálida sonrisa—. Es usted una persona muy seria. No me había percatado de hasta qué punto. Muy bien, siga llamándome «doctor Hoskins», si se siente más cómoda. Yo seguiré llamándola «señorita Fellowes».

¿Qué quería decir?, se preguntó ella. ¿Habría pensado en llamarla Edith? Nadie lo hacía. Casi nadie; unas seis personas en todo el mundo. Casi siempre era la «señorita

Fellowes», incluso para ella misma, cuando pensaba en sí misma en tercera persona, cosa que no ocurría a menudo. Era una costumbre, y nunca pensaba en ello, pero ahora se dijo: «Es raro que piense en mí de esta manera. Qué austero, qué rígido. Ahora que he llegado a una edad madura, me he convertido en una persona muy peculiar. Y ni siquiera me he dado cuenta».

Hoskins seguía mirándola fijamente, sin dejar de sonreír.

De pronto, reparó en que el hombre difundía una gran ternura, una fuerte simpatía. En eso tampoco había reparado. En sus anteriores entrevistas le había parecido una persona que se presentaba ante el mundo como alguien envarado, cauteloso e inflexible, y que sólo demostraba cierta humanidad en raras ocasiones, pero tal vez se debía a la tensión que le embargaba durante los días precedentes al experimento Estasis. Ahora que el éxito del proyecto se había confirmado, estaba más relajado, más humano, más como era: un hombre muy agradable.

La señorita Fellowes se preguntó si Hoskins estaba casado.

Se sintió estupefacta y turbada por la especulación. Dos semanas antes le había dicho que tenía un hijo, ¿no? Un hijo pequeño, que apenas empezaba a caminar. Claro que estaba casado. Por supuesto. ¿En qué estaba pensando? Desechó tales pensamientos, horrorizada.

—¡Timmie! —llamó—. ¡Ven aquí, Timmie!

Al igual que Hoskins, el niño parecía de muy buen humor esa mañana. Había dormido bien; había comido bien. Salió corriendo del baño, sin demostrar la menor inquietud por la presencia de Hoskins. Se encaminó sin vacilar hacia el hombre y le soltó un torrente de chasquidos.

—¿Cree que está diciendo algo, señorita Fellowes? ¿No será que le divierte escuchar su propia voz?

—¿Qué otra cosa puede estar haciendo sino hablar, doctor? El doctor McIntyre me preguntó lo mismo ayer, cuando oyó hablar a Timmie. ¿Cómo pueden dudar que el niño utilice un lenguaje complejo?

—El doctor McIntyre es muy conservador. No le gusta precipitar sus conclusiones.

—Ni a mí, pero eso es un verdadero lenguaje.

—Esperemos que así sea, señorita Fellowes. Confiemos. Si no encontramos ningún método de comunicarnos con Timmie, no habrá servido de gran cosa traerle. Queremos que nos cuente cosas sobre su mundo de procedencia, por supuesto. Toda clase de cosas.

—Lo hará, doctor. En su idioma o en el nuestro. Y yo diría que aprenderá a hablar el nuestro mucho antes de que hayamos descubierto algo sobre el suyo.

—Es posible que tenga razón, señorita Fellowes. El tiempo lo dirá, ¿no? El tiempo lo dirá.

Hoskins se agachó hasta que su cabeza quedó al mismo nivel que la de Timmie, y apoyó sus manos sobre la caja torácica del niño, con los dedos extendidos. Timmie

mantuvo la calma. La señorita Fellowes comprendió que Hoskins estaba haciendo cosquillas al niño, moviendo la yema de los dedos de una manera desenvuelta y festiva, que demostraba su conocimiento de cómo tratar a los niños pequeños. Y a Timmie le gustaban las cosquillas.

—Qué crío más robusto —comentó Hoskins—. Fuerte como pocos... Así que vas a aprender inglés, ¿eh, Timmie? Y después, nos dictarás un libro sobre la vida en la Era Paleolítica, y todo el mundo querrá leerlo y será un éxito de ventas, y recuperaremos parte del dinero invertido en ti, ¿eh, Timmie? ¿Eh? —Miró a la señorita Fellowes—. No hace falta mencionarle cuántas cosas dependen de este chico. No sólo dinero, sino nuestro futuro profesional.

—Sí, lo imagino.

Hoskins revolvió el espeso cabello del niño, palmeó su cabeza y se levantó.

—Hemos trabajado durante años con un mísero presupuesto, sacando fondos de donde podíamos. No imagina cuánta electricidad cuesta mantener la Estasis, suficiente para alimentar una ciudad durante días, y la electricidad sólo constituye una mínima parte de los gastos generales. Hemos estado a punto de hundirnos media docena de veces. Nos salvamos en el último momento, literalmente, pero Timmie ha sido decisivo. Colocará en órbita a Tecnologías Estasis S. L. ¡Lo hemos conseguido, señorita Fellowes, lo hemos conseguido!

—Yo pensaba que traer un dinosaurio vivo era suficiente, doctor Hoskins.

—Y nosotros también, pero nunca logró cautivar la imaginación del público.

—¿No?

Hoskins soltó una risotada.

—Tal vez si hubiéramos capturado un brontosaurio adulto, o un tiranosaurio, pero debíamos tener en cuenta las limitaciones de masa, que nos maniataban considerablemente. Tampoco habríamos sabido cómo controlar a un tiranosaurio, de haberlo traído... Un día de éstos le enseñaré nuestro dinosaurio.

—Sí, debería hacerlo.

—Es muy listo.

—¿Listo? ¿Un dinosaurio?

—Ya lo verá. Sí, un pequeño dinosaurio muy listo. Por desgracia, no parece impresionar mucho a la gente. Qué interesante, dijeron, estos científicos han traído un dinosaurio vivo de los tiempos prehistóricos. Pero luego vieron al dinosaurio por la televisión y ya no les pareció interesante, porque no era grande como dos edificios y no despedía fuego por la boca. Sin embargo, un niño neandertal, un auténtico ser humano prehistórico, de aspecto extraño pero con el que todo el mundo se puede identificar, será nuestra salvación. ¿Lo has oído, Timmie? Eres nuestra salvación. Si esto hubiera fracasado, señorita Fellowes, habría sido mi fin. No tengo la menor duda. Habría sido el fin de la empresa.

—Entiendo.

—Pero ahora todo va bien. Pronto lloverá dinero. Nos han prometido fondos en

todas partes. Es maravilloso, señorita Fellowes. Mientras consigamos mantener sano y feliz a Timmie, y si llega a hablar algunas palabras en inglés... «Buenos días a todos, les habla Timmie, de la Edad de la Piedra...».

—O algo por el estilo —replicó con sequedad la mujer.

—Sí, algo por el estilo... Sano y feliz, ésa es la clave. Si algo le ocurriera, arrastrarían nuestro nombre por el barro, y aún peor, señorita Fellowes. Lo cual la convierte en figura central de toda la operación, ¿se ha dado cuenta? Dependemos de que usted proporcione un entorno seguro y estable a nuestro chico. Su palabra será ley; Timmie tendrá todo cuanto necesite. Tenía razón ayer, cuando se negó a que los medios de comunicación le asediaran tan pronto.

—Gracias.

—Como comprenderá, queremos ofrecer lo antes posible una conferencia de Prensa. Es vital para nuestros intereses el obtener el máximo provecho del valor publicitario del proyecto Timmie...

De repente, Hoskins volvió a parecerse al ejecutivo agresivo que decía frases como «Confíe en mí» cuando menos confianza daba.

—¿Significa eso que quiere traerles aquí esta tarde? —preguntó con frialdad la señorita Fellowes.

—Bien, si opina que está preparado para...

—No. Aún no.

Hoskins se humedeció los labios.

—Su palabra es ley. Avísenos en el momento oportuno.

—Lo haré.

—¿Puede adelantarnos algo? ¿Qué le parece mañana, o pasado?

—Aparquémoslo de momento, doctor, ¿de acuerdo? No quiero someter a Timmie a algo tan angustiante como una conferencia de Prensa. Todavía está recuperando el aliento, o asentando los pies en tierra, como prefiera. Ha hecho excelentes progresos desde los primeros momentos, pero podría volver a convertirse en el niño salvaje y asustado que vio anoche. Incluso el doctor McIntyre ha logrado irritarle al cabo de un rato.

Hoskins aparentó contrariedad.

—No podemos mantener alejada a la Prensa indefinidamente, señorita Fellowes.

—No he dicho indefinidamente. Estoy hablando de unos cuantos días. Dos, tres, cuatro... Yo lo juzgaré, ¿verdad, doctor Hoskins? ¿Acaso mi palabra no es ley?

—Su palabra es ley —admitió Hoskins a regañadientes. Guardó silencio unos momentos—. No ha salido de la zona de Estasis desde la noche del experimento, ¿verdad, señorita Fellowes? Ni por un instante.

—¡No! —exclamó ella indignada—. Conozco mis responsabilidades, doctor Hoskins, y si piensa...

—Por favor, señorita Hoskins. —Sonrió y levantó una mano—. No estoy insinuando nada. Sólo intento explicar que no pretendemos tenerla encerrada con el

niño las veinticuatro horas del día, siete días a la semana. Soy consciente de que, durante los dos primeros y críticos días, era mejor que no se moviera de aquí; de hecho, en nuestra primera entrevista le adelanté que, al principio, estaría de guardia permanente. Sin embargo, parece que Timmie se ha estabilizado a la perfección. Deberá programar un tiempo libre de esparcimiento y relajó. La señora Stratford la sustituirá una hora o así, al principio, y más tarde ya podrá tomarse las tardes libres.

—Como prefiera.

—No parece muy entusiasmada. No sabía que era adicta al trabajo hasta ese punto, señorita Fellowes.

—No es la palabra adecuada. Es que... Bueno, Timmie se encuentra en una situación muy vulnerable. Desorientado, aislado, lejos de casa, muy necesitado de amor y protección, mientras se reconcilia con la idea de lo ocurrido. No he querido dejarle ni por un rato.

—Muy encomiable, pero lo peor de la transición ya ha pasado, y usted ha de empezar a salir, aunque sólo sea para tomarse cortos descansos.

—Si eso es lo que quiere, doctor...

—Pienso que es lo mejor. Por su propio bien, señorita Fellowes. Merece un respiro de su trabajo. Tampoco quiero que Timmie llegue a depender por completo de su presencia. Es imposible predecir qué clase de lazos pueden desarrollarse, si persiste en cuidarle las veinticuatro horas del día. Además, si se ve obligada a abandonar la zona de Estasis por algún motivo, es posible que Timmie no lo soporte. La situación es poco aconsejable. ¿Me comprende?

Ella asintió.

—Tiene razón.

—Bien. ¿Quiere intentar un pequeño experimento? Llamaremos a la señora Stratford y le diremos que cuide a Timmie una o dos horas, y usted me acompañará ahora mismo a dar un paseo por el laboratorio.

—Bueno...

—No le gusta, ¿verdad? Escuche, le proporcionaremos un localizador. Si la señora Stratford tiene el menor problema con Timmie, volverá en cinco minutos, ¿de acuerdo? Confíe en mí.

—Muy bien.

La señorita Fellowes aceptó la proposición, con menos reservas que antes. Tuvo que admitir la validez del razonamiento de Hoskins. Ahora que había ayudado a Timmie a sobrellevar los dos primeros días, sería prudente comprobar si soportaba su ausencia un rato.

—Tengo ganas de hacer la prueba —dijo—. Lléveme a ver su dinosaurio.

—Se lo enseñaré todo. Animal, vegetal y mineral, a partes iguales. —Consultó su reloj—. Le concedo... noventa minutos para terminar lo que estaba haciendo y para asesorar a la señorita Stratford. Después volveré y daremos ese paseo.

La señorita Fellowes meditó unos instantes.

—Digamos dos horas.

—¿Dos horas? Estupendo. Volveré a las once en punto. Hasta luego. No estará preocupada, ¿verdad?

La señorita Fellowes sonrió.

—De hecho, ansío que llegue el momento. Podrás pasar sin mí un ratito, ¿verdad, Timmie?

El niño emitió unos chasquidos.

—¿Lo ve, doctor? Sabe cuándo le hago una pregunta, y contesta, aunque no sepa lo que digo. Hay auténtica inteligencia dentro de su cabeza.

—Estoy seguro.

Hoskins sonrió y salió.

La señorita Fellowes se descubrió tarareando una canción mientras procedía a sus quehaceres matutinos. Había dicho la verdad en lo referente a desear salir un rato de la burbuja de Estasis. Si bien disfrutaba cuidando de Timmie, necesitaba tomarse un descanso.

¿O era la idea de pasar un tiempo en compañía de Hoskins?

La verdad, sabía que pensar eso era ridículo, pero casi parecía... una cita.

«Tiene un hijo pequeño —se repitió con severidad—. Lo cual significaba que, casi con absoluta seguridad, existe una esposa. Una esposa joven y bonita».

Aun así, la señorita Fellowes había cambiado su uniforme de enfermera por un vestido cuando Hoskins acudió a buscarla a las once. Un vestido de corte conservador, por supuesto (no tenía de otro estilo), pero hacía años que no se sentía tan femenina.

El hombre la felicitó por su apariencia con gravedad, y ella correspondió de igual forma. Un prelude perfecto, pensó. Y surgió la pregunta inexorable: Prelude ¿de qué?

Se despidió de Timmie y le aseguró que volvería pronto. Informó a la señora Stratford de lo que debía darle de comer, y cuándo. La joven ayudante aparentaba cierta inquietud por aceptar la responsabilidad de quedarse sola con Timmie, pensó la señorita Fellowes, pero entonces la señora Stratford comentó que Mortenson estaría cerca por si Timmie planteaba dificultades, y la señorita Fellowes comprendió que la mujer estaba más preocupada por encontrarse enzarzada en una feroz batalla, que por cualquier daño que pudiera sufrir Timmie mientras ella le cuidaba. Tal vez sea conveniente asignarle otras funciones, pensó la señorita Fellowes. De todos modos, no tenía otro remedio que dejar a Timmie bajo su tutela. El localizador que guardaba en el bolso le avisaría al instante de cualquier contratiempo.

Se marcharon. Timmie emitió un leve gemido de... ¿sorpresa? ¿Desesperación?

—¡No te preocupes, Timmie! ¡Volveré! ¡Volveré!

La separación era necesaria, pensó. Y cuanto antes mejor. Por el niño, y por ella.

Hoskins la condujo por el laberinto de pasillos apenas iluminados, bóvedas resonantes y oscuras escaleras metálicas que habían atravesado la noche que Timmie había llegado, una noche que a la señorita Fellowes se le antojaba tan lejana como el recuerdo de un sueño. Salieron del edificio unos instantes a un día claro y luminoso, pero luego se sumergieron en otro edificio inhóspito, similar a una cochera, muy parecido al que había albergado la burbuja de Estasis de Timmie.

—Éste es el antiguo laboratorio de Estasis —informó Hoskins—. Donde todo empezó.

De nuevo, controles de seguridad; de nuevo, ruidosas escaleras, mohosos pasillos, tétricas bóvedas cavernosas. Por fin, llegaron al corazón de una bulliciosa zona de investigaciones, mucho más ajetreada que la otra. Hombres y mujeres enfundados con monos de laboratorios iban de un lado a otro, cargados con montañas de informes, expedientes, cubos de datos. Hoskins saludó a muchos por el nombre, y ellos le respondieron igual. La señorita Fellowes consideró desagradable la informalidad.

«Claro que esto no es un hospital —se dijo—. Esta gente sólo trabaja aquí. Ésa es la diferencia».

—Animal, vegetal, mineral —dijo Hoskins—. Tal como le había prometido. Animal, allí: nuestro ejemplar más espectacular. Antes de Timmie, por supuesto.

El espacio estaba dividido en muchas habitaciones, y cada una contaba con una burbuja de Estasis, más pequeña que la de Timmie. Hoskins la condujo hacia el panel de cristal de una, y ella miró su interior.

En principio creyó que se trataba de un pollo provisto de escamas y cola. Corría como un poseso de una pared a otra sobre dos patas muy delgadas, mirando a todas

partes. Sin embargo, jamás había existido un pollo como ése, un pollo sin alas, con dos bracitos colgantes terminados en garras semejantes a manos, que se abrían y cerraban sin cesar. Su estrecha cabeza delicadamente moldeada, como la de un ave, con relucientes ojos escarlatas. Una quilla huesuda coronaba su cráneo, como la cresta de un gallo, pero de un azul eléctrico. Su cuerpo era verde, con franjas más oscuras, y poseía cierto brillo reptiliano. La delgada cola sinuosa se agitaba de un lado a otro.

—Éste es nuestro dinosaurio —dijo Hoskins—. Nuestro orgullo y alegría... hasta que Timmie llegó.

—¿Dinosaurio? ¿Eso?

—Ya le dije que era pequeño. Le gustaría que fuera gigantesco, ¿verdad, señorita Fellowes?

En las mejillas de la mujer se formaron unos hoyuelos.

—Supongo que sí. Es natural. Lo primero en que se piensa cuando se habla de dinosaurios es en su enorme tamaño. Y éste es, bueno, diminuto.

—Queríamos uno pequeño, créame. No le costará imaginar lo que ocurriría si un estegosaurio adulto, por ejemplo, apareciera en la Estasis y empezara a pasearse por el laboratorio. No basta la energía eléctrica de seis condados para crear un campo de Estasis lo bastante grande para contener algo tan enorme. Y la tecnología aún no está lo suficientemente desarrollada para transferir masas significativas, aunque contáramos con la electricidad necesaria.

La señorita Fellowes contempló al animal y sintió un escalofrío. ¡Un dinosaurio vivo, sí! ¡Fantástico!

Pero tan menudo... Recordaba más a un ave sin plumas, o alguna especie de lagarto...

—Si no es grande, ¿por qué es un dinosaurio?

—El tamaño no es un factor determinante, señorita Fellowes. La estructura ósea clasifica a un animal como dinosaurio. La anatomía pélvica, sobre todo. Los reptiles modernos poseen extremidades que sobresalen hacia los lados, como éste. Piense en la forma de andar de un cocodrilo o de un lagarto. Anadea más que camina, ¿no cree? Los cocodrilos no se desplazan erguidos sobre las patas traseras, pero los dinosaurios tenían pelvis de ave. Como todo el mundo, muchos eran capaces de caminar erguidos, como los animales modernos de dos patas. Piense en los avestruces, en las aves acuáticas de patas largas, en la articulación de nuestras piernas. Hasta los dinosaurios que iban a cuatro patas tenían el tipo de pelvis que permitía a las patas descender rectas, en lugar de desviarse a los lados como las de un lagarto. Es un modelo que evoluciona de forma totalmente diferente, una línea que condujo de los reptiles tipo dinosaurio a las aves, y de éstas a los mamíferos. Y su extremo saurio desapareció. Los únicos reptiles que sobrevivieron a la Gran Extinción, a finales del Mesozoico, fueron los que poseían el otro tipo de pelvis.

—Entiendo. Había dinosaurios grandes y pequeños, sólo que han sido los

primeros quienes han cautivado nuestra imaginación.

—Exacto. Son los famosos, que asombran a todo el mundo en los museos, pero muchas especies tenían escasos metros de altura, Como ésta, por ejemplo.

—Ahora entiendo por qué la gente se desinteresó pronto. No asusta, no impresiona.

—La gente de la calle ha perdido el interés, señorita Fellowes, pero le aseguro que este amiguito ha constituido una revelación para los científicos. Se le estudia día y noche, y se han descubierto cosas muy interesantes. Por ejemplo, hemos podido determinar que no es totalmente de sangre fría, lo cual confirma una de las teorías más controvertidas acerca de los dinosaurios. Al contrario que muchas especies modernas de reptiles, posee un método para mantener la temperatura interna más elevada que la de su entorno. No es un método perfecto, en modo alguno, pero el hecho de que lo tenga confirma las pruebas, aportadas por los esqueletos, de que los dinosaurios se encuentran en la línea evolutiva directa que conduce a las aves y a los mamíferos. El animal que está viendo es uno de nuestros más remotos antepasados, señorita Fellowes.

—En ese caso, ¿no existe el riesgo de interferir en la historia de la evolución, al sacarle de su era? Imagine que este dinosaurio fuera el eslabón clave en la cadena de la evolución.

Hoskins soltó una carcajada.

—Temo que el desarrollo de la evolución no es tan sencillo. No, no existe el menor peligro de cambiar la historia de la evolución. El hecho de que sigamos aquí, después de que este bicho haya viajado a través del tiempo, lo demuestra.

—Supongo que sí... ¿Es macho o hembra?

—Macho. Por desgracia. Desde que lo trajimos, estamos intentando apoderarnos de una hembra de la misma especie, pero sería más fácil encontrar una aguja en un pajar.

—¿Para qué quieren una hembra?

Hoskins la miró con ironía.

—Quizá tendríamos la oportunidad de obtener óvulos fértiles, y dar a luz crías de dinosaurio en el laboratorio.

La señorita Fellowes se sintió ridícula.

—Por supuesto.

—Acérquese. La sección de trilobites. ¿Sabe qué son los trilobites, señorita Fellowes?

Ella no contestó. Contemplaba las patéticas evoluciones del pequeño dinosaurio en su encierro, corriendo de una pared a otra. Chocaba y rebotaba contra la pared antes de dar la vuelta. Daba la impresión de que el estúpido animal no entendía la razón que le impedía continuar su camino, salir a campo abierto y adentrarse en los húmedos pantanos y selvas tórridas de su entorno prehistórico.

Pensó en Timmie, encerrado en sus diminutas habitaciones.

—Le he preguntado, señorita Fellowes, si sabe lo que son los trilobites.

—¿Cómo? Oh, sí. Una especie de langosta ya extinguida, ¿no?

—Bueno, no exactamente. Un crustáceo extinto, pero muy diferente de una langosta. En realidad, no se parece a ningún ser viviente de hoy en día. En un tiempo fueron la forma de vida predominante en la Tierra, la cima de la creación. Eso fue hace quinientos millones de años. Había trilobites por todas partes. Reptaban a millones en el lecho de todos los océanos. Hasta que desaparecieron, por causas que ignoramos. No dejaron descendientes, ni herencia genética. Existieron, se multiplicaron, y después se desvanecieron. Dejaron grandes cantidades de fósiles.

La señorita Fellowes escrutó el tanque de trilobites. Vio seis o siete seres verdegrisáceos, de unos ocho o diez centímetros de largo, posados sobre un lecho de limo gris. Su aspecto era el de algo que pudiera verse fácilmente en la orilla del mar, en un charco dejado por la marea. Sus cuerpos estrechos, ovales, en apariencia fuertes, estaban divididos a lo largo en tres secciones onduladas. La del centro se elevaba sobre las otras dos, más pequeñas, erizadas de pequeñas púas. En un extremo se veían unos enormes ojos oscuros, faceteados como los de un insecto. Mientras la señorita Fellowes observaba, uno de los trilobites proyectó un conjunto de diminutas patas articuladas hacia los lados y comenzó a reptar, lentamente, muy lentamente, por el fondo del tanque.

La cima de la creación. La forma de vida predominante en su época.

Apareció un hombre con bata de laboratorio y empujando un carrito sobre cuya bandeja descansaba un complicado aparato, de aspecto extraño. Saludó a Hoskins con cordialidad y dedicó a la señorita Fellowes una sonrisa impersonal.

—Le presento a Tom Dwayne, de la Universidad de Washington —dijo Hoskins—. Es una de las personas que se responsabilizan de los trilobites. Tom es químico nuclear. Tom, quiero que conozcas a Edith Fellowes, enfermera diplomada. Es la maravillosa mujer que cuida a nuestro pequeño neandertal.

El hombre sonrió de nuevo, pero esta vez con más calidez.

—Es un honor conocerla, señorita Fellowes. Tiene una gran responsabilidad entre sus manos.

—Saldré adelante —replicó la mujer, procurando no sonar demasiado pomposa—. ¿Qué tiene que ver un químico nuclear con trilobites, si me permite la pregunta?

—Bien, en realidad no estoy estudiando los trilobites per se. Estoy estudiando la química del agua que vino con ellos.

—Tom está estudiando la proporción de isótopos del oxígeno contenido en el agua —explicó Hoskins.

—¿Para qué?

—Tenemos aquí agua primigenia —dijo Dwayne—, de una antigüedad mínima de quinientos millones de años, tal vez seiscientos. La proporción de isótopos nos da la temperatura predominante del océano en aquel tiempo (se lo explicaré en detalle, si quiere). Cuando sepamos la temperatura del océano, deduciremos todo tipo de cosas

sobre el antiguo clima planetario. El mundo era en su mayor parte un océano cuando los trilobites medraban.

—Como ve, señorita Fellowes, a Tom no le interesan para nada los trilobites. Son desagradables molestias que flotan en su preciosa agua primigenia. Los que estudian los trilobites lo tienen mucho más fácil, porque les basta con diseccionar esos bichos, y sólo necesitan un escalpelo y un microscopio, mientras que el pobre Tom ha de montar aquí un espectrógrafo de masa cada vez que realiza un experimento.

—¿Por qué? ¿No puede...?

—No, no puede. No puede sacar nada de la burbuja de Estasis. Hay que mantener el equilibrio del potencial temporal.

—El equilibrio del potencial temporal —repitió la señorita Fellowes, como si Hoskins hubiera dicho algo en latín.

—Un problema de conservación de la energía. Lo que se desplaza por el tiempo atraviesa líneas de fuerza temporal. Acumula potencial mientras se mueve. Tenemos neutralizado el interior de la Estasis, y hay que mantenerlo así.

—Ah —dijo la señorita Fellowes.

Su formación científica no incluía demasiada física. Sus conceptos se le escapaban. Tal vez era una reacción a los infaustos recuerdos de su matrimonio. Su exmarido se complacía en volver una y otra vez sobre la «poesía» inherente a la física, su misterio, magia y belleza. Quizá las poseyera, pero la señorita Fellowes no solía pensar demasiado en nada relacionado con su exmarido.

—¿Seguimos nuestro paseo, y dejamos a Tom con sus trilobites? —preguntó Hoskins.

Había muestras de vida vegetal primordial en cámaras selladas (extrañas plantas escamosas de poco tamaño, siniestras y carentes de hermosura), así como fragmentos de formaciones rocosas, muy parecidas a las rocas del siglo XXI, en opinión de la señorita Fellowes. Eran las partes vegetal y mineral de la colección. Animal, vegetal y mineral, sí, como Hoskins había prometido. Se había llevado a cabo un completo saqueo de la historia natural del pasado. Y a cada espécimen le correspondía un investigador. El lugar era como un museo, un museo al que se había dotado de vida y servía de centro de investigaciones superactivo.

—¿Ha de supervisar todo esto, doctor Hoskins?

—Solo de manera indirecta, señorita Fellowes. Tengo subordinados, gracias a Dios. El trabajo administrativo general de dirigir la empresa basta para mantenerme ocupado tres veces más.

—Pero usted no es un hombre de negocios, en realidad —contestó la mujer, pensando en aquel tan cacareado doctorado en física—. Usted es un científico, que se ha ido convirtiendo poco a poco en un ejecutivo, ¿no?

El hombre asintió con aire melancólico.

—Una forma de expresarlo muy precisa. Empecé por el lado teórico. Mi doctorado trataba de la naturaleza del tiempo, la técnica de la detección intertemporal

mesónica, etcétera. Cuando fundamos la empresa, ignoraba que sería algo más que el responsable de investigaciones teóricas, pero luego surgieron... bueno, problemas. Y no me refiero a problemas técnicos. Un día se presentaron los banqueros y nos echaron un buen sermón sobre el modo en que llevábamos nuestro negocio. Después hubo cambios de personal a los niveles más altos de la empresa, una cosa condujo a la otra, y de repente me dijeron «Jerry, has de ser director ejecutivo, eres el único que puede poner orden aquí». Fui lo bastante idiota para creerles, y luego, bien... —Sonrió—. Aquí me tiene, con un estupendo escritorio de caoba y todo eso. Revuelvo papeles, doy el visto bueno a los informes, convoco reuniones. Digo a la gente lo que debe hacer. Me quedan unos diez minutos libres al día para pensar en mis propias investigaciones científicas.

La señorita Fellowes experimentó una súbita oleada de solidaridad. Por fin comprendía el significado de la placa que descansaba sobre el escritorio de Hoskins. No era para presumir. La tenía allí para recordar quién y qué era en realidad.

«Qué triste», pensó.

—Si pudiera dejar de lado la vertiente administrativa de la empresa, ¿a qué clase de investigaciones se dedicaría? —preguntó.

—Problemas de la transferencia temporal de corto alcance. Sin la menor duda. Me gustaría descubrir un método de detectar objetos más cercanos en el tiempo del actual límite de diez mil años. Hemos llevado a cabo estudios preliminares prometedores, pero sin avanzar mucho más. Es una cuestión de recursos disponibles, tanto económicos como técnicos, de prioridades, de aceptar las limitaciones del momento. Si pudiéramos escarbar en los tiempos históricos, señorita Fellowes, si pudiéramos establecer contacto con el Egipto de los faraones, con los habitantes de Babilonia, de la antigua Roma, de Grecia, o de...

Se interrumpió. La señorita Fellowes oyó un alboroto procedente de una cabina lejana, una voz débil que se elevaba, quejumbrosa. Hoskins frunció el ceño, murmuró un apresurado «Perdone» y se alejó a toda prisa.

La señorita Fellowes procuró seguirle sin correr. No le hacía ninguna gracia quedarse sola entre tantas reliquias de tiempos pretéritos.

Un hombre mayor, vestido con ropa de calle, de barba gris bien recortada y rostro enrojado por la furia, estaba discutiendo con un técnico uniformado, mucho más joven, que ostentaba el monograma rojo y dorado de Tecnologías Estasis S. L. en la bata de laboratorio.

—Tenía que concretar aspectos vitales de mis investigaciones —decía el enfurecido hombre—. ¿Es que no lo comprende?

—¿Qué sucede? —preguntó Hoskins, interponiéndose entre ambos.

—Intentó apoderarse de especímenes, doctor Hoskins —explicó el técnico.

—¿De la Estasis? —preguntó Hoskins, y enarcó las cejas—. ¿Lo dice en serio? —Se volvió hacia el hombre—. No puedo creer que sea cierto, doctor Adamewski.

El hombre señaló la burbuja de Estasis más próxima. La señorita Fellowes miró

en aquella dirección. Sólo vio una pequeña mesa gris de laboratorio sobre la que descansaba una muestra de roca de lo más vulgar junto con algunos frascos de lo que aparentaba ser reactivos de ensayo.

—Todavía me queda mucho trabajo para llegar a... —empezó Adamewski.

El técnico le interrumpió.

—Doctor Hoskins, el profesor Adamewski sabía desde el principio que su espécimen de calcopirita sólo podía permanecer aquí durante dos semanas, plazo que termina hoy.

—¡Dos semanas! —estalló Adamewski—. ¿Quién puede predecir por anticipado cuánto va a durar un trabajo de investigación? ¿Acaso dedujo Roentgen los principios de los rayos X en dos semanas? ¿Solucionó Rutherford el problema de los núcleos atómicos en dos semanas? ¿Consiguió...?

—Dos semanas era el límite impuesto a este experimento —dijo el técnico—. Él lo sabía.

—¿Y qué? No podía garantizar que terminaría mi trabajo en un plazo tan breve. No puedo predecir el futuro, doctor Hoskins. Dos semanas, tres semanas, cuatro... Lo que importa es solucionar el problema, ¿no?

—El problema, profesor —replicó Hoskins—, es que nuestros recursos son limitados. Disponemos de un número reducido de burbujas de Estasis y el trabajo a realizar es abrumador. Por lo tanto, hay que compartir los especímenes. Ese trozo de calcopirita ha de volver a su lugar de procedencia. Hay una larga lista de gente que espera utilizar esta burbuja.

—Pues que la utilicen —rugió Adamewski—, y yo sacaré el espécimen de ahí y terminaré el trabajo en mi universidad. Se lo devolveré cuando haya acabado.

—Sabe que eso es imposible.

—¡Un trozo de calcopirita! ¡Un miserable pedazo de roca que pesa tres kilos, sin valor comercial! ¿Por qué es imposible?

—¡No podemos permitirnos el gasto de energía! —contestó Hoskins—. Usted lo sabe. No intente fingir lo contrario, por favor.

—La cuestión es, doctor Hoskins —intervino el técnico—, que intentó sacar la piedra, contraviniendo las reglas, y mientras estaba dentro estuve a punto de perforar la Estasis, sin saber que se encontraba en el interior de la burbuja.

Se produjo un silencio glacial.

Hoskins se volvió hacia el científico al cabo de un momento.

—¿Es eso cierto, profesor? —preguntó con frialdad.

La expresión de Adamewski registró preocupación.

—Me pareció inofensivo...

—¿Inofensivo?

Hoskins meneó la cabeza. Parecía que le costaba un gran esfuerzo controlar su ira.

Una palanca de mango rojo sobresalía de la cámara de Estasis que contenía el

espécimen mineral del profesor Adamewski. Un cordón de nylon surgía de un extremo, atravesaba la pared y penetraba en la cámara. Hoskins extendió la mano y bajó la palanca sin la menor vacilación.

La señorita Fellowes contuvo el aliento cuando un estallido de luz brillante centelló alrededor de la roca, y un halo cegador rojo y verde la rodeó un brevísimo instante. Antes de que tuviera tiempo de cerrar los ojos, la luz se desvaneció. Y también el fragmento de roca. La mesa gris estaba vacía.

Adamewski se quedó boquiabierto, presa de una indignación y frustración sin límites.

—¿Que ha...?

Hoskins le interrumpió con brusquedad.

—Despeje su cubículo, profesor. Su autorización para investigar material en Estasis queda revocado indefinidamente a partir de este momento.

—Espere. Usted no puede...

—Lo siento. Sí puedo, profesor. Y lo he hecho. Ha violado una de nuestras normas más estrictas.

—Apelaré a la Asociación Internacional de...

—Apele a quien quiera. En un caso como éste, mis órdenes no pueden ser desobedecidas.

Se volvió de forma deliberada hacia la señorita Fellowes, mientras el profesor seguía protestando. La mujer había contemplado el episodio con creciente consternación, esperando que el localizador sonara en cualquier momento y le proporcionara una excusa para apartarse de aquella molesta escena.

—Lamento que algo tan desagradable haya interrumpido nuestro paseo, señorita Fellowes, pero de vez en cuando es necesario tomar medidas severas. Si quiere ver algo más, o preguntar...

—Creo que ya he visto bastante, doctor. Quizá debería volver con Timmie.

—Pero si sólo ha estado fuera de la cámara durante...

—Creo que debo irme.

Los labios de Hoskins se movieron en silencio unos instantes, como si estuviera formulando un ruego.

—De acuerdo. Vaya a comprobar cómo está Timmie —dijo por fin—. Si todo va bien, podría permitirse un poco más de tiempo libre. Me gustaría invitarla a comer, señorita Fellowes.

Entraron en la cafetería de la empresa y se encaminaron al pequeño reservado de los ejecutivos. Hoskins repartió saludos a diestro y siniestro, y presentó a la señorita Fellowes con absoluta desenvoltura, aunque ella se sentía muy cohibida.

«¿Qué pensarán de vernos juntos?», se preguntó, e intentó con desesperación componer una expresión seria. Ojalá no se hubiera cambiado el uniforme de enfermera. Era como una armadura. Le permitía enfrentarse al mundo bajo el disfraz de una función, más que de una persona.

La comida era muy sencilla. Ensaladas, emparedados, fruta, panecillos. Mejor. Nunca le había gustado la comida muy elaborada, sobre todo en mitad del día. Sus años de hospital no sólo la habían acostumbrado a la comida de cafetería, sino que la prefería. Eligió cosas muy corrientes: una ensalada de lechuga, fresas y gajos de naranja, un par de rebanadas de pan de centeno, y un botellín de leche de manteca.

—¿Surgen a menudo problemas así, doctor Hoskins? —preguntó, una vez estuvieron sentados—. Como el que ha tenido con el profesor.

—Ése me ha sorprendido. Siempre he de advertir a la gente que no se lleve los especímenes cuando termina el tiempo destinado a su experimento, desde luego, pero es la primera vez que alguien lo ha intentado.

—¿Y eso habría creado un terrible problema con... hum... el equilibrio del potencial temporal?

—Exacto —dijo Hoskins, complacido de que utilizara la frase—. Hemos tratado de tener en cuenta esa posibilidad, por supuesto. Ocurrirán accidentes y contamos con fuentes de electricidad especiales diseñadas para compensar la pérdida de suspensiones accidentales de la Estasis. Eso tampoco significa que queramos perder la provisión de energía de un año en medio segundo. No podríamos permitirnos algo así, sin paralizar nuestras operaciones durante meses para compensar los gastos. Además, no hay que olvidar el detalle de que el profesor estaba en la habitación cuando se iba a perforar la Estasis.

—¿Qué habría pasado?

—Bien, hemos experimentado con objetos inanimados, y también con ratones, y todo lo que había en la burbuja cuando se produjo la perforación, desapareció.

—¿Quiere decir que retrocedió en el tiempo?

—Es de suponer. Transportado, para decirlo de alguna manera, por el tirón del objeto devuelto a su tiempo verdadero. Eso dice la teoría, al menos carecemos de motivo para dudarlo. Un objeto que se reintegra a su lugar en la matriz espacio-temporal genera unas fuerzas tan poderosas en su inmediata vecindad que arrastra todo lo que se encuentra en sus cercanías. Parece que las limitaciones de masa sólo se producen hacia delante. Si un elefante hubiera estado dentro de la burbuja con el

ejemplar de roca, habría sido lanzado hacia el pasado junto con la roca. No quiero ni pensar en las violaciones de la ley de conservación que eso implica.

—La mesa del laboratorio no desapareció —observó la señorita Fellowes.

Hoskins sonrió.

—No, ni el suelo, ni las ventanas. La fuerza tiene ciertas limitaciones. No puede llevarse a todo el edificio, como es obvio. Y parece que carece de la fuerza suficiente para arrastrar cosas sujetas. Sólo actúa sobre las que están sueltas. Por eso sujetamos los objetos que no deseamos perder, situados dentro de la Estasis y cercanos al que se va a trasladar, lo cual constituye un procedimiento muy complicado.

—El profesor no estaba sujeto.

—No. El muy idiota se habría ido con la piedra a su lugar de origen, el Plioceno.

—Habría sido espantoso.

—Supongo que sí, aunque yo no lo hubiera lamentado, se lo aseguro. Si llega a ser lo bastante imbécil para violar las normas y, como resultado, se encuentra en el lugar y el momento equivocados y le sucede algo desagradable, le habría servido de lección, pero a la postre habríamos sido nosotros los más perjudicados. ¿Se imagina la demanda consiguiente?

—Pero si hubiera muerto como resultado de su propia negligencia...

—No sea ingenua, señorita Fellowes. Durante décadas, toda clase de idiotas han cometido negligencias en este país, y sus abogados han responsabilizado a otras personas. El borracho que cae bajo las ruedas del Metro, el revientapisos que se desploma por una claraboya y se parte el cráneo, el colegial que salta para coger el autobús y se cae... ¿Cree que no lograron cuantiosas indemnizaciones por daños y prejuicios? Los herederos de Adamewski dirían que nosotros fuimos los negligentes, porque no comprobamos la burbuja para asegurarnos que estaba vacía antes de perforar la Estasis. Y los tribunales estarían de acuerdo, sin reparar en que el hombre no debía entrar en la burbuja, y mucho menos para robar un espécimen. Aunque ganáramos el caso, señorita Fellowes, ¿se imagina el efecto que obraría en la opinión pública, si la historia saliese a la luz? «¡Anciano científico muere en accidente de Estasis! ¡Los terribles peligros de viajar en el tiempo! ¡Riesgos desconocidos por el público! ¡Quién sabe, tal vez Estasis pueda utilizarse para generar un campo de rayos mortales! ¿Qué clase de experimentos se llevan a cabo en realidad detrás de esas puertas? ¡Derribémoslas!». ¿Entiende? Nos convertiríamos en monstruos de la noche a la mañana, y nos cortarían los fondos así.

Hoskins chasqueó los dedos. Frunció el ceño, bajó la vista hacia su plato y removió la comida.

—¿Podrían recuperarle, utilizando el mismo método que emplearon para traer la roca? —pregunto la señorita Fellowes.

—No. Cuando un objeto es devuelto, su posición original se ha perdido, a menos que nos adelantemos en el tiempo para retenerla, y en este caso no lo habríamos hecho. En realidad, no damos ese paso en ningún caso. Encontrar al profesor

significaría volver a localizar una posición específica alejada unos cinco millones de años en el tiempo, lo cual sería como lanzar un sedal al fondo del abismo oceánico con el propósito de atrapar a un pez en particular. Dios mío, cuando pienso en las precauciones que tomamos para evitar accidentes, monto en cólera. Cada unidad de Estasis dispone de su propio aparato de perforación; es preciso, puesto que cada unidad posee su propia posición y debe colapsar de manera independiente. Ningún aparato de perforación se activa hasta el último momento, e imposibilitamos la activación, como no sea tirando de una palanca situada fuera de la Estasis. El tirón es un movimiento mecánico brusco, que exige un gran esfuerzo (usted me vio hacerlo, ¿verdad?), para que no se pueda mover la palanca por accidente.

—O sea, que dejarían al profesor Adamewski en..., ¿qué dijo usted, el Plioceno?

—No habría otra alternativa.

—¿Y el Plioceno se remonta a cinco millones de años atrás?

—En realidad, empezó hace unos diez millones de años, y duró unos ocho. Esa roca en particular ha viajado cinco millones de años atrás.

—¿Cree que el profesor habría sobrevivido mucho tiempo?

Hoskins levantó las manos en un gesto de incertidumbre.

—Bien, el clima no habría sido tan duro como lo fue más tarde, en el período glacial del que proviene Timmie, y habría encontrado una atmósfera similar a la que respiramos hoy, menos el montón de basura que le hemos arrojado en los últimos doscientos años, por supuesto. Si Adamewski supiera cazar y encontrar plantas comestibles, cosa que dudo, habría sobrevivido una temporada. Entre dos semanas y dos meses, diría yo.

—Bien, pero ¿y si hubiera conocido a una mujer del Plioceno durante ese tiempo, que se hubiese sentido atraída hacía él y le hubiera enseñado a procurarse comida? —Entonces, la señorita Fellowes tuvo una idea aún más atrevida—. Quizá formarían pareja y tendrían hijos, toda una nueva línea genética, al combinarse los genes del hombre moderno con los de una mujer prehistórica. ¿No habría cambiado la historia venidera? Ese sería el mayor riesgo de que el profesor retrocediera en el tiempo, ¿verdad?

Hoskins intentaba contener la risa.

La señorita Fellowes notó que sus mejillas enrojecían.

—¿He dicho algo estúpido, doctor?

Hoskins tardó unos instantes en poder contestar.

—¿Estúpido? Bueno, el calificativo es demasiado duro... Yo diría ingenuo. Señorita Fellowes, en el Plioceno no habría ninguna mujer esperando al profesor Adamewski para formar un hogar con él, ni nadie que a él le pareciera una pareja idónea.

—Entiendo.

—He olvidado casi todo lo que sabía sobre nuestros ancestros homínidos, pero puedo decirle con toda seguridad que Adamewski no habría encontrado nada

parecido al Homo sapiens. A lo sumo, alguna forma primitiva de australopiteco, de un metro veinte de estatura y cubierto de pelo de pies a cabeza. La raza humana, tal como nosotros la entendemos, aún no había evolucionado en aquellos lejanos tiempos. Y dudo de que incluso un hombre tan apasionado como el doctor Adamewski —Hoskins reprimió otro estallido de carcajadas— se enamorara tanto de una hembra homínida del Plioceno como para querer mantener relaciones sexuales con ella. Desde luego, si hubiera encontrado el equivalente pliocénico de Helena de Troya, la mona que los volvía locos a todos...

—Entiendo —dijo la señorita Fellowes, arrepentida de haber conducido la conversación por estos vericuetos—. Pero antes, cuando me enseñó el dinosaurio, le pregunté por qué no altera la historia mover cosas en el tiempo. Ya he comprendido que el profesor no habría podido formar una familia en el Plioceno, pero si enviaran a alguien a una era en la que existieran seres humanos auténticos, digamos veinte mil años atrás...

Hoskins compuso una expresión pensativa.

—Bien, supongo que se produciría algún desgarró en la línea temporal, pero nada importante.

—Por lo tanto, utilizar la Estasis no cambia la historia.

—En teoría, sí, me parece. En realidad, salvo en casos muy excepcionales, no. Sacamos objetos de la Estasis sin cesar. Moléculas de aire, bacterias, polvo. Alrededor de un diez por ciento de nuestro consumo de energía se dedica a compensar micropérdidas de ese tipo, pero incluso mover en el tiempo objetos más grandes comporta cambios que luego desaparecen. Piense en aquel pedazo de calcopirita traída del Plioceno. Durante las dos semanas que permaneció en nuestro tiempo, es posible que no descubriéramos algún insecto que se hubiera refugiado debajo, y que murió. Imagino que eso podría iniciar una serie de cambios en la línea temporal, pero los cálculos matemáticos de la Estasis indican que se trataría de una serie convergente. La importancia de los cambios tiende a disminuir con el tiempo, y todo vuelve a la normalidad, como si no hubiera pasado nada.

—¿Quiere decir que la realidad se autorrestablece?

—Por decirlo así. Arranque a un ser humano del pasado, o envíele de vuelta, y el desgarró será más grande. Si el individuo es corriente, la herida se curará por sí misma. Eso demuestran los cálculos. Hay mucha gente que nos escribe cada día para pedirnos que traigamos a Abraham Lincoln al presente, a Mahoma, a Alejandro Magno. Bien, todavía carecemos de la capacidad técnica para hacer eso, ni creo que lo hiciéramos aunque pudiéramos. Aun en el caso de que fuera posible arrojar nuestra red hacia un pasado tan cercano, y fuéramos capaces de localizar a cualquiera de los tres seres humanos que acabo de mencionar, el cambio en la realidad provocado al trasladar a uno de los grandes forjadores de la historia sería demasiado grande para enmendarlo. Hay métodos para calcular cuándo un cambio será demasiado grande, y tomamos medidas para no acercarnos a ese límite.

—Entonces, Timmie... —empezó la señorita Fellowes.

—No, él no plantea problemas de ese tipo. Un niño perteneciente a una especie subhumana, destinada a extinguirse al cabo de otros cinco o diez mil años, no puede cambiar la historia porque le hayamos traído a nuestra era. La realidad se encuentra a salvo. —Hoskins dirigió a la mujer una penetrante mirada—. No tiene de qué preocuparse.

—Sólo intento comprender cómo funcionan las cosas.

—Una iniciativa plausible.

La señorita Fellowes bebió un largo sorbo de su leche de manteca.

—Si no implica riesgos históricos traer un niño neandertal a nuestro tiempo, sería posible traer otro, ¿no?

—Por supuesto, pero con uno nos conformamos. Si Timmie nos ayuda a averiguar todo lo que queremos...

—No me refiero a traer otro por motivos de investigación, sino como compañero de juegos para Timmie.

—¿Perdón?

La idea había nacido en su mente tan inesperada y repentinamente como el nombre «Timmie»; un impulso espontáneo. La señorita Fellowes estaba asombrada de sí misma.

Pero insistió, ya que lo había sacado a colación.

—Por lo que sé, es un niño sano y normal en todos los sentidos. Un niño de su tiempo, por supuesto. Y a su manera, creo que es un fuera de serie.

—Yo también opino lo mismo, señorita Fellowes.

—Sin embargo, es posible que su desarrollo no continúe con normalidad, de ahora en adelante.

—¿Por qué?

—Cualquier niño necesita estímulos, y éste vive en un confinamiento solitario. Intento hacer todo lo posible, pero no puedo sustituir a toda una matriz cultural. Trato de decirle, doctor Hoskins, que necesita jugar con otro niño.

Hoskins meneó la cabeza.

—Por desgracia sólo está él, ¿verdad? Pobre chico.

Ella le contempló con atención, confiando en haber elegido el momento apropiado.

—Si pudieran traer un segundo neandertal para que viviera con él...

—Sí. Sería ideal, señorita Fellowes, pero es imposible, por supuesto.

—¿Imposible? —preguntó ella, decepcionada.

—Ni con la mejor voluntad del mundo, que en mi opinión tenemos. Sólo con una suerte increíble podríamos encontrar otro neandertal de su edad. Era una época muy poco poblada, señorita Fellowes. No podemos zambullirnos como si tal cosa en el equivalente neandertal de una gran ciudad y secuestrar un niño... y aunque pudiéramos, no sería correcto multiplicar los riesgos por tener a otro ser humano en

Estasis.

La señorita Fellowes bajó su cuchara. Nuevas y atrevidas ideas acudían a su mente.

—En ese caso, doctor Hoskins —dijo con energía—, permítame sugerir otra alternativa. Si es imposible traer otro niño neandertal al presente, lo acepto. Tampoco estoy segura de poder vérmelas con un segundo, pero ¿qué le parece si, más adelante, cuando Timmie se haya adaptado mejor a la vida moderna, traemos otro niño del exterior para que juegue con él?

Hoskins la miró con preocupación.

—¿Un niño humano?

—Otro niño —replicó la señorita Fellowes con una mirada iracunda—. Timmie es humano.

—Por supuesto. Ya sabe a qué me refería... Ni soñarlo.

—¿Por qué? Creo que la idea es excelente. Usted secuestró a ese niño del tiempo y le convirtió en un prisionero eterno. ¿No le debe algo? Doctor Hoskins, si hay un hombre que, en el mundo actual, pueda ser considerado el padre de ese niño, en todos los sentidos menos el biológico, es usted. ¿Por qué no puede hacerle ese favor?

—¿Su padre? —dijo el doctor Hoskins. Se levantó, con movimientos vacilantes—. Señorita Fellowes, la acompañaré de vuelta, si no le importa.

Regresaron a la casa de muñecas que era la Sección Uno Estasis, en un sombrío silencio que ninguno de ambos rompió.

Tal como había prometido, McIntyre envió un montón de libros de consulta que trataban sobre los neandertales. La señorita Fellowes se sumergió en ellos como si estuviera de vuelta en la escuela de enfermeras y tuviera un examen decisivo al cabo de dos días.

Averiguó que los primeros fósiles de neandertales habían sido descubiertos a mediados del siglo XIX por obreros que excavaban en una cantera de piedra caliza cerca de Dusseldorf (Alemania), en un lugar llamado el valle de Neander (en alemán, Neanderthal). Mientras quitaban el barro que cubría un depósito de piedra caliza, en una gruta situada a dieciocho metros por encima del fondo del valle, se toparon con un cráneo humano incrustado en el suelo de la gruta, y otros huesos en las proximidades.

Los trabajadores entregaron el cráneo y algunos huesos a un profesor de la ciudad, que a su vez los pasó al doctor Hermann Schaafhausen, un famoso anatomista. Schaafhausen quedó sorprendido por su rareza. El cráneo poseía muchos rasgos humanos, pero era de una curiosa apariencia primitiva, largo y estrecho, de frente inclinada y enorme saliente óseo sobre las cejas. Los fémures que acompañaban al cráneo eran tan gruesos y pesados que apenas parecían humanos.

Sin embargo, Schaafhausen creyó que los huesos de neandertal eran restos humanos antiquísimos. En un documento que leyó en un congreso científico a principios de 1857, calificó a los extraños fósiles como «el más antiguo testimonio de los primeros habitantes de Europa».

La señorita Fellowes miró a Timmie, que estaba jugando en el otro extremo de la habitación.

—Escucha esto —dijo—. «El más antiguo testimonio de los primeros habitantes de Europa». Está hablando de algún pariente tuyo, Timmie.

Timmie no pareció impresionado. Emitió unos chasquidos de indiferencia y siguió con sus juegos.

La señorita Fellowes continuó leyendo. El libro no tardó en confirmar lo que ya sabía de una manera vaga: que el pueblo neandertal, si bien habitaba Europa, estaba lejos de ser el más antiguo.

Al descubrimiento de los auténticos fósiles de neandertal siguieron, más avanzado el siglo XIX, descubrimientos similares en otras partes de Europa, más huesos fosilizados de seres prehistóricos de apariencia humana, con frentes inclinadas, enormes y prominentes cejas y, otra característica típica, mentones huidizos. Los científicos debatieron el significado de estos fósiles y, como las teorías sobre la evolución de Darwin iban ganando cada día mayor aceptación, se llegó al acuerdo

general de que los especímenes de neandertal eran los restos de un ser humano prehistórico, de aspecto brutal, antepasado de la edad moderna, situado en un punto de la escala evolutiva intermedio entre los simios y los humanos.

—«De aspecto brutal» —resopló la señorita Fellowes—. Todo es según el color del cristal por el que se mira, ¿eh, Timmie?

Luego se había producido el descubrimiento de otros tipos de fósiles humanos (en Java, en China, en otras partes de Europa), que parecían de una forma aún más primitiva que los neandertales. En el siglo xx, cuando se desarrollaron métodos más fiables de fijar la fecha de lugares antiguos, se hizo patente que el pueblo neandertal había vivido en una época relativamente reciente de la escala temporal de la evolución humana. Las formas de vida humana primitiva descubiertas en Java y en China tenían medio millón de años de antigüedad, quizá más, mientras que los neandertales no habían aparecido en escena hasta ciento cincuenta mil años antes, más o menos. Habían ocupado gran parte de Europa y Oriente Próximo, hasta unos treinta y cinco mil años antes. Después habían desaparecido, remplazados en todos los lugares por la forma moderna de raza humana, que ya existía cuando surgieron los primeros neandertales. Por lo visto, los humanos de tipo moderno habían convivido con los neandertales, pacíficamente o no, durante miles de años, antes de experimentar una súbita explosión demográfica, y desplazar por completo a la otra forma humana.

Había diversas teorías que explicaban el motivo de la súbita extinción de los neandertales, pero todos los expertos coincidían en fijar su desaparición de la Tierra a finales de los períodos de glaciación.

Los neandertales, pues, no eran antepasados simiescos y de aspecto brutal del hombre moderno. No eran antepasados en absoluto. Eran humanos de otra forma, diferentes de sus contemporáneos, el tipo humano que había sobrevivido hasta los tiempos modernos. Primos lejanos, tal vez. Las dos razas habían tenido una existencia paralela en los tiempos del período glacial, una coexistencia difícil. Sólo una de las dos formas había sobrevivido a la época en que los grandes glaciares habían cubierto Europa.

—Por lo tanto, eres humano, Timmie. No lo he dudado ni un momento —sí, al principio, y aún se sentía avergonzada—, pero aquí lo pone bien claro. Tu aspecto es extraño, nada más, pero eres tan humano como yo. Tan humano como cualquiera.

Timmie emitió chasquidos y murmullos.

—Sí —dijo la señorita Fellowes—. Tú piensas lo mismo, ¿verdad? Pero aun así, las diferencias, las diferencias...

Los ojos de la señorita Fellowes devoraban las páginas. ¿Cuál había sido el aspecto real de los neandertales? Al principio se habían producido acalorados debates sobre el tema, porque se habían encontrado muy pocos fósiles de neandertales, y uno de los primeros esqueletos descubiertos resultó el de un hombre aquejado de osteoartritis, lo cual creó una impresión errónea del aspecto normal de un hombre de

su especie. Poco a poco, a medida que iban surgiendo más esqueletos, se formó una imagen de los neandertales aceptada en general.

Eran más bajos que los humanos modernos (el más alto no sobrepasaría el metro sesenta de estatura) y muy fornidos, de espaldas anchas y pecho abombado. Su frente era huidiza, sus arcos ciliares enormes, y tenían mandíbulas inferiores redondas en lugar de mentón. Sus narices eran grandes, anchas y aplastadas, y sus bocas se proyectaban como hocicos. Tenían los pies planos y muy anchos, de dedos cortos y romos. Sus huesos eran pesados, gruesos y de articulaciones grandes, y sus músculos debían de ser muy desarrollados. Sus piernas eran cortas con relación al torso, y arqueadas por naturaleza, con las rodillas dobladas de forma permanente, por lo que debían caminar arrastrando los pies.

No eran hermosos, desde luego, si se les juzgaba por los patrones modernos.

Pero humanos sí. Incuestionablemente humanos. Afeitado y corto el pelo a un neandertal, ponle una camisa y unos tejanos, y podrá pasear por una calle de cualquier ciudad del mundo sin llamar la atención de nadie.

—¡Escucha este párrafo, Timmie! —La señorita Fellowes recorrió la página con el dedo y leyó en voz alta—. «Tenía un cerebro grande. Los cerebros de los esqueletos se calculaban a partir de la capacidad craneal, o sea, el volumen, en centímetros cúbicos, que posee la cavidad. En el Homo sapiens moderno, la capacidad craneal media oscila entre 1400 y 1500 c.c. Algunos hombres tienen capacidades craneales de entre 1100 y 1200 c.c. La capacidad media del hombre de neandertal era de unos 1600 c.c. en los hombres, y de unos 1350 c.c. en las mujeres, superior a la media de los Homo sapiens». —Rió entre dientes—. ¿Qué te parece, Timmie? ¡«Superior a la media del Homo sapiens»!

Timmie sonrió. ¡Como si la hubiera entendido! De todos modos, la señorita Fellowes sabía que no existía la menor posibilidad.

—Lo que cuenta en realidad no es el tamaño del cráneo, por supuesto —dijo—, sino la capacidad del cerebro que encierra. Los elefantes tienen un cráneo mayor que cualquier otro ser, pero son incapaces de aprender álgebra. Ni yo, por cierto, pero sé leer y conducir coches. ¡Enséñame un elefante capaz de eso! ¿Piensas que soy tonta por hablar así, Timmie? —La expresión del niño era solemne. Le dirigió un par de chasquidos—. Es que necesitas hablar con alguien. Y yo también. Acércate un momento, ¿quieres? —Timmie la miró sin pestañear, pero permaneció donde estaba—. Ven aquí, Timmie. Quiero enseñarte algo.

El niño no se movió. Era una bonita fantasía imaginar que empezaba a comprender sus palabras, pero sabía que no era así. Fue ella la que se acercó al niño. Se sentó a su lado y abrió el libro que estaba leyendo. Había una ilustración en la parte izquierda de la página, una reconstrucción artística de la cara del hombre de neandertal, tosca y grisácea, con la típica boca saliente, la gran nariz aplastada y la feroz barba enmarañada. Su cabeza se proyectaba por delante de los hombros. Sus labios, entreabiertos, rebelaban los dientes. Un semblante salvaje, en efecto. Brutal,

incluso. No se podía negar.

Pero asomaba una inequívoca luz de inteligencia en sus ojos, y algo más. ¿Algo trágico? ¿Una expresión de angustia, una expresión de dolor?

Tenía la mirada perdida en la lejanía, como si escrutara un futuro distante miles de años, un mundo en el que ya no existía nadie de su especie, excepto un niño pequeño que no tenía por qué estar allí.

—¿Qué te parece, Timmie? ¿Lo reconoces? ¿Es una fiel reproducción de tus contemporáneos?

Timmie emitió unos chasquidos. Miró el libro sin interés aparente.

La señorita Fellowes dio unos golpecitos sobre la ilustración un par de veces. Después cogió la mano del niño y la colocó sobre la página, para dirigir su atención hacia la imagen.

El niño no comprendió. Daba la impresión de que la ilustración no significaba nada para él.

Movió la mano sobre la página con aire distante, carente de interés, como si la textura suave del papel fuera lo único del libro que llamara su atención. Luego, el niño dobló la esquina inferior de la página hacia arriba y tiró de ella, hasta que la página empezó a desprenderse del tomo.

—¡No! —exclamó la señorita Fellowes, y con un rápido movimiento instintivo le apartó la mano y dio una palmada sobre ella; una palmada suave, pero una reprimenda inconfundible.

El niño la miró con ojos brillantes de furia. Emitió un horrible gruñido y su mano se convirtió en una garra que lanzó hacia el libro.

—Oh, Timmie, Timmie...

Las lágrimas anegaron los ojos de la señorita Fellowes, y se sintió invadida por una oleada de desesperación, de derrota, de horror...

«Arrastrándose por el suelo y gruñendo como un animal salvaje», pensó, consternada. Gruñendo como si fuera a saltar sobre ella y desgarrarle la garganta, como había intentado rasgar aquella página.

Oh, Timmie...

La señorita Fellowes se obligó a recuperar la calma. No era la forma de reaccionar ante la rabieta de un niño. ¿Qué esperaba? Tenía a lo sumo cuatro años, procedía de una cultura tribal primitiva y nunca había visto un libro. ¿Acaso esperaba que lo contemplara con respeto y reverencia, y que le diera las gracias educadamente por haber puesto a disposición de su joven mente una fuente de información tan valiosa?

Incluso los niños actuales de cuatro años, nacidos en hogares cultos, se recordó, rompen páginas de libros. Y en ocasiones también gruñen, rugen y se enfurecen cuando les das una palmada en la mano. Nadie los considera animales salvajes por hacer esas cosas. A su edad, no. «Timmie no es un animal, sólo un niño pequeño, un niño agresivo que se encuentra prisionero en un mundo que no comprende».

La señorita Fellowes guardó los libros enviados por McIntyre en un armario. Cuando regresó a la otra habitación, Timmie se había calmado de nuevo y jugaba como si no hubiera ocurrido nada anormal.

Su corazón se inflamó de cariño hacia el niño. Ardía en deseos de pedirle perdón por haber estado a punto de abandonarle de nuevo. Pero ¿de qué serviría? No lo entendería.

Bueno, había otra forma.

—Me parece que ha llegado el momento de tomar un poco de cereales, ¿no opinas lo mismo, Timmie?

Capítulo VI

DESCUBRIR

Más avanzado el día, el doctor McIntyre fue a la casa de muñecas para visitar por segunda vez a Timmie.

—Gracias por los libros, doctor —dijo la señorita Fellowes—. Le aseguro que he hecho todos los deberes.

McIntyre exhibió su leve y precisa sonrisa, no demasiado radiante.

—Me alegro de haber podido ayudarla, señorita Fellowes.

—Quiero saber más. Leer más cosas, y ya que ha venido, he pensado pedirle...

El paleantropólogo volvió a sonreír, aún con menos entusiasmo. Era evidente que tenía muchas ganas de iniciar la sesión con el niño neandertal, y muy pocas de pararse a responder a las preguntas de una enfermera. Sin embargo, después del desastre de la última visita, la señorita Fellowes estaba decidida a impedir que McIntyre provocara el llanto de Timmie con su insistente curiosidad científica. La sesión se desarrollaría con calma, al paso marcado por la señorita Fellowes, o no tendría lugar. Su palabra iba a ser ley; lo había dicho Hoskins, pero la mujer había adoptado la frase como si fuera suya.

—Si puedo ayudarla, señorita Fellowes, en algo que no encontré en los libros...

—Se trata de la pregunta principal que me ha intrigado desde que empecé a trabajar con Timmie. Todos estamos de acuerdo en que los neandertales eran humanos. Pero yo intento averiguar hasta qué punto, cuál es la distancia que nos separa. Parecidos y diferencias. No me refiero a las diferencias físicas; son obvias, y he estudiado los textos que me envió. Me refiero a las diferencias culturales. Las diferencias en inteligencia. Lo que determina y define la Humanidad.

—Bien, señorita Fellowes, eso es precisamente lo que trato de averiguar. El propósito de las pruebas a las que someteré a Timmie es determinar...

—Eso lo entiendo, pero cuénteme antes lo que ya sabe.

McIntyre torció los labios en un gesto de irritación. Se mesó su espléndido cabello dorado.

—¿Qué, en particular?

—Me he enterado que dos razas diferentes, la neandertal y la humana moderna... ¿es correcto llamarlas razas...?, convivieron en Europa y Oriente Próximo a lo largo de unos cien mil años, durante los períodos glaciales.

—«Razas» no es la palabra adecuada, señorita Fellowes. Las diversas «razas» de la Humanidad, tal como empleamos el término en nuestros días, poseen una

interrelación mucho más estrecha que nosotros con los neandertales. Sería más apropiado decir «subespecies», cuando hablamos de nosotros y de los neandertales. Éstos pertenecían a la subespecie *homo sapiens neanderthalensis*, y nosotros estamos clasificados como *homo sapiens sapiens*.

—Muy bien, pero vivían codo con codo.

—En principio sí, al menos en algunas zonas. En los lugares más cálidos. Los neandertales tuvieron que apropiarse de las regiones más frías, porque se adaptaban mejor a las condiciones. Estamos hablando de grupos pequeños, por supuesto, muy distantes entre sí. Es muy posible que una tribu neandertal viviera durante siglos sin toparse jamás con el *homo sapiens sapiens*, por otra parte, debieron de ser vecinos en algunos lugares, sobre todo cuando el último período glacial empezó a acercarse a su final y Europa se hizo más habitable para nuestros antepasados.

—Por lo tanto, usted no cree que los neandertales fueran nuestros antepasados.

—Oh, no. Constituyen un grupo separado, surgidos de su propia rama evolutiva, según creen casi todos los científicos actuales. Lo bastante parecidos a nosotros para cruzarse con el *homo sapiens sapiens*, como demuestran algunos fósiles, pero casi siempre se mantuvieron aislados, conservaron su patrimonio genético y contribuyeron muy poco a la mezcla genética humana actual.

—Montañeses. Los primos del campo.

—Como descripción, no está mal.

—Gracias. ¿Eran menos inteligentes que el *homo sapiens sapiens*?

El hombre demostró de nuevo impaciencia.

—No podré decírselo, señorita Fellowes, hasta que no me deje someter a prueba la capacidad mental de Timmie para...

—¿Cuál es su opinión, hasta este momento?

—Menos inteligentes.

—¿En qué se basa, doctor McIntyre? ¿Prejuicios prosapiens?

La delicada tez de McIntyre se tiñó de púrpura.

—Ha pedido mi opinión antes de que haya tenido oportunidad de examinar la única prueba real accesible a la ciencia. ¿Qué otra cosa puede ser mi respuesta, sino una expresión de prejuicios? Eso es lo que es, por definición.

—Sí, sí, lo entiendo, pero debe basarse en algo concreto. ¿Qué?

McIntyre procuró controlarse.

—El nivel cultural musteriense —dijo—, el término técnico aplicado a la cultura neandertal es musteriense. No era muy sofisticado, y no mostró signos de progreso durante los cientos de siglos que perduró. En los yacimientos neandertales sólo hemos encontrado sencillas herramientas de pedernal, que apenas experimentaron cambios con el transcurso del tiempo. Por contra, la tecnología de la línea *sapiens* mejoró sin cesar durante el Paleolítico, y ha continuado así hasta nuestros días. Por eso han sido los humanos *sapiens* quienes han traído a un neandertal de las profundidades del tiempo, y no al revés. —McIntyre hizo una pausa para recobrar el

aliento—. Además, desconocemos la existencia de arte neandertal: ni esculturas, ni pinturas rupestres, ni señales de adornos que puedan considerarse de tipo religioso. Damos por sentado que tenían algún tipo de religión, porque hemos descubierto tumbas neandertales, y una especie que entierra a sus muertos ha de sostener alguna creencia en una vida posterior y, por tanto, en seres espirituales superiores. Sin embargo, las moradas neandertales que hemos examinado sólo dan testimonio de una vida tribal muy sencilla y básica, dedicada a la caza y la recolección. Como ya le dije el otro día, aún no estamos seguros de que fueran capaces, fisiológicamente, de utilizar un lenguaje, ni de que poseyeran la capacidad intelectual para ello, aunque sus laringes y lenguas pudieran formar sonidos.

Una intensa desazón se apoderó de la señorita Fellowes. Miró a Timmie, aliviada de que no pudiera entender nada de lo que decía McIntyre.

—En definitiva, ¿opina que era una raza intelectualmente inferior, comparada con el homo sapiens sapiens?

—Según lo que sabemos hasta el momento, es la única conclusión. Pero no es del todo justo. Es posible que los neandertales no necesitaran los aderezos y adornos culturales que la subespecie sapiens sapiens consideraba importantes. Las herramientas musterienses, pese a su sencillez, se adaptaban perfectamente a las tareas que realizaban: abatir caza menor, cortar carne, raspar pieles, talar árboles, etcétera. Si los neandertales no sentían inclinación hacia la pintura y la escultura, bien, quizá consideraban blasfemas esas actividades. No podemos afirmar lo contrarios Culturas más recientes que la suya albergaban prohibiciones respecto a la talla de imágenes.

—Aun así, usted sostiene que los neandertales eran una raza inferior. Una subespecie inferior, mejor dicho.

—Sí. Es un prejuicio, señorita Fellowes, puro prejuicio, y lo admito sin ambages. No puedo evitar ser un homo sapiens sapiens. Puedo defender a los neandertales, pero subsiste el hecho de que, en esencia, los veo como una forma de humanidad lerda y estancada, que fue superada y al final destruida por nuestro pueblo. Otra cosa diferente es que hablemos de superioridad física. Teniendo en cuenta las condiciones de vida existentes en su tiempo, los neandertales podían ser considerados la forma superior. Los rasgos que nos hacen pesar en ellos como brutos y horribles tal vez sean las señales de esa superioridad.

—Deme un ejemplo.

—La nariz. —McIntyre señaló a Timmie—. Su nariz es mucho más grande que la de un niño moderno.

—Sí.

—Y hay quien la calificaría de muy desagradable, porque es muy ancha, gruesa y sobresale mucho.

—Hay quien la calificaría así —admitió con frialdad la señorita Fellowes.

—Ahora, piense en el clima que debió afrontar el hombre del Paleolítico. Casi

toda Europa estaba cubierta de permafrost. Un viento frío y seco constante azotaba las llanuras centrales. Nevaba en cualquier estación del año. Ya sabe lo que se siente al respirar un aire muy frío, pero una de las funciones de la nariz humana es calentar y humedecer el aire inhalado que va camino de los pulmones. Cuanto más grande sea la nariz, más lo calentará.

—¿Una especie de radiador?

—Exacto. Toda la estructura facial neandertal parece destinada a impedir que el aire frío llegue a los pulmones, y también al cerebro. No olvide que las arterias encargadas de transportar la sangre al cerebro se encuentran justo detrás de las fosas nasales. Es muy posible que la prominente nariz neandertal, el hecho de que sobresalga tanto, los exagerados senos maxilares y el amplio diámetro de los vasos sanguíneos que estaban al servicio de la cara, fueran adaptaciones al entorno glacial, de manera que los neandertales tenían más resistencia al frío que nuestros antepasados. Asimismo, la poderosa musculatura, la corpulencia de su estructura...

—Por lo tanto, el llamado aspecto «brutal» de los neandertales tal vez no fue más que una selección natural, una respuesta evolutiva especializada a las duras condiciones que debían afrontar en la Europa de los períodos glaciales.

—En efecto.

—Si estaban tan bien preparados para sobrevivir, ¿por qué se extinguieron? ¿Un cambio en el clima que no pudieron superar, pese a sus características?

McIntyre exhaló un profundo suspiro.

—El problema de la extinción de los neandertales, señorita Fellowes, es tan complicado y tan controvertido...

—Bien, ¿cuál es su punto de vista? ¿Fueron exterminados por ser lerdos, como usted parece sugerir? ¿Sus características genéticas especiales desaparecieron a causa de los matrimonios con miembros de la otra línea, o fue una combinación de...?

—¿Puedo recordarle, señorita Fellowes, que he venido a trabajar? —dijo McIntyre, exasperado—. Aunque me agradecería seguir hablando de los neandertales con usted, da la casualidad de que tenemos uno vivo en esta misma habitación, y dispongo de un tiempo limitado para poder...

—Adelante, McIntyre —respondió la señorita Fellowes, resignada—. Examine a Timmie tanto como quiera. Ya hablaremos en otra ocasión. Y tenga cuidado de no disgustar al chico como el otro día.

Había llegado el momento de la primera conferencia de Prensa, la salida a la luz pública de Timmie. La señorita Fellowes había procurado retrasarla lo máximo posible, pero Hoskins no se rendía. La publicidad era esencial para el financiamiento del proyecto, repetía sin cesar. Ahora, una vez demostrado que el crío estaba en buena forma física, que ninguna infección bacteriana del siglo XXI iba a acabar con él, que era capaz de soportar la tensión de una entrevista con los medios de comunicación, iba a tener lugar. Tal vez la palabra de la señorita Fellowes fuera ley, pero había una palabra que no podía pronunciar, pues de lo contrario Hoskins rechazaría un «no» como respuesta.

—Quiero limitar su aparición en público a cinco minutos —dijo.

—Han pedido quince.

—Como si quieren un día y medio, doctor Hoskins. Cinco minutos es lo que yo considero aceptable.

—Diez, señorita Fellowes.

La mujer leyó la determinación en su rostro.

—Diez como máximo, y menos si el crío da señales de nerviosismo.

—Ya sabe que dará señales de nerviosismo. No permitiré que expulse a los periodistas a raíz de unos cuantos gemiditos.

—No estoy hablando de unos gemiditos, doctor. Estoy hablando de histeria, de reacciones psicosomáticas profundas, reacciones a una invasión masiva de su intimidad, que podrían llegar a ser peligrosas. Ya recordará cómo se puso la noche que llegó.

—Estaba aterrorizado.

—¿Y cree que si le meten en la cara un montón de cámaras de televisión no pasará lo mismo? Luces brillantes, una pandilla de tipos vociferando al unísono...

—Señorita Fellowes...

—¿A cuántos periodistas permitiré la entrada?

Hoskins calló y efectuó un rápido cálculo mental.

—Una docena, más o menos.

—Tres.

—¡Señorita Fellowes!

—La burbuja de Estasis es pequeña. Es el santuario de Timmie. Si permite que lo invada una manada de... mandriles...

—Serán periodistas científicos, como Candide Deveney.

—Estupendo. Tres periodistas.

—Está decidida a poner todo tipo de dificultades, ¿no?

—Debo cuidar de un niño. Para eso me pagan. Si no le agrada trabajar conmigo, despídame.

Las palabras surgieron inesperadamente. La señorita Fellowes experimentó una punzada de alarma. ¿Y si Hoskins las tomaba al pie de la letra? ¿Llamaría a una de las aspirantes rechazadas, que las habría, para que se ocupara de Timmie?

Al parecer, la idea alarmó a Hoskins tanto como a ella.

—No pienso hacer eso, señorita Fellowes. Lo sabe muy bien.

—Entonces, escúcheme. Le propongo un trato. Que sus preciosos medios de comunicación elijan a tres representantes para inspeccionar a Timmie. Mejor aún, que se queden frente a la puerta de la burbuja de Estasis, y yo se lo enseñaré. Que compartan la información con los demás. Dígales que más de tres perjudicarían la estabilidad mental y física del niño.

—Cuatro, señorita Fellowes.

—Tres.

—Se pondrán como basiliscos si les digo...

—Tres.

Hoskins la miró fijamente. Y estalló en carcajadas.

—Muy bien, señorita Fellowes. Usted gana. Tres periodistas. Pero le verán durante diez minutos. Y les diré que deberán dirigir todas sus quejas a la enfermera de Timmie, no a mí.

Más tarde, llegaron los caballeros de la Prensa. Dos caballeros y una dama, para ser precisos: John Underhill, del Times, Stan Washington, del Globe-Net Cable News y Margaret Anne Crawford, de la agencia Reuter.

La señorita Fellowes sostuvo a Timmie entre sus brazos en el perímetro de la Estasis, y el niño se aferró a ella con todas sus fuerzas, mientras los intrusos disparaban sus cámaras y gritaban preguntas por la puerta abierta. La señorita Fellowes colaboró lo máximo posible, y movió a Timmie de un lado a otro para que pudieran ver su cabeza y su cara desde varios ángulos.

—¿Chico o chica? —preguntó la mujer de la Reuter.

—Chico —respondió con brusquedad la señorita Fellowes.

—Parece casi humano —señaló Underhill, del Times.

—Es humano.

—Nos han dicho que era un neandertal, y ahora usted nos dice que es humano...

—Les aseguro —dijo de pronto la voz de Hoskins, detrás de ella— que no se ha cometido el menor fraude. El niño es un auténtico *homo sapiens neanderthalensis*.

—Y *homo sapiens neanderthalensis* —añadió con voz crispada la señorita Fellowes— es una forma de *homo sapiens*. Este niño es tan humano como usted o yo.

—Con cara de mono, pese a todo —dijo Washington, del Globe-Net Cable News—. Un niño-mono, eso es. ¿Se comporta como un mono, enfermera?

—Se comporta exactamente como un niño —contestó ella adoptando cada vez más una postura defensiva beligerante. Timmie se apretó contra su hombro. Emitió suaves chasquidos de miedo—. No es un niño-mono en ningún sentido. Sus rasgos faciales son los propios de la rama neandertal de la raza humana. Su comportamiento es el de un niño humano completamente normal. Es inteligente y sensible, excepto cuando una pandilla de extraños vocingleros le aterroriza. Se llama... Timothy..., Timmie, y es un error considerarle un...

—¿Timothy? —dijo el hombre del Times—. ¿Por qué se le llama así?

La señorita Fellowes enrojeció.

—Ninguno en particular. Es su nombre, nada más.

—¿Lo llevaba cosido a la manga cuando llegó? —preguntó el de Globe-Net Cable News.

—Yo le di el nombre.

—Timmie, el chico-mono.

Los tres periodistas rieron. La cólera de la señorita Fellowes aumentó hasta el punto que temió no poder dominarse.

—Déjelo en el suelo, por favor —pidió la mujer de Reuter—. Veremos cómo anda.

—Está demasiado asustado para eso —contestó la señorita Fellowes, preguntándose si esperaban que Timmie anduviese arrastrando los nudillos por el suelo—. Demasiado asustado. ¿Es que no se dan cuenta? ¿Es que no salta a la vista?

La respiración de Timmie se había ido transformando en suspiros cada vez más profundos, como preparándose para un estallido de sollozos. De pronto, empezó a emitir chillidos estremecedores, mezclados con una cascada de gruñidos y chasquidos. Notó que su cuerpo temblaba. Las risas, las luces, las preguntas incesantes... El niño estaba completamente aterrorizado.

—Señorita Fellowes... Señorita Fellowes...

—¡Basta de preguntas! —exclamó—. La conferencia de Prensa ha terminado.

Giró en redondo, sin dejar de sujetar a Timmie, y se encaminó a la habitación interior. Pasó junto a Hoskins, cuyo rostro delataba consternación, pero que le dedicó un breve y tenso saludo con la cabeza, acompañado de una leve sonrisa de aprobación.

Tardó un par de minutos en calmar al niño. Poco a poco, la tensión abandonó su cuerpo tembloroso; poco a poco, el miedo desapareció de su cara.

«¡Una conferencia de Prensa! —pensó con amargura la señorita Fellowes—. Con un niño de cuatro años. ¡Pobre crío! ¿Qué le harán ahora?».

Al cabo de un rato salió de la habitación, roja de indignación, y cerró la puerta a su espalda. Los tres periodistas no se habían ido, permanecían apretujados en el borde exterior de la burbuja. Atravesó la frontera de la Estasis y les plantó cara.

—¿No han tenido suficiente? Tardaré toda la tarde en reparar los daños que han causado a la estabilidad mental del chico. ¿Por qué no se largan?

—Queremos hacerle unas preguntas más, señorita Fellowes. Si no le importa.

Miró a Hoskins en demanda de ayuda. El hombre se encogió de hombros y le dirigió una débil sonrisa, como aconsejándole paciencia.

—Quisiéramos saber algo sobre sus antecedentes, señorita Fellowes... —empezó la mujer de Reuter.

—Si lo desea, señora Crawford —se apresuró a intervenir Hoskins—, le proporcionaremos una copia del currículum profesional de la señorita Fellowes.

—Sí, por favor.

—¿Es una científica experta en viajes por el tiempo?

—La señorita Fellowes es una enfermera de sólida experiencia —dijo Hoskins—. Fue contratada por Tecnologías Estasis S. L. con el propósito concreto de cuidar a Timmie.

—¿Qué esperan conseguir de... Timmie, ahora que ya lo tienen? —preguntó el hombre del Times.

—Bien —respondió Hoskins—, desde mi punto de vista, el propósito fundamental del proyecto neandertal era averiguar si podíamos dirigir nuestra sonda a la época Paleolítica, relativamente cercana, con la suficiente precisión para traer un organismo vivo. Nuestros éxitos anteriores, como ya saben, se habían centrado en una

zona alejada millones de años, en lugar de unos simples cuarenta mil. Lo hemos logrado, y continuaremos trabajando para mejorar nuestro proceso, con el objetivo de acceder a una zona de tiempo más próxima. Ahora, ya tenemos entre nosotros a un niño neandertal vivo, un ser casi humano o que, mejor dicho, puede considerarse humano. Los antropólogos y fisiólogos están muy interesados en él, por supuesto, y será sometido a un intenso estudio.

—¿Cuánto tiempo le retendrán?

—Hasta que necesitemos el espacio que ocupa él. Bastante tiempo, tal vez.

—¿Pueden sacarle al exterior —preguntó el hombre de Globe-Net Cable—, para que efectuemos una transmisión subterránea a nuestros espectadores?

La señorita Fellowes carraspeó ruidosamente.

Hoskins se le adelantó.

—Lo siento, pero el niño no puede salir de la Estasis.

—¿Qué es exactamente la Estasis? —preguntó la señora Crawford.

—Ah. —Hoskins se permitió una de sus breves sonrisas—. Esto exigiría gran cantidad de explicaciones, más de las que sus lectores podrían aguantar. Le haré un breve resumen. En Estasis, el tiempo tal como lo conocemos no existe. Estas habitaciones se encuentran en el interior de una burbuja invisible que no forma parte de nuestro universo. Un entorno inviolable y autónomo, podríamos decir. Por eso pudimos sacar al niño del tiempo.

—Un momento —intervino Underhill, del Times—. ¿Autónomo? ¿Inviolable? La enfermera entra y sale de la habitación.

—Cualquiera de ustedes también podría hacerlo —replicó Hoskins. Se moverían en paralelo a las líneas de fuerza temporal, sin que ello implicara grandes ganancias o pérdidas de energía. Sin embargo, el niño fue arrebatado de un pasado lejano. Atravesó las líneas temporales y ganó potencial temporal. Introducirlo en el universo, nuestro universo, y en nuestro tiempo absorbió la energía suficiente para quemar todas nuestras líneas eléctricas y dejar a oscuras toda la ciudad. Cuando llegó, trajo consigo toda clase de basura: tierra, ramitas, guijarros, etcétera, y tenemos almacenado en esta zona hasta el último grano de tierra. Cuando podamos, lo devolveremos a su tiempo de procedencia, pero no nos atrevemos a sacarlo de la zona de Estasis.

Los periodistas tomaban notas mientras Hoskins hablaba. La señorita Fellowes sospechó que no entendían casi nada, y que estaban seguros de que su público tampoco, pero sonaba científico y eso era lo que contaba.

—¿Podría concedernos una entrevista esta noche, doctor Hoskins? —preguntó el hombre de Globe-Net.

—Creo que podremos arreglarlo —respondió Hoskins.

—Sin el niño —dijo la señorita Fellowes.

—Sin el niño —aceptó Hoskins—, pero me complacerá mucho contestar a todas sus preguntas. Ahora, por favor, deben marcharse.

La señorita Fellowes contempló su marcha sin pesar.

Cerró la puerta, escuchó el ruido de las cerraduras electrónicas al ajustarse y permaneció inmóvil unos instantes, mientras reflexionaba sobre lo que acababa de oír. Una vez más, aquel discurso sobre el aumento de potencial temporal, de ondas de energía, del miedo a sacar de la Estasis algo arrebatado del tiempo. Recordó la agitación del doctor Hoskins cuando sorprendieron al profesor Adamewski intentando sustraer una muestra de roca perteneciente a su zona de investigación, y las explicaciones que le habían dado en aquel momento. La mayoría había resultado confusa, pero ahora que las recordaba, la señorita Fellowes comprendió algo con estremecedora claridad, y llegó a una conclusión en la que no se había detenido a pensar cuando la rechazó.

Timmie estaba condenado a no ver nada del mundo al que había sido arrojado, sin su comprensión o consentimiento. La burbuja constituiría su único universo, en tanto permaneciera en el tiempo actual.

Era un prisionero y siempre lo sería. No por culpa de un arbitrario capricho del doctor Hoskins, sino por culpa de las leyes inexorables del proceso que le había arrebatado de su tiempo. El problema no residía en que Hoskins le impidiera salir de la burbuja de Estasis, sino que no podía dejarle salir.

Recordó las palabras pronunciadas por Hoskins la noche que Timmie llegó.

«Ha de grabar en su mente que no podrá salir de estas habitaciones. Nunca. Ni por un instante. Por ningún motivo. Ni para salvar su vida. Ni siquiera para salvar la vida de usted, señorita Fellowes».

La señorita Fellowes no había prestado excesiva atención a las explicaciones superficiales de Hoskins. «Una cuestión de energía —había dicho—. Intervienen las leyes de conservación». Su mente estaba ocupada en cosas más urgentes. Ahora, todo estaba muy claro. Las escasas habitaciones de la casa de muñecas representaban las eternas fronteras del mundo de Timmie.

Pobre niño. Pobre niño.

De repente, fue consciente de que Timmie estaba llorando, y corrió hacia su habitación para consolarle.

Hoskins estaba a punto de iniciar la reunión de la junta directiva, cuando el teléfono sonó. Lo contempló con irritación. ¿Qué ocurría ahora?

Siguió sonando.

—¿Me disculpan? —dijo, mientras paseaba la vista por la sala. Conectó sólo la modalidad de audio—. Hoskins.

—Doctor Hoskins, soy Bruce Mannheim, de la Asociación Pro-Defensa de los Niños, como ya sabrá.

Hoskins reprimió una tosecilla.

—Sí, señor Mannheim. ¿Qué desea?

—Vi el programa de anoche. El niño neandertal. Fascinante, fascinante, un logro científico absolutamente milagroso.

—Vaya, gracias. Y...

—Sin embargo, la situación suscita algunos problemas éticos y morales, como ya sabrá. Secuestrar a un niño de una cultura ajena, de su propia situación familiar, y traerle a nuestra era... —Mannheim hizo una pausa—. Creo que es necesario hablar sobre esto, doctor Hoskins.

—Tal vez, pero en este preciso momento...

—Oh, en este momento no —le interrumpió Mannheim—. No era mi intención. Sólo quería proponerle que fijáramos una cita para discutir en detalle los problemas que...

—Sí —dijo Hoskins, y elevó sus ojos al techo—. Por supuesto. Por supuesto, señor Mannheim. Si le da su número a mi secretaria, se pondrá en contacto con usted lo antes posible, y fijaremos una cita.

—Muy bien, doctor Hoskins. Gracias.

Hoskins colgó el teléfono. Recorrió la sala con una mirada lúgubre.

—Bruce Mannheim —dijo sintiéndose muy desdichado—. El famoso defensor de los niños. Quiere hablar conmigo acerca del crío. ¡Dios mío! Era inevitable, ¿no? Y ya ha sucedido.

Durante las semanas siguientes, la señorita Fellowes experimentó la sensación de que cada día se iba integrando más en Tecnologías Estasis S. L. Le asignaron un pequeño despacho, con su nombre grabado en la puerta, un despacho muy próximo a la casa de muñecas (aunque seguía llamándola la burbuja de Estasis de Timmie). Anularon su antiguo contrato, y Hoskins le ofreció uno nuevo, con un sustancial aumento de salario. Hoskins y ella estaban destinados a ser enemigos una y otra vez, pero la mujer se había ganado su respeto. La casa de muñecas fue recubierta con el techo que ella había exigido; cambiaron y mejoraron el mobiliario; añadieron un segundo cuarto de baño, y dependencias para albergar los objetos de la señorita Fellowes.

Hoskins le dijo que podían asignarle un apartamento privado en los terrenos de la empresa, con el fin de que no estuviera de guardia las veinticuatro horas del día. Ella se negó.

—Quiero estar cerca de Timmie mientras duerme —explicó—. Se despierta llorando casi todas las noches. Al parecer, tiene sueños muy vividos, terroríficos, según creo. Yo le consuelo. Creo que nadie más sería capaz de hacerlo.

La señorita Fellowes abandonaba el perímetro de la empresa de vez en cuando, más por obligación que por deseo. Iba a la ciudad para efectuar recados de poca importancia: ingresar talones en el Banco, comprar algunos juguetes para Timmie, incluso fue al cine en una ocasión. Sin embargo, no dejaba de preocuparse por Timmie, y ansiaba regresar. Timmie era lo único que le importaba. Jamás se había dado cuenta, durante los años que había trabajado en el hospital, de que su vida giraba totalmente alrededor de su trabajo, de que apenas mantenía relaciones con el mundo exterior. Lo tenía muy claro, ahora que vivía en el lugar donde trabajaba. No deseaba mantener muchos contactos con el exterior, ni siquiera ver a sus escasas amigas, casi todas enfermeras como ella. Le bastaba con llamarlas por teléfono; no sentía el menor impulso de ir a verlas.

Durante una de tales escapadas a la ciudad, la señorita Fellowes empezó a comprender cuánto se había acostumbrado a Timmie. Un día, se sorprendió mirando por la calle a un chico corriente, pasando revista a su frente alta y despejada, protuberante y escasamente atractiva, sus arcos ciliares planos, su nariz irrisoria. Tuvo que hacer un esfuerzo para volver a la realidad.

Así como había aceptado a Timmie tal como era, sin considerarle extraño o anormal, daba la impresión de que Timmie se iba adaptando con gran rapidez a su nueva vida. Se mostraba menos tímido con los extraños, sus sueños ya no eran tan aterradores como antes, y parecía estar tan a gusto con la señorita Fellowes como si fuera su madre. Se vestía y desvestía solo, dando muestras de contento siempre que se ponía o quitaba los monos que solía utilizar. Había aprendido a beber de un vaso y

a utilizar, con cierta torpeza, un tenedor de plástico para llevarse los alimentos a la boca.

Además, parecía que intentaba aprender inglés.

La señorita Fellowes no había hecho grandes adelantos en lo concerniente a decodificar su lenguaje de chasquidos y gruñidos. Aunque Hoskins lo había grabado todo, y ella había escuchado hasta la saciedad las «frases» de Timmie, no descubrió ninguna pauta verbal inteligible. Eran simples chasquidos de lengua, simples gruñidos. Emitía ciertos sonidos cuando tenía hambre, ciertos sonidos cuando estaba cansado, ciertos sonidos cuando sentía miedo, pero, como Hoskins había indicado al principio, hasta los perros y los gatos producían determinados sonidos de respuesta a situaciones concretas, pero nadie había identificado «palabras» específicas en el «lenguaje» de los perros y los gatos.

Tal vez no captaba las pautas lingüísticas. Tal vez nadie lo hacía. Ella estaba segura de que existía un lenguaje, de una estructura tan lejana a los idiomas modernos que ningún ser vivo contemporáneo era capaz de comprender su organización. En sus peores momentos, la señorita Fellowes temía que Timmie fuera incapaz de aprender ningún idioma, o bien porque los neandertales ocupaban un lugar demasiado primitivo en la escala evolutiva para aprender un lenguaje, o bien porque, al haber pasado sus años de formación con gente que hablaba el más sencillo y rudimentario de los lenguajes, era demasiado tarde para que Timmie dominara algo más complejo.

Llevó a cabo algunas investigaciones sobre niños salvajes, niños que habían vivido durante períodos prolongados como animales salvajes, en regiones primitivas, y descubrió que tales niños, tras haber sido encontrados y devueltos a la civilización, nunca habían desarrollado la capacidad de emitir algo más que toscos gruñidos. Por lo visto, aunque poseían las características fisiológicas e intelectuales necesarias para hablar, era necesario que los estímulos de aprendizaje aparecieran en los primeros años de vida, o nunca aprendían a hablar.

La señorita Fellowes deseaba con desesperación que Timmie demostrara ante ella, o ante el doctor McIntyre, que esa teoría no era cierta, para que nadie dudara de su humanidad. ¿Y qué característica diferenciaba en mayor medida a los seres humanos de los animales, sino la capacidad de hablar?

—Leche —dijo, y señaló con el dedo—. Un vaso de leche.

Timmie emitió lo que ella interpretaba como chasquidos de hambre.

—Sí. Hambriento. ¿Quieres un poco de leche?

No hubo respuesta.

Probó una táctica diferente.

—Tú, Timmie. Tú, Timmie.

Señaló con el dedo.

El niño contempló fijamente su dedo, pero no dijo nada.

—Camina.

»Come.

»Ríe.

»Yo, señorita Fellowes. Tú Timmie.

Nada, en ninguna ocasión. Es inútil, —pensó la señorita Fellowes, desesperada—. ¡Inútil, inútil, inútil!

—¿Hablar?

»¿Beber?

»¿Comer?

»¿Reír?

—Comer —dijo de pronto Timmie.

Ella se quedó tan atónita que estuvo a punto de dejar caer el plato de comida que le había preparado.

—¡Repítelo!

—Comer.

El mismo sonido. No muy claro. Se parecía mas a «Coé». No había detectado las dos consonantes que faltaban, pero el sonido sí era el adecuado.

Extendió el plato hacia él, demasiado alto para que lo alcanzara.

—¡Coé! —dijo el niño, con más insistencia.

—¿Comer? —preguntó la enfermera—. ¿Quieres comer?

—¡¡¡Coé!!!

Auténtica insistencia.

—Ten —dijo la señorita Fellowes—. Comer, sí, Timmie. ¡Come! ¡A comer!

—Coé —dijo Timmie, satisfecho. Agarró el tenedor y se lanzó al ataque.

—¿Estaba bueno? —preguntó la señorita Fellowes cuando acabó—. ¿Te ha gustado la comida?

Era esperar demasiado de él, pero no pensaba rendirse. Si sabía una palabra, aprendería más. Por fuerza.

Apuntó un dedo en su dirección.

—Timmie.

—Mmmm-mmmm —dijo él.

¿Era su forma de decir «Timmie»?

—¿Timmie quiere comer más? ¿Comer?

Apuntó el dedo en su dirección, luego hacia su boca, e imitó la acción de comer. El niño la miró en silencio. ¿Por que iba a decir algo? A fin de cuentas, ya no tenía hambre.

Pero sabía que él se llamaba Timmie, ¿o no?

—Timmie —repitió la mujer, señalándole con el dedo.

—Mmmm-mmmm —dijo el niño, y dio unos golpes sobre su pecho.

No había error posible. Una repentina oleada de orgullo, alegría y estupor recorrió su cuerpo. Las tres sensaciones al mismo tiempo. La señorita Fellowes pensó por un momento que iba a deshacerse en lágrimas.

Se precipitó hacia el interfono.

—¡Doctor Hoskins! ¿Quiere venir enseguida, por favor? ¡Y llame también al doctor McIntyre!

—Soy Bruce Mannheim otra vez, doctor Hoskins.

Hoskins contempló el teléfono como si se hubiera transformado en una serpiente. Era la tercera llamada de Mannheim en menos de tres semanas. Intentó aparentar despreocupación.

—¡Hola, señor Mannheim! ¿Cómo está usted?

—Sólo quería informarle de que había comentado los resultados de nuestra cordial conversación de la semana pasada con mi gabinete de consejeros.

—¿De veras? —dijo Hoskins, sin tanta despreocupación. La conversación no le había resultado tan cordial como a Mannheim, sino más bien inquisitiva, impertinente y, en general, ofensiva.

—Les dije que usted había respondido a mis preguntas preliminares de una forma muy satisfactoria.

—Me alegro.

—Puedo decirle que, de momento, no emprenderemos acciones respecto al niño neandertal, pero controlaremos la situación muy de cerca, mientras finalizamos nuestro estudio sobre el problema global. Le llamaré la semana que viene para comunicarle una nueva lista de puntos que nos gustaría aclarar. He pensado que le gustaría saberlo.

—Eh... Sí —balbuceó Hoskins—. Gracias por avisarme, señor Mannheim.

Cerró los ojos y se obligó a respirar con calma.

«Gracias, señor Mannheim. Es muy amable al permitirnos continuar nuestro trabajo durante un tiempo más. Mientras finaliza su estudio sobre el problema global, quiero decir. Gracias. Muchas gracias. Muchísimas gracias».

El día que Timmie dijo sus primeras palabras en inglés fue maravilloso para la señorita Fellowes, pero le siguieron otros días menos maravillosos.

El problema consistía en que Timmie no era un niño corriente que había caído por casualidad bajo su tutela. Era un espécimen científico extraordinario, y los científicos de todo el mundo se disputaban el privilegio de examinarle. El doctor Jacobs y el doctor McIntyre no eran más que la cresta de la ola, un simple indicio de la inundación que se avecinaba.

Jacobs y McIntyre eran los más asiduos, por supuesto. Habían tenido la suerte de ser los primeros en ver a Timmie, y aún gozaban de prioridad sobre él a causa de esa fortuita circunstancia. Sin embargo eran conscientes de que no podían monopolizarle. Una horda de antropólogos, fisiólogos, historiadores y especialistas de todo tipo se agolpaban ante la puerta, ansiosos por entrar, y cada uno había confeccionado su particular orden del día respecto al pequeño neandertal.

El hecho de que Timmie ya hablara inglés les tenía en ascuas. Algunos se comportaban como si el problema se redujera a sentarse ante él y empezar a interrogarle sobre la vida en la época Paleolítica, tal como el niño la recordaba:

- ¿Qué especies de animales cazaba tu tribu?
- ¿Cuáles eran las creencias religiosas de tu tribu?
- ¿Emigrabais con las estaciones?
- ¿Había guerra entre las tribus?
- ¿Había guerra entre vuestra subespecie y la otra?

Era la única fuente de información posible. Sus mentes bullían de interrogantes que sólo Timmie podía resolver. ¡Cuéntanos, cuéntanos, cuéntanos! Queremos saber lo más posible sobre tu gente...

- Estructuras de parentesco.
- Animales totémicos.
- Grupos lingüísticos.
- Conceptos de astronomía.
- Habilidades tecnológicas.

Sólo que nadie podía interrogar a Timmie acerca de tan fascinantes e importantes cuestiones, porque el dominio de Timmie del inglés, aunque aumentaba cada día, se limitaba de momento a frases como «Timmie comer ahora» y «Hombre marchar ahora».

Además, la señorita Fellowes era la única persona que podía comprender las palabras de Timmie con cierto grado de fiabilidad. Para los demás, incluso los que le

visitaban a diario, sus guturales intentos de pronunciación resultaban apenas comprensibles. Evidentemente, las especulaciones sobre la capacidad lingüística neandertal eran correctas, al menos en parte; si bien los neandertales poseían capacidad intelectual de hablar y aptitud anatómica para emitir palabras inteligibles, sus lenguas y laringes eran incapaces de crear sonidos con el grado de articulación exigido por los idiomas modernos. Al menos, Timmie no podía lograrlo. Hasta la señorita Fellowes tenía que esforzarse casi siempre por entender lo que intentaba decir.

Era frustrante para todos: para Timmie, para la señorita Fellowes y, sobre todo, para los científicos que ardían en deseos de interrogar al crío, e intensificaba la sensación de aislamiento de Timmie. Incluso ahora, que empezaba a aprender a comunicarse con sus captos (pues eso eran, no cesaba de pensar la señorita Fellowes, sus captos), constituía una terrible lucha para él comunicar los conceptos más sencillos a la única persona que le entendía en parte.

«¡Qué solo debe de sentirse! —pensó—. ¡Y cómo debe asustarle y aturdirle la barahúnda que siempre reina a su alrededor!».

Hacía todo cuanto podía por protegerle. No se resignaba a aceptar el hecho de que estaba comprometida en un simple experimento científico. Lo era, desde luego, pero giraba en torno a un niño desdichado, y no permitiría que le trataran simplemente como a un sujeto experimental.

Los médicos le prescribieron dietas especiales. Ella le compró juguetes. Los médicos la abrumaron con peticiones de muestras de sangre, radiografías, incluso mechones de su cabello. Ella le enseñó canciones. Sometieron a Timmie a exhaustivas y agotadoras pruebas de coordinación y reflejos, agudeza visual, capacidad auditiva, inteligencia intuitiva. La señorita Fellowes le consolaba a continuación. Le abrazaba y acariciaba hasta que volvía a calmarse.

Cada vez los científicos pasaban más tiempo con él.

La señorita Fellowes insistió en los estrictos límites de las investigaciones diarias. Sus deseos prevalecían casi siempre. Los científicos que acudían pensaban que era un ogro, un obstáculo para la sabiduría, una mujer testaruda e irracional, pero a ella no le importaba. Que pensarán lo que quisieran; sólo le preocupaban los intereses de Timmie, no los de ellos.

Lo más parecido a un aliado con quien contar era Hoskins. Visitaba la casa de muñecas cada día. La señorita Fellowes comprendió que Hoskins aprovechaba cualquier oportunidad para escapar de su cada vez más difícil papel de director de Tecnologías Estasis S. L., y que le había tomado cariño al niño causante de tanto revuelo; también tenía la impresión de que le gustaba hablar con ella.

Había averiguado algunas cosas sobre él durante ese tiempo. Hoskins había inventado el método de analizar las reflexiones arrojadas por el haz mesónico que penetraba en el pasado; era uno de los inventores del método para establecer la Estasis; sus modales fríos y profesionales encubrían una naturaleza bondadosa, de la

que los demás podrían aprovecharse; y, oh, sí, estaba casado, feliz y definitivamente.

Un día, Hoskins, entró a tiempo de verla estallar.

Había sido un día horrible. Un nuevo equipo de médicos, procedentes de California, había acudido para someter a Timmie a una nueva serie de pruebas, algo relacionado con la postura y la estructura pélvica. Las pruebas implicaban una complicada disposición de barras metálicas, así como ejercicios de empujar y apretar. Timmie no estaba de humor para ser empujado y apretado contra las barras metálicas. La señorita Fellowes, al ver que lo manipulaban como a un animal de laboratorio, experimentó un intenso impulso homicida.

—¡Basta! —gritó por fin—. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

Los técnicos la miraron boquiabiertos.

—¡He dicho fuera! ¡La sesión ha terminado! El niño está cansado. Le están retorciendo las piernas y tensando la espalda. ¿No ven que está llorando? ¡Fuera! ¡Fuera!

—Pero señorita Fellowes...

Ella empezó a recoger sus instrumentos. Ellos se apresuraron a arrebatárselos de las manos. La mujer indicó la puerta con el dedo. Los médicos se marcharon, murmurando entre sí.

Les contempló alejarse, poseída por una furia ciega, preguntándose cuál sería la siguiente intrusión, mientras Timmie sollozaba detrás de ella. Entonces reparó en la presencia de Hoskins.

—¿Algún problema? —preguntó él.

Ella le dirigió una mirada fiera.

—¡Yo diría que sí!

Se volvió y con un ademán indicó a Timmie que se acercara. El niño corrió hacia ella y la rodeó con sus piernas. Oyó que el niño murmuraba algo, en voz baja, unas palabras que no logró descifrar. Le apretó contra sí.

—No parece muy contento —comentó Hoskins con gravedad.

—¿Lo estaría usted, en su lugar? Cada día encima de él, con análisis de sangre, exámenes, pruebas. Tendría que haber visto lo que acaban de hacerle. Intentaban averiguar cómo están unidas sus piernas al cuerpo, según me pareció. También le han cambiado la comida. La dieta sintética que Jacobs le ha prescrito desde el lunes no se la daría yo ni a un cerdo.

—El doctor Jacobs dice que aumentará su vigor, que le permitirá soportar mejor...

—¿Soportar qué? ¿Más pruebas?

—No debe olvidar, señorita Fellowes, que el propósito principal de este experimento es averiguar todo lo posible acerca de...

—No lo olvido, doctor. Y usted recuerde que no tenemos entre manos a un hámster, un conejillo de Indias o un chimpancé, sino a un ser humano.

—Nadie dice eso, pero...

La mujer volvió a interrumpirle.

—Pero todos ustedes hacen caso omiso de esa realidad, que es un ser humano, un niño humano. Supongo que para usted no es más que un monito, y cree que pueden...

—Nosotros no...

—¡Sí! Insisto, doctor Hoskins. Usted mismo dijo que la llegada de Timmie había puesto a su empresa en órbita. Si le guarda alguna gratitud, manténgales alejados del pobre niño hasta que sea lo bastante mayor para comprender algo más de lo que le preguntan. Después de la mala sesión tiene pesadillas, insomnio, y a veces grita durante horas. Le advierto —dijo, presa de un nuevo acceso de furia— que no pienso permitirles la entrada nunca más. ¡Nunca!

Se dio cuenta de que había alzado el tono de voz poco a poco, y que ahora estaba chillando, pero no podía evitarlo.

Hoskins la miraba consternado.

—Lo siento —dijo la señorita Fellowes al cabo de un momento, controlando sus emociones—. No quería gritar así.

—Comprendo que esté disgustada. Comprendo por qué está disgustada.

—Gracias.

—El doctor Jacobs me ha asegurado que la salud del crío es excelente, que el programa de investigaciones al que está... sujeto no le ha perjudicado en absoluto.

—En ese caso, aconseje al doctor Jacobs que pase una noche aquí; tal vez entonces cambiará de opinión. —La señorita Fellowes advirtió que Hoskins la miraba asombrado, y enrojeció al darse cuenta del significado involuntario e improbable de lo que acababa de decir—. Que le oiga llorar en la oscuridad. Que me vea entrar en su habitación, abrazarle y cantarle canciones de cuna. ¿Que no le ha perjudicado? Si todo esto no le ha perjudicado es porque pasó los primeros años de su vida bajo las condiciones de vida más espantosas imaginables, y logró sobrevivir. Si un niño es capaz de sobrevivir a un invierno del período glacial, sobrevivirá a un montón de pruebas y exámenes llevados a cabo por una pandilla de individuos con batas blancas, pero eso no significa que sea bueno para él.

—Discutiremos la programación de las investigaciones en la próxima reunión del equipo.

—Sí, lo haremos. Todo el mundo ha de recordar que Timmie tiene derecho a un tratamiento humano. Un tratamiento humano.

Hoskins sonrió. La mujer le dirigió una mirada inquisitiva.

—Estaba pensando en cómo ha cambiado desde el primer día, cuando se enfadó tanto porque le había endosado un neandertal. Estuvo a punto de renunciar, ¿se acuerda?

—Nunca habría renunciado —dijo en voz baja la señorita Fellowes.

—«Me quedaré con él... durante un tiempo», dijo. Ésas fueron sus palabras exactas. Tuve que convencerla de que iba a hacerse cargo de un niño, no de una especie de primate cuyo lugar era el zoo.

La señorita Fellowes bajó la vista.

—Quizás a primera vista no comprendí...

Se interrumpió.

Miró a Timmie, que seguía aferrado a ella. Estaba mucho más tranquilo. Palmeó al crío en el trasero y le envió al cuarto de jugar. Hoskins miró por la rendija cuando Timmie abrió la puerta y sonrió al ver el montón de juguetes diseminados.

—Menuda colección —comentó.

—El pobre crío se los merece. Es lo único que tiene, y se lo gana por los padecimientos que soporta.

—Por supuesto. Tendremos que comprarle más. Le enviaré un formulario de solicitud. Cualquier cosa que usted considere necesaria...

La señorita Fellowes esbozó una cálida sonrisa.

—Timmie le cae bien, ¿verdad?

—Claro que sí. Es un chico fuerte, valiente.

—Sí, valiente.

—Y usted también, señorita Fellowes.

No supo qué decir. Se miraron en silencio por unos instantes. Daba la impresión de que Hoskins había bajado la guardia. La señorita Fellowes leyó preocupación en sus ojos.

—Parece muy cansado, doctor Hoskins.

—¿De veras, señorita Fellowes? —El hombre rió, sin mucho convencimiento—. Tendré que ensayar una apariencia más vital.

—¿Ha surgido algún problema del que debería estar informada?

—¿Problema? —dijo Hoskins, sorprendido—. ¡No, ningún problema! ¿Por qué lo pregunta? Tengo un trabajo absorbente, eso es todo. No se trata de que sea complicado, ¿entiende? Las complicaciones no me importan. El trabajo no acaba de satisfacerme. Si tan sólo pudiera volver a mis investigaciones... —Meneó la cabeza—. Bien, no hay nada que hacer. He tomado nota de su queja, señorita Fellowes. Veremos qué se puede hacer para suavizar el programa de entrevistas de Timmie, dentro de lo posible, considerando la gran importancia de lo que podemos averiguar a partir del niño. Estoy seguro de que usted me entiende.

—Ya lo creo —dijo la señorita Fellowes con un tono excesivamente seco.

Intercapítulo 4

LA SOCIEDAD DE GUERREROS

Amanecía. El cielo estaba de un color gris plomizo. Un viento fuerte soplaba desde dos direcciones diferentes. Aún se veía un fragmento blanco de luna, como un cuchillo de hueso que flotara en el cielo. Los hombres de la Sociedad de Guerreros se preparaban para bajar por la colina hasta el altar de rocas brillantes enclavado en la confluencia de Los Tres Ríos.

La Que Sabe se mantenía apartada y les observaba desde lejos, con el deseo de acompañarles.

Siempre eran los hombres quienes hacían las cosas interesantes, y siempre los mismos, los jóvenes plétóricos de energía. Los viejos como Nube De Plata, Buey Almizclado Apestoso y Fuerte Como Un León efectuaban las declaraciones y daban las órdenes, pero eran los jóvenes, Árbol De Lobos, Montaña Rota, Ojo Llameante y Pájaro Atrapado En Un Arbusto, junto con otros tres o cuatro, los que hacían de verdad las cosas. Eran los que estaban vivos, pensó La Que Sabe, y les envidiaba con todas sus fuerzas.

Cuando había caza en las praderas, constituían la Sociedad de Cazadores. Afilaban las puntas de sus lanzas, envolvían sus tobillos con oscuras tiras de piel de oso, que les proporcionaban velocidad y ferocidad, y azuzaban a los mamut hasta que caían de lo alto de los riscos, o rodeaban a un grupo de desventurados rinocerontes y los asaeteaban hasta derribarlos, o lanzaban las piedras con cuerdas al veloz reno, con la esperanza de que se enredaran en sus patas y le hicieran caer. Y después, cargaban a hombros o arrastraban su presa de vuelta al campamento, cantando y bailando en señal de triunfo, y todo el mundo salía para felicitarles y corear sus nombres, y recibían el mejor pedazo de la carne recién cocinada: el corazón, los sesos y las demás partes buenas.

Y cuando alguien transgredía las leyes, o un jefe llegaba al final de sus días y era preciso enviarle al mundo siguiente, se convertían en la Sociedad de Ejecutores, se ponían las máscaras de piel de oso, sacaban el garrote de marfil de la muerte y se alejaban con su víctima, lejos de la vista de la tribu, y cumplían su deber. Volvían con solemnidad, en fila de a uno, y cantaban la «Canción del Mundo Siguiendo», que sólo podían cantar los hombres de la Sociedad de Ejecutores.

Y cuando acechaban enemigos en las cercanías, llegaba el momento de que los hombres, esos mismos hombres, se transformaran en la Sociedad de Guerreros, pintaran franjas azules sobre sus hombros y rojas alrededor de sus lomos, y colgaran

de sus hombros los mantos amarillos de piel de león. Era lo que estaban haciendo ahora, y la envidia devoraba a La Que Sabe. Los hombres estaban desnudos, formando un círculo, bromeaban y reían, mientras el viejo artesano Jinete De Mamut terminaba de mezclar los pigmentos. Los hombres de la tribu sólo se pintaban el cuerpo cuando había guerra. Había pasado mucho tiempo desde la última vez, de modo que era necesario mezclar los pigmentos de nuevo. Era un trabajo largo, pero Jinete De Mamut dominaba el arte de moler las rocas y mezclar la grasa de antílope con el polvillo, para que se pegara a la piel. Estaba sentado con las piernas cruzadas, absorto en su trabajo. Los hombres de la Sociedad de Guerreros esperaban a que terminara. Había sacado los tubos de hueso donde se guardaban los pigmentos, y agitaba la grasa mezclada con el polvillo en un cuenco de piedra. Ahora, por fin, los colores estaban preparados. Jinete De Mamut tendió el cuenco de color rojo a Montaña Rota, y el de color azul a Antílope Joven. Los demás hombres hicieron cola para que los pintaran.

Las risas aumentaron de intensidad. Los hombres tenían miedo de lo que se avecinaba, por eso reían tanto. Los dos pintores utilizaban pinceles de rabo de zorro para aplicar los colores, y reían a causa de las cosquillas. Las franjas de los hombros eran fáciles, una azul estrecha sobre la espalda, otra ancha sobre el pecho, y un leve toque azul de la Diosa en la garganta, justo en el lugar donde sobresale la nuez, y otra sobre el corazón. Lo que más les divertía era cuando les pintaban las partes inferiores. Primero, una gruesa franja roja sobre la base del estómago, justo encima de la zona genital, que daba la vuelta al cuerpo y corría sobre la zona superior de los glúteos; después, una franja delgada que rodeaba cada muslo, justo debajo de los genitales; y por fin, el colmo de su diversión, la franja de la Diosa, que corría a lo largo del miembro viril, con dos puntos rojos en los testículos. Montaña Rota aplicaba la pintura en esos sitios, con gestos majestuosos, y los hombres fingían que las cosquillas eran insoportables. Aunque tal vez no fingían.

«Adelante —pensó La Que Sabe—. ¡Pintadme a mí también! No tengo partes viriles, pero podríais pintarme las franjas rojas alrededor de los riñones y en los pezones de mis pechos, y surtirá el mismo efecto cuando llegue el momento de la batalla, porque soy tan buena guerrera como cualquiera de vosotros».

Casi habían terminado. Sólo faltaban los dos pintores. Montaña Rota pintó las franjas inferiores a Antílope Joven, y Antílope Joven pintó las franjas superiores a Montaña Rota; después intercambiaron los cuencos, y Antílope Joven aplicó la pintura roja a Montaña Rota, y Montaña Rota aplicó la pintura azul a Antílope Joven. Todos ciñeron sus taparrabos alrededor de la cintura, se colocaron los mantos de león sobre los hombros y recogieron las lanzas. Ya estaban preparados para la guerra. O casi preparados. Antes, Mujer Divina tenía que pronunciar las palabras de la guerra, frente a los tres cráneos de oso. La Que Sabe vio que las dos Mujeres Divinas más jóvenes estaban disponiendo los cráneos, mientras Mujer Divina se ponía los ropajes especiales para administrar la bendición de guerra.

La Que Sabe desvió la vista hacia el altar de rocas brillantes, situado en la confluencia de los ríos. No había nadie.

Todo aquello no serviría de nada si los Otros se habían alejado hacia otro lugar. Mujer Divina había informado que las huellas de pisadas de los Otros descubiertas alrededor del altar eran frescas, pero ¿qué sabía Mujer Divina? No era cazadora. Las huellas bien podían ser de tres días antes. Cabía la posibilidad de que los Otros ya estuvieran muy lejos.

Bastaba con bajar hasta el altar y celebrar los ritos que Nube De Plata consideraba necesarios. Después, el Pueblo se dirigiría otra vez hacia el este. Huiría de allí y se adentraría una vez más en aquel territorio llano, frío y desértico, donde los Otros casi nunca se aventuraban. Continuarían su vida como siempre. Si era innecesario enviar a la Sociedad de Guerreros a explorar el terreno para comprobar que los Otros no estaban merodeando en las cercanías del altar, Nube De Plata desperdiciaba un tiempo valiosísimo. El año proseguía su camino inexorable. Los días eran más cortos. Pronto nevaría cada día. Era preciso que el Pueblo terminara cuanto antes lo que había venido a hacer, con el fin de encontrar un lugar seguro donde establecerse durante los espantosos meses que se avecinaban.

Sin embargo, lo más probable era que Mujer Divina estuviera en lo cierto y que los Otros se hallaran cerca. Y habría guerra, y los hombres morirían, y quizá no tan sólo los hombres.

—Últimamente la Diosa nos trata con mucha dureza —dijo Guardiania Del Pasado, prácticamente en su oído—. Hemos venido para adorarla, pero primero se lleva al niño y ahora nos conduce al encuentro con los Otros.

La Que Sabe se encogió de hombros.

—Yo no veo Otros. Llevamos aquí dos días y nadie ha visto Otros.

—Pero están ahí. Nos aguardan agazapados, dispuestos a atacarnos. Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo soñé. Eran invisibles, como seres de niebla, y luego adquirieron cierta solidez, como sombras, surgieron de la tierra alrededor de nosotros y empezaron a matarnos.

La Que Sabe soltó una áspera carcajada.

—Otro sueño misterioso.

—¿Otro?

—Anteanoche, Nube De Plata soñó que volvía a ser niño y se internaba en el mar, y cuando salió empezó a envejecer a cada paso que daba, hasta que al cabo de pocos momentos estaba arrugado, encorvado y débil. Era un sueño de muerte. Y ahora, tú sueñas que los Otros nos esperan en el altar.

Guardiania Del Pasado asintió.

—Y la Diosa se ha llevado al niño Rostro De Fuego Celestial sin dar ninguna señal de que esté complacida. Creo que deberíamos irnos de aquí, sin celebrar ninguna ceremonia ante el altar.

—Nube De Plata dice que debemos celebrarla.

—Nube De Plata se vuelve timorato y débil con la edad.

La Que Sabe se volvió hacia la cronista, furiosa.

—¿Te gustaría ocupar su lugar?

—¿Yo? —Guardiana Del Pasado sonrió—. Yo no, La Que Sabe. No quiero ser jefe de la tribu. Si hay una mujer en el mundo que ansia con todo su corazón ser jefe, creo que eres tú. A mí no me apetece tales cargas. De todos modos, creo que ha llegado el momento de que Nube De Plata devuelva la vara, el gorro y el manto.

—No.

—Es viejo y se está debilitando. Se ve el agotamiento en sus ojos.

—Es fuerte y sabio —repuso La Que Sabe, sin mucha convicción.

—Sabes muy bien que eso no es verdad.

—¿De veras, Guardiana Del Pasado? ¿De veras?

—Calma, mujer. Si me pegas, ordenaré que te arrojen colina abajo.

—Me has llamado mentirosa.

—He dicho que no hablabas con la voz de la verdad.

—Es lo mismo.

—El mentiroso que se miente a sí mismo no es un mentiroso, sino un idiota. Tú sabes y Mujer Divina sabe y yo sé que Nube De Plata ya no puede seguir siendo jefe. Cada una lo ha pensado y dicho a su manera, y cuando los hombres empiecen a darse cuenta, la Sociedad de Ejecutores tendrá que cumplir su deber.

—Tal vez —dijo La Que Sabe, nerviosa.

—Entonces, ¿por qué le defiendes?

—Siento lástima por él. No quiero que muera.

—Tu corazón es sensible, pero el jefe sabe lo que se debe hacer. ¿Te acuerdas de cuándo Nieve Negra era el jefe, se sintió enfermo, con aquella bilis verde, y nada podía curarle? Pues se irguió ante nosotros y dijo que su momento había llegado. ¿Vaciló siquiera un instante? No. Y lo mismo sucedió antes con Árbol Alto, el padre de Nube De Plata, cuando yo era joven. Tú aún no habías nacido. Árbol Alto era un gran jefe, pero un día dijo: «Soy demasiado viejo, ya no puedo ser jefe», al anochecer había muerto. Lo mismo le ocurrirá a Nube De Plata.

—Aún no. Aún no.

—¿Aunque nos conduzca hacia el desastre? —preguntó con frialdad Guardiana Del Pasado—. Es posible que lo esté haciendo en este mismo momento. Fue un error venir a este lugar. Ahora lo comprendo. ¿Por qué le defiendes con tanta energía? No significa nada para ti. Pensaba que ni siquiera le apreciabas.

—Si Nube De Plata muere, ¿quién crees que ocupará su lugar?

—Ojo Llameante, supongo.

—Exactamente. ¡Ojo Llameante! —Sonrió con rencor La Que Sabe—. ¡Te digo, Guardiana Del Pasado, que prefiero quedarme con el viejo Nube De Plata y morir bajo las lanzas de los Otros, que vivir otros diez años con Ojo Llameante como jefe

de la tribu!

—Ya. Ahora lo entiendo. Permites que tus mezquinos resentimientos personales se impongan a tu sentido común, incluso a la propia vida. ¡Qué absurda eres, La Que Sabe! ¡Qué estúpida!

—Al final, tendré que pegarte.

—¿Pero no ves...?

—No. No veo nada, pero terminemos de una vez. ¡Mira, mira allí abajo!

Mientras las dos mujeres hablaban, Mujer Divina había terminado la bendición de la Sociedad de Guerreros, y sus miembros, debidamente pintados y pertrechados, habían bajado la colina para tomar posiciones alrededor del altar de rocas brillantes. Se detuvieron frente a él, en fila, blandieron las lanzas y dirigieron miradas desafiantes en todas direcciones.

Y de pronto, los Otros se materializaron como por arte de magia, como los seres de niebla que habían adquirido solidez en el sueño de Guardiania Del Pasado.

¿De dónde habían salido? Debían haberse ocultado entre los espesos arbustos que corrían a lo largo de Los Tres Ríos, tal vez escondidos mediante trucos mágicos que les habían proporcionado aspecto de arbustos hasta el momento de salir.

Eran unos ocho o diez. No, más de diez. La Que Sabe intentó contarlos, pero utilizó ambas manos y aún quedaban más para contar. Quizás había toda una mano más, mientras que la Sociedad de Guerreros se limitaba a nueve miembros.

Iba a ser una matanza. Nube De Plata había enviado a la muerte a todos los jóvenes de la tribu.

—¡Qué feos son! —susurró Guardiania Del Pasado, apretó el brazo de La Que Sabe con tanta fuerza que le hizo daño—. ¡Parecen monstruos! ¡Seres de pesadilla! ¡Cuando les vi en mi sueño no eran tan espantosos!

—Es su aspecto habitual —dijo La Que Sabe—. El aspecto de los Otros.

—Tú les habías visto antes, yo no. ¡Uf, esos rostros aplastados! Esos cuellos esqueléticos, los brazos y las piernas tan largos...

—¡Como patas de arañas!

—Como arañas, sí.

—Mira, mira.

Toda la tribu se había congregado en la elevación que dominaba el altar de Los Tres Ríos. Todos los ojos estaban fijos en la escena. La Que Sabe oyó la entrecortada respiración de Nube De Plata. Un niño se echó a llorar. Y parecía que dos Madres también lloraban.

Algo extraño sucedía abajo. Casi parecía una danza.

Los hombres de la Sociedad de Guerreros seguían codo con codo, formando una línea recta frente al altar. Parecían inquietos, pero no cedían terreno, aunque tal vez sólo pensaban en echarse a correr y ponerse a salvo.

Los Otros habían formado una hilera frente a ellos, a unos veinte pasos de distancia. También estaban codo con codo. Eran hombres altos, de aspecto extraño y

cara aplastada, y empuñaban largas lanzas.

Pero el ataque no se produjo.

Los dos bandos permanecieron inmóviles, mirándose, separados por aquella corta distancia. Nadie hizo el menor movimiento. Parecían que ni siquiera respiraban. Se erguían estáticos como rocas. ¿Era posible que los Otros estuvieran tan aterrados como los hombres de la Sociedad de Guerreros? Suponían que los Otros eran asesinos despiadados, y superaban a los hombres de la Sociedad de Guerreros por una mano, como mínimo. Pero nada sucedía. Nadie se atrevía a dar el primer paso.

Fue Ojo Llameante quien decidió romper el hechizo. Avanzó un paso. Un momento después, toda la fila de la Sociedad de Guerreros le imitó.

Ojo Llameante agitó la lanza con aire amenazador, miró a los Otros y emitió un sonido, largo y grave, que flotó hacia lo alto de la colina.

—¡Uuuuu!

Los Otros intercambiaron miradas y fruncieron el ceño. Parecían confusos, vacilantes, preocupados.

Uno de sus hombres avanzó un paso, y toda la hilera le imitó. Él también agitó la lanza.

—¡Uuuuuu!

—¡Uuuuuuu!

—¡Uuuuuuuu!

La Que Sabe y Guardiania Del Pasado intercambiaron una mirada, estupefactas. ¡Ambos bandos se limitaban a dirigirse estúpidos sonidos! ¿Así empezaban las batallas? Tal vez sí; no estaban seguras, pero en cualquier caso era un modo muy tonto de iniciar algo.

Quizá los hombres tampoco estaban seguros de cómo comportarse. La Que Sabe recordó que esos guerreros nunca habían combatido contra los Otros, jamás se habían encontrado con ellos hasta ese momento. Ella era la única de la tribu con esa experiencia, cuando se había topado con aquel Otro solitario en la laguna del bosque. Y aquella vez, tan lejana en el tiempo, el Otro se había vuelto y había huido de ella.

Ahora, los Otros se limitaban a permanecer inmóviles con cara de preocupación, e imitaban los estúpidos ruidos que emitían los hombres de la Sociedad de Guerreros. A pesar de que los Otros superaban en número a los hombres de la tribu y daba la impresión de que tenían armas mejores.

¿Por qué? ¿Eran los temidos Otros una raza de cobardes?

—¡Uuuuuu!

—¡Uuuuuu!

—¡Uuuuuu!

—¡Uuuuuu!

—Escúchales —dijo La Que Sabe, riendo—. Parecen búhos.

Entonces se produjo un pequeño movimiento. Toda la línea de la Sociedad de Guerreros había girado levísimamente, de modo que ahora estaba situada algo en

ángulo respecto al altar. Y los Otros habían imitado el mismo ángulo, todavía en formación, y continuaban plantando cara a la Sociedad de Guerreros.

Más ululatos. Las filas se movieron apenas, sin encaminarse a ningún sitio. Después retrocedieron. Levantaron y agitaron las lanzas, pero ninguna llegó a ser arrojada.

—¡Se temen mutuamente! —exclamó Guardiania Del Pasado, atónita.

—¡Uuuuu!

—¡Uuuuu!

—Deberíamos cargar contra ellos —murmuró La Que Sabe—. ¡Darían media vuelta al instante!

—¡Uuuuu!

—¡Uuuuu!

—Como búhos —repitió Guardiania Del Pasado.

Era angustiante. La situación podía prolongarse indefinidamente. La Que Sabe fue incapaz de aguantarlo más. Se dirigió a donde Jinete De Mamut estaba sentado, con los dos cuencos de pinturas de guerra en el suelo, se detuvo frente a él y se quitó la ropa. Jinete De Mamut la miró sin dar crédito a sus ojos.

—Dame la pintura —pidió La Que Sabe.

—Pero tú no puedes...

—Sí que puedo.

Se agachó, cogió el cuenco de pigmento azul y derramó un poco sobre cada uno de sus pechos. Luego se apoderó del rojo y dibujó un gran triángulo sobre su cintura, la base del estómago y los muslos, y salpicó el vello de sus hombros. Todo el mundo la estaba mirando. No se molestó en pedir a Jinete De Mamut que pintara las franjas de guerra sobre su espalda, porque dudaba de que quisiera hacerlo, y no quería perder el tiempo discutiendo con él. Daba igual. No pensaba dar la espalda al enemigo.

«¡Otros! —pensó con furia—. ¡Todos unos cobardes!».

Nube De Plata avanzaba hacia ella con movimientos vacilantes, por culpa de su pierna mala.

—¿Qué haces, La Que Sabe?

—Me preparo para luchar en vuestro nombre —replicó.

Volvió a ponerse la túnica y empezó a bajar por la colina, hacia el altar de las rocas brillantes.

Capítulo VII

RESISTIR

—Pasa otra vez la llamada de ese bastardo, ¿quieres, Jerry? —dijo Sam Aickman.

Hoskins introdujo el cubo de datos en la ranura. En la pantalla, al final de la sala de juntas, apareció el rostro de Bruce Mannheim, reproducido tal como estaba en la pantalla del teléfono de Hoskins cuando se produjo la llamada. Un insistente rosetón verde que parpadeaba en la esquina inferior derecha de la pantalla señalaba que la llamada había sido grabada con conocimiento y autorización de quien llamaba.

Mannheim era un hombre de aspecto juvenil, espesas ondas de cabello rojo y tez rubicunda. Aunque las barbas habían pasado de moda hacía años, excepto entre la gente muy joven y la muy mayor, exhibía una corta y pulcra perilla, además de un frondoso bigote.

El famoso defensor de los derechos de los niños parecía muy sincero, muy abnegado, muy serio.

A Hoskins también le parecía muy fastidioso.

»—El problema es, doctor Hoskins —dijo Mannheim—, que nuestra última charla no ha sido en absoluto fructífera, y ya no puedo aceptar su palabra de que el niño goza de condiciones aceptables.

»—¿Por qué? —preguntó Hoskins—. ¿Mi palabra ha dejado de tener valor de la noche a la mañana?

»—Ésa no es la cuestión, doctor. Carecemos de motivos para dudar de su palabra, pero tampoco podemos aceptarla a pies juntillas, y algunos miembros de mi junta asesora han empezado a sospechar que me he precipitado al aceptar su diagnóstico sobre la situación del niño. La cuestión es que no ha tenido lugar una inspección *in situ*.

»—Habla del niño como si fuera una especie de arma secreta, señor Mannheim.

Mannheim sonrió, pero sus pálidos ojos grises no registraban el menor signo de humor.

»—Le ruego que comprenda mi posición. El sector de la opinión pública que represento me somete a una presión considerable, doctor Hoskins. Pese a su despliegue publicitario, mucha gente sigue pensando que un niño traído a esta época con semejantes métodos y retenido en un confinamiento solitario durante un período de tiempo indefinido, es un niño sujeto a un castigo cruel e inhumano.

»—Ya hemos discutido este punto más de una vez. El niño recibe las mejores atenciones del mundo, y usted lo sabe. Está bajo los cuidados de una enfermera

especializada las veinticuatro horas del día, se efectúan controles médicos a diario y se le ha prescrito una dieta perfectamente equilibrada, que ya ha obrado maravillas en lo tocante a su estado físico. Sería una locura proceder de otra forma y, en cualquier caso, no estamos locos.

»—Reconozco que me ha dicho todo eso, pero aún no han concedido autorización para que alguien de fuera confirme lo que usted dice. Las cartas y llamadas que recibo cada día, las protestas, la presión de personas sensibilizadas...

»—Si está sometido a presiones, señor Mannheim —le interrumpió con brusquedad Hoskins—, quizá se deba a que usted ha sido el primero en remover este asunto, y ahora sus propios partidarios están descargando sobre su cabeza parte del apasionamiento que usted mismo ha creado.

—¡Así se habla, Jerry! —exclamó Charlie McDermott, el interventor.

—Un poco brusco, en mi opinión —comentó Ned Cassiday. Era el jefe de la asesoría jurídica. Su trabajo consistía en buscar siempre la prudencia.

La conversación grabada proseguía en la pantalla.

»—... Ni una cosa ni otra, doctor Hoskins. Hemos de centrarnos en el punto básico: este niño ha sido arrebatado de sus padres y de su hogar...

»—Un niño neandertal, señor Mannheim. El Hombre de Neandertal era una forma de humanidad primitiva, salvaje y nómada. Nadie sabe si los neandertales tenían hogares de algún tipo, o si comprendían el concepto de la relación paterno-filial, tal como nosotros la conocemos. Por los datos que obran en nuestro poder, es posible que hayamos arrancado a ese niño de una existencia absolutamente brutal, hostil y miserable, teoría mucho más plausible, en mi opinión, que la recreada por usted de un niño secuestrado por la fuerza de una vida familiar idílica y placentera, en pleno Pleistoceno.

»—¿Está diciendo que los neandertales no son otra cosa que animales, que el niño traído del Pleistoceno es una especie de mono que camina sobre las patas traseras...?

»—Por supuesto que no. No es ésa nuestra intención. Los neandertales eran primitivos, pero indudablemente humanos.

»—... Porque si intenta afirmar que su cautivo carece de derechos humanos porque no es humano, doctor Hoskins, me verá obligado a recordarle que los científicos se muestran unánimes en su convicción de que el homo neanderthalensis es una subespecie de nuestra raza, el homo sapiens y por tanto...

»—Por el amor de Dios —estalló Hoskins—, ¿es que no me escucha? Acabo de decir que estamos de acuerdo en que Timmie es humano.

»—¿Timmie?

»—Aquí le llamamos, Timmie, sí. Ha salido en todos los reportajes.

—Lo cual ha sido un error, probablemente —murmuró Ned Cassiday desde un rincón—. Crea demasiada identificación con el niño, como niño per se. Les das un nombre y se hacen demasiado reales a los ojos del público. Entonces surgen problemas...

—El niño es real, Ned —dijo Hoskins—. Y no surgirán problemas.

»—Muy bien, doctor —decía Mannheim en la pantalla—. Ambos estamos de acuerdo en que hablamos de un niño humano, y no discrepamos en ningún otro punto básico, por ejemplo, como he dicho hace unos momentos, que se ha arrogado la custodia de ese niño por decisión propia y carece de derecho legal sobre él. En esencia, ha raptado a ese niño, para ser exactos.

»—¿Derecho legal? ¿Qué legalidad? ¿De dónde? Dígame qué leyes he quebrantado. ¡Enséñeme el tribunal del Pleistoceno donde me juzgarán!

»—El hecho de que la gente del Pleistoceno carezca de tribunales no significa que carezcan de derechos —replicó con suavidad Mannheim—. Habrá notado que utilizo el presente para referirme a esa gente extinguida. Ahora que viajar en el tiempo se ha convertido en una realidad, todo es presente. Si somos capaces de entrometernos en la vida de gente que vivió hace cuarenta mil años, es preciso otorgar a esa gente los mismos derechos humanos y prerrogativas que consideramos inalienables en nuestra sociedad. No se atreverá a decirme que Tecnologías Estasis S. L. tendría derecho a irrumpir en alguna aldea contemporánea de Brasil, Zaire o Indonesia, y apoderarse de un niño, por el puro placer de...

»—¡Estamos hablando de un experimento único, de incalculable importancia científica, señor Mannheim! —resopló Hoskins.

»—Creo que ahora es usted el que no me escucha, doctor Hoskins. No estoy hablando de motivos, sino de la legalidad. Aun por el bien de la investigación científica, ¿consideraría justificado secuestrar a un niño de su aldea nativa, de alguna cultura tribal actual, y traerle aquí para que los antropólogos pudieran estudiarle, indiferente a los sentimientos de los padres o responsables del niño?

»—Por supuesto que no.

»—¿Pero sí de las culturas tribales del pasado?

»—La analogía no viene a cuento. El pasado es un libro cerrado. El niño que se encuentra bajo nuestra custodia, señor Mannheim, lleva muerto cuarenta mil años».

Ned Cassiday lanzó una exclamación ahogada y agitó la cabeza con violencia. Hoskins sospechó que Cassiday había intuido nuevas e inquietantes ramificaciones legales que jamás habrían debido introducirse en la discusión.

»—Entiendo —dijo Mannheim—. ¿El niño está muerto, y se halla bajo los cuidados de una enfermera las veinticuatro horas del día? Por favor, doctor Hoskins. Su razonamiento es absurdo. En la era de los viajes en el tiempo las viejas distinciones entre “muerto” y “vivo” ya no tienen la misma validez. Han abierto el libro cerrado que acaba de mencionar, y no pueden cerrarlo de nuevo a su capricho. Le guste o no, vivimos en una era de paradojas. El niño está tan vivo como usted o yo, ahora que le han sacado de su era y traído a la nuestra, y ambos estamos de acuerdo en que es humano y merece el trato dispensado a cualquier niño. Y eso nos devuelve a la cuestión del trato que reciba mientras siga entre nosotros. Llámeme víctima de un secuestro, llámeme sujeto de un experimento científico único, llámeme

huésped involuntario de nuestra época, emplee el giro semántico que más le convenga, pero lo fundamental es que han sacado a un niño de su entorno nativo sin el consentimiento de los implicados, y le mantienen encerrado aquí. ¿Hemos de continuar andando en círculos? El problema es evidente, y usted sabe cuál es. Represento a un amplio porcentaje de opinión pública sensibilizada y se me ha pedido que verifique si los derechos humanos de esta desdichada criatura están siendo respetados.

»—Me opongo a su utilización de la palabra “desdichado”. He dejado bien claro que el niño está...

»—Muy bien. Retiro la palabra, si tanto le molesta, pero no así el resto de la frase.

»—¿Qué desea en concreto de nosotros, señor Mannheim? —preguntó Hoskins, sin disimular que su paciencia se estaba agotando.

»—Ya se lo he dicho. Una inspección *in situ*, para verificar el estado y la actitud del niño.

El Hoskins de la pantalla cerró los ojos un momento.

»—Es usted muy tozudo, ¿verdad? ¿No estará satisfecho hasta que compruebe la situación en persona?

»—Ya sabe la respuesta.

»—Bien, tendré que llamarle de nuevo, señor Mannheim. Hasta hoy, sólo hemos permitido que investigadores científicos cualificados vieran a Timmie, y dudo que usted encaje en esta categoría. Tendré que convocar una reunión de mí junta asesora para discutir el tema. Gracias por llamar, señor Mannheim. Ha sido un placer hablar con usted».

La pantalla se oscureció.

Hoskins paseó la vista por la sala.

—¿Bien? Ya lo han visto. Es como un dogo, con los dientes clavados en los fondillos de mis pantalones. No se rendirá, bajo ninguna circunstancia.

—Y si consigues sacártelo de encima, volverá otra vez, y esta vez te clavará los colmillos en la pierna, no en los pantalones —dijo Ned Cassidy.

—¿Qué quieres decir, Ned?

—Que deberíamos permitirle esa inspección *in situ*. Como gesto de buena voluntad.

—¿Es tu opinión legal bien sopesada?

Cassiday asintió.

—Llevas semanas dándole largas a ese tipo, ¿no? Llama, lo toreas, vuelve a llamar, encuentras una nueva forma de soslayar sus argumentaciones, y así indefinidamente, pero este toma y daca no puede continuar. Es tan testarudo como tú, con la diferencia de que, en su caso, la testarudez parece dedicación a una causa justa, y en tu caso parece obstruccionismo deliberado. Es la primera vez que solicita entrar en nuestros dominios, ¿no?

—Sí —admitió Hoskins.

—¿Lo ves? Siempre ensayaré maniobras nuevas, y ésta no puedes contrarrestarla con más artículos periodísticos, u otra conferencia de Prensa con Candide Deveney por el subetéreo. Mannheim clamará a los cuatro vientos que algo siniestro está ocurriendo aquí, que ocultamos algo. Que venga y vea al chico. Es posible que así cierre la boca hasta que el proyecto haya finalizado.

Sam Aickman meneó la cabeza.

—Creo que no existen motivos para sufrir este acoso. Si tuviéramos encadenado al crío en un armario, tal vez, si fuera un saco de huesos, con granos y escorbuto, que chillara como un poseso día y noche... Pero el niño está espléndido, según Jerry. Ha engordado un poco, me han dicho que incluso ha aprendido a hablar un poco de inglés... Nunca ha estado tan bien, y ello debería ser evidente hasta para Bruce Mannheim.

—Exacto —dijo Cassidy—. No tenemos nada que ocultar. Así pues, ¿por qué no conceder a Mannheim la oportunidad de que lo vea como nosotros?

—Bien pensado —dijo Hoskins. Paseó la vista por la sala—. Quiero escuchar opiniones al respecto. ¿Invitamos a Mannheim a que vea al chico?

—Yo digo que se vaya al infierno —intervino Sam Aickman—. Es un pelmazo. No tenemos por qué aguantarle.

—Yo estoy con Ned Cassidy —dijo Frank Joker—. Que venga. Así terminaremos de una vez.

—Es peligroso —dijo Charlie McDermott—. Una vez haya traspasado el umbral, es imposible predecir qué nuevos problemas suscitará. Como dice Ned, siempre se le ocurrirán nuevas maniobras. Permitirle la visita no nos lo quitará de encima, y hasta es posible que nuestra situación empeore. Voto en contra.

—¿Tú qué dices, Elena? —preguntó Hoskins a Elena Saddler, que se ocupaba de los suministros de material.

—Voto por dejarle venir. Como bien dice Ned, no tenemos nada que ocultar. No podemos permitir que ese hombre nos vaya calumniando. Una vez haya estado aquí, será su palabra contra la nuestra, y contamos con las imágenes televisadas de Timmie para demostrar al mundo que nosotros tenemos razón y él no.

Hoskins asintió con aire pensativo.

—Dos a favor, dos en contra. Mi voto decide. Muy bien. Comunicaré a Mannheim que puede venir.

—Jerry, ¿estás seguro de que quieres que...? —empezó Aickman.

—Sí —dijo Hoskins—. Ese tipo no me gusta más que a ti, Sam, ni quiero que husmee en nuestros dominios más de dos minutos. Es un pelmazo, como acabas de decir. Y precisamente porque es un pelmazo he llegado a la conclusión de que es mejor hacerlo así. Que vea a Tímmie en plena forma. Que conozca a la señorita Fellowes y averigüe por sí mismo si alguien abusa del niño. Estoy de acuerdo con Ned en que la visita puede cerrarle el pico. En caso de que no sea así, no estaremos

peor que ahora. Seguirá promoviendo agitación y cacareando, y nosotros continuaremos negando sus acusaciones. Sin embargo, si no le permitimos la visita, lanzará toda clase de acusaciones extravagantes contra nosotros, y sólo Dios sabe lo que tendremos que hacer para contrarrestarlas. Mi voto es echarle el hueso al perro. Así tendremos alguna posibilidad; si no, estamos hundidos. Mannheim recibirá una invitación para hacer su visita, y punto. Se levanta la sesión.

La señorita Fellowes estaba bañando a Timmie cuando sonó el interfono en la habitación de al lado. Frunció el ceño, irritada por la interrupción. Contempló al niño en la bañera. La hora del baño ya no significaba un suplicio para él. Era más como un deporte; esperaba el momento con ansia. La sensación de yacer medio sumergido en agua caliente ya no le parecía amenazadora. Representaba para él un placer especial, no sólo la sensación del agua caliente, sino salir limpio, sonrosado, perfumado. Y lo divertido que era salpicarlo todo de agua, por supuesto. A medida que transcurrían los días, más se parecía Timmie a cualquier niño normal, pensó la señorita Fellowes. No le gustaba la idea de dejarlo solo en la bañera mucho rato. No temía que se ahogara (los niños de su edad no solían ahogarse en la bañera, y daba la impresión de que éste tenía un buen instinto de conservación), pero si decidía salir sin ayuda, y resbalaba y caía...

—Vuelvo en seguida, Timmie —dijo—. No salgas de la bañera ¿de acuerdo?

El niño asintió.

—Quédate en la bañera. En la bañera. ¿Entendido?

—Sí, señorita Fellowes.

Nadie en el mundo habría reconocido los sonidos emitidos por Timmie como «Sí, señorita Fellowes». Nadie, excepto la señorita Fellowes.

Corrió a la otra habitación, todavía intranquila, y preguntó por el auricular:

—¿Quién es?

—Soy el doctor Hoskins, señorita Fellowes. Me gustaría saber si Timmie puede recibir a otro visitante esta tarde.

—Se supone que tiene la tarde libre. Ya le estaba bañando. Nunca recibe visitantes después del baño.

—Sí, lo sé. Es un caso especial.

La señorita Fellowes prestó atención a lo que sucedía en el cuarto de baño. Timmie estaba chapoteando en el agua, muy entusiasmado. Oyó las sonoras carcajadas del niño.

—Todos los casos son especiales —contestó con tono de reproche—, ¿verdad, doctor Hoskins? Si permitiera entrar a todos los casos especiales, Timmie pasaría en exhibición continua día y noche.

—Este caso es realmente especial, señorita Fellowes.

—Prefiero que no. Timmie tiene derecho a tiempo libre, como todo el mundo. Si no le importa, doctor Hoskins, he de volver al cuarto de baño antes de...

—El visitante es Bruce Mannheim, señorita Fellowes.

—¿Qué?

—Sabe que Mannheim nos ha acosado con falsas acusaciones y encendidas

soflamas desde que se anunció la llegada de Timmie, ¿verdad?

—Supongo que sí —contestó ella. No había prestado mucha atención a esa circunstancia.

—Bien, nos ha llamado cada tres días para comunicarnos su indignación. Al final le pregunté qué quería, e insistió en una inspección *in situ*. De Timmie. Como si tuviéramos aquí un emplazamiento de misiles. No nos entusiasmaba la idea, pero celebramos una reunión de la junta y decidimos que negarnos sería más perjudicial que otra cosa. Temo que no hay elección, señorita Fellowes. Hemos de dejarle entrar.

—¿Hoy?

—Dentro de un par de horas. Es un hombre muy insistente.

—Podría haberme avisado con más anticipación.

—Lo habría hecho, señorita Fellowes, pero Mannheim me pilló por sorpresa cuando le llamé para comunicarle nuestra autorización. Me dijo que vendría en seguida, y cuando le contesté que no me parecía viable, lanzó de nuevo su andanada de sospechas y acusaciones. En mi opinión, dio a entender que tratábamos de ganar tiempo para disimular los moretones de Timmie, resultado de los latigazos que le hemos propinado, o algo por el estilo. En cualquier caso, añadió que vendría antes de su junta directiva mensual, que se celebra mañana y en la que informará sobre el estado de Timmie, y por tanto... —Hoskins se interrumpió—. Sé que es muy precipitado, señorita Fellowes. Le ruego que no organice un escándalo. Se lo ruego.

La mujer experimentó una oleada de compasión por Hoskins. Atrapado entre el incansable agitador político y el ogro de la enfermera intratable... ¡Pobre hombre!

—Muy bien, doctor Hoskins. Sólo por esta vez. Intentaré disimular los moretones con maquillaje.

Regresó al cuarto de baño, mientras el interfono todavía destilaba la gratitud de Hoskins. Timmie estaba muy ocupado, dirigiendo una batalla naval entre un pato de plástico verde y un monstruo marino de plástico púrpura. El pato parecía llevar ventaja.

—Esta tarde tendrás compañía —informó al niño la señorita Fellowes. Hervía de furia—. Vendrá un hombre para controlarnos. A ver si te hemos maltratado, ¿sabes? ¡Maltratado!

Timmie le dirigió una mirada inexpresiva. Su vacilante vocabulario no llegaba a tanto. La señorita Fellowes tampoco lo esperaba.

—¿Quién viene? —preguntó.

—Un hombre. Un visitante.

Timmie asintió con la cabeza.

—¿Un visitante agradable?

—Confiemos en que así sea. Bien, es hora de que salgas del baño y te seques.

—¡Más baño! ¡Más baño!

—Más baño mañana. ¡Sal, Timmie!

El niño obedeció a regañadientes. La señorita Fellowes lo secó y le dedicó una

rápida inspección. No, no se veían señales de latigazos. Ni de ningún otro tipo. El niño estaba en plena forma, sobre todo comparado con la criatura sucia, zaparrastrosa, magullada y arañada que aquella noche extraña y aterradora había surgido de la Estasis, entre una masa de tierra, guijarros, hormigas y brotes de hierba. Timmie rebosaba buena salud. Había aumentado de peso; sus rasguños habían cicatrizado y sus magulladuras desaparecido. Le habían cortado las uñas y el pelo. A ver si Bruce Mannheim encontraba algún motivo de queja. ¡A ver!

Habitualmente, ponía el pijama a Timmie después del baño, pero ahora no sería así, a causa del visitante, el visitante muy especial. La circunstancia exigía una vestimenta formal: el mono púrpura de botones rojos, pensó la señorita Fellowes.

Timmie sonrió cuando lo vio. Era su mono favorito.

—Y ahora, un buen aperitivo, antes de que tengamos compañía. ¿Qué opinas, Timmie?

Aún temblaba de rabia.

«Bruce Mannheim», pensó con frialdad. Ese entrometido. Ese alborotador. ¡Defensor de los niños! ¿Quién le había pedido que defendiera a alguien? Un agitador profesional, eso era. Un estorbo público.

—¿Señorita Fellowes?

La voz de Hosking surgió de nuevo por el interfono.

—¿Qué pasa, doctor? Falta media hora para que llegue el señor Mannheim.

—Se nos ha adelantado. Este hombre es así. —El tono de su voz era extrañamente apocado—. Temo que viene acompañado, sin habernos avisado con antelación.

—Dos visitantes son demasiados —replicó la señorita Fellowes.

—Lo sé, lo sé. Por favor, señorita Fellowes. No sabía que vendría acompañado, pero Mannheim ha insistido mucho en que la mujer vea a Timmie. Y ya que hemos llegado tan lejos... No queremos ofenderle, ¿entiende?

Ya estaba suplicando otra vez. El tal Mannheim le tenía aterrizado. ¿Era aquél el enérgico e indomable doctor Gerald Hoskins que había conocido en otro tiempo?

—¿Quién es la otra persona? —preguntó al cabo de un momento—. ¿Quién es la invitada inesperada?

—Una de sus ayudantes, asesora de su organización. Hasta es probable que la conozca. Es una experta en niños problemáticos, miembro de varias comisiones e instituciones gubernamentales, con un currículum notabilísimo. Debo admitir que estuvimos a punto de contratarla para el trabajo que usted ejerce ahora, pero creíamos, yo creía, que carecía de la calidez y simpatía que buscábamos. Se llama Marianne Levien. Creo que puede resultar algo peligrosa. Pero no podemos prohibirle la entrada, ahora que está aquí.

La señorita Fellowes se llevó la mano a la boca, horrorizada.

«¡Marianne Levien! —pensó, estufecta—. Dios me proteja. ¡Dios nos proteja a todos!».

La puerta oval de la casa de muñecas se abrió y Hoskins entró, seguido por dos siluetas. El aspecto de Hoskins era aterrador. Su rostro lleno estaba como hundido, y aparentaba haber envejecido diez años en un día. El color de su piel era plomizo. Sus ojos expresaban un sentimiento de derrota, casi de cobardía, que la señorita Fellowes consideró extraño y atemorizador.

Apenas le reconoció. ¿Qué estaba pasando?

—Les presento a la señorita Fellowes, la enfermera de Timmie —dijo en voz baja y vacilante—. Señorita Fellowes, Bruce Mannheim y Marienne Levien.

—¿Ése es Timmie? —preguntó Mannheim.

—Sí —respondió la señorita Fellowes, en voz alta para compensar la repentina timidez de Hoskins—. Ése es Timmie.

El niño estaba en su habitación, dormitorio y cuarto de juegos al mismo tiempo, pero había asomado la cabeza, vacilante, cuando oyó que los visitantes entraban. Avanzó hacia ellos con paso seguro y desenvuelto, que levantó los ánimos de la señorita Fellowes.

«¡Dales una buena demostración, Timmie! ¿Te tratamos mal? ¿Te escondes debajo de la cama, temblando de miedo y tristeza?».

El niño, resplandeciente con su mejor mono, se detuvo ante los recién llegados y les miró con franca curiosidad.

«¡Bien por ti! —pensó la señorita Fellowes—. ¡Y bien por todos nosotros!».

—Bueno —dijo Mannheim—, de modo que tú eres Timmie.

—Timmie —repitió el niño, aunque la señorita Fellowes fue la única persona presente que entendió lo que decía.

El niño extendió la mano hacia Mannheim. Éste pensó que quería estrechársela y le tendió la suya, pero Timmie desconocía el ritual de estrechar la mano. Esquivó la mano de Mannheim y agitó la suya de un lado a otro, impaciente, mientras trataba de estirarse hacia arriba. Mannheim parecía desconcertado.

—Su pelo —dijo la señorita Fellowes—. Creo que nunca había visto a un pelirrojo. Seguramente no los había en la época de los neandertales, y tampoco le ha visitado ninguno. El cabello claro le fascina.

—Ah —dijo Mannheim—. De modo que es eso.

Sonrió y se arrodilló. Timmie, sin vacilar, hundió los dedos en el espeso cabello de Mannheim. No sólo el color sino también la textura rizada debía de ser nueva para él, y lo exploró con aire pensativo.

Marmheim lo soportó con buen humor. No era como había imaginado, tuvo que admitir la señorita Fellowes. Pensaba que sería un radical de ojos desorbitados y respiración agitada, que empezaría de inmediato a proferir acusaciones, proclamas y

exigencias inflexibles de cambios, pero en realidad era agradable y simpático, un hombre de aspecto serio y responsable, más joven de lo que había esperado, y que estaba entablando amistad con Timmie rápidamente.

Marianne Levien era otra cosa. Incluso Timmie, cuando se cansó de examinar el pelo de Bruce Mannheim y echó un vistazo al otro visitante, dio la impresión de no saber muy bien qué hacer con ella.

La señorita Fellowes ya se había formado una opinión: la Levien le cayó mal nada más verla. Y sospechaba que la evidente desazón del doctor Hoskins se debía, más que a la presencia de Bruce Mannheim, a la inesperada aparición de Marianne Levien.

¿Qué estaba haciendo allí?, se preguntó la señorita Fellowes. ¿Qué clase de problemas pensaba plantear?

La Levien era bien conocida entre los profesionales de la pediatría como una mujer ambiciosa, agresiva y problemática, gran experta en autopromocionarse y abrirse paso en su carrera. La señorita Fellowes nunca se había encontrado cara a cara con ella, pero ahora se le antojaba tan formidable y desagradable como sugería su reputación.

Parecía más una actriz, o una mujer de negocios, o una actriz que interpretaba el papel de una mujer de negocios, que una especialista en el cuidado de los niños. Llevaba un sinuoso vestido transparente, confeccionado a base de hebras de tejido metálico muy tupidas, con un enorme colgante de oro en forma de sol sobre el busto, y una cinta dorada alrededor de su amplia frente. Su cabello era oscuro y lustroso, peinado hacia atrás para dotarla de un aspecto más impresionante. El lápiz de labios que utilizaba era de un rojo intenso, y el maquillaje de sus ojos era espectacular. Una invisible nube de perfume envolvía su cuerpo.

La señorita Fellowes la miró con desagrado. Le costaba imaginar que el doctor Hoskins, siquiera por una fracción de segundo, hubiera considerado a esa mujer la enfermera adecuada para Timmie. Era la antítesis de la señorita Fellowes, en todos los aspectos. ¿Por qué se había interesado Marianne Levien por el trabajo?, se preguntó la señorita Fellowes. Exigía reclusión y dedicación totales, pero sabía que la Levien no paraba en ninguna parte, de un lugar a otro del mundo para asistir a reuniones científicas, donde lanzaba, imperturbable, opiniones que otras personas de mayor experiencia consideraban discutibles y preocupantes. Rebosaba de ideas asombrosas acerca de utilizar la tecnología más avanzada para rehabilitar a los niños difíciles, sustituyendo el amor y la devoción —que habían caracterizado su trabajo durante la práctica totalidad de la existencia de la Humanidad— por prodigiosas invenciones futuristas. Y también era una experta en política, siempre presente en uno u otro comité, consultora en alguna fuerza influyente, metiendo la nariz en todas partes. Una persona omnipresente, que ascendía como un cohete en su profesión. Si había aspirado al empleo que, en última instancia, había conseguido la señorita Fellowes, probablemente era para utilizarlo como trampolín hacia objetivos más

importantes.

«Debo de ser retrasada —pensó la señorita Fellowes—. A mí sólo se me ocurrió que era una buena oportunidad para beneficiar a un niño muy especial que necesitaba mucho cariño y dedicación».

Timmie extendió la mano hacia el vestido de Marianne Levien. Sus ojos brillaban de placer.

—Bonito —dijo.

Levien retrocedió de inmediato, para ponerse fuera de su alcance.

—¿Qué ha dicho?

—Admira su vestido —explicó la señorita Fellowes—. Sólo quiere tocarlo.

—Prefiero que no lo haga. Se estropea con facilidad.

—Pues tenga cuidado, es muy rápido.

—Bonito —repitió Timmie—. ¡Quiero!

—No, Timmie, no. No puedes tocarlo.

—¡Quiero!

—Lo siento. No. No.

Timmie le dirigió una mirada de pesar, pero se abstuvo de tocar a Marianne Levien.

—¿La entiende? —preguntó Bruce Mannheim.

—Bueno, no ha tocado su vestido, ¿verdad? —repuso la señorita Fellowes, sonriente.

—¿Y usted le entiende?

—A veces. Casi siempre.

—Esos gruñidos que emite —dijo Marianne Levien—, ¿qué quieren decir, en su opinión?

—Ha dicho «bonito», refiriéndose a su vestido. Luego dijo «quiero». Iba a tocarlo.

—¿Hablaba inglés? —preguntó Mannheim, sorprendido—. Ni se me había ocurrido.

—Su pronunciación no es muy buena, supongo que por razones fisiológicas, pero yo le entiendo. Posee un vocabulario de unas cien palabras inglesas. Aprende unas cuantas cada día. Lo hace solo. Comprenda que sólo tiene cuatro años, más o menos. Aunque ha empezado tarde, posee la capacidad lingüística normal de un niño de su edad, y está haciendo grandes progresos.

—¿Está diciendo que un niño neandertal tiene la misma capacidad lingüística de un niño humano? —preguntó Marianne Levien.

—Es un niño humano.

—Sí, claro, pero diferente. ¿No es una subespecie diferente? Por lo tanto, sería razonable que en capacidad mental existieran diferencias tan considerables como las de apariencia física. Su estructura facial, extremadamente primitiva...

—No es tan primitiva, señora Levien —interrumpió con brusquedad la señorita

Fellowes—. Si quiere saber cómo es un auténtico rostro subhumano, vaya a ver los chimpancés. Los rasgos anatómicos de Timmie son extraños, pero...

—Ha sido usted quien ha utilizado la palabra subhumano, no yo.

—Pero lo estaba pensando.

—¡Señorita Fellowes, doctora Levien! ¡Por favor! ¡Esas discrepancias son irrelevantes!

¿Doctora Levien?, pensó la señorita Fellowes, y miró un momento a Hoskins. Bien, sí, probablemente.

—¿Estas habitaciones constituyen el entorno del niño? —preguntó Mannheim, echando un vistazo a su alrededor.

—Exacto —contestó la señorita Fellowes—. Ahí está su dormitorio y cuarto de juegos. Come aquí, y allí está el cuarto de baño. Mi habitación está allí, y éstas son las dependencias donde se guardan las cosas.

—¿Nunca sale de esta zona?

—No. Esto es la burbuja de Estasis. Nunca abandona la burbuja.

—Un tipo de vida muy restringido ¿no cree?

Hoskins se apresuró a intervenir, con demasiada precipitación.

—Es absolutamente necesario. Existen razones técnicas para ello, relacionadas con el aumento del potencial de tiempo implicado en el transporte del niño. Puedo explicárselas en detalle, si lo desea. En pocas palabras, el coste de energía que permitiría al crío cruzar la frontera de la Estasis resultaría prohibitivo.

—¿De modo que, para ahorrar un poco de dinero, piensan retenerle en estas diminutas habitaciones indefinidamente? —preguntó Levien.

—No se trata de un poco de dinero, doctora Levien —contestó Hoskins, como si se sintiera acorralado—. He dicho que el gasto sería prohibitivo. El problema sobrepasa la cuestión de los gastos. La energía eléctrica metropolitana disponible tendría que desviarse de tal forma que causaría problemas insuperables a todo el distrito. No surgen problemas cuando usted, la señorita Fellowes o yo cruzamos la línea divisoria de la Estasis, pero Timmie no puede hacerlo. Simplemente resultaría imposible que lo hiciera.

—Si la ciencia ha descubierto un método de traer al presente a un niño de hace cuarenta mil años —proclamó Marianne Levien—, la ciencia puede encontrar una manera de que pueda salir a ese pasillo.

—Ojalá fuera cierto, doctora Levien —dijo Hoskins.

—Por lo tanto, el niño está confinado a estas dependencias —dijo Mannheim— y, si lo he entendido bien, no hay investigaciones en curso para solucionar el problema.

—Exacto. Como ya he intentado explicar, no puede hacerse teniendo en cuenta consideraciones del mundo real a las que debemos ceñirnos. Queremos que el chico esté cómodo, pero no podemos invertir nuestros recursos en tratar de resolver problemas insolubles. Como ya le he dicho, luego le proporcionaré todos los análisis técnicos y podrá echarles un vistazo.

Mannheim asintió. Parecía estar repasando una lista mental.

—¿Qué tipo de dieta sigue el niño? —preguntó Marienne Levien.

—¿Quiere examinar la despensa? —dijo la señorita Fellowes con tono poco cordial.

—Sí, me gustaría.

La señorita Fellowes indicó con un ademán los cajones de refrigeración.

«Míralos bien, —pensó—. Seguro que te gustará».

Al parecer, la Levien quedó complacida por lo que vio: un montón de frascos, ampollas, goteros y cápsulas. Toda la inhumana selección de dietas sintéticas, tan alejadas de lo que la señorita Fellowes consideraba alimentos sanos, que el doctor Jacobs y sus ayudantes habían insistido en que Timmie comiera, pese a las vehementes protestas de ella. La Levien examinó los estantes de alimentos de alta tecnología con obvia satisfacción. Era la clase de comida superfuturista que le atraería, pensó con ofuscación la señorita Fellowes. Timmie sólo debía comer productos sintéticos, si es que comía algo.

—Ninguna queja a este respecto —dijo la Levien al cabo de un rato—. Parece que sus especialistas en nutrición saben lo que hacen.

—El chico parece sano —dijo Mannheim—, pero me preocupa su soledad obligada.

—Sí —coincidió Marianne Levien—. Y a mí también. Mucho.

—Ya es bastante malo que le hayan privado de las estructuras de apoyo tribales en que había nacido —dijo Mannheim—, pero lo que más me preocupa es que Timmie tenga que vivir sin ningún tipo de compañía.

—¿A mí no me cuenta como compañía, señor Mannheim? —preguntó la señorita Fellowes con cierta aspereza—. Estoy con él todo el tiempo, como ya sabe.

—Me estaba refiriendo a alguien de su edad. Un compañero de juegos. El experimento durará mucho tiempo, ¿verdad, doctor Hoskins?

—Esperamos averiguar muchas cosas de su época. Su dominio del inglés mejora, y la señorita Fellowes me asegura que lo habla con bastante fluidez, aunque no es fácil para nosotros comprender lo que dice...

—En otras palabras, doctor Hoskins, su intención es retenerle aquí durante varios años —le interrumpió Marienne Levien.

—Es posible, sí.

—¿Encerrado a perpetuidad en unas habitaciones pequeñas, sin establecer ningún contacto con niños de su edad? ¿Cree que ése es el tipo de vida más adecuado para un niño sano como Timmie?

Los ojos de Hoskins se pasearon velozmente por sus interlocutores. Se sentía en desventaja numérica y cercado.

—La señorita Fellowes ha planteado la posibilidad de conseguir un compañero de juegos para Timmie —dijo—. Les aseguro que no abrigamos el menor deseo de perjudicar el desarrollo emocional del crío, ni ningún otro aspecto de su existencia.

La señorita Fellowes le miró sorprendida. Ella había planteado la posibilidad, «sí» pero sin sacar nada en limpio. Desde aquella conversación inconclusa en la cafetería de la empresa, Hoskins no había dado la menor respuesta a su petición de que Timmie disfrutara de la compañía de otro niño. Había rechazado la idea, considerándola inviable, y se había mostrado tan estupefacto que la señorita Fellowes no se atrevió a plantear el problema por segunda vez. De momento, Timmie se las arreglaba muy bien solo, pero la mujer había empezado a pensar en el futuro, y opinaba que la adaptación de Timmie al mundo moderno avanzaba con tal rapidez que el momento de insistir en el tema se acercaba.

Y ahora, Mannheim le tomaba la delantera, lo cual agradeció con todo su corazón la señorita Fellowes. El defensor de los niños tenía toda la razón. Timmie no podía continuar encerrado como un gorila en una jaula, Timmie no era un mono. E incluso un gorila y un chimpancé encontrarían dificultades aislados de la sociedad de sus iguales.

—Bien —dijo Mannheim—, si han tomado medidas para conseguirle un compañero, me gustaría saber, qué progresos han hecho al respecto.

De pronto, su tono ya no era cordial.

—En lo referente a traer al presente a un segundo neandertal para que haga compañía a Timmie —dijo Hoskins, algo inseguro—, tal como sugirió la señorita Fellowes, he de decir que no pretendemos...

—¿Un segundo neandertal? Oh, no, doctor Hoskins —le interrumpió Mannheim—. Nosotros no queremos eso.

—Ya es bastante grave que tengan a uno encarcelado aquí —intervino Marianne Levien—. Capturar un segundo sólo serviría para complicar el problema.

Hoskins le lanzó una mirada asesina. El sudor resbalaba por su cara.

—He dicho que no tenemos la menor intención de traer a un segundo neandertal —repuso con los dientes apretados—. Nunca hemos tomado en consideración esa idea. Nunca. Por muchos motivos. Cuando la señorita Fellowes lo insinuó por primera vez, le dije...

Mannheim y la Levien intercambiaron una mirada. Parecían molestos por la repentina vehemencia de Hoskins. Incluso Timmie pareció alarmarse un poco, y se acercó a la señorita Fellowes como en busca de protección.

—Todos estamos de acuerdo, doctor Hoskins —dijo con suavidad Mannheim—, en que traer a un segundo neandertal sería una mala idea. Ésa no es la cuestión. Lo que queremos saber es si sería posible proporcionar a Timmie un..., bueno, no sé qué palabra escoger. Humano no, porque Timmie es humano, pero sí moderno. Un compañero de juegos moderno. Un niño de esta era.

—Un niño que visitara a Timmie de forma regular —añadió Marianne Levien— y le proporcionara la clase de estímulos que le ayudará a desarrollar la asimilación sociocultural sana que todos consideramos necesaria.

—Un momento —casi gritó Hoskins—. ¿Qué asimilación? ¿Imaginan para

Timmie una agradable vida futura en un elegante suburbio? ¿Que solicitará la ciudadanía norteamericana, irá a la iglesia, se establecerá y contraerá matrimonio? ¿Me permite recordar que se trata de un niño prehistórico, procedente de una época tan remota que ni siquiera podemos calificarla de bárbara? Un niño de la Edad de la Piedra, un visitante de lo que usted describió con suma precisión hace tiempo, doctora Levien, como una sociedad alienígena. ¿Y creen que va a transformarse...?

La Levien le interrumpió con frialdad:

—No estamos hablando de las hipotéticas solicitud de ciudadanía y adscripción de una religión de Timmie, doctor Hoskins, ni de cualquier otra reductio ad absurdum. Timmie aún es un niño, y lo que nos preocupa en especial al señor Mannheim y a mí es la calidad de su infancia. Las condiciones de su encierro son inaceptables. Estoy segura de que también serían inaceptables en la propia sociedad de Timmie, por más alienígena que haya sido en algunos aspectos. Todas las sociedades humanas que conocemos, por distintos que sean sus paradigmas y parámetros, aseguran a los niños el derecho a la integración en su matriz social. Las actuales condiciones de vida de Timmie no pueden proporcionarle, bajo ningún concepto, esa integración.

—Lo cual significa —replicó con acidez Hoskins—, en palabras sencillas y comprensibles incluso para un simple físico como yo, doctora Levien, que Timmie necesita un compañero de juegos.

—No simplemente «necesita». «Debe tener».

—Temo que vamos a sostener la hipótesis de que la compañía es esencial para el niño —dijo Mannheim con tono menos beligerante que el de Levien.

—Esencial —repitió Hoskins, sombrío.

—Un primer paso mínimo —dijo Levien—. Eso no quiere decir que estemos dispuestos a considerar aceptable o permisible un encarcelamiento prolongado del niño en nuestra época, pero de momento creo que podemos aparcar las demás objeciones importantes y permitir que el experimento continúe. ¿No es así, señor Mannheim?

—¿Permitir? —exclamó Hoskins.

—Siempre que a Timmie se le conceda la posibilidad —prosiguió con serenidad Marianne Levien— de disfrutar de un contacto regular, y emocionalmente enriquecedor, con otros niños de su edad.

Hoskins miró a la señorita Fellowes, como pidiendo ayuda para soportar la embestida, pero ella no pudo proporcionársela.

—No tengo otro remedio que mostrarme de acuerdo —contestó la mujer, con la sensación de estar cometiendo una traición—. Pienso lo mismo desde el principio, y cada vez me parece más urgente. El niño progresa muy bien, pero dentro de muy poco le resultará altamente perjudicial vivir en esta especie de vacío social. Y como no es posible proporcionarle niños de su propia subespecie...

Hoskins se volvió hacia ella, como diciendo «¿Usted también me ataca?».

Se produjo un silencio en la habitación. Timmie, cada vez más perturbado por el griterío previo, se aferró con más fuerza a la señorita Fellowes.

—¿Son éstas sus condiciones, señor Mannheim, doctora Levien? —preguntó por fin Hoskins—. ¿Un compañero de juegos para Timmie, a cambio de detener sus huestes de inconformistas?

—Aquí no se ha amenazado a nadie, doctor Hoskins —repuso Mannheim—, pero hasta la señorita Fellowes comprende la necesidad de poner en práctica nuestras recomendaciones.

—Muy bien. ¿Cree que será fácil encontrar gente que autorice alegremente a sus hijos para venir a jugar con un pequeño neandertal, con todas esas fantásticas nociones que circulan sobre lo salvajes, fieros y primitivos que eran los neandertales?

—No será más difícil que traer a un niño neandertal al siglo veintiuno —dijo Mannheim—. Bastante más sencillo, me atrevería a afirmar.

—Imagino lo que nuestro consejo diría al respecto. Sólo el coste del seguro de responsabilidad civil, suponiendo que encontráramos a alguien lo bastante loco para permitir que su hijo entrara en la burbuja de Estasis con Timmie...

—Timmie no me parece tan fiero —dijo Mannheim—. De hecho, parece muy tranquilo. ¿No cree, señorita Fellowes?

—Y como ha señalado antes la señorita Fellowes —intervino Marianne Levien con gélida suavidad—, no debemos considerar a Timmie subhumano en ningún sentido, sólo por su aspecto físico poco corriente.

—Por lo tanto, estarían encantados de que sus hijos viniesen a jugar con él —dijo Hoskins—, sólo que usted no tiene hijos, ¿verdad, doctora Levien? No, claro que no. ¿Y usted, señor Mannheim, tiene algún hijo que ofrecernos?

Dio la impresión de que había ofendido a Mannheim.

—No, doctor Hoskins —dijo el aludido—. Le aseguro que si tuviera hijos, no vacilaría en ofrecerles mi ayuda. Comprendo su resentimiento hacia lo que considera una injerencia externa, doctor, pero al transportar a Timmie a nuestra era, se han tomado la justicia por la mano. Ya es hora de que mediten en todas las implicaciones de lo que han hecho. No pueden mantener al niño en un confinamiento solitario sólo porque están llevando a cabo un experimento científico. No pueden, doctor Hoskins.

Hoskins cerró los ojos y respiró hondo.

—Muy bien —dijo por fin—. Ya basta. Conseguiremos un compañero de juegos para Timmie. Donde sea y como sea. —Una repentina furia asomó a sus ojos—. Al contrario que ustedes dos, yo sí tengo un hijo. Y si es preciso, le traeré para que sea amigo de Timmie. ¿Les parece garantía suficiente? Timmie ya no estará solo y triste. ¿De acuerdo? —Hoskins les miró con ojos centelleantes—. Bien, ahora que hemos llegado a un acuerdo, ¿van a formular más peticiones, o nos dejarán continuar con nuestro trabajo científico?

Intercapítulo 5

LOS OTROS

La Que Sabe notaba que la pintura de guerra quemaba su cuerpo como fuego bajo la túnica, mientras bajaba por la colina. De haberse atrevido, habría bajado desnuda, para que todos vieran cómo iba pintada, tanto los Otros como los miembros de su tribu. Sobre todo, los hombres de su tribu. Así se darían cuenta de que una mujer podía ir pintada como un hombre; y si no eran capaces de atacar al enemigo, ella sí.

Pero no podía bajar así, por supuesto. Una mujer se tapaba siempre las partes bajas, excepto cuando se ofrecía en los ritos de acoplamiento; ésa era la norma. Si hubiese llevado un taparrabos como los hombres, al menos podría dirigirse al combate con el torso al descubierto, como ellos, y enseñar al enemigo sus pechos pintados. Pero no tenía taparrabos, sólo la túnica, y la cubría de pies a cabeza. Bien, se la abriría cuando estuviera frente a los Otros, y por el color que cubría su piel sabrían que se enfrentaban a un guerrero, aunque tuviera tetas.

Oyó que Nube De Plata le gritaba desde muy lejos. No le hizo caso.

Y ahora, los miembros de la Sociedad de Guerreros vieron que se acercaba. Seguían paralizados absurdamente, frente a la fila de Otros, pero volvieron la cabeza y la contemplaron con estupor.

—Regresa, La Que Sabe —gritó Ojo Llameante—. Éste no es sitio para mujeres.

—¿Me llamas a mí mujer, Ojo Llameante? ¡Mujer tú! ¡Mujeres todos vosotros! No veo ningún guerrero aquí. Regresad vosotros, si tanto miedo os da luchar.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Árbol De Lobos.

—Está loca —comentó Antílope Joven—. Siempre lo ha estado.

—¡Regresa! —Gritaron los hombres—. ¡Aléjate de nosotros! ¡Esto es una guerra, La Que Sabe! ¡Una guerra!

No iban a salirse con la suya. Sus gritos airados sonaban como zumbidos de insectos a sus oídos.

La Que Sabe llegó al final del sendero y se encaminó hacia el altar. La tierra estaba esponjosa a causa de Los Tres Ríos. Debía de correr agua bajo la superficie, pensó. A cada paso que daba, sus pies descalzos se hundían en el suelo frío, húmedo y blando.

Detrás de ella, el sol se había alzado por encima de la cumbre de la colina donde el Pueblo había acampado. El pequeño gajo blanco de la luna ya no se veía. El viento fresco y fuerte azotó su cara. Avanzó hasta que estuvo cerca de la hilera formada por la Sociedad de Guerreros.

Nadie se movió. Los Otros estaban petrificados como estatuas.

Pájaro Atrapado En Un Arbusto era el guerrero más cerca de ella.

—Dame tu lanza —ordenó La Que Sabe.

—Vete —dijo Pájaro Atrapado En Un Arbusto con voz estrangulada.

—Necesito una lanza. ¿Quieres que me enfrente a los Otros sin una lanza?

—¡Vete!

—¡Mira! ¡Llevo las pinturas de guerra! —Se abrió la túnica y descubrió los pechos, manchados de pigmento azul—. Hoy soy un guerrero. ¡Y un guerrero necesita una lanza!

—Hazte una, pues.

La Que Sabe escupió y pasó de largo.

—¡Tú! ¡Antílope Joven! Dame la tuya. No la necesitas para nada.

—Estás loca.

Árbol De Lobos extendió la mano y cogió a La Que Sabe por el codo.

—Escucha —dijo—, no puedes estar aquí. Va a estallar la guerra.

—¿La guerra? ¿Cuándo? Os limitáis a quedaros quietos y lanzarles estúpidos gritos. Y ellos hacen lo mismo. Son tan cobardes como vosotros. ¿Por qué no les atacáis?

—Tú no entiendes de estas cosas —dijo Árbol De Lobos, desdeñoso.

—No, supongo que no.

Era inútil pedirles una lanza. No iban a darle ninguna, y agarraban con fuerza sus armas, pues debían acordarse del día que se había apoderado de la lanza de Ojo Llameante amenazándole con ella. Había sido una herejía, después, Ojo Llameante tuvo que fabricarse una lanza nueva. Buey Almizclado Apestoso le dijo que no podía combatir con una lanza profanada por una mujer, y tuvo que quemar la antigua y hacerse otra, mientras maldecía y murmuraba sin cesar. ¿Y de qué servía la nueva, si Ojo Llameante era demasiado apocado para utilizarla?, se preguntó La Que Sabe.

—Muy bien. Pasaré sin ella.

Giró en redondo y avanzó dos o tres pasos hacia la fila de Otros, que la contemplaban como si fuera un demonio de tres cabezas y seis colmillos.

—¡Eh, vosotros! ¡Otros! ¡Miradme!

Lo hicieron boquiabiertos. Ella volvió a abrirse la túnica y exhibió sus pechos pintados.

—Soy la guerrera de la Diosa —dijo—. Eso significa la pintura. La Diosa os ordena que abandonéis este lugar. Éste es su altar. Lo hemos construido para Ella. Debéis marcharos.

Siguieron mirándola, estupefactos.

La Que Sabe paseó la vista por la fila. Eran altos y pálidos, de abundante cabello negro que colgaba sobre sus hombros, pero corto por delante, como si deliberadamente buscasen dejar al descubierto sus horribles frentes altas y aplastadas.

Tenían los brazos largos y estrechos, al igual que las piernas. Las bocas eran

pequeñas; las diminutas narices, absurdas; y sus mentones sobresalían de forma repugnante. Sus mandíbulas parecían débiles y los ojos, carentes de color. Viejos recuerdos se agitaron en su interior al verles, y reprodujo en su mente al larguirucho Otro con quien se había topado en aquella laguna rodeada de rocas, tantos años atrás, cuando era joven. Estos hombres se le parecían mucho. Era incapaz de distinguirles del que había encontrado. Quizás era uno de ellos, aunque eso resultaba imposible, porque el aspecto de estos hombres era juvenil, y aquél ya sería viejo, casi tanto como ella.

—Qué feos sois —dijo—. ¡Monstruos pálidos y estúpidos! ¿Por qué husmeáis alrededor del altar de la Diosa? ¡La Diosa no os creó! ¡Estáis hechos de rinocerontes cagados por una hiena!

Los Otros continuaron mirándola, perplejos.

La Que Sabe avanzó otro paso. Cortó con la mano el aire para indicar que se alejaran del altar.

Uno de los Otros habló, o la mujer dio por sentado que hablaba. Emitió una serie de ruidos estropajosos que brotaban de su boca como si tuviera la lengua del revés. Eran simples ruidos. Ninguno tenía el menor sentido.

—¿No sabes hablar? —preguntó La Que Sabe—. No puedo entender lo que estás diciendo. Que hable otro, si tú no puedes.

El guerrero volvió a hablar tan incomprensiblemente como antes.

—No —contestó La Que Sabe—. No sé lo que intentas decir.

Se acercó más y miró hacia el extremo de la fila.

—Tú —dijo a uno de los hombres—. ¿Sabes hablar mejor que éste?

Extendió un dedo en su dirección y dio una palmada. Los ojos del aludido se abrieron de par en par, y emitió una especie de murmullo.

—¡Utiliza palabras! —ordenó La Que Sabe—. ¡Deja de hacer ruidos idiotas! ¡Bah! ¿Estáis todos mal de la cabeza? —Señaló al hombre de nuevo—. ¡Habla! ¡Con palabras! ¿Es que ninguno de vosotros sabe pronunciar palabras?

El Otro emitió el mismo sonido de antes.

—Tan imbécil como feo —rezongó La Que Sabe, y sacudió la cabeza—. ¡Producto de hienas, eso es lo que sois! Mierda de rinoceronte.

Los hombres estaban desconcertados. Ninguno se movía.

La Que Sabe se dirigió hacia el altar. Las aguas de Los Tres Ríos se vertían por todas partes, y algunas gotas salpicaban el aire. El Pueblo había erigido el altar en la misma confluencia de los ríos, contra un saliente rocoso que se elevaba por encima del agua. Mujer Divina había chapoteado entre la espuma helada para disponer las rocas de la forma adecuada y amontonar las láminas de la roca especial brillante entre ellas. Al aproximarse, La Que Sabe vio las líneas de la Diosa que las sacerdotisas habían grabado en la piedra: cinco por un lado, tres por otro, y tres más allá. Sin embargo, observó un cambio. Alguien no perteneciente al Pueblo había dibujado un círculo alrededor de cada grupo de líneas de la Diosa, círculos muy profundos, y

había añadido otras figuras, símbolos extraños de aspecto desagradable, símbolos pintados, retorcidos y ensortijados, como los que se ven en las pesadillas. También habían dibujado algunos animales: un mamut con una gran cabeza gibosa, un lobo y un ser que La Que Sabe no reconoció. Tenía que ser obra de los Otros, pensó. El Pueblo utilizaba pintura para aplicarse colores, cuando era preciso, pero nunca dibujaba símbolos en las rocas. Jamás. Y pintar animales era una estupidez. Podía irritar a los espíritus de los animales pintados, y nunca podrían volver a cazar dichos animales.

—¿Qué habéis hecho, bestias repugnantes? Habéis mancillado el altar de la Diosa. El altar de la Diosa. —Como no dieron señales de comprender, repitió de nuevo en voz alta—: ¡El altar de la Diosa!

Miradas de incompreensión. Encogimientos de hombros.

La Que Sabe señaló la tierra y después el cielo: el signo universal de la Diosa. Tocó sus pechos, su vulva, sus hombros. Había sido creada a imagen y semejanza de la Diosa, y ellos tenían que comprenderlo.

Pero siguieron mirándola, embobados.

—Carecéis por completo de inteligencia, ¿eh? —gritó—. ¡Estúpidos! ¡Estúpidos! ¡Sois una pandilla de animales estúpidos!

Trepó a las rocas, resbalando sobre la superficie mojada, y estuvo a punto de caer al río. Ello habría significado su fin, pero se aferró a un saliente rocoso y recuperó el equilibrio. Cuando llegó cerca del altar, extendió la mano y dio unos golpecitos con el dedo sobre la pintura del mamut.

—¡Malo! —chilló—. ¡Perverso! ¡Sacrilégio!

Mojó el dedo y frotó la imagen pintada hasta borrarla.

Los Otros aparentaron alterarse. Intercambiaron miradas, murmuraron, arrastraron los pies sin moverse del sitio.

—¡Aquí no podéis pintar! —gritó La Que Sabe—. ¡Es nuestro altar! ¡Lo erigimos en su honor! ¡Hemos venido aquí para rendirle adoración e implorar su guía!

Acabó de borrar la imagen. Intentó hacer lo mismo con las otras, pero no pudo llegar; tenía los brazos demasiado cortos. Sólo los brazos de los Otros, similares a las patas de una araña, podían llegar tan lejos.

Sin embargo, se sintió satisfecha de haber explicado lo que se proponía. Bajó de las rocas y regresó al lugar donde las dos filas de guerreros continuaban frente a frente.

—¿Comprendéis? —preguntó a los Otros—. ¡Es nuestro altar! ¡Nuestro!

Avanzó sin vacilar hacia ellos. Se removieron, inquietos, pero ninguno levantó su lanza. Ella comprendió que le temían. Una mujer santa, una mujer poseída por la Diosa. No se atreverían a ofrecer resistencia.

Escrutó sus rostros. Se alzaban muy por encima de ella, altos como árboles, altos como montañas. Señaló hacia el oeste.

—Volved a vuestra tierra —dijo—. Dejadnos en paz. ¡Dejad que hagamos

nuestras ofrendas en paz, asquerosos animales malolientes, zoquetes, bestias estúpidas!

Asió al Otro más cercano y le empujó en la dirección que indicaba. El hombre retrocedió unos pasos. La Que Sabe movió el brazo para darle a entender que debía marcharse.

—¡Ponte en marcha! ¡Todos vosotros, marchaos!

La Que Sabe corrió entre ellos como un huracán. Gritaba y les empujaba. Los Otros se apresuraron a alejarse de ella, como si fuera portadora de una plaga. Ella les persiguió, agitando los brazos, chillando, expulsándoles sin ninguna ayuda de las cercanías del altar.

Se detuvo y observó su huida. Tras recorrer unos ciento cincuenta pasos, llegaron a un lugar donde uno de los ríos pequeños surgía de detrás de una curva y corría entre una pared doble de rocas. Allí se detuvieron y, por primera vez, La Que Sabe divisó el campamento de los Otros, escondido en una hondonada rodeada de arbustos, donde se apiñaban mujeres, niños y ancianos.

Muy bien, pensó La Que Sabe. Les había alejado del altar, lo máximo que esperaba conseguir, pero no era hazaña despreciable, y lo había logrado ella sola, aunque el fuego de la Diosa habría ardido en su interior todo el tiempo, pues de lo contrario no habría salido triunfante.

Se volvió hacia los hombres de la Sociedad de Guerreros.

—Sin lanza —dijo, orgullosa.

Antílope Joven meneó la cabeza.

—¡Qué loca estás! —dijo.

Pero sus ojos brillaban de admiración.

Capítulo VIII

SOÑAR

A última hora de la tarde, mucho después de que Bruce Mannheim y Marianne Levien se hubieran ido, Hoskins volvió a la casa de muñecas, con semblante taciturno y macilento.

—¿Timmie duerme? —preguntó.

La señorita Fellowes asintió.

—Por fin. Lo necesitaba.

Dejó el libro que estaba leyendo y miró a Hoskins con aspereza. Había sido una tarde tensa y perturbadora, y prefería estar a solas.

—Lamento que la situación se pusiera tan violenta —dijo Hoskins.

—Hubo muchos gritos, sí. Más de los que el crío necesitaba. ¿No cree que hubiera sido preferible mantener la discusión en otro lugar?

—Lo lamento —repitió Hoskins—. Creo que perdí los estribos. Ese hombre me volverá loco.

—De hecho, no me pareció tan espantoso como esperaba. Creo que está realmente preocupado por el bienestar de Timmie.

—Sin duda, pero irrumpir aquí sin ser invitado, aleccionarnos sobre lo que tenemos que hacer...

—El chico necesita un compañero de juegos.

Hoskins le dirigió una mirada de abatimiento, como si pensara que la discusión iba a reanudarse, pero logró dominarse a tiempo.

—Sí —admitió en voz baja—. Es cierto. No discutiré con usted sobre esto, pero ¿de dónde vamos a sacarlo? Los problemas son enormes.

—Así pues, no dijo en serio que traería a su hijo si los demás intentos fracasaban, ¿verdad?

Hoskins pareció sobresaltarse. Tal vez ella le estaba presionando demasiado, pero tampoco le había pedido que viniera por segunda vez.

—¿En serio? Sí, por supuesto, lo dije en serio. Si no encontramos a nadie más. ¿Piensa que tengo miedo de que mi chico juegue con Timmie? No obstante, me temo que mi esposa se opondría. Lo considerará peligroso. Mucha gente de fuera piensa que Timmie es una especie de mono salvaje, una criatura que ha vivido en cavernas y ha comido carne cruda.

—¿Y si le hicieran una entrevista por el subterráneo? —sugirió la señorita Fellowes. —Se sorprendió al oír su propuesta de que los medios de comunicación se

inmiscuyeran de nuevo en la intimidad de Timmie, pero si contribuía a disipar los prejuicios de la gente acerca del niño, quizá valdría la pena—. Ahora que habla inglés... —prosiguió—. Si la gente lo supiera...

—No creo que eso mejore las cosas, señorita Fellowes.

—¿Por qué?

—Su inglés no es muy bueno.

La mujer se indignó.

—¿Qué quiere decir? Posee un vocabulario sorprendente, considerando el punto de partida. Y cada día aprende nuevas palabras.

Un enorme cansancio asomó a los ojos de Hoskins.

—Usted es la única que le entiende. Para los demás, es como si hablara neandertal. Resulta prácticamente ininteligible.

—Será que no le escuchan con mucha atención.

—No —dijo Hoskins con escasa convicción—. Quizás no.

Se encogió de hombros y pareció sumirse en una especie de ensueño. La señorita Fellowes volvió a coger el libro y lo abrió por la página donde se había quedado, sin mirar a Hoskins, confiando en que comprendiera la indirecta, pero el hombre siguió sentado.

—¡Si esa miserable mujer no se hubiera metido en esto! —estalló al cabo de un rato.

—¿Marianne Levien?

—Ese robot, sí.

—¡No lo es!

—No, claro —dijo Hoskins con una sonrisa de cansancio—. Pero a mí me lo parece. Tenemos a un niño del pasado y a una mujer como salida del futuro que viene a complicarme la vida. Ojalá no la hubiera conocido nunca. Mannheim no es mala persona, sino uno de esos tipos que rebosan conciencia social, henchido de altísimos ideales, que van por el mundo con la intención de convertirlo en un lugar mejor. El típico benefactor desinteresado, pero Levien... esa puta de lujo... Le ruego que disculpe mi lenguaje, señorita Fellowes,...

—Ésa es la definición exacta.

—Sí, lo es.

La señorita Fellowes asintió.

—Me cuesta creer que pensaron en esa mujer para cuidar de Timmie.

—Fue una de las primeras que presentó la solicitud. Anhelaba el trabajo. Se moría de ganas, por decirlo así.

—Parece tan... inadecuada.

—Sus credenciales son alucinantes. Fue su personalidad lo que me hizo cambiar de opinión. Le sorprendió mucho que no la contratáramos. Bien, de alguna manera se ha alistado en las tropas de Mannheim, por desgracia. Seguramente en revancha por no haberle dado el empleo. Es su manera de vengarse. No parará de azuzarle, le

llenará la cabeza de su estúpida jerga, como si aún no tuviera bastante. Le obligará a perseguirme, a acosarme...

Empezaba a levantar el tono de voz.

—No creo que pueda calificar de persecución el que alguien sugiera que Timmie es un niño muy solitario y que se debe solventar el problema —dijo con firmeza la señorita Fellowes.

—El problema se solventará.

—¿Por qué piensa que quiere vengarse, si a mí sólo me parece que pone el dedo en...?

—¡Porque es vengativa! —dijo Hoskins con énfasis—. Porque quería hacerse cargo del proyecto desde el principio, pero perdió la oportunidad, y ahora quiere hundirlo todo. No tendrá piedad. Mannheim es un santo comparado con ella. Es fácil manipularle, si se sabe qué cuerdas pulsar. Proclamará constantemente sus buenas intenciones, pero ella exigirá inspecciones *in situ* cada martes, ahora que le está enmendando la plana, y exigirá resultados. Cambios. Novedades que nos mantengan en ascuas sin cesar. Querrá que Timmie sea sometido a psicoterapia, ortodoncia o cirugía estética, para proporcionarle un hermoso rostro de *Homo sapiens*. Se inmiscuirá cada vez más, una maldita intrusión tras otra. Utilizará la maquinaria publicitaria de Mannheim para arrastrarnos por el fango, para hacernos quedar como malvados científicos locos que torturamos a sangre fría a un niño inocente. —Se volvió y miró la puerta cerrada de la habitación de Timmie—. Mannheim está indefenso en manos de semejante mujer —añadió de mal humor—. Es probable que se acueste con él. A estas alturas ya debe de tenerlo subyugado. Está perdido.

La señorita Fellowes abrió los ojos de par en par.

—¿Qué cosas se le ocurren!

—¿Cuáles?

—Que ella y él... Que ella utiliza su... Carece de pruebas. Esa sugerencia está fuera de lugar, doctor Hoskins. Absolutamente fuera de lugar.

—¿Eso cree? —La ira del doctor Hoskins pareció desvanecerse en un instante. La miró y sonrió avergonzado—. Sí, supongo que sí. Tiene razón. No sé con quién se acuesta Mannheim, si es que se acuesta con alguien, y me importa un bledo. Y lo mismo digo de la Levien. Sólo deseo, quitármelo de encima para proseguir nuestras investigaciones, señorita Fellowes. Ya lo sabe, también sabe que he tomado todas las medidas posibles para que Timmie sea feliz aquí, pero estoy muy cansado, agotado...

La señorita Fellowes, llevada de un impulso repentino, se acercó y le cogió las manos. Estaban frías. Las retuvo un momento, con el deseo de insuflarles vida y energía.

—¿Cuándo fue la última vez que se tomó unas vacaciones, doctor Hoskins?

—¿Vacaciones? —Lanzó una carcajada hueca—. Creo que desconozco el significado de esa palabra.

—Tal vez ahí resida el problema.

—No puedo. Así de sencillo. Basta con que dé la espalda un sólo momento, señorita Fellowes, y puede pasar de todo. Una docena de Adamewskis diferentes intentando robar especímenes en la Estasis. Gente realizando nuevos y extravagantes experimentos sin autorización, haciendo Dios sabe qué cosas. Aparatos que no podemos permitirnos comprar para realizar trabajos que no tienen la menor oportunidad de salir adelante. Este lugar está lleno de chiflados, y yo soy el único policía. No me atrevo a tomarme tiempo libre.

—Un fin de semana largo, al menos. Necesita descansar.

—Lo sé. ¡Dios mío, vaya si lo sé! Gracias por preocuparse tanto, señorita Fellowes. Gracias por todo. En este centro de investigaciones, convertido en un manicomio, usted ha sido uno de los pocos soportes de la cordura y la seguridad.

—¿Intentará descansar un poco?

—Lo procuraré, sí.

—¿Empezará ahora? Son casi las seis. Su mujer le estará esperando en casa, y su hijo.

—Sí. Será mejor que me vaya. Gracias una vez más, señorita Fellowes. Gracias. Muchas gracias.

Los sollozos procedentes de la habitación de Timmie la despertaron por la noche. Hacía mucho tiempo que no pasaba.

Saltó de la cama a toda prisa y corrió a su lado. Se había acostumbrado a despertar en cuanto un niño con problemas la llamaba.

—¿Timmie?

Encendió la luz. Estaba sentado en la cama, mirando fijamente hacia delante, los ojos completamente abiertos, y emitía los estremecedores sonidos agudos que constituían su forma de llorar. No se dio cuenta de que había entrado en la habitación, y continuó sollozando.

—Timmie, soy yo. La señorita Fellowes. —Se sentó a su lado y rodeó su espalda con el brazo—. Tranquilo, Timmie. No pasa nada.

Los sollozos cesaron poco a poco.

La miró como si nunca la hubiera visto. Tenía los ojos vidriosos y los labios retraídos de una manera peculiar. En la penumbra, la marca de nacimiento parecía más brillante que nunca.

«Aún está dormido», pensó.

—¿Timmie?

El niño emitió unos chasquidos en idioma neandertal. Era como si hablara a una invisible entidad que se erguía detrás de la enfermera.

La señorita Fellowes le abrazó y meció, mientras murmuraba su nombre y canturreaba. Su cuerpecito estaba tieso, como bajo los efectos de un hechizo. Los chasquidos prosiguieron, punteados por algunos de los gruñidos feroces que había lanzado durante sus primeras semanas de estancia. Era aterrador presenciar el retorno a su personalidad prehistórica.

—Calma, calma, Timmie, pequeño, el pequeño de la señorita Fellowes, no pasa nada, todo va bien, no hay de qué preocuparse. ¿Quieres un poco de leche, Timmie?

Notó que su tensión disminuía. Ya se había despertado.

—Señorita... Fellowes —dijo, vacilante.

—¿Leche? ¿Un poco de leche caliente, Timmie?

—Leche, sí. Quiero leche.

—Vamos.

Le llevó en brazos hasta la cocina. No le pareció una buena idea dejarle solo en esos momentos. Lo depositó sobre el taburete próximo a la unidad de refrigeración, sacó una botella de leche y la introdujo un momento en el calentador.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mientras él bebía—. ¿Un sueño? ¿Un mal sueño, Timmie?

El niño asintió, absorto en la leche. La señorita Fellowes esperó a que terminara.

—Sueño —dijo. Era una de las últimas palabras que había aprendido—. Malo. Mal sueño.

—Los sueños no son reales. —¿Comprendería el significado de eso?—. No has de tener miedo de los sueños, Timmie.

—Mal... sueño...

Su expresión era solemne. Daba la impresión de que temblaba, aunque en la casa de muñecas hacía más calor que nunca.

—Vuelve a la cama —dijo, y lo alzó en brazos de nuevo y lo arropó—. ¿Qué has soñado, Timmie? ¿Quieres contármelo?

Repitió los chasquidos, una larga serie, interrumpidos por dos gruñidos suaves.

—Fue... ra —dijo después.

Su pronunciación fue tan deficiente que no estuvo segura de haberlo oído bien.

—¿Has dicho «fuera»?

—Fue... ra —repitió.

Sí, ahora estaba segura.

—¿Fuera de la burbuja? —La señorita Fellowes indicó la pared—. ¿Ahí fuera?

El niño asintió.

—Fue... ra.

—¿Has soñado que estabas fuera?

Asintió vigorosamente con la cabeza.

—Sí.

—¿Qué has visto fuera?

El niño emitió chasquidos.

—No te entiendo.

Chasquidos más insistentes.

—No, Timmie. Así no. Has de hablar con mis palabras. No entiendo las tuyas. Cuando soñaste que estabas fuera, ¿qué viste?

—Nada. Vacío.

Vacío, sí. No era de extrañar. Ignoraba lo que había fuera. Por la única ventana de la casa de muñecas sólo se veía un rectángulo de hierba, una verja, una señal carente de significado.

—Grande. Vacío.

—¿No viste nada?

Chasquidos.

Quizás había regresado en sueños a su mundo neandertal, y había visto escenas del período glacial, ráfagas de nieve, grandes animales peludos que vagaban por las llanuras, gente cubierta con pieles, pero carecía de palabras inglesas para describirlo, y por eso utilizaba los sonidos que conocía.

—Fuera —repitió—. Grande. Vacío.

—¿Daba miedo? —preguntó la señorita Fellowes.

—Vacío. Timmie solo.

Sí, pensó. Timmie solo. Pobre crío.

Lo abrazó y volvió a tapar, porque había apartado el cubrecama. Le dio uno de sus juguetes favoritos, un informe animal verde, de extremidades flojas, que en teoría era un dinosaurio. El doctor McIntyre había fruncido el ceño al verlo, y había endosado a la señorita Fellowes una de sus conferencias paleoantropológicas sobre el error de pensar que los hombres prehistóricos habían sido contemporáneos de los dinosaurios. Un error muy común, dijo, pero la era Mesozoica había terminado muchos millones de años antes de la aparición en la escena evolutiva de los primeros primates homínidos. «Sí —dijo la señorita Fellowes—, lo sé, pero Timmie no, y le gusta mucho su dinosaurio». El niño lo sostenía contra su pecho. La señorita Fellowes se quedó de pie junto a la cama hasta que se durmió. «Basta de malos sueños —le dijo en silencio—. Basta de soñar con el gran sitio vacío donde Timmie está solo».

Volvió a la cama. Un vistazo al reloj de la cómoda le reveló que eran las cinco menos cuarto. Faltaba muy poco para el amanecer; dudó de que pudiera volver a conciliar el sueño. Yacería despierta, al acecho de los ruidos que proviniesen de la habitación de Timmie, y mucho antes saldría el sol.

Sin embargo, el sueño se apoderó de ella al poco rato, y esta vez fue ella quien soñó.

Estaba en su cama, no en la de la casa de muñecas, sino en la de su pequeño apartamento del otro lado de la ciudad, al que no veía desde hacía meses. Alguien llamaba a su puerta, con insistencia. Se levantó, se puso la bata y activó la pantalla de seguridad. Había un hombre de pie en el pasillo, un hombre joven, de corto cabello y barba rojos.

Bruce Mannheim.

—Edith —dijo—. Edith, he de verte.

Sonreía. Las manos de la señorita Fellowes temblaron un poco mientras manipulaba los cerrojos de la puerta. El hombre se cernió sobre ella en el oscuro pasillo, más alto de lo que recordaba, ancho de espaldas, una rotunda silueta viril.

—Edith... —repitió—. Oh, Edith, ha pasado tanto tiempo...

Entonces se encontró en sus brazos. En el mismísimo pasillo, indiferente a los vecinos chismosos que, asomados al umbral de sus puertas, señalaban y murmuraban. La tomó en brazos, como ella había tomado antes a Timmie, la introdujo en el apartamento, sin dejar de susurrar su nombre...

—Bruce... —dijo ella.

Se dio cuenta de que había pronunciado el nombre en voz alta. Estaba despierta. Se incorporó y se llevó las manos a la boca. Tenía las mejillas ardientes. Fragmentos del sueño revoloteaban en su mente estupefacta. Su insensatez y el diáfano erotismo de colegiala la aturdieron y desolaron. Ya no se acordaba de la última vez que había soñado algo parecido. ¡Y elegir a Bruce Mannheim como su gallardo héroe romántico!

Se echó a reír.

¡Si lo supiera el doctor Hoskins, se quedaría de piedra! Su fiel y segura señorita Fellowes, en íntima relación con el enemigo, aunque sólo fuera en sueños...

Qué ridículo... Qué absurdo.

«Qué patético», se dijo con brusquedad.

El aura del sueño aún flotaba a su alrededor. Algunos detalles ya habían desaparecido de su mente. Otros, los tenía grabados a fuego, como si aún permaneciera en el sueño. Su ardiente abrazo, sus apasionados susurros... «Edith... Edith... Ha pasado tanto tiempo, Edith...».

Penosas fantasías de solterona. Horrible. La señorita Fellowes empezó a temblar y tuvo que reprimir las lágrimas con un gran esfuerzo. El sueño ya no le parecía divertido. Se sentía manchada. Una intrusión en su mente, en su pulcra vida sin fisuras. ¿De dónde había salido? ¿Por qué? Se había desprendido de tales deseos muchos años antes... o eso prefería creer. Había optado por una vida carente de los trastornos que el deseo comporta. Una vida de virgen; una vida de solterona. En un sentido estricto, no era ni una cosa ni la otra, porque había estado casada durante unos meses. Pero ese capítulo estaba cerrado. Había vivido como una isla, encerrada en sí misma, durante años..., durante décadas. Entregada a su trabajo, a sus niños. Y ahora, esto...

Sólo era un sueño, se dijo. Y los sueños no son reales. Eso había dicho a Timmie un rato antes.

Sólo un sueño... La mente dormida es capaz de liberar toda clase de pensamientos. Extrañas cosas que derivaban al azar, transportadas por el oleaje del inconsciente. No significaba nada, nada en absoluto, salvo que Bruce Mannheim había estado allí y le había producido una impresión que su mente dormida había adaptado a un breve guión, improbable y sorprendente. Mannheim era por lo menos diez años más joven que ella. Y, si bien de aspecto agradable, no le encontraba especialmente atractivo, ni siquiera en las fantasías. Era un hombre, nada más, alguien a quien había conocido ese día. A veces, pese a todo, se sentía atraída hacia los hombres. Al fin y al cabo, se había sentido atraída hacia Hoskins, una atracción absurda, estéril, sin sentido, hacia un hombre felizmente casado con el que trabajaba. Sin embargo, lo que sentía hacia Hoskins poseía cierta realidad, pero en este caso no. Sólo un sueño, se repitió la señorita Fellowes, sólo un sueño, sólo un sueño.

Lo que debía hacer era volver a dormir, decidió. Cuando amaneciera ya lo habría olvidado todo.

La señorita Fellowes cerró los ojos. Al cabo de un rato se durmió. La sombra del sueño, el vago perfil y su humillante esencia, no la habían abandonado todavía cuando despertó pasadas las seis, hora en que Timmie empezaba a removerse en su habitación: las perentorias llamadas a su puerta, los saludos jadeantes, el apasionado abrazo. Ahora, el sueño se le antojó de lo más absurdo a la señorita Fellowes.

Después de la charla sobre la necesidad de conseguir un compañero de juegos para Timmie, la señorita Fellowes esperaba que Hoskins consiguiera uno casi de inmediato, aunque sólo fuera para apaciguar las poderosas fuerzas políticas que Mannheim y Marianne Levien representaban, pero, para su sorpresa, transcurrieron las semanas y no ocurrió nada. Era evidente que se había topado con las dificultades presagiadas para lograr que alguien dejara a su hijo entrar en la burbuja de Estasis con Timmie. La señorita Fellowes ignoraba cómo mantenía a raya a Mannheim.

Casi no vio a Hoskins durante ese período. Debía de estar atendiendo a las demás actividades de Tecnologías Estasis S.L., y apenas le divisaba fugazmente cuando pasaba cerca. Dirigir la empresa exigía todo su tiempo, y un poco más. La señorita Fellowes se había formado la impresión, a partir de los comentarios recogidos de otras personas, que Hoskins luchaba con denuedo para controlar a un equipo de grandes talentos, figuras de primerísima categoría y ansiosos de alcanzar el premio Nobel, mientras que al mismo tiempo dirigía, con su estilo habitual, uno de los proyectos científicos más complejos de la historia.

Bien; cada cual tenía sus propios problemas.

La creciente soledad de Timmie era uno de los peores. Intentaba ser todo cuanto el crío necesitaba: enfermera, profesora y madre sustituta. Pero no era suficiente. El sueño del niño se repetía una y otra vez, no cada noche pero sí lo bastante a menudo para que la señorita Fellowes empezara a llevar un registro de la frecuencia. El sueño siempre giraba alrededor de aquel lugar exterior a la casa de muñecas, al que nunca le dejaban ir. En ciertas ocasiones estaba solo, pero en otras le acompañaban figuras borrosas, misteriosas. Como su inglés aún era muy rudimentario, la señorita Fellowes no sabía si el gran lugar vacío representaba el período glacial perdido, o la fantasía recreada de la nueva y extraña era a la que había sido trasladado. En cualquier caso, era un lugar aterrador para él, y solía despertar llorando. No era necesario poseer un título en psiquiatría para comprender que el sueño era un poderoso síntoma del aislamiento de Timmie, de su profunda y progresiva tristeza.

De día, se abismaba en largos períodos de abatimiento, o pasaba horas mirando por la ventana en silencio, sin casi nada que ver. Contemplaba el gran vacío de su sueño, quizá pensaba con nostalgia en las desérticas mesetas, barridas por la nieve, de su ahora lejana infancia, o tal vez se preguntaba qué había al otro lado de las paredes que confinaban su existencia. «¿Por qué no traen a alguien que le haga compañía? — Pensaba furiosa la señorita Fellowes—. ¿Por qué?».

Se preguntó si debía contactar con Bruce Mannheim para informarle que no se había hecho nada al respecto, para urgirle a presionar más a Hoskins, pero lo consideró una traición excesiva. Su devoción por Timmie le impedía asestar esa

puñalada a Hoskins, pero su cólera aumentaba. Al parecer, los médicos ya habían averiguado todo lo posible sobre el muchacho (sólo faltaba diseccionarle), y no participaban en el programa de investigación. Las visitas ya no eran tan frecuentes. Alguien aparecía una vez a la semana para medir la estatura de Timmie, hacer algunas preguntas rutinarias y tomar unas fotografías, pero eso era todo. Las inyecciones y extracciones de fluidos habían cesado; las dietas especiales ya no se consideraban necesarias; los complicados y agotadores estudios de sus articulaciones y ligamentos eran menos frecuentes.

Bien por una parte, pero si los médicos se mostraban menos interesados en el chico, los psicólogos estaban empezando a ponerse pesados. La señorita Fellowes consideraba al grupo nuevo tan molesto como el anterior, y a veces bastante más. Ahora, Timmie se había acostumbrado a superar obstáculos para conseguir comida y agua. Tenía que levantar paneles, mover palancas, tirar de cordones. Lloriqueaba de sorpresa y miedo cuando recibía leves sacudidas eléctricas, o gruñía como un animal. Todo ello irritaba a la señorita Fellowes.

Sin embargo, no quería recurrir a Hoskins. No quería solicitar su ayuda. El hombre mantenía las distancias, por los motivos que fuera, y la señorita Fellowes temía que sí le asediaba con nuevas demandas, perdería los nervios ante la menor dificultad, incluso renunciaría al puesto. No deseaba dar ese paso. Por el bien de Timmie, debía quedarse.

¿Por qué se había apartado Hoskins del proyecto Timmie? ¿Por qué esa indiferencia? ¿Era su forma de aislarse de las quejas y exigencias de Bruce Mannheim? Era una estupidez, pensó. Timmie se había convertido en la única víctima de su alejamiento. Estúpido, más que estúpido.

Hacía lo que podía por restringir el acceso de los científicos a Timmie, pero no podía apartarle de ellos por completo. Al fin y al cabo, se trataba de un experimento científico. Por lo tanto, las pruebas, los estudios y las corrientes eléctricas prosiguieron.

Por no mencionar a los antropólogos, ejércitos enteros, ansiosos de interrogar a Timmie acerca de cómo era la vida en el Paleolítico. Y aunque Timmie había logrado un sorprendente dominio del inglés (su inglés), aún no les satisfacía. Podían preguntar lo que quisieran, pero el niño sólo contestaba si entendía las preguntas y en caso de que su mente aún retuviera información sobre tales y cuales aspectos de sus ahora ya lejanos días en la Edad de la Piedra.

A medida que las semanas de su estancia en la época moderna se transformaban en meses, el lenguaje de Timmie había mejorado mucho y había adquirido gran precisión. No había perdido cierta deficiencia en la pronunciación, que la señorita Fellowes consideraba simpática, pero su comprensión del inglés equivalía a la de cualquier niño actual de su edad. En momentos de excitación, solía repetir aquellas salvas de chasquidos, con algún ocasional gruñido primordial, pero cada vez eran menos frecuentes. Debía de estar olvidando su vida anterior, excepto en su mundo de

sueños privado, donde la señorita Fellowes no podía entrar. Quién sabía qué enormes mamut y mastodontes merodeaban en él, qué oscuras escenas de misterio prehistórico se proyectaban en la pantalla de su mente.

Ante la sorpresa de la señorita Fellowes, ella era la única persona que entendía las palabras de Timmie con cierto grado de seguridad. Algunos de los técnicos que trabajaban con frecuencia en el interior de la burbuja de Estasis (sus ayudantes Mortenson, Elliott y Stratford, el doctor McIntyre, el doctor Jacobs) conseguían entender una frase de vez en cuando, pero siempre con gran esfuerzo, y solían interpretar mal la mitad de lo que Timmie decía. La señorita Fellowes estaba desconcertada. Al principio, sí, el niño había tenido ciertas dificultades en pronunciar las palabras de forma inteligible, pero el tiempo había pasado y ahora hablaba con mucha fluidez, o eso pensaba ella. Sin embargo, poco a poco se vio forzada a admitir que sólo su constante proximidad a Timmie le permitía entenderlo. Su oído compensaba automáticamente las diferencias entre lo que decía y la pronunciación de las palabras. Era diferente de un niño moderno, al menos en lo concerniente a su capacidad de hablar. Entendía casi todo lo que le decían; ya podía responder con frases complejas, pero la señorita Fellowes suponía que su lengua, labios, laringe y el hueso hioides no estaban adaptados a las sutilezas del inglés propio del siglo XXI, y se producían distorsiones.

Le defendía ante los demás.

—¿Han oído a algún francés intentando hablar inglés, o viceversa? Tendríamos que rompernos la mandíbula para pronunciar algunas letras del alfabeto ruso. Cada grupo lingüístico recibe desde que nace un aprendizaje distinto de los músculos lingüísticos, y para mucha gente resulta imposible cambiar. Por eso existen los acentos. Bien, Timmie tiene un acento neandertal muy pronunciado, pero disminuirá con el tiempo.

Hasta que eso sucediera, ella ocuparía un lugar preeminente de autoridad y poder. No sólo era la enfermera de Timmie, sino también su intérprete, el medio que permitía transmitir a los antropólogos que venían a interrogarle sus recuerdos del mundo prehistórico. Sin ella como intermediaria, les sería imposible obtener respuestas coherentes a las preguntas que querían formular al niño, Su ayuda era decisiva, si pretendían que el proyecto alcanzara todo su valor científico. Por ello, la señorita Fellowes se convirtió en un elemento esencial, de una manera que nadie (ni siquiera ella) esperaba, en la tarea de explorar la naturaleza de la vida humana en el pasado remoto.

Por desgracia, los interrogadores del niño casi siempre salían insatisfechos de sus revelaciones. El problema no residía en que se negara a cooperar, sino que tan sólo había pasado tres o cuatro años en el mundo de los neandertales, sus primeros tres o cuatro años. No había muchos niños de su edad, de cualquier época, preparados para referir una descripción verbal comprensible de la sociedad en que habían vivido.

Casi todo lo que consiguió transmitir eran cosas que los antropólogos ya intuían,

y que tal vez habían inculcado en la mente del crío por la misma naturaleza de las preguntas que la señorita Fellowes le planteaba.

—Pregúntele si su tribu era muy grande —decían.

—Creo que no tiene ninguna palabra equivalente a tribu.

—En ese caso, pregunte cuánta gente constituía el grupo en que vivía.

Se lo preguntó. Hacía poco que había empezado a enseñarle a contar. El niño pareció confuso.

—Muchos —dijo.

«Muchos», en el vocabulario de Timmie, podía ser más de tres. Superada esa cifra, todo se le antojaba igual.

—¿Cuántos? —preguntó. Cogió su mano y tocó con un dedo las yemas—. ¿Todos éstos?

—Más.

—¿Cuántos más?

Timmie hizo un esfuerzo. Cerró los ojos un momento, como si examinara otro mundo, y extendió las manos, flexionando los dedos con veloces movimientos.

—¿Está indicando números, señorita Fellowes?

—Creo que sí. Es probable que cada movimiento represente cinco.

—He contado tres movimientos de cada mano. ¿La tribu estaba compuesta por treinta personas?

—Cuarenta, diría yo.

—Pregúntele otra vez.

—Repite, Timmie: ¿cuánta gente había en tu grupo?

—¿Grupo, señorita Fellowes?

—La gente que vivía contigo. Tus amigos y parientes. ¿Cuántos eran?

—Amigos. Parientes.

Meditó sobre aquellos conceptos. Palabras vagas e irreales para él, muy probablemente.

Al cabo de unos instantes bajó la vista hacia sus manos y flexionó los dedos de nuevo, con los mismos movimientos rápidos; el gesto podía significar que contaba, u otra cosa muy diferente. Fue imposible seguir la cuenta de los movimientos; ocho, o tal vez diez.

—¿Han visto? —preguntó la señorita Fellowes—. Ochenta, noventa, un centenar de personas. Si es que está contestando a la pregunta.

—Antes sugirió que el número era inferior.

—Lo sé, pero es lo que está diciendo ahora.

—Imposible. ¡Una tribu tan primitiva no podría tener más de treinta! A lo sumo.

La señorita Fellowes se encogió de hombros. Si querían contaminar las pruebas con sus prejuicios, allá ellos.

—Bien, pues pongamos treinta. Están pidiendo a un niño de unos tres años que realice un censo. Se limita a hacer conjeturas, y lo más asombroso es que consigue

intuir lo que queremos saber, aunque tal vez no. ¿Por qué piensan que sabe contar, que entiende el concepto de número?

—Pero lo entiende, ¿verdad?

—Como cualquier niño de cinco años. Pregunte a cualquier niño de cinco años cuánta gente vive en su calle, y verá lo que le dice.

—Bueno...

Las otras preguntas lograron respuestas igualmente inciertas. ¿Estructura tribal? La señorita Fellowes consiguió arrancar a Timmie, después de muchos giros verbales, que la tribu tenía un «gran hombre», lo cuál no podía significar otra cosa que un jefe. Nada sorprendente. Las tribus primitivas siempre tenían un jefe; era razonable suponer que los neandertales también. Le preguntó si sabía el nombre del gran hombre, y Timmie contestó con chasquidos. Fuera cual fuese el nombre del jefe, Timmie no sabía traducirlo a palabras inglesas, ni emitir una fonética equivalente; tenía que recurrir a los sonidos neandertales. ¿Tenía el jefe una esposa?, quisieron saber los científicos. Timmie no sabía qué era una esposa. ¿Cómo fue elegido el jefe? Timmie no entendió la pregunta. ¿Qué nos puedes decir sobre las creencias y prácticas religiosas? La señorita Fellowes consiguió extraer de Timmie, mediante sugerencias de dudoso cariz científico, la descripción de un lugar sagrado hecho de rocas, al que estaba prohibido acercarse, y un culto que acaso estaba presidido por una sacerdotisa. Estaba segura de que era una sacerdotisa, porque Timmie no dejó de señalarla con el dedo mientras hablaba, pero ignoraba si el niño entendía lo que estaba tratando realmente de averiguar.

—¡Si al menos hubieran traído a un niño mayor que éste! —No dejaban de lamentarse los antropólogos—. ¡O a un neandertal adulto, por el amor de Dios! ¡Qué menos! ¡Qué menos! Es frustrante contar con un niño ignorante como única fuente de información.

—Estoy segura —admitió la señorita Fellowes, sin expresar excesiva compasión—, pero este niño ignorante es el único neandertal al que pueden aspirar a interrogar. Ni en sus sueños más descabellados habrían supuesto que un día podrían hablar con un neandertal.

—¡Aun así! ¡Qué menos! ¡Qué menos!

—Qué menos, sí —dijo la señorita Fellowes, y anunció que el tiempo se había agotado.

Una mañana, Hoskins apareció en la casa de muñecas sin previo aviso.

—¿Puedo hablar con usted, señorita Fellowes?

Usaba de nuevo el tono de voz apocado, el que expresaba turbación extrema. «Ya lo creo que sí», pensó la señorita Fellowes.

Salió con aire de frialdad, mientras se alisaba el uniforme de enfermera. Entonces se paró en seco, confundida. Hoskins no venía solo. Le acompañaba una mujer pálida, delgada y de estatura mediana, que se detuvo en el umbral de la zona de Estasis. Su pelo y tez claros le proporcionaban una apariencia de fragilidad. Sus ojos, de un azul muy claro, miraban más allá de la señorita Fellowes, como buscando algo. Escudriñaron la habitación como si esperara que un gorila salvaje saltara desde detrás de la puerta hacia el cuarto de juegos de Timmie.

—Señorita Fellowes —dijo Hoskins—, le presento a mi mujer, Anette. Ya puedes entrar, querida. No hay ningún peligro. Se nota cierta sensación de incomodidad en el umbral, pero en seguida pasa. Quiero que conozcas a la señorita Fellowes, que cuida del niño desde la noche que llegó.

¿Así que ésta era su mujer? No era como suponía la señorita Fellowes, pero nunca se había formado una imagen clara de cómo sería la esposa de Hoskins. Alguien más sustancial, un poco menos nerviosa que esa mujer inquieta, en cualquier caso. Pero ¿por qué? Un hombre dotado de gran fuerza de voluntad como Hoskins habría preferido una persona más débil. Bien, si eso era lo que quería, perfecto. Por otra parte, la señorita Fellowes se había imaginado a la mujer de Hoskins joven, esbelta y seductora, el tipo habitual de segunda esposa que preferían, según le habían dicho, los hombres de negocios triunfadores de la edad de Hoskins. Anette Hoskins no encajaba en esta categoría. Era bastante más joven que Hoskins, sí, y también más joven que la señorita Fellowes, pero no tanto; unos cuarenta años, o casi.

La señorita Fellowes forzó un recibimiento desenvuelto.

—Buenos días, señora Hoskins. Encantada de conocerla.

—Anette.

—¿Perdón?

—Llámeme Anette, señorita Fellowes. Todo el mundo lo hace. ¿Y usted se llama...?

—¿Qué hace Timmie, señorita Fellowes? —se apresuró a interrumpirla Hoskins—. ¿Descabezando un sueñecito? Me gustaría que mi mujer le conociera.

—Está en su habitación —contestó la señorita Fellowes—. Leyendo.

Anette Hoskins emitió una carcajada breve, estridente, casi burlona.

—¿Sabe leer?

—Sólo libros infantiles, señora Hoskins. Con epígrafes breves. Aún no está

preparado para leer de verdad, pero le gusta mirar libros. Éste trata sobre la vida en el Polo Norte. Esquimales, cazadores de morsas, iglúes, ese tipo de cosas. Lee una vez al día, como mínimo.

Leer no era la descripción más precisa de lo que Timmie hacía, como bien sabía la señorita Fellowes. De hecho, era una pequeña mentira. Timmie no leía en absoluto. Se limitaba a mirar las ilustraciones. Ella tenía la impresión de que las letras impresas debajo sólo significaban para él una especie de decoración, poco más que marcas extrañas. Jamás había demostrado curiosidad hacia ellas, y tal vez no la demostraría nunca. Sin embargo, miraba libros y, al parecer, entendía su contenido. Era lo más parecido a leer. A los efectos de esa conversación, quizá sería una buena idea dejar que la mujer de Hoskins llegara a la conclusión de que Timmie sabía leer, aunque Hoskins supiera la verdad.

—¿No es asombroso, señorita Fellowes? —preguntó Hoskins con un tono de voz enérgico, curiosamente presuntuoso—. ¿Recuerda cómo era cuando le trajimos, aquel ser prehistórico salvaje, chillón, sucio y frenético?

«Como si pudiera olvidarlo», pensó la señorita Fellowes.

—Y ahora, sentado ahí tan tranquilo, leyendo un libro, aprendiendo cosas sobre iglúes y esquimales... —Hoskins rebosaba de algo cercano al orgullo paternal—. ¡Qué maravilla! ¡Qué prodigio! ¡Qué maravillosos progresos ha hecho al niño bajo sus cuidados!

La señorita Fellowes estudió a Hoskins con suspicacia. Su tono oratorio poseía una cualidad extraña y artificial. ¿Qué estaba tramando? Sabía que Timmie era incapaz de leer. ¿Por qué se presentaba con su mujer, después de tanto tiempo, por qué alababa con tal hipocresía los maravillosos progresos de Timmie?

Entonces lo comprendió.

—Debo disculparme por venir tan tarde, señorita Fellowes —dijo con tono más normal—, pero, como puede suponer, he estado ocupado en toda clase de asuntos, sobre todo en lo relativo a nuestro amigo Bruce Mannheim.

—Me lo imagino.

—Me ha llamado cada semana desde el día que vino, para preguntarme toda clase de cosas, preocupadísimo por Timmie, como si fuera su propio hijo y yo el director del colegio al que asiste. Algún colegio siniestro, sacado de una novela de Charles Dickens, se podría pensar.

—¿Interesado en particular por si había conseguido algún compañero de juegos para Timmie? —preguntó la señorita Fellowes.

—Muy en particular.

—¿Y qué ha hecho en ese sentido, doctor Hoskins?

El hombre se encogió de hombros.

—Pasarlo muy mal. Hemos entrevistado a media docena de críos, por lo menos, y también a sus padres.

Lo cual constituía una novedad para la señorita Fellowes.

—¿Y bien?

—Dos niños nos parecieron muy adecuados, pero sus padres plantearon condiciones y objeciones intolerables. Estuvimos a punto de traer a otro niño para que pasara un día con Timmie, a modo de prueba, pero en el último momento volvieron a surgir condiciones y objeciones. Sus padres se presentaron con un abogado. Exigió que depositáramos una fianza, prometiéramos toda clase de garantías, bajo contrato escrito, y nos comprometíamos a otras cosas que nuestros abogados consideraron impresentables. En cuanto al resto de los niños que vimos, no se suscitó la cuestión de las responsabilidades, porque a sus padres sólo les interesaban los honorarios que ofrecíamos. En general, todos los niños nos parecieron patanes brutales que en realidad habrían perjudicado a Timmie. Los rechazamos, naturalmente.

—Por lo tanto, me está diciendo que no tienen ninguno.

Hoskins se humedeció los labios.

—Al final, decidimos arreglar las cosas en casa, probando con el hijo de un empleado. Tiene delante de usted a ese empleado, señorita Fellowes.

—¿Su hijo?

—¿Recuerda cuando dije, estando presentes Mannheim y la doctora Levien, más impulsado por la irritación que por otra razón, que de ser necesario traería a mi propio hijo? Bien, ha llegado el momento. Soy un hombre de palabra, señorita Fellowes, como creo que habrá advertido. No estoy dispuesto a pedirle a nadie de la empresa que haga algo que yo no esté dispuesto a hacer. He decidido proponer a mi hijo Jerry como el compañero de juegos que Timmie tanto necesita, pero la decisión no depende tan sólo de mí.

—Por eso ha venido con la señora Hoskins, para que compruebe por sí misma que su hijo no corre peligro en manos de Timmie —concluyó la señorita Fellowes.

Hoskins rebosaba gratitud por todos sus poros.

—Sí. ¡Exactamente!

La señorita Fellowes examinó de nuevo a la mujer de Hoskins. Se estaba mordisqueando el labio y contemplaba una vez más la puerta tras la cual acechaba el terrorífico neandertal.

«Debe de creer que Timmie es un simio —pensó la señorita Fellowes—. Un gorila. Un chimpancé. Que saltará de inmediato sobre su precioso hijito y lo descuartizará lenta y minuciosamente».

—Bien, ¿le hacemos salir para que lo vea la señora? —preguntó con frialdad la señorita Fellowes.

La señora Hoskins se puso tensa visiblemente, y ya estaba tensa desde un principio.

—Supongo que sí..., señorita Fellowes.

La enferma asintió.

—Timmie —llamó—. Timmie, ¿quieres salir un momento? Tenemos visita.

Timmie se asomó con timidez.

—No pasa nada, Timmie. Es el doctor Hoskins y su mujer. Sal.

El niño obedeció. Tenía un aspecto de lo más presentable, pensó la señorita Fellowes, y elevó una oración de gratitud. Llevaba el mono azul con los círculos verdes grandes, su segundo par favorito, y su cabello, que la señorita Fellowes había cepillado concienzudamente una hora antes, se veía bastante decente. En su mano izquierda sostenía el libro que estaba mirando.

Observó a los visitantes con aire de expectación, los ojos muy abiertos. Timmie reconoció a Hoskins, aunque había pasado mucho tiempo desde la última vez, pero se mostró vacilante respecto a su esposa. Algo le puso en guardia, tal vez su lenguaje corporal, la tensión y cautela que proyectaba. ¿Reflejos, tal vez instintos primitivos?

Siguió un largo e incómodo silencio; al cabo del cual Timmie sonrió. Fue una sonrisa cálida, maravillosa. La sonrisa de oreja a oreja especial de Timmie. La señorita Fellowes sintió una oleada de ternura. Tuvo ganas de cogerle y abrazarle. ¡Resultaba delicioso cuando hacía eso! Dulce, infantil, despertaba la confianza. Sí. Un niño que salía de su cuarto para saludar a los visitantes. ¿Cómo podía resistirse Annette Hoskins a esa sonrisa?

—Oh —dijo la mujer, como si hubiera encontrado un escarabajo en la sopa—. No sabía que tenía un aspecto tan... extraño.

La señorita Fellowes le dirigió una mirada severa.

—Es a causa de sus rasgos faciales —dijo Hoskins—. Del cuello para abajo es como un niño musculoso. Más o menos.

—Pero su cara, Gerald... esa boca tan grande... esa nariz enorme... las cejas protuberantes... la barbilla... Es tan feo, Gerald. Tan desagradable.

—Entiende casi todo lo que usted está diciendo —advirtió la señorita Fellowes con tono glacial.

La señora Hoskins asintió, pero no pudo contenerse.

—Es muy diferente en persona de cuando sale en la televisión. Parece mucho más humano cuando le ves en...

—Es humano, señora Hoskins —replicó la señorita Fellowes. Estaba cansada de repetir siempre lo mismo—. Es de una rama diferente de la raza humana, eso es todo. Y da la casualidad de que está extinguida.

Hoskins, como si percibiera la rabia reprimida en el tono de la señorita Fellowes, se volvió hacia su mujer.

—¿Por qué no hablas con Timmie, querida? —sugirió—. Así os conoceréis un poco. Para eso has venido, al fin y al cabo.

—Sí, claro.

Daba la impresión de que estaba reuniendo fuerzas.

—Timmie —dijo la mujer con un hilo de voz—. Hola, Timmie. Soy la señora Hoskins.

—Hola —contestó Timmie.

Extendió la mano, como le había enseñado la señorita Fellowes.

Annette Hoskins dirigió una rápida mirada a su marido. Éste alzó los ojos al techo y asintió. La mujer extendió la mano, vacilante, y cogió la de Timmie. Se la estrechó como a un chimpancé del circo y la soltó de prisa.

—Hola, señora Hoskins —dijo Timmie—. Encantado de conocerla.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Annette Hoskins—. ¿Me ha dicho algo?

—Ha dicho hola —explicó la señorita Fellowes—. Y que estaba encantado de conocerla.

—¿Habla? ¿Habla inglés?

—Habla, sí. Entiende libros sencillos. Come con cuchillo y tenedor. Se viste y desviste. No es nada sorprendente. Se trata de un niño normal, señora Hoskins, y tiene algo más de cinco años. Tal vez cinco y medio.

—¿No lo sabe?

—Son simples conjeturas. No llevaba el certificado de nacimiento en el bolsillo cuando llegó.

La señora Hoskins volvió a mirar a su marido.

—Gerald, no estoy muy segura de esto. Jerry aún no ha cumplido cinco años.

—Sé la edad de nuestro hijo, querida —replicó Hoskins—. Es grande y fuerte para su edad. Más grande que Timmie. Escucha, Annette, si pensara que existe un peligro, la menor posibilidad de...

—No sé, no sé. ¿Cómo podemos estar seguros de que no hay peligro?

—Timmie no le hará ningún daño —intervino la señorita Fellowes—, si es eso lo que intenta decir. Es un niño muy dócil.

—Pero si es un sal... salvaje.

«¡Otra vez el niño-mono de los medios de comunicación! —pensó la enfermera—. ¿Es que la gente no sabe pensar por sí misma?».

—No puedo acostumbrarme a su cara. No es una cara humana.

La señorita Fellowes reprimió un estallido de cólera.

—Como ya le he explicado —dijo, tensa—, es tan humano como cualquiera de nosotros. Y no es un salvaje. Es tan pacífico y razonable como cabe esperar de un niño de cinco años y unos meses. Es muy generoso por su parte, señora Hoskins, acceder a que su hijo venga a jugar con Timmie, y le ruego que no abrigue el menor temor.

—Aún no he accedido —replicó con cierta irritación la señora Hoskins.

Hoskins le dirigió una mirada de desesperación.

—Annette...

—¡No he accedido!

«Entonces, ¿por qué no te largas y dejas que Timmie siga leyendo su libro?». La señorita Fellowes hizo un esfuerzo sobrehumano para controlar sus nervios. «Dejemos que el doctor Hoskins coja las riendas. Es su mujer».

—Habla con el chico, Annette —dijo Hoskins—. Conócele un poco. Accediste a

eso.

—Sí, supongo que sí. —Se acercó al niño por segunda vez—. Timmie —dijo, vacilante.

El niño levantó la vista. Ya no sonreía. Había comprendido, por su tono de voz, que esa mujer no era amiga suya.

La señora Hoskins sonrió, de manera muy convincente.

—¿Cuántos años tienes, Timmie?

—Aún no cuenta muy bien —dijo en voz baja la señorita Fellowes. Para su estupor, Timmie levantó los cinco dedos de la mano izquierda.

—¡Cinco! —gritó.

—Ha levantado los cinco dedos y ha dicho cinco —murmuró la señorita Fellowes, estupefacta—. Le ha oído, ¿verdad?

—Lo he oído —dijo Hoskins—. Supongo.

—Cinco —repitió la señora Hoskins, y continuó de mala gana. Intentó establecer contacto con Timmie—. Es una edad muy bonita. Mi hijo Jerry tiene casi cinco. Si traigo a Jerry, ¿serás amable con él?

—Amable —dijo Timmie.

—Amable —tradujo la señorita Fellowes—. La ha entendido. Ha prometido ser amable.

La señora Hoskins asintió.

—Es pequeño, pero parece muy fuerte —dijo para sí.

—Nunca ha intentado hacer daño a nadie —afirmó la señorita Fellowes, pasando por alto las frenéticas escaramuzas de aquella primera noche, tan lejana—. Es muy bueno. De verdad. Debe creerme, señora Hoskins. Acompaña a la señora Hoskins a tu cuarto, Timmie. Enséñale tus juguetes y tus libros. Y tu ropero.

«Demuéstrale que eres un niño de verdad, Timmie. Hazla olvidar tus cejas protuberantes y tu mentón inexistente».

Timmie extendió la mano. La señora Hoskins, tras vacilar un momento, la cogió. Por primera vez desde que había entrado en la burbuja de Estasis, algo parecido a una auténtica sonrisa se dibujó en su rostro.

Timmie y ella entraron en el cuarto del niño. La puerta se cerró a sus espaldas.

—Creo que va a funcionar —dijo en voz baja Hoskins a la señorita Fellowes, en cuanto su mujer desapareció—. Se la está ganando.

—Pues claro.

—Es una mujer razonable, créame, y racional, pero Jerry significa muchísimo para ella.

—Naturalmente.

—Es nuestro único hijo. Hace varios años que estamos casados. Al principio surgieron problemas de fertilidad pero luego conseguimos... Pudimos por fin...

—Sí —le interrumpió la señorita Fellowes—. Comprendo.

No tenía el menor interés en los problemas de fertilidad de los Hoskins, o en

cómo los habían solucionado.

—Ya ve. Aunque he hablado largamente con ella al respecto, aunque comprende los problemas que Mannheim y sus huestes me han planteado, y la importancia de terminar con el aislamiento de Timmie, sigue vacilando respecto a que Jerry corra el peligro de...

—No hay peligro, doctor Hoskins.

—Ya lo sé, y usted lo sabe, pero mientras Annette no lo sepa también...

La puerta del cuarto de juegos de Timmie se abrió. La señora Hoskins salió. La señorita Fellowes vio que Timmie se rezagaba, asomado a la puerta con aquel aire cauteloso que a veces adoptada. Se quedó sin aliento. Algo había pasado, pensó. Pero no. Annette Hoskins sonreía.

—Es una habitación muy bonita —dijo—. Sabe doblar su ropa. Me lo ha demostrado. Ojalá Jerry lo hiciera la mitad de bien. Y cuida tan bien sus juguetes...

La señorita Fellowes dejó escapar un suspiro.

—¿Podemos intentarlo? —preguntó Hoskins a su mujer.

—Sí. Creo que podemos intentarlo.

Intercapítulo 6

PUNTO MUERTO

Se alzaba humo del campamento de los Otros, situado a la orilla del río más pequeño y al oeste del altar de la Diosa. Cuando Nube De Plata miró en dirección contraria, vio el humo blanco de la hoguera encendida por su gente, que se elevaba del campamento, protegido por la colina por la que habían bajado al salir de las montañas enclavadas al este. No había nadie delante del altar. Durante el interminable tiempo de punto muerto, se había llegado a un acuerdo tácito entre ambas tribus: el altar era territorio neutral. Nadie, de ningún grupo, podía acercarse. Cada bando tenía apostados centinelas día y noche en el límite de la zona del altar, para impedir que se produjeran transgresiones.

Nube De Plata estaba solo, apoyado en su lanza. Estaba oscureciendo, aunque tenía la impresión de que el día acababa de empezar. El año avanzaba a toda velocidad. Anochecía cada vez más pronto. No tardaría en llegar la época de las largas nevadas, cuando sólo los locos se exponían a la intemperie. Era el momento de recogerse en un lugar abrigado, viviendo de la comida almacenada durante el otoño, a la espera de la primavera. «Pero aún no hemos hecho las paces con la Diosa y recibido su consejo —pensó desconsolado Nube De Plata—. ¿Cómo vamos a hacerlo, si los Otros no se alejan del altar y nos mantienen a distancia?».

—¡Nube De Plata! ¿Nevará otra vez?

El viento transportó hasta él la voz de La Que Sabe. Estaba de pie cerca de la orilla, acompañada de Mujer Divina y Guardianas Del Pasado. Hacía mucho rato que las tres mujeres conversaban, Nube De Plata frunció el ceño. Aquellas tres sólo significaban problemas. Tres mujeres poderosas, llenas de la fuerza de la Diosa. Le inquietaban. Sin embargo, sabía lo importantes que eran, cada una a su manera, para la vida de la tribu.

—¿Nevará, Nube De Plata? ¡Dínoslo!

Se encogió de hombros. Luego dio un golpecito sobre su rodilla y asintió.

La vieja herida de la pierna le dolía mucho. Siempre le dolía cuando se aproximaba una nevada, pero el dolor de ahora era más fuerte que nunca.

El día anterior había nevado casi una hora, y también el anterior, un ratito. No tardaría en caer de nuevo. Cuando empezaba a nevar cada día, era malo. Casi toda la nieve de ayer seguía cubriendo la tierra. El viento, que soplaba del norte, el viento del demonio, la levantaba y fustigaba, arrojándola a la cara de Nube De Plata.

«Hemos de marcharnos —pensó—. Hemos de encontrar nuestro campamento de

invierno».

La Que Sabe se había alejado de Guardiania Del Pasado, y se acercaba para hablar con él. Lo cual significaba problemas, sin duda. Desde su heroica hazaña ante el altar. La Que Sabe se movía con tanta seguridad y majestuosidad que casi parecía la jefa de la tribu. Nadie osaba burlarse de ella, nadie osaba mirarla con desdén, desde aquel extraordinario día en que se había cubierto el cuerpo con pintura de guerra y desafiado sola a todo un grupo de Otros. Siempre había sido extraña; siempre había sido indómita, pero ahora había adquirido una extrañeza peculiar, como si caminara en un reino que le pertenecía.

—La situación se prolonga indefinidamente, Nube De Plata, y nada cambia. La estación de la nieve se acerca.

—Lo sé.

—Deberíamos atacar y acabar de una vez.

—Son demasiados para nosotros, ya lo sabes.

No era la primera vez que discutían sobre lo mismo.

—No tantos. Podríamos dar buena cuenta de ellos, pero no nos movemos. Nos tienen miedo, nosotros les tenemos miedo, y nadie da el primer paso. ¿Hasta cuándo nos retendrás aquí?

—Hasta que nos postremos ante el altar de la Diosa y nos revele su voluntad.

—Entonces tendremos que atacar.

Nube De Plata la miró fijamente. Los ojos de La Que Sabe eran aterradores. No eran los ojos de una mujer, sino los de un guerrero, como de piedra pulida.

—Estuviste con nuestros hombres —dijo Nube De Plata—. Viste que no querían atacar. ¿Pretendes enfrentarte sola a los Otros, La Que Sabe?

—Tú eres el jefe. Ordénales que luchen. Yo combatiré a su lado.

—Todos morirán.

—Si nos quedamos aquí y esperamos a que llegue el invierno, también todos morirán. Nube De Plata.

El anciano asintió. Era verdad. No podían quedarse mucho más tiempo, Lo sabía tan bien como ella.

Nube De Plata sabía que regresar a ese lugar había constituido una grave equivocación, pero jamás lo reconocería ante nadie.

—No podemos irnos, La Que Sabe —dijo—, hasta que nos postremos ante el altar.

—No podemos irnos y tampoco podemos quedarnos. Y no podemos acercarnos al altar. El problema es muy grave, Nube De Plata.

—Quizá.

—Siempre dije que era un error volver aquí, desde el principio, cuando anunciaste que la Fiesta de Verano se suspendía.

—Me acuerdo. La Que Sabe, pero ya estamos aquí, y aquí nos quedaremos, hasta celebrar el ritual. No podemos irnos sin escuchar la voz de la Diosa.

—Estoy de acuerdo contigo. Yo no quería venir, pero ya que estamos aquí, hemos de postrarnos ante la Diosa, como dices. No diferimos en esa cuestión.

Nube De Plata experimentó cierto alivio.

—Pero si no podemos quedarnos mucho tiempo más por culpa de la nieve, y no podemos celebrar el rito porque la presencia de los Otros nos lo impide, tendremos que ahuyentarles —dijo La Que Sabe—. Así de sencillo.

—Nos matarán a todos si les atacamos.

—Y si no, lo hará el invierno.

—Damos vueltas en círculo. Esto no conduce a ningún sitio.

La miró con aire sombrío. La expresión de la mujer era implacable. La Que Sabe no le proporcionaba otra respuesta que la muerte a manos del enemigo.

«El círculo se cierra una y otra vez —pensó—. No podemos marcharnos y no podemos quedarnos». Había suspendido la Fiesta del Verano con el fin de celebrar en este lugar el rito que consideraba necesario. Si suspendía el rito, so pretexto de la cercanía de los Otros al altar, el rito dejaría de celebrarse tanto en verano como en otoño, y la Diosa descargaría su ira sobre el Pueblo, que moriría de hambre y culparía a su jefe. Nube De Plata sabía que corría el peligro de ser defenestrado si no solucionaba los problemas cuanto antes. Y el Pueblo no contemplaba la figura del exjefe. Renunciar a la jefatura equivalía a despedirse de la vida.

La herida de la pierna le dolía muchísimo. Tal vez no sería tan espantoso permitir que alguien ocupara su puesto, pensó Nube De Plata, y acabar de una vez con las penas y los sufrimientos.

Mujer Divina se reunió con ellos.

—¿Te ha convencido La Que Sabe de que debemos atacar?

—No.

—¿Tanto miedo tienes de morir?

Nube De Plata lanzó una carcajada.

—La pregunta es más absurda de lo que imaginas, Mujer Divina. Tengo miedo de que vosotras muráis, así como Fuente De Leche, Fuerte Como Un León, Nieve Hermosa y todos los demás. Mi deber es mantener con vida al Pueblo, no conducirlo a una muerte segura.

—La época de la nieve se acerca, y también moriremos si no encontramos un refugio.

—Sí, lo sé —suspiró Nube De Plata.

—Yo no quería peregrinar hasta aquí, ¿te acuerdas? —dijo Mujer Divina—. Dije que no era necesario desandar el camino para conocer la voluntad de la Diosa, pero Guardiana Del Pasado me convenció de que te hiciera caso.

—Me acuerdo —respondió Nube De Plata—. Ahora, da igual. Estamos aquí. ¿Crees que podemos irnos sin hablar con la Diosa?

—Es posible que la Diosa ya haya hablado, para comunicarnos que somos unos idiotas conducidos por un idiota, y por tanto merecemos morir. En tal caso, es mejor

morir luchando contra el enemigo que morir discutiendo mientras la nieve se amontona a nuestro alrededor. Tal vez pienses...

—¡Mira! —la interrumpió La Que Sabe—. ¡Un Otro se acerca para hablar con nosotros!

Nube De Plata se volvió, asombrado. Sí, en efecto; un guerrero alto y joven, armado con una lanza que llevaba atada en la punta una cinta de piel roja, había salido del campamento y se dirigía hacia ellos. Cuando el enviado dejó atrás la zona del altar, Montaña Rota, que montaba guardia, se encrespó y levantó su arma. El Otro emitió uno de los ruidos con que se expresaba su raza y continuó caminando sin detenerse.

Ojo Llameante y Árbol De Lobos salieron del campamento y señalaron al Otro con el dedo, como si pensarán que Nube De Plata no le había visto. Blandieron su lanzas e indicaron por señas que se disponían a atacarle. Nube De Plata rechazó su acción con un gesto de cólera. ¿Acaso suponían que un sólo hombre venía en son de guerra? Quería hablar, eso era evidente.

«¿Cómo voy a hablar con un Otro?», se preguntó Nube De Plata.

El enviado caminó en zigzag sobre la tierra cubierta de nieve y rodeó los puntos en que el agua subterránea había empapado el suelo. Llegó al lugar donde Nube De Plata esperaba, acompañado de La Que Sabe y Mujer Divina. Elevó la lanza, en lo que sólo podía ser un gesto de saludo, y la movió con solemnidad de un lado a otro.

Nube De Plata levantó su lanza un poco, en respuesta al saludo, y la volvió a bajar, intrigado.

El Otro emitió unos sonidos que a Nube De Plata se le antojaron los gruñidos de un animal herido.

—¿Crees que le pasa algo? —preguntó a La Que Sabe.

—Está diciendo algo. Es su forma de hablar.

—¿A eso le llamas hablar? Son simples ruidos.

—Es su forma de hablar —repitió La Que Sabe—. Estoy segura.

—Muy bien —dijo Nube De Plata—. En ese caso, explícame lo que intenta decir.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Eres La Que Sabe. Así te haces llamar.

—Sólo sé lo que sé. El idioma de los Otros es algo que desconozco.

—Ah —dijo Nube De Plata—. ¡De modo que desconoces ciertas cosas! Es la primera vez que te oigo admitirlo, La Que Sabe.

El Otro volvió a hablar. Tenía voz muy aguda, y aparentaba hacer un gran esfuerzo por hacerse entender, como si estuviera hablando con niños, pero no lo logró. Nube De Plata le miró con atención, siguió los movimientos de su boca, pero no consiguió descifrar ni una palabra inteligible. Los sonidos que emitía el Otro no eran palabras.

—¿Quieres hacer el favor de hablar bien? —dijo Nube De Plata—. Si continuas gimiendo así, no podré entenderte.

El Otro se inclinó hacia delante, acercó más la cabeza a Nube De Plata y se puso una mano detrás de la oreja, como si estuviera sordo, aunque Nube De Plata había hablado en voz muy alta. Era una postura muy extraña. El Otro era altísimo, increíblemente alto, la cabeza casi le llegaba al cielo, y cuando se inclinó hacia delante recordó a un ave zancuda de los pantanos. Nube De Plata le contempló fascinado. ¿Cómo mantenía el equilibrio? ¿Cómo era posible que no se cayera, sostenido sobre unas piernas tan largas y delgadas? ¿Por qué no se partía en dos al moverse? Y mira que era feo... Aquella piel pálida, como la de un fantasma, la forma en que su cara sobresalía por debajo de la boca, las facciones tan diminutas...

—¡Quieres hacer el favor de hablar bien, repito! ¡Habla con palabras, si quieres que te entienda!

—Ésas son sus palabras —dijo de pronto La Que Sabe, con una extraña expresión en el rostro, la de alguien que acaba de comprender una verdad nueva y extraña—. Los Otros tienen un idioma diferente del nuestro.

—¿Cómo? —exclamó Nube De Plata, desconcertado—. ¿Qué quieres decir? Sólo existe un idioma, La Que Sabe. Las palabras se entienden, los ruidos no. No entendemos lo que dice, lo cual significa que sus sonidos son simples ruidos. ¿Cómo quieres que exista más de un idioma? El cielo es el cielo. Una montaña es una montaña. El agua es agua, la nieve es nieve. Todo el mundo lo sabe. ¿Cómo quieres que alguien las llame de otra manera?

—Dos pueblos, dos idiomas. Un idioma para nosotros, uno diferente para ellos...

La idea provocó un inmediato dolor de cabeza a Nube De Plata. No carecía de cierto sentido, admitió (dos pueblos, dos idiomas, ¿por qué no?), pero en ese momento era muy difícil pensar en algo así. Las ideas necesitaban tiempo y tranquilidad para ser meditadas. Dejó el problema para más adelante y miró al Otro.

Habló de nuevo, de una manera tan incomprensible como antes, Esta vez acompañándose de gestos, como si intentara escenificar el mensaje que había venido a transmitir, al ver que hablar no servía de nada. Señaló el altar con la lanza envuelta en piel; señaló hacia el país montañoso del este, del que había venido el Pueblo; señaló al oeste, a las tierras que corrían hacia el mar, en poder ahora de los Otros. Señaló al altar por segunda vez. Señaló a Nube De Plata, y se señaló a sí mismo. Señaló al altar.

—¿Entiendes algo, Mujer Divina? —preguntó Nube De Plata.

—Quiere que nos marchemos, para apoderarse del altar —respondió ella.

Nube De Plata no estaba tan seguro. Demasiados gestos. Si él se hubiera acercado a los Otros para decirles que se marcharan, habría señalado al altar y a los Otros, luego a las tierras del oeste, y luego habría hecho un ademán para indicarles que debían volver sobre sus pasos. Cualquiera ser inteligente lo habría entendido.

De hecho, ¿por qué no probarlo? Lo hizo.

El Otro le miró como a un niño que hubiera interrumpido una sensata conversación entre adultos. Cuando Nube De Plata terminó, el Otro respondió

mediante la repetición de sus gestos anteriores.

—Creo que intenta decirnos que compartamos el altar —dijo La Que Sabe—, para que su pueblo y el nuestro rindamos culto juntos.

—¿Compartir el altar con inmundicia? —se escandalizó Mujer Divina—. ¡El altar es nuestro!

—¿Me estás diciendo eso? —preguntó Nube De Plata al Otro, hablando con mucha lentitud, casi a voz en grito—. ¿Crees que podemos compartir el uso del altar? No lo dirás en serio. Es un altar de la Diosa. No sois el pueblo de la Diosa... ¿o sí?

Aguardó una respuesta comprensible; pero el Otro volvió a hablar de forma incomprensible. Repitió los gestos con la lanza una vez más.

—Es inútil —dijo Nube De Plata—. Inútil, inútil, inútil. Yo no te entiendo y tú no me entiendes. No hay duda. La Que Sabe y Mujer Divina creen que te entienden, pero no es cierto. Sólo oyen lo que creen que dices.

—Podría sentarme con él y tratar de enseñarle nuestro idioma —se ofreció La Que Sabe—, o puede que aprendiera el suyo.

—Aléjate de él —dijo Mujer Divina—. Está sucio, y pisamos tierra sagrada.

—Pero si pudiéramos hablar con...

—Es inútil —interrumpió Nube De Plata—. Incluso si esos ruidos son un idioma, nunca lo aprenderías. Sería como sentarse con un oso para intentar comprender los ruidos de los osos, o para enseñar a hablar a un oso. Es imposible.

—Los viejos siempre dicen que ciertas cosas son imposibles —replicó La Que Sabe.

—¿Viejo? ¿Viejo? —gritó Nube De Plata.

El Otro repitió sus gestos y ruidos, tal vez en un último intento de transmitir su mensaje a Nube De Plata. Fue tan incomprensible como antes. Una inmensa tristeza se abatió sobre Nube De Plata, no sólo porque La Que Sabe le hubiera llamado viejo, por el terrible dolor de su pierna, o porque se acercaba la época de la nieve y el Pueblo aún no había encontrado su campamento de invierno. No, era porque ese hombre extraño, parecido a una cigüeña, había acudido a él probablemente con un mensaje de paz, y no podía ni entenderle ni hacerse entender, de modo que el punto muerto se prolongaría. Era como si entre ambos se alzara un muro de piedra infranqueable, que impidiera toda comunicación.

El Otro terminó su discurso y esperó.

—Lo siento —dijo Nube De Plata—. No te entiendo. El problema es que no hablo tu idioma, y creo que tú no hablas el mío.

—¡Reconoces que es un idioma, por lo tanto! —exclamó La Que Sabe con tono triunfal.

—Sí —admitió Nube De Plata, sombrío—. Aunque no sirva de nada.

La «conversación» terminó. El Otro, con expresión irritada y arisca, dio media vuelta y regresó de prisa hacia su campamento. Nube De Plata le observó alejarse, asombrado por la forma de andar del hombre, como si fuera a descoyuntarse de un

momento a otro. Le parecía portentoso que sus brazos y piernas no se desprendieran mientras andaba, de lo mal articulados que estaban, o que la cabeza siguiera sujeta al endeble cuello. Nube De Plata sintió una oleada de agradecimiento hacia su cuerpo fuerte y robusto, aunque últimamente estuviera asediado por el cansancio y los dolores. Le había servido bien durante muchos años. Aquel cuerpo era obra de la Diosa. Se compadeció de la fragilidad y fealdad de los Otros. Cuando el enviado de los Otros pasó junto a la zona custodiada, Montaña Rota agitó la lanza en su dirección y lanzó un siseo de desafío. El Otro no le hizo caso. Montaña Rota miró a Nube De Plata para recibir órdenes, pero Nube De Plata meneó la cabeza en señal de que le dejara en paz. El Otro desapareció en el lejano campamento de su pueblo.

No se había logrado nada.

Nube De Plata se sentía abrumado por las dudas. Desde hacía un tiempo, nada le salía bien. No habían rendido adoración a la Diosa, un niño se había desvanecido en el aire, el altar que habían venido a venerar desde tan lejos era inaccesible, y el tiempo se les estaba echando encima. Para colmo, parlamentar no había servido de nada. La Que Sabe tenía razón, como de costumbre, aunque él odiara admitirlo: era demasiado viejo para el cargo. Había llegado el momento de apartarse, de permitir que la Sociedad de Ejecutores cumpliera su tarea, de sumergirse en el sueño eterno.

Ojo Llameante ocuparía su lugar. Que Ojo Llameante se preocupara de los problemas.

El pensamiento le encolerizó al instante. ¿Ojo Llameante? Un idiota. Haría idioteces, como cabía esperar de un idiota. Sería un pecado entregar la tribu a Ojo Llameante.

¿Quién, pues? ¿Montaña Rota? ¿Árbol De Lobos? ¿Antílope Joven?

Todos idiotas. No podía entregar la tribu a ninguno de ellos. Tal vez se librarían de su estupidez algún día, pero no era muy probable.

Entonces, ¿quién me sustituirá?

Que la Diosa decida, se dijo Nube De Plata. Cuando yo me haya ido. Será su problema, no el mío.

No renunciaría. Aguardaría a que la muerte le reclamara. Sabía que también él era un idiota (de lo contrario, no estaría metido en ese embrollo), pero al menos no era tan idiota como los jóvenes, y continuaría como jefe un tiempo más.

—¿Qué vas a hacer ahora, Nube De Plata? —preguntó La Que Sabe.

—Nada —contestó—. ¿Qué se puede hacer?

Volvió al campamento y se sentó junto al fuego. Una niña se acercó (no recordó su nombre) y se apretó contra él, y los dos contemplaron las llamas durante un rato. La presencia de la niña alivió algo su tristeza. Tal vez algún día, mucho después de su muerte, el Pueblo de mañana surgiría de esa niña. Un pensamiento reconfortante: los jefes morirían, los guerreros morirían, todo el mundo moriría tarde o temprano, pero el Pueblo continuaría adelante, hasta perderse en el tiempo, un mundo sin fin. Sí. Sí. No debía olvidarlo.

Al cabo de poco rato, empezó a nevar, y no paró hasta bien entrada la noche.

Capítulo IX

CONVERTIRSE

Tres días después, Hoskins pasó a visitar a la señorita Fellowes.

—Todo ha salido bien. Mi mujer ya no pone objeciones a que Jerry venga a jugar con Timmie, y Ned Cassiday ha redactado el borrador de un acuerdo de responsabilidad civil que, en su opinión, tendrá carácter legal.

—¿Responsabilidad? ¿De qué, doctor Hoskins?

—De daños eventuales.

—Que Timmie dañe a Jerry, quiere decir.

—Sí —admitió Hoskins con aquel tono de voz pusilánime.

La señorita Fellowes se encrespó.

—Dígame, ¿piensa en serio que pueda ocurrir? ¿Y su mujer?

—Si esa posibilidad nos preocupara de verdad, no habríamos ofrecido a Jerry como compañero de juegos de Timmie. Mi mujer abrigaba dudas al principio, como ya sabe, pero Timmie no tardó mucho en ganársela. De todos modos, siempre existe la posibilidad, cuando se juntan dos niños que no se conocen, de que uno le coja manía al otro, señorita Fellowes. No es necesario que se lo recuerde, estoy seguro.

—Por supuesto, pero los padres no suelen contratar seguros de responsabilidad civil cuando permiten a sus hijos ir a jugar con otros niños.

Hoskins rió.

—No lo entiende. No somos nosotros los que hemos contratado ese seguro, sino la empresa. Annette y yo somos los que garantizamos a la empresa que no emprenderemos acciones legales contra Tecnologías Estasis S.L., si algo ocurriera. Es una renuncia a la responsabilidad, señorita Fellowes.

—Oh —exclamó ella débilmente—. Entiendo. ¿Cuándo vendrá Jerry?

—¿Qué le parece mañana por la mañana?

La señorita Fellowes esperó a la hora del desayuno para decírselo. No se lo quiso revelar la noche anterior, para evitar que la excitación impidiera dormir a Timmie y la llegada de Jerry le sorprendiera nervioso e imprevisible.

—Hoy vendrá un amigo, Timmie.

—¿Un amigo?

—Otro niño. Vendrá a jugar contigo.

—¿Un niño como yo?

—Como tú, sí. —En todos los aspectos importantes, se dijo con energía la señorita Fellowes—. Se llama Jerry. Es el hijo del doctor Hoskins.

—¿Hijo?

Timmie le dirigió una mirada confusa.

—El doctor Hoskins es su padre —explicó, como si sirviera de algo.

—Padre.

—Padre, hijo. —Levantó la mano, y luego la bajó—. El padre es el hombre grande. El hijo es el niño pequeño.

Timmie seguía aturdido. Muchos conceptos básicos de la vida, asumidos por todo el mundo, le resultaban ajenos por culpa del tiempo que había pasado aislado en la burbuja de Estasis. En todo caso, sabía qué eran los padres. ¿O lo había olvidado? No por primera vez, la señorita Fellowes sintió un intenso odio hacia Gerald Hoskins y todas las personas relacionadas con Tecnologías Estasis S.L., por haber apartado al niño de su tiempo y lugar. Casi estaba de acuerdo con las huestes de Bruce Mannheim en que el niño había sido sometido a malos tratos muy sofisticados.

Rebuscó en el montón de libros de Timmie y encontró uno de sus favoritos, la historia de Guillermo Tell. Ignoraba qué sentido encontraba en el relato, pero era un libro profusamente ilustrado y el niño no paraba de examinarlo y de recorrer con los dedos las llamativas ilustraciones. Lo abrió por la lámina a doble página que plasmaba a Guillermo Tell en el momento de atravesar con una flecha la manzana apoyada sobre la cabeza de su hijo. Señaló con el dedo al ballestero, ataviado con su indumentaria medieval, y después a su hijo.

—Padre, hijo; padre, hijo.

Timmie asintió con gravedad.

¿En qué estaba pensando?, se preguntó la mujer. ¿Que el doctor Hoskins era un hombre apuesto, de largo cabello rubio y extraña vestimenta, que llevaba un curioso aparato debajo del brazo, o que iba a venir alguien para atravesar manzanas apoyadas sobre su cabeza? Quizás había cometido un error al introducir en aquel momento conceptos abstractos como «padre» e «hijo».

Bien, lo único importante era que Timmie tendría un amigo pronto.

—Llegará después de desayunar —dijo la señorita Fellowes—. Es un niño muy bueno. —Deseó con toda su alma que fuera cierto—. Y tú también le demostrarás que eres un niño bueno, ¿verdad?

—Niño bueno. Sí.

—Serás su amigo. Él será tu amigo.

—Amigo. Niño bueno.

Sus ojos brillaban. ¿Lo había comprendido? ¿Comprendía algo de lo que estaba pasando?

Su inquietud aumentó a medida que se acercaba el momento. Imaginó toda clase de problemas que no se le habían ocurrido antes.

«Basta —se dijo—. Hace meses que lo deseabas, y ahora, por fin, va a suceder. No hay nada de que preocuparse. Nada».

—¿Señorita Fellowes?

La voz de Hoskins, por el interfono.

—Ya están aquí —dijo a Timmie—. ¡Jerry está aquí!

Para su sorpresa, Timmie corrió hacia el cuarto de juegos y entornó la puerta. Parecía inquieto. No es una buena señal, pensó.

—Timmie...

En ese momento, toda la familia Hoskins apareció en el umbral de la burbuja de Estasis.

—Éste es mi hijo Jerry —dijo Hoskins—. Saluda a la señorita Fellowes, Jerry.

Era un niño de cara redonda, ojos grandes, mejillas pálidas y fofas, y revuelto cabello castaño, aferrado a la falda de Annette Hoskins. Se parecía mucho a su padre; una versión de Gerald Hoskins con cinco años de edad, en efecto.

—Saluda —repitió Hoskins a su hijo con tono algo ominoso.

—Hola.

Apenas se le oyó. Jerry se envolvió un poco más en los pliegues de la falda maternal.

La señorita Fellowes le dedicó su más cálida e invitadora sonrisa.

—Hola, Jerry. ¿Quieres entrar? Aquí vive Timmie. Timmie va a ser tu amigo.

Jerry la miró como si sólo pensara en huir de allí.

—Hazle entrar —dijo Hoskins a su mujer, impaciente.

La mujer cogió al niño en brazos (con visible esfuerzo; Jerry era grande para su edad) y traspuso el umbral. Jerry se estremeció cuando notó las sensaciones de la Estasis.

—Está nervioso, Gerald —dijo la señora Hoskins.

—Ya lo veo. Tardará un poco en tranquilizarse. Bájale.

Los ojos de Annette Hoskins escudriñaron la habitación. Los músculos de sus brazos se veían muy tensos. Aunque Timmie se la hubiera ganado en su visita anterior, ahora parecía más aprensiva. Su precioso niño, indefenso en la jaula del niño-mono...

—Bájale, Annette.

La mujer lo hizo. El niño se apretó contra ella, y miró con preocupación al par de ojos que le observaban desde la habitación contigua.

—Sal, Timmie —dijo la señorita Fellowes—. Éste es tu nuevo amigo. Jerry tiene muchas ganas de conocerte. No tengas miedo.

Timmie salió con cautela. Jerry se sacudió. Hoskins desenganchó los dedos de Jerry de la falda de su madre.

—Apártate, Annette —susurró—. Deja en paz a los niños, por el amor de Dios.

Los niños se quedaron frente a frente, casi tocándose la cara. Si bien Jerry era, casi con seguridad, unos meses menor que Timmie, le sobrepasaba en uno o dos centímetros de estatura. Frente al cuerpo erguido y la cabeza bien proporcionada de Jerry, la grotesca apariencia de Timmie se hizo tan pronunciada a los ojos de la señorita Fellowes como el primer día.

Los labios de la señorita Fellowes temblaron.

Los niños se miraron mutuamente en silencio. Fue el pequeño neandertal quien habló primero, con su voz atiplada.

—Me llamo Timmie.

Lanzó la cabeza hacia delante, como para examinar las facciones del otro.

Jerry, sobresaltado, respondió con un vigoroso empujón, y Timmie dio con sus huesos en tierra. Los dos se pusieron a llorar. La señora Hoskins cogió a su hijo, mientras la señorita Fellowes, roja de rabia reprimida, ayudaba a Timmie a levantarse y le consolaba. «¡El muy animal! —pensó—. ¡Bestia salvaje!».

Sabía que se estaba pasando. Timmie había asustado a Jerry, y éste se había defendido de la única manera que sabía. No había ocurrido nada anormal. Tenía que haber esperado algo por el estilo, al menos al principio, se dijo.

—Bien —dijo Hoskins—. ¡Bien!

—Sabía que no era una buena idea —dijo Annette Hoskins—. No se caen bien instintivamente.

—No es instintivo —afirmó la señorita Fellowes.

—No —corroboró Hoskins—. No es instintivo, del mismo modo que no lo es cuando dos niños no se caen bien a primera vista. Baja a Jerry y dejemos que se vaya acostumbrando a la situación.

—¿Y si ese niño de las cavernas le devuelve el golpe?

—No me extrañaría nada que lo hiciera —dijo Hoskins—, pero el chico sabe cuidar de sí mismo, y si no, ya es hora de que empiece a aprender.

Annette Hoskins no parecía muy convencida.

—De hecho —continuó su marido—, creo que lo mejor será que tú y yo nos marchemos. Si surgen problemas, la señorita Fellowes se encargará de resolverlos. Que traiga a Jerry a mi despacho dentro de una hora o así, y yo me encargaré de que le acompañen a casa.

Fue una hora bastante larga. Timmie se retiró al extremo más alejado de la habitación y miró con rencor a Jerry, como si quisiera borrarle del universo mediante la intensidad de su mirada. Había decidido no buscar refugio en la habitación posterior, como hacía a menudo cuando se sentía turbado, como si pensara que era imprudente retroceder y dejar en manos del enemigo la sección delantera de sus dominios.

En cuanto a Jerry, se acurrucó en el extremo opuesto de la habitación y se puso a gritar como un poseso, llamando a su madre. Tenía un aspecto tan desdichado que la señorita Fellowes, aun a riesgo de aumentar el malhumor de Timmie, se acercó y le aseguró que su madre estaba cerca, que no le había abandonado, y que no tardaría en volver a verla.

—¡La quiero ahora! —chilló Jerry.

«Igual crees que te han dejado en esta habitación para siempre, ¿verdad, pequeño? Sólo Timmie y tú, encerrados en esta casa de muñecas. Y detestas la idea. Por supuesto. Al igual que Timmie».

—¡Mi casa! —dijo Jerry—. ¡Ahora!

—Pronto volverás a casa, Jerry —dijo la mujer—. Sólo has venido de visita.

Se precipitó hacia ella con los puños cerrados.

—No. —La señorita Fellowes lo asió hábilmente por el cinturón y le mantuvo a raya, mientras el niño manoteaba en vano—. ¡No, Jerry! ¡No pegues! ¿Quieres un caramelo?

—¡No, no, no!

La señorita Fellowes rió.

—Pues yo creo que sí. Quédate donde estás y te traeré uno.

Sacó los caramelos de su lugar secreto, pues ya había comprobado que Timmie atacaba las provisiones siempre que las tenía a mano, y cogió uno enorme y verde, casi demasiado grande para la boca del niño.

Jerry abrió los ojos de par en par y dejó de aullar al instante.

—Ya me parecía a mí —dijo la señorita Fellowes, con una sonrisa. Le dio el caramelo, y Jerry se lo metió en la boca sin la menor dificultad.

Timmie emitió un gruñido.

—Sí, lo sé, tú también quieres uno. No me he olvidado de ti, Timmie.

Cogió otro, de color naranja, y se lo tendió. Timmie se lo arrebató con la ferocidad de un animal enjaulado.

La señorita Fellowes le dirigió una mirada de preocupación. No había esperado que la visita discurriera por cauces de serenidad, pero estas señales de vuelta al salvajismo la turbaban.

¿Salvajismo? No, pensó. Era una interpretación demasiado dura del

comportamiento de Timmie. Jerry había asestado el primer golpe, se recordó. Timmie se había presentado a Jerry con educación, de una manera civilizada. Y Jerry le había empujado. Quizá Timmie había pensado que emitir gruñidos salvajes era la única respuesta sensata a tal comportamiento.

Los niños se miraron por encima de los caramelos desde los extremos de la habitación.

La primera hora no iba a ser muy divertida para nadie, pensó la señorita Fellowes.

La situación no era nueva para ella, ni tampoco amedrentadora. Había presenciado muchas batallas entre niños enfurecidos, que solían dar paso a una tregua, y después a la amistad. La paciencia era la respuesta; en el trato con niños, casi siempre lo era. Con el tiempo, estos problemas se solucionaban por sí solos.

—¿Queréis bloques? —preguntó—. Timmie, ¿quieres jugar con tus bloques?

Timmie le dedicó una oscura y hosca mirada, más o menos de aceptación, decidió ella.

—Bien —dijo.

Entró en la otra habitación y sacó los cubos, objetos de diseño, cubos de elegante acabado que emitían un campanilleo al ponerse en contacto las caras de colores similares. La señorita Fellowes los dejó en el centro de la sala.

—¿Te importa que Jerry juegue con tus cubos, Timmie?

Timmie lanzó un gruñido.

—No te importa. ¡Buen chico! Sabía que estarías de acuerdo. Ven, Jerry. Timmie te deja jugar con sus bloques.

Jerry se acercó, vacilante. Timmie ya estaba sentado en el suelo, eligiendo los bloques que más le gustaban. Jerry le observó con cautela desde una prudente distancia. La señorita Fellowes se colocó detrás de él y le empujó suave pero firmemente hacia los bloques.

—Juega con los bloques, Jerry. Adelante. A Timmie no le importa.

La miró con la expresión de abrigar serias dudas al respecto.

Después, escogió un bloque con precaución. Timmie emitió un gruñido bajo, pero se quedó quieto cuando la señorita Fellowes le dirigió una rápida mirada de advertencia, Jerry cogió otro bloque. Otro. Timmie cogió dos y los ocultó detrás de él. Jerry cogió un tercer bloque.

A los pocos instantes, el montón de bloques había sido dividido por la mitad, más o menos, y Timmie jugaba con un grupo en un lado de la habitación, mientras Jerry manipulaba los otros en el extremo opuesto, cerca de la puerta. Los dos niños se ignoraban mutuamente, como si vivieran en planetas diferentes. No establecieron el menor contacto, ni tan sólo una mirada furtiva.

Pero al menos estaban jugando con la misma colección de bloques, pensó la señorita Fellowes. Ya era un paso.

Les dejó jugar sin intervenir. De vez en cuando levantaba la vista para comprobar si alguno había pensado en cruzar la frontera invisible que les separaba, pero no:

seguían absortos en sus respectivos juegos. Hacían tales esfuerzos por no prestarse atención que debía de ser bastante duro para ellos. Timmie había emparejado todos sus bloques, disponiéndolos en un cuadrado irregular, con los extremos abiertos en dos esquinas. Jerry había reunido sus bloques de una forma mucho más complicada, agrupándolos hasta formar una pirámide perfecta, tras una serie de tentativas fallidas.

La mayor complejidad de esta disposición descorazonó un poco a la señorita Fellowes. ¿Otro ejemplo de la superioridad del Homo sapiens sapiens sobre el Homo sapiens neanderthalensis? Tal vez, pero cabía la posibilidad de que Jerry tuviera en casa un juego de cubos igual, y que su padre (el científico, el físico) le hubiera enseñado a agruparlos en forma de pirámide. Timmie, el pobre huérfano de padre, carecía de esta ventaja. La señorita Fellowes no le había enseñado el arte de apilar cubos. Jamás se le había ocurrido. Se había sentido bastante satisfecha de que Timmie hubiera aprendido a jugar con los bloques solo, casi por instinto. Ahora, abatida por el relativo fracaso intelectual de Timmie, quiso pensar que el doctor Hoskins había dedicado grandes esfuerzos a consolidar la maestría de Jerry en la construcción de cubos. Ojalá.

—¿Queréis un poco de leche, niños? —preguntó, cuando la hora estaba a punto de expirar. Quisieron, pero no se mostraron por ello más sociables que antes. Cada uno regresó a su rincón para beberla. La señorita Fellowes observó con desagrado que Jerry sostenía el vaso con mayor destreza que Timmie.

«Basta —se ordenó con severidad—. Jerry ha gozado de todo tipo de oportunidades para aprender cosas, al contrario de Timmie, No cayó por casualidad de este mundo a la edad de cuatro años sin saber hacer nada».

Aun así, no se había quitado la sensación de decepción cuando acompañó a Jerry al despacho de Hoskins.

—Bien, ¿cómo ha ido? —preguntó éste.

—Ha sido un principio. Sólo un principio, pero había que empezar de alguna manera.

—¿Más peleas?

—No. —Habló de los bloques, silenciando la aparente superioridad de Jerry como arquitecto—. Se toleraron mutuamente. Es la mejor manera de describirlo. Timmie se quedó en una zona y Jerry en otra. Tardarán un poco en apreciarse.

—Sí, estoy seguro.

Parecía indiferente por completo, casi ansioso de que se marchara. La señorita Fellowes observó que no había dirigido la palabra a su hijo desde que el niño había entrado en el despacho.

Había toda clase de documentos esparcidos sobre el escritorio de Hoskins: fotocopias, fragmentos de cintas de vídeo, un montón de discos de datos.

—¿Un nuevo experimento? —sugirió la señorita Fellowes.

—Pues sí. Mejor dicho, una mejora sustancial en uno antiguo. Se han realizado importantes adelantos en la recogida a corta distancia. Estamos a punto de lograr la

detección intertemporal a una distancia muy corta.

—Intertemp...

—Estrechando los límites de nuestro alcance. Nos movemos dentro de los límites de diez mil años, y da la impresión de que conseguiremos una mejora cuantitativa de varias magnitudes en el siguiente paso.

La señorita Fellowes, cuyos pensamientos seguían centrados en Timmie y Jerry, Jerry y Timmie, le miró sin comprender.

Hoskins prosiguió, muy animado.

—Es decir, podremos retroceder en el tiempo hasta sólo mil años, o menos, señorita Fellowes. Pero la cosa no acaba ahí. Estamos superando nuestras limitaciones de masa. El antiguo límite de cuarenta kilos está a punto de convertirse en algo anacrónico. Creemos que nuestras posibilidades tienden ahora hacia los ochenta; incluso cien kilos.

—Me alegro mucho por usted, doctor Hoskins.

Lo dijo sin la menor calidez en la voz, pero Hoskins no dio señales de observarlo.

—Sí. Gracias, señorita Fellowes. —Hoskins miró a su hijo, como si reparara en su presencia por primera vez, y con un lacónico ademán le indicó que se acercara—. Bien, tendremos que traer a Jerry dentro de un par de días, a ver si las cosas funcionan mejor la próxima vez.

—Sí. Sí, por supuesto.

Vaciló.

—¿Algo más? —preguntó Hoskins.

Sí, desde luego. Deseaba agradecerle que hubiera cedido a su propio hijo para la experiencia de jugar con Timmie, aunque no hubiera resultado demasiado bien. Sabía que las tensiones iniciales se suavizarían, que los miedos e incertidumbres desaparecerían con el curso del tiempo, que los chicos llegarían a ser amigos. Así lo apuntaba el hecho de que Timmie hubiera accedido a compartir sus bloques, si bien de mala gana. Timmie necesitaba más que nada un amigo. A medida que pasara el tiempo, la presencia de Jerry obraría maravillas en Timmie, quien descubriría un mundo nuevo, se comunicaría con un igual y se convertiría en la persona que debía ser. Sí. Al final, Timmie podría convertirse en Timmie. No lo haría viviendo solo, pese a sus amorosos cuidados. La señorita Fellowes se sentía muy agradecida hacia Hoskins, casi emocionalmente agradecida, por haber traído a Jerry.

Pero no pudo decírselo. Buscó formas de darle las gracias, pero su seriedad, su lejanía, su preocupación por el nuevo experimento, la disuadieron. Quizá recordaba todavía el día en que habían comido juntos, cuando ella le había hablado como si fuera el padre de Timmie, en todos los sentidos excepto el biológico, y le tildó de cruel por negarle un compañero, afirmando que estaba en deuda con el crío. En respuesta, había traído a su propio hijo, tal vez para demostrar que era como un padre para Timmie, aunque en realidad no lo era. ¡Las dos cosas al mismo tiempo! Y con toda clase de resentimientos sepultados en juego.

—Estoy muy contenta de que haya permitido venir a su hijo —se limitó a decir—. Gracias. Muchas gracias, doctor Hoskins.

—De nada —se limitó a decir él—. De nada, señorita Fellowes.

Se convirtió en una rutina. Jerry volvió tres días después, y luego, cuatro días más tarde. La segunda visita duró tanto como la primera; la tercera se alargó dos horas, y así fue en lo sucesivo.

No se repitieron las miradas y empujones de la primera visita. Los dos niños se observaron con cierta hosquedad cuando Jerry (sin sus padres) atravesó la barrera de Estasis por segunda vez.

—Ha venido tu amigo Jerry otra vez, Timmie —se apresuró a decir la señorita Fellowes, y Timmie asintió con la cabeza, aceptando la presencia de Jerry, sin mostrarse hostil, como una faceta más de la vida en la burbuja, al igual que las visitas de los antropólogos o las pruebas a que le sometía el doctor Jacobs.

—Di «Hola», Timmie.

—Hola.

—¿Jerry?

—Hola, Timmie.

—Di «Hola, Jerry», ¿eh, Timmie?

Una pausa.

—Hola, Jerry.

—Hola, Timmie.

—Hola, Jerry.

—Hola, Timmie.

—Hola, Jerry.

No había forma de que pararan. Se había convertido en un juego. Se echaron a reír. La señorita Fellowes experimentó una grata sensación de alivio. Los niños capaces de hacer tonterías juntos no solían liarse a bofetadas en cuanto los mayores les daban la espalda. Los niños que se hacían reír mutuamente no se odiaban.

—Hola, Timmie.

—Hola, Jerry.

—Hola...

Y otra cosa. Por lo visto, a Jerry no le costaba nada entender lo que Timmie decía. Cierto que aquel «Hola, Jerry» no comportaba sonidos muy complicados, pero muchos visitantes adultos no habían entendido ni una sílaba de lo que decía Timmie. Jerry carecía de prejuicios adultos sobre pronunciación y articulación. La forma de hablar de Timmie no tenía misterios para él.

—¿Queréis jugar otra vez con los bloques? —preguntó la señorita Fellowes.

Asentimientos entusiastas. Los sacó de la otra habitación y los dejó caer en el suelo.

Los niños dividieron los bloques en dos partes más o menos iguales. Cada uno se

puso a trabajar en su propio montón, pero esta vez no se refugiaron en extremos opuestos de la habitación. Trabajaron codo con codo, en silencio, sin prestar excesiva atención a lo que el otro hacía, pero sin preocuparse por la proximidad del compañero.

Bien. Bien.

Lo que no estaba tan bien era que la división de los bloques no era tan equitativa como la primera vez. Jerry se había apropiado de más de la mitad, casi de las dos terceras partes, en realidad. Volvió a agruparlos en forma de pirámide, llevando a cabo la construcción con mayor facilidad, ya que contaba con más elementos.

En cuanto a Timmie, intentaba construir algo en forma de X, pero no tenía suficientes bloques para conseguirlo. La señorita Fellowes vio que observaba con aire pensativo el montón de Jerry, y se dispuso a intervenir si surgía una disputa, pero Timmie no cogió ningún bloque de Jerry; se contentó con contemplarlos.

¿Una alentadora señal de autodominio? ¿La cortesía del niño bien educado hacia su invitado?

¿O había algo preocupante en la reticencia de Timmie a coger los bloques de Jerry? Porque Timmie no era un niño bien educado. La señorita Fellowes no se hacía ilusiones al respecto. Le había enseñado con toda su destreza y diligencia a ser cortés y deferente, pero sería absurdo creer que Timmie era un modelo de buena conducta. Procedía de una sociedad primitiva cuya forma de comportamiento era desconocida, y después de haber sido secuestrado de su tribu le habían obligado a vivir aislado en la burbuja de Estasis, lo cual le había impedido desarrollar muchos rasgos sociales que los niños normales de su edad ya habían adquirido. Y los niños normales de su edad no eran tan educados.

Si Timmie no cogía los bloques de Jerry (sus bloques, al fin y al cabo), tal vez no se debía a que fuera un niño muy bien educado, sino a que Jerry le intimidaba. Tenía miedo de coger los bloques, como lo tendría cualquier niño de su edad.

¿Había intimidado tanto a Timmie aquel empujón de la primera visita?

¿O había algo más, algo más profundo, más oscuro, algo perdido en la historia olvidada de los tiempos primitivos de la raza humana?

Una noche, después de que Timmie se hubiera retirado a su habitación, el teléfono sonó.

—Señorita Fellowes —dijo la voz de la centralita—, le paso una llamada de Bruce Mannheim.

La mujer enarcó las cejas. ¿Mannheim la llamaba? Nadie la llamaba nunca. Había elegido vivir aislada casi por completo del mundo exterior, para evitar ser molestada por los medios de comunicación, curiosos de todo tipo, chiflados y fanáticos, y por gente como... Bruce Mannheim. Y estaba al teléfono. ¿Cómo había logrado burlar la vigilancia de Hoskins? Decidió que llamaba con conocimiento y permiso de Hoskins.

—Hola, señor Mannheim. ¿Cómo está?

—Bien, señorita Fellowes, bien. El doctor Hoskins me ha dicho que Timmie ya tiene el compañero de juegos que necesita.

—En efecto. Es el propio hijo del doctor Hoskins, de hecho.

—Sí, lo sé. Pensamos que ha sido un detalle espléndido por parte del doctor Hoskins... ¿Cómo va todo, en su opinión?

La señorita Fellowes vaciló.

—Muy bien.

—¿Los chicos se llevan muy bien?

—Por supuesto. Al principio, surgieron los habituales recelos, más por parte de Jerry que de Timmie. Timmie se encariñó con Jerry en seguida, aunque nunca había visto a un niño de nuestra especie.

—¿Y Jerry? ¿No reaccionó tan bien, confrontado con un neandertal?

—No sé si el hecho de que Timmie sea un neandertal tiene algo que ver con ello. Se mostró inquieto, eso es todo. La típica reacción entre niños que acaban de conocerse, sin connotaciones antropológicas, a mi entender. Sólo unos empujoncitos. Podría haber ocurrido entre dos niños cualesquiera. Pero ya ha pasado. Se encuentran a gusto juntos.

—Me alegro de oírlo. ¿Timmie hace progresos?

—Cada vez más.

Se produjo una pausa. Esperaba que el defensor de los niños no le dijera que había conseguido permiso para visitar de nuevo la casa de muñecas y echar un vistazo al amiguito de Timmie. El niño no necesitaba más visitantes, y a la señorita Fellowes no le hacía ninguna gracia que un extraño como Mannheim merodeara en las cercanías mientras Timmie y Jerry estaban juntos. Su incipiente relación, si bien era tan pacífica como había dicho a Mannheim podía complicarse en presencia de un desconocido.

Por lo visto, Mannheim no pensaba venir.

—Sólo quiero decirle, señorita Fellowes, que estamos muy contentos de que una enfermera tan competente como usted cuide de Timmie.

—Es usted muy amable.

—El niño ha sufrido una experiencia aterradora y se está adaptando maravillosamente... hasta ahora. Casi todo el mérito es de usted.

¿Qué quería decir aquel «hasta ahora»?

—Todos habríamos preferido, desde luego, que Timmie hubiera seguido viviendo entre los suyos —continuó Mannheim—, pero como no tuvo otra elección, consuela saber que una mujer dedicada y entregada como usted se cuida de él y le proporciona todos los cuidados necesarios desde que llegó a nuestra época. Ha obrado usted prodigios. No se me ocurre otra palabra más apropiada.

—Es usted muy amable —repitió la señorita Fellowes, con menos entusiasmo que antes. Nunca le habían gustado mucho las alabanzas, y Mannheim se estaba pasando.

—La doctora Levien opina lo mismo.

—Ah. Ya. Me... alegre saberlo —añadió con frialdad.

—Me gustaría darle mi número —dijo Mannheim.

«¿Por qué?».

—Si es necesario, puedo localizarle por mediación del doctor Hoskins —contestó la señorita Fellowes.

—Sí, lo sé, pero tal vez llegue el momento en que necesite comunicarse conmigo de una manera más directa.

«¿Por qué? ¿Por qué? ¿De qué está hablando?».

—Bien, tal vez...

—Tengo la sensación de que usted y yo somos aliados en esta empresa, señorita Fellowes. Lo único que nos interesa, por encima de cualquier otra cosa, es el bienestar de Timmie. Independientemente de lo que sintamos acerca de las técnicas pedagógicas, la política, o lo que sea, ambos estamos preocupados por Timmie. Muy preocupados. De modo que, si necesita hablar conmigo sobre el bienestar de Timmie, si se produce algún cambio en la organización de Tecnologías Estasis S.L. que pueda perjudicar a Timmie...

«Ah. Quieres que espíe para ti».

—Estoy segura de que todo irá bien, señor Mannheim.

—Por supuesto. Por supuesto. Pero en cualquier caso...

Le dio su número. Ella lo escribió, sin saber por qué.

Por si acaso, se dijo la señorita Fellowes.

Por si acaso ¿qué?

—¿Vendrá Jerry hoy, señorita Fellowes? —preguntó Timmie.

—Mañana.

La decepción del niño quedó patente en las arrugas que surcaron su cara redonda, en el fruncimiento de ceño.

—¿Por qué hoy no?

—Hoy no es el día de Jerry, Timmie. Jerry... tiene que ir a otro sitio.

—¿Qué sitio?

—Un sitio —contestó, de forma deliberadamente vaga. ¿Cómo iba a describirle una guardería? ¿Qué pensaría Timmie al saber que otros niños, muchos, se reunían para jugar, para perseguirse a carcajadas por el patio, para pintarrajear hojas de papel con dedos gloriosamente manchados?—. Jerry vendrá mañana.

—Ojalá pudiera venir cada día.

—Sí, ojalá.

«¿De veras lo deseo? —pensó—. ¿De veras?».

El problema no residía en que Timmie tuviera un amigo, sino en que el amigo, a medida que iba pasando el tiempo, adquiriría mayor confianza y agresividad. Jerry había superado por completo su timidez inicial y se había convertido en el miembro dominante de la pareja.

Para empezar, era más grande que Timmie, y daba la impresión de que cada día crecía un poco más. Aventajaba en estatura a Timmie en unos cuatro centímetros, y también era más corpulento que él. Y más rápido y fuerte, y al parecer —a la señorita Fellowes le costaba asumir esta faceta— más inteligente. Jerry parecía dominar los juguetes nuevos con mayor rapidez que Timmie, y descubría posibilidades interesantes. Y cuando les daba pinturas, lápices o plastilina, Jerry no tardaba en crear dibujos y formas, en tanto Timmie sólo lograba desastres. Por lo visto, Timmie carecía de aptitudes artísticas, incluso de la mínima destreza que cabría esperar de cualquier niño razonablemente inteligente de su edad.

Claro que Jerry va a la guardería cada día, reflexionaba la señorita Fellowes. Allí le han enseñado todo lo referente al empleo de lápices, pinturas y plastilina.

Pero Timmie también los había tenido, mucho antes de que apareciera Jerry. Nunca había conseguido dominar la técnica, pero la señorita Fellowes no se había preocupado por ello. No había comparado a Timmie con ningún niño, y le disculpaba por las deficiencias de sus primeros años de vida.

Recordó lo que había leído en los libros que le había enviado el doctor McIntyre, sobre la ausencia total de ejemplos conocidos del arte neandertal. Ni pinturas rupestres, ni estatuillas, ni dibujos grabados en las paredes.

«¿Y si eran inferiores —pensó—, y por eso se extinguieron cuando aparecimos nosotros?».

La señorita Fellowes no quería pensar en eso.

Pero aquí estaba Jerry, pavoneándose dos veces a la semana como si fuera el amo del lugar. «Juguemos con los bloques», decía a Timmie, o «Pintemos», o «Miremos la ruedapantalla». Y Timmie aceptaba, sin jamás sugerir nada, siempre obedeciendo las instrucciones de Jerry. Éste lo había relegado a un papel completamente secundario. El único aspecto que consolaba a la señorita Fellowes era que, pese a las dificultades, Timmie anhelaba con creciente ansia las periódicas apariciones de su compañero de juegos.

«Jerry es lo único que tiene», se dijo apesadumbrada.

Y en una ocasión, mientras les observaba, pensó: los dos hijos de Hoskins, uno de su mujer, y otro de la Estasis.

Mientras que ella...

«Cielos —pensó, mientras se llevaba los puños a las sienes, avergonzada—.

¡Estoy celosa!».

Capítulo X

ALCANZAR

—Señorita Fellowes —dijo Timmie—, ¿cuándo empezaré a ir al colegio?

La pregunta, surgida de la nada, la golpeó con la fuerza de un rayo.

Contempló aquellos ansiosos ojos castaños alzados hacia ella y acarició su grueso y áspero cabello, mientras involuntariamente intentaba desenredarlo. El cabello de Timmie siempre estaba enmarañado. La señorita Fellowes lo cortaba, mientras el niño se movía bajo las tijeras. La idea de que viniera un peluquero le desagradaba y, en cualquier caso, su tosca técnica servía para disimular la frente huidiza y la protuberante parte posterior.

—¿Quién te ha hablado del colegio, Timmie? —preguntó con cautela.

—Jerry va al colegio.

«Por supuesto. ¿Quién, sino?».

—Jerry va a la guar-de-ría. —Timmie pronunció la larga palabra con lentitud e inusual precisión—. Sólo es uno de los muchos sitios a los que va. Va a la tienda con su madre. Va al cine. Al zoo. A muchos sitios que hay fuera. ¿Cuándo podré ir fuera, señorita Fellowes?

Un leve dolor estrujó el corazón de la señorita Fellowes.

Era inevitable que Jerry hablara con Timmie del mundo exterior, y ella lo sabía. Se comunicaban con libertad y facilidad; dos niños pequeños que se entendían sin la menor dificultad. Y Jerry, el emisario del mundo misterioso y prohibido que empezaba al otro lado de la puerta de la burbuja, tendría ganas de hablarle a Timmie sobre él. No había forma de evitarlo.

Y era un mundo en el que Timmie nunca podría entrar.

—¿Y por qué quieres salir fuera, Timmie? —preguntó la señorita Fellowes, con una estudiada desenvoltura que pretendía distraerle de la angustia que debía de sentir—. ¿Por qué quieres ir? ¿Sabes el frío que hace en invierno?

—¿Frío?

Una mirada inexpresiva. No conocía la palabra.

¿Cómo iba a molestar el frío a ese niño, que había aprendido a caminar por los campos de nieve de la Europa glacial?, pensó ella.

—El frío es lo que hace en la nevera. Sales fuera y al cabo de pocos minutos la nariz y las orejas empiezan a hacerte daño, pero eso sólo ocurre en invierno. En verano hace mucho calor fuera. Parece un horno. Todo el mundo suda y se queja del calor que hace, También hay lluvia. Agua que cae del cielo, que te empapa la ropa,

que te deja hecho un asco...

Era una línea de razonamiento cínica, y ella lo sabía y se despreció por lo que intentaba hacer. Decir a un niño que jamás podría salir de esas reducidas habitaciones, que el mundo de fuera tenía ciertas incomodidades de poca importancia, era como decir a un niño ciego que los colores y las formas eran aburridos, distracciones enojosas, que en realidad no había nada interesante que ver.

Timmie hizo caso omiso de sus piadosas mentiras.

—Jerry dice que en el colegio hay muchos juegos que yo no tengo. Hay cintas de imágenes y música. Dice que en la guardería hay muchos niños. Dice... Dice... — Un momento de reflexión, y después, levantó ambas manitas con aire triunfal, con los dedos extendidos—: Dice que tantos como éstos.

—Tú tienes cintas de imágenes —dijo la señorita Fellowes.

—Pero muy pocas. Jerry dice que en un día ve más cintas de películas que las que tengo yo.

—Tendrás más cintas de películas. Muy bonitas. Y también musicales.

—¿De veras?

—Te las traeré esta tarde.

—¿Me traerás Los Cuarenta Ladrones?

—¿Es un cuento que Jerry ha oído en la guardería?

—Hay ladrones en una cueva, y tinajas... —Hizo una pausa—. Tinajas grandes. ¿Qué son ladrones?

—Los ladrones son... gente que coge cosas que no le pertenecen.

—Oh.

—Te traeré la cinta de Los Cuarenta Ladrones. Es un cuento muy famoso. Y hay más. Simbad El Marino, que viajó por todo el mundo, que vio... todo. —Su voz desfalleció un momento, pero Timmie no captó ninguna implicación deprimente—. Y Los Viajes de Gulliver, también te traeré ésa. Fue a un país de gente diminuta, y después a un país de gigantes, y después... —La señorita Fellowes enmudeció otra vez. ¡Tantos viajeros, tantos devoradores omnívoros de experiencias! Pero tal vez sería positivo suavizar el encarcelamiento con emocionantes relatos de lejanos viajes. No sería el primer cautivo que se deleitaba en tales fantasías—. Después, hay la historia de Ulises, que luchó en una guerra y pasó diez años intentando volver con su familia.

Una nueva punzada. Su corazón sufría por el niño. Como Gulliver, como Simbad, como Ulises, Timmie era un extranjero en tierra extraña, y ella nunca debía olvidarlo. ¿Acaso todos los grandes relatos del mundo versaban sobre viajeros arrastrados a lugares extraños, que se esforzaban por regresar a sus hogares? Timmie tenía los ojos brillantes.

—¿Me los traerá ahora? ¿Me los traerá?

De momento, se quedó consolado.

Pidió todas las películas de mitos y fábulas que había en el catálogo. Formaron una montaña más alta que Timmie. Los días que Jerry no iba, se abismaba en ellas hora tras hora.

Era difícil saber hasta qué punto las entendía. Estaban plagadas de conceptos, imágenes y escenarios que carecerían de sentido para él, pero ¿hasta qué punto entendían esos relatos los niños de cinco o seis años? Ningún adulto podía penetrar en la mente de un niño para comprobarlo. Cuando era pequeña, la señorita Fellowes había adorado esos relatos sin entenderlos del todo, como todos los niños durante cientos, incluso miles de años. Aunque algunos detalles escaparan a su comprensión, aquellos niños los habían compensado mediante su imaginación. Lo mismo sucedía con Timmie, esperaba.

Después de sus primeros momentos de incertidumbre acerca de Gulliver, Simbad y Ulises, no hizo el menor intento de eliminar de su creciente videoteca cintas que pudieran agitar en su mente turbadores pensamientos acerca de su propia situación. Sabía que los niños se impresionaban con menos facilidad de lo que creían los adultos. Ni tan sólo una pesadilla ocasional causaba auténtico pánico. Ningún niño había muerto de miedo mientras escuchaba el cuento de Ricitos de Oro y los tres osos, aunque era un cuento terrorífico, en su sentido más literal. Ni los lobos babeantes, ni los hombres del saco, ni los terribles trolls de las fábulas infantiles habían dejado cicatrices duraderas. A los niños les encantaba escuchar esas narraciones.

¿Sería el hombre del saco (cejijunto, peludo y ceñudo) un vestigio de la memoria racial de la época en que los neandertales vagaban por Europa? La señorita Fellowes había leído una referencia a esa teoría en uno de los libros que le había prestado el doctor McIntyre. ¿Se disgustaría Timmie si pensaba que era miembro de una tribu que había sobrevivido en el folclor popular como algo aterrador y detestable? No, no, nunca se le ocurriría. Sólo los adultos hipereducados se preocuparían por tales contingencias. A Timmie le fascinaría tanto el hombre del saco como a cualquier otro niño, y se escondería bajo las sábanas poseído por un delicioso terror, y vería formas en la oscuridad... y no existiría la menor posibilidad de que extrajera, a partir de aquellas historias terroríficas, conclusiones espantosas sobre su condición genética.

Las cintas no cesaban de llegar, y el niño las veía una tras otra, como si una presa hubiera reventado y todo el glorioso río de la imaginación humana se vertiera en el alma de Timmie. Teseo y el Minotauro, Perseo y la Medusa, el rey Midas, que convertía todo cuanto tocaba en oro, el Flautista de Hamelín, los trabajos de Hércules, Belerofonte y la Quimera, Alicia en el País de las Maravillas, Jack y las Habichuelas, Aladino y la lámpara maravillosa, el Pescador y el Genio, Gulliver en el

país de los Liliputienses y los gigantes, las aventuras de Tor y Odín, la batalla entre Osiris y Set, la odisea de Ulises, el viaje del capitán Nemo... Timmie lo devoraba todo. ¿Se embarullaba todo en su mente? ¿Era capaz de distinguir un cuento de otro, recordar cualquiera de ellos una hora más tarde? La señorita Fellowes lo ignoraba, y no pretendía averiguarlo. De momento, su única preocupación era facilitarle la inmersión en ese torrente de relatos, llenar su mente de ellos, darle acceso al mundo mágico de los mitos, puesto que el mundo real, el de las casas, aviones, autopistas y personas, le estaba vedado.

Cuando él se cansó de mirar cintas, ella le leyó libros normales. Los relatos eran los mismos, pero el niño creaba en su mente las imágenes mientras ella leía las palabras.

Tenían que producir algún impacto. Más de una vez, le oyó contar a Jerry una versión deformada de alguna película (Simbad viajaba en submarino, los liliputienses capturaban a Hércules), y Jerry le escuchaba con solemnidad, y disfrutaba del relato tanto como Timmie disfrutaba contándolo.

La señorita Fellowes se encargó de grabar todo cuanto decía el niño. Era una prueba vital de su inteligencia. ¡Que quienes creían que los neandertales eran seres semihumanos brutales escucharan a Timmie contar la historia de Teseo en el laberinto! A pesar de que convirtiera al Minotauro en el héroe del relato.

Por otra parte, estaban los sueños. Se repetían cada vez con mayor frecuencia, ahora que el mundo exterior iba adquiriendo realidad en su mente.

Siempre era el mismo sueño, por lo que la señorita Fellowes sabía. Siempre giraba en torno del exterior. Timmie intentaba describirlo a la señorita Fellowes. En sus sueños, siempre se encontraba fuera, en aquel lugar grande y vacío del que tan a menudo le hablaba. En los sueños más recientes, nunca estaba vacío. Había niños, y extraños objetos imprecisos, producto de las descripciones literarias digeridas a medias, o de nebulosos recuerdos neandertales.

Los niños no le hacían caso y los objetos le esquivaban cuando intentaba tocarlos. Aunque estaba en el mundo, no formaba parte de él. Vagaba por el gran lugar vacío de sus sueños en una soledad tan absoluta como la de su habitación. Y despertaba llorando en la mayor parte de las ocasiones.

La señorita Fellowes no siempre estaba para atenderlo cuando lloraba por la noche. Había tomado la costumbre de dormir tres o cuatro noches por semana en el apartamento que Hoskins le había ofrecido tiempo antes, situado en el recinto de la empresa. Le había parecido prudente empezar a romper la dependencia que tenía Timmie de su constante presencia. Las primeras noches lo intentó, pero se sintió tan culpable por abandonarle que apenas pudo dormir. Sin embargo, por la mañana Timmie no comentó nada de su ausencia. Quizás esperaba que un día, tarde o temprano, le dejaría solo. Al cabo de un tiempo, dormir fuera de la casa de muñecas le resultó más agradable. Comprendió que Timmie no era el único que debía cortar con una dependencia.

Tomaba minuciosas notas de sus sueños cada mañana, y trataba de considerarlas simplemente un material útil para el estudio psicológico de la mente de Timmie, que en última instancia sería el producto más útil del experimento. Sin embargo, algunas de las noches que dormía sola, ella también lloraba.

Un día en que la señorita Fellowes le estaba leyendo los cuentos de Las mil y una noches, uno de sus libros favoritos, Timmie puso la mano debajo de su barbilla y se la alzó con suavidad, hasta que los ojos de la mujer se apartaron del libro y se encontraron con los suyos.

—Cada vez que me lee esa historia es exactamente igual —dijo—. ¿Cómo es que siempre sabe contarla de la misma manera, señorita Fellowes?

—Bueno, es que leo la página.

—Sí, lo sé, pero ¿qué significa «leer»?

—Pues... Pues...

La cuestión era tan elemental que apenas supo cómo abordarla. Por lo general, cuando los niños aprendían a leer, daba la impresión de que adivinaban instintivamente la naturaleza del proceso, y luego pasaban a la siguiente fase, consistente en aprender el significado de los símbolos codificados impresos en la página. No obstante, la ignorancia de Timmie parecía mucho más arraigada que la de los niños normales de cuatro o cinco años, los cuales empezaban a descubrir la existencia de algo llamado «lectura», que tal vez algún día llegarían a dominar. El concepto esencial le resultaba ajeno.

—¿Te has fijado que en tus libros ilustrados (no en las cintas, sino en los libros) hay marcas en la parte inferior de las páginas?

—Sí. Palabras.

—El libro que estoy leyendo sólo tiene palabras. No hay dibujos, sólo palabras. Estas marcas son las palabras. Miro las marcas y oigo las palabras en mi mente. A eso se le llama leer: convertir las marcas de las páginas en palabras.

—Déjeme ver.

Ella le entregó el libro. El niño le dio la vuelta y luego lo puso al revés. La señorita Fellowes rió y lo colocó de la forma correcta.

—Las marcas sólo tienen sentido cuando se miran así —dijo.

Timmie asintió. Se acercó al libro, tanto que le debía resultar imposible enfocar las palabras, y lo miró con curiosidad durante un rato. Después retrocedió unos centímetros, hasta que el texto fue legible. A modo de experimento, puso el libro de lado otra vez. La señorita Fellowes no dijo nada. Volvió a colocarlo correctamente.

—Algunas marcas son iguales —comentó Timmie, al cabo de un rato.

—Sí, tienes razón. —Premió su agudeza con una carcajada de satisfacción—. ¡Es verdad, Timmie!

—¿Y cómo sabe qué marcas corresponden a cada palabra?

—Hay que aprenderlas.

—¡Hay muchas palabras! ¿Cómo es posible aprender tantas marcas?

—Las marcas pequeñas se utilizan para hacer las marcas grandes. Las marcas grandes son las palabras, y las pequeñas se llaman letras. En realidad no hay tantas marcas pequeñas, sólo veintiocho. —Levantó la mano, flexionó los dedos cinco veces, y luego alzó tres dedos más—. Todas las palabras se hacen con esas pocas letras, colocadas de maneras diferentes.

—Enséñeme.

—Mira. —Señaló «Simbad» en la página—. ¿Ves estas seis marcas, entre los dos espacios en blanco? Son las marcas que significan «Simbad». Ésta es la del sonido «ese». Ésta es la «i» y ésta la «m». Las lees una por una y después juntas los sonidos. Ssss-i-mmm-bbb-aaa-d. Simbad.

¿Entendería algo el niño?

—Símbad —dijo Timmie en voz baja, y recorrió la palabra impresa en la página con la yema del dedo.

—Esta palabra es «sentina». ¿Ves que empieza con la marca pequeña de «Simbad»? Y ésta es la «i», de «Simbad», sólo que aquí está en «sentina».

El niño miró la página, como desorientado.

—Te enseñaré todas las marcas —dijo la señorita Fellowes—. ¿Te gustaría?

—Será un bonito juego, sí.

—Dame un trozo de papel y un lápiz. Y coge tú también.

Se acomodó junto a ella. La mujer escribió todo el abecedario en dos columnas. Timmie, que aferraba con torpeza el lápiz, dibujó algo que parecía una imitación de la «a», pero tenía largas patas irregulares que ocupaban toda la página y no dejaban sitio para nada más.

—Bien, vamos con la primera marca...

Comprendió, avergonzada, que nunca se le había ocurrido que Timmie pudiera aprender a leer. A pesar de su gran afición a los libros ilustrados y los vídeos, era la primera vez que demostraba auténtico interés por los símbolos impresos que los acompañaban. ¿Otra cosa que Jerry le había inspirado? Tomó nota mental de preguntar a Jerry, la próxima vez que viniera, si ya había empezado a leer. En cualquier caso, la señorita Fellowes había rechazado *a priori* la idea de que Timmie lo hiciera algún día.

Prejuicios raciales, pensó. Incluso ahora, después de haber vivido con él tanto tiempo, de haber visto crecer y florecer su mente, aún pensaba en él, en cierto sentido, como en un ser no del todo humano, o al menos demasiado primitivo y atrasado para dominar una habilidad tan sofisticada como leer.

Mientras le enseñaba las letras, las señalaba en la hoja, las pronunciaba y le enseñaba a dibujarlas, no creía seriamente que le sirviera de algo. No lo creyó hasta el día en que Timmie le leyó un libro a ella.

Sucedió muchas semanas más tarde. El niño estaba sentado en su regazo. Sostenía uno de sus libros, pasaba las páginas, miraba las ilustraciones... o eso pensaba ella.

De pronto recorrió con el dedo una línea y dijo en voz alta, vacilante, pero con

resuelta determinación:

—El perro empezó... a perseguir... al gato.

La señorita Fellowes, medio dormida, no le prestó mucha atención.

—¿Qué has dicho, Timmie?

—El gato... subió corriendo... al árbol.

—Eso no es lo que habías dicho.

—No. Antes dije «El perro empezó a perseguir al gato». Lo que pone aquí.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

La señorita Fellowes abrió los ojos de par en par. Miró el delgado libro que el niño sujetaba.

El encabezamiento de la página izquierda rezaba: «El perro empezó a perseguir al gato».

Y el encabezamiento de la página siguiente era: «El gato subió corriendo al árbol».

Seguía los signos impresos en el libro, palabra por palabra. ¡Estaba leyendo!

La señorita Fellowes, estupefacta, se levantó con tal rapidez que el niño cayó al suelo. Debió pensar que era un juego nuevo, y la miró sonriente. La mujer lo levantó al instante.

—¿Desde cuándo sabes leer?

El niño se encogió de hombros.

—¡Desde siempre!

—No, de veras.

—No lo sé. Miré las marcas y oí las palabras, como usted dijo.

—Lee a partir de aquí.

La señorita Fellowes eligió un libro al azar y lo abrió por las páginas centrales. El niño lo cogió, examinó, y frunció el ceño de aquella manera que acentuaba el gran saliente óseo de su frente. Su lengua asomó y paseó sobre los labios.

—Entonces —dijo, lenta y dificultosamente—, el... tren... emitió un... sil... silb... silb...

—¡Un silbido! —terminó la mujer—. ¡Sabes leer, Timmie! ¡Sabes leer!

Casi histérica, lo cogió en brazos y bailó con él por la habitación, mientras Timmie la contemplaba asombrado.

—¡Sabes leer! ¡Sabes leer!

«Conque niño-mono, ¿eh? —pensó—. ¿Niño de las cavernas? ¿Forma inferior de vida humana? “El gato subió corriendo al árbol. El tren emitió un silbido”. ¡Que me traigan al chimpancé capaz de leer esas líneas! ¡Que me traigan al gorila capaz! “El tren emitió un silbido”. Oh, Timmie, Timmie...».

—Señorita Fellowes —dijo el niño, un poco asustado, mientras ella seguía dando vueltas y más vueltas.

La señorita Fellowes soltó una carcajada y le dejó en el suelo.

Era un éxito que necesitaba compartir. La respuesta a la infelicidad de Timmie

estaba en su mano. Los vídeos le entretendrían una temporada, pero los iba a superar. En adelante tendría acceso al mundo incomparable de los libros. Si Timmie no podía salir de la burbuja de Estasis para entrar en el mundo, el mundo entraría en estas habitaciones, el mundo pleno de los libros. Debía ser educado en todas sus posibilidades. Era una deuda que habían contraído con él.

—Quédate aquí con tus libros —dijo—. Vuelvo en seguida. He de ver al doctor Hoskins.

Recorrió los tortuosos pasadizos que conducían fuera de la zona de Estasis, hasta llegar a la sección administrativa. La recepcionista de Hoskins levantó la cabeza sorprendida cuando la señorita Fellowes irrumpió en la antesala del despacho de Hoskins.

—¿Está el doctor Hoskins?

—¡Señorita Fellowes! El doctor Hoskins no la espera...

—Sí, lo sé, pero quiero verle.

—¿Algún problema?

La señorita Fellowes sacudió la cabeza.

—Novedades. Maravillosas novedades. Dígale que estoy aquí, por favor.

La recepcionista pulsó un botón.

—La señorita Fellowes quiere verle, doctor Hoskins. No tiene cita concertada.

«¿Desde cuándo necesito...?».

Siguió una incómoda pausa. La señorita Fellowes se preguntó si debía montar un numerito para ser recibida por Hoskins. Nada de lo que estuviera haciendo en aquel momento era tan importante como lo que venía a comunicarle.

—Dígale que pase —dijo la voz de Hoskins por el interfono.

La puerta se abrió. Hoskins se levantó. La placa grabada con el «GERALD A. HOSKINS, doctor en Física» pareció dar la bienvenida a la recién llegada.

El hombre también se veía exaltado y animado, como si su estado de ánimo fuera análogo al de la señorita Fellowes: una expresión de gloria y triunfo.

—¿Ya se ha enterado? —preguntó—. No, es imposible. Lo hemos logrado. Por fin.

—Logrado, ¿qué?

—Hemos conseguido la detección intertemporal de corto alcance.

Estaba tan embriagado por su éxito, que la señorita Fellowes pospuso unos momentos su revelación, no menos espectacular.

—¿Quiere decir que ya pueden internarse en los tiempos históricos?

—Exactamente. En este mismo momento, tenemos localizado a un individuo del siglo catorce. Imagínese. ¡Imagínese! Estamos a punto de lanzar el Proyecto Edad Media. Oh, señorita Fellowes, si supiera lo contento que estoy de variar esa eterna concentración en el Mesozoico, de decir adiós a esos trilobites, muestras de roca y pedazos de helechos, de poder enviar a casa a esos paleoantropólogos y sustituirlos por historiadores... —Se detuvo a mitad de su proclama—. Quería decirme algo,

¿no? Y aquí me tiene, como un loro, sin darle la oportunidad de hablar. Bien, adelante. ¡Adelante, señorita Fellowes! Me ha pillado de excelente humor. Pida todo cuanto quiera.

La señorita Fellowes sonrió.

—Me alegro mucho, porque quería preguntarle si podemos empezar a buscar profesores para Timmie.

—¿Profesores?

—Para darle clases. Yo no puedo enseñarle muchas cosas, y ya es hora de que deje paso a gente cualificada.

—¿Clases de qué?

—Bueno, de todo. Historia, geografía, ciencias, aritmética, gramática, todo lo que se enseña en la escuela primaria. Hemos de montar una especie de colegio para Timmie, para que aprenda todo lo necesario.

Hoskins la miró como si estuviera hablando en un idioma extraterrestre.

—¿Quiere enseñarle quebrados, la historia de los Peregrinos, la historia de la revolución norteamericana?

—¿Por qué no?

—Podemos intentarlo, sí. Y también trigonometría y cálculo diferencial, si quiere, pero ¿hasta qué punto puede aprender, señorita Fellowes? Es un gran chico, no hay duda, pero no debemos olvidar que sólo es un neandertal.

—¿Sólo?

—Era gente de capacidad intelectual limitada, según todos los...

—Ya sabe leer, doctor Hoskins.

Hoskins se quedó boquiabierto.

—¿Cómo?

—«El gato subió corriendo al árbol». Me lo leyó de la página. «El tren emitió un silbido». Cogí el libro, le enseñé la página y me leyó las palabras.

—¿Sabe leer? —preguntó Hoskins, asombrado—. ¿De veras?

—Le enseñé a dibujar las letras, y cómo formaban palabras al juntarse. Él hizo el resto. Ha aprendido en un espacio de tiempo increíblemente corto. No puedo esperar a que el doctor McIntyre y los demás se enteren. Conque los neandertales tenían una capacidad intelectual limitada, ¿eh, doctor Hoskins? Sabe leer un libro de cuentos, y dentro de poco le verá leyendo libros sin ilustraciones, periódicos, revistas, manuales...

Hoskins se sintió súbitamente deprimido.

—No sé, señorita Fellowes.

—Acaba de decirme que cualquier cosa que quisiera...

—Lo sé, y no debería haberlo dicho.

—¿Tanto gasto representa un profesor para Timmie?

—No me preocupan los gastos, y es maravilloso que Timmie sepa leer. Asombroso. Lo digo en serio. Quiero ver una demostración ahora mismo. Sin

embargo, usted ha hablado de montar un colegio para él. Ha hablado de todo lo que aprenderá con el tiempo... Señorita Fellowes, no queda mucho tiempo.

La mujer parpadeó.

—¿Que no queda...?

—Debería ser consciente de que no podremos prolongar el experimento Timmie indefinidamente.

Una oleada de horror invadió a la señorita Fellowes. Experimentó la sensación de que el suelo fluctuaba bajo sus pies, como arenas movedizas.

¿Qué quería decir? La señorita Fellowes no estaba segura de haber comprendido bien. «No vamos a poder prolongar el experimento Timmie indefinidamente». ¿Cómo? ¿Cómo?

De pronto, con dolorosa claridad, recordó al profesor Adamewski y a su espécimen mineral, que debía ser devuelto a su tiempo al cabo de dos semanas para dejar sitio a un nuevo experimento.

—¿Va a enviarle de vuelta? —preguntó con un hilo de voz.

—Temo que sí.

—Pero está hablando de un niño, doctor Hoskins, no de una roca.

—Aun así —respondió Hoskins, turbado—. No es posible darle una importancia excesiva. Hemos averiguado casi todo lo que nos interesaba. No recuerda nada de su vida de auténtico valor científico. Los antropólogos no entienden lo que dice, y las preguntas que usted le formula como intérprete no nos proporcionan datos fiables, de modo que...

—No puedo creerlo —dijo la señorita Fellowes, aturdida.

—Por favor, señorita Fellowes. No va a ocurrir hoy, pero es preciso. —Señaló los materiales de investigación esparcidos sobre su escritorio—. Ahora que esperamos traer individuos de la época histórica, necesitamos espacio de Estatus, el máximo posible.

La mujer no daba crédito a sus oídos.

—Pero no pueden... Timmie... Timmie...

—Le ruego que no se derrumbe, señorita Fellowes.

—El único neandertal vivo del mundo, y está hablando de enviarle de vuelta.

—Ya se lo he dicho. Hemos averiguado todo lo posible. Ahora, hemos de seguir adelante.

—No.

—Por favor, señorita Fellowes. Por favor. Sé cuánto le quiere, y no la culpo. Es un chico fantástico, y ha convivido con él día y noche desde hace mucho tiempo, pero usted es una profesional. Sabe muy bien que los niños puestos bajo su cuidado vienen y van, y no puede esperar que sean suyos para siempre. Esto no es nuevo para usted. Además, Timmie no se va a ir ahora mismo. Aún tardará unos meses. Entretanto, si quiere que tenga un profesor, haremos lo que esté en nuestras manos, por supuesto.

La mujer seguía mirándole fijamente.

—¿Le apetece tomar algo, señorita Fellowes?

—No —susurró ella—. No necesito nada.

Estaba temblando. Se levantó, cruzó el despacho con paso vacilante, como sumida en una pesadilla, esperó a que la puerta se abriera y atravesó la antesala con la mirada perdida.

¿Enviarle de vuelta?

¿Enviarle de vuelta?

¿Habían perdido el juicio? Ya no era un neandertal, excepto en el aspecto externo. Era un niño bueno y dócil que llevaba un mono verde y disfrutaba mirando vídeos y leyendo cuentos de Las Mil y una noches. Un niño que ordenaba su cuarto por la noche. Un niño que utilizaba tenedor, cuchillo y cuchara. Un niño que sabía leer. Y pretendían enviarle de vuelta al período glacial y abandonarle en una tundra olvidada de Dios.

No lo decían en serio. En su mundo de procedencia no tendría la menor oportunidad. Ya no estaba adaptado a él. Carecía de las habilidades que necesitaban los neandertales, pero a cambio había adquirido muchas nuevas... que no servían para nada en el mundo de los neandertales.

Iba a morir, pensó.

No.

«Timmie —se dijo la señorita Fellowes con toda la fuerza de su alma— no morirás. No morirás».

Ahora sabía por qué Bruce Mannheim le había dado su número de teléfono. En aquel momento no lo había entendido, pero era obvio que Mannheim había previsto los acontecimientos futuros. Algo iba a ocurrir que pondría en peligro a Timmie. Él lo había intuido, pero ella no. Había cerrado los ojos a la posibilidad. Había ignorado todas las pistas diáfanas que apuntaban a las crudas realidades expuestas por Hoskins. Había asumido, contra toda lógica, que Timmie iba a pasar el resto de su vida en el siglo XXI.

Pero Mannheim sabía que no era así.

Y había esperado todo ese tiempo su llamada.

—Tengo que verle ahora mismo —dijo la señorita Fellowes.

—¿En la sede de Estasis?

—No. En otro sitio. Donde sea. En la ciudad. Elija usted mismo el lugar.

Se citaron en un pequeño restaurante cerca del río, donde según Mannheim nadie les molestaría, en una tarde lluviosa de mitad de semana. Mannheim ya la estaba esperando cuando ella llegó. La señorita Fellowes consideró la situación como clandestina y vagamente escandalosa: comer con un hombre que había causado toda clase de problemas a su patrón. Y, en especial, comer con un hombre. Un hombre al que apenas conocía, un hombre joven y atractivo. No era propio de Edith Fellowes hacer este tipo de cosas, se dijo, teniendo en cuenta aquel sueño. Mannheim llamando a la puerta, tomándola en sus brazos cuando aparecía...

Pero no se trataba de una cita romántica. El sueño sólo era un sueño, una fantasía fugitiva de su mente inconsciente. No sentía la menor atracción hacia Mannheim. Esto era serio. Una cuestión de vida o muerte.

Jugueteó con la carta y se preguntó cómo empezar.

—¿Cómo va Timmie? —preguntó el hombre.

—Bien, muy bien. No va a creer los progresos que ha hecho.

—¿Más grande y fuerte?

—Cada día. Y ya sabe leer.

—¡Caramba! —Los ojos de Mannheim centellearon. «Tiene una sonrisa muy bonita —pensó ella—. ¿Cómo puede el doctor Hoskins considerarle un monstruo?»—. Es un paso adelante asombroso, ¿verdad? Apuesto a que los antropólogos se habrán quedado boquiabiertos.

La mujer asintió. Volvió las páginas de la carta como si no supiera qué era. La lluvia había arreciado; repiqueteaba contra la ventana del pequeño restaurante con fuerza casi malévolamente. Eran prácticamente los únicos clientes.

—Preparan muy bien el pollo con salsa al vino tinto —dijo—, y una lasaña

estupenda, aunque tal vez le apetezca la ternera.

—Da igual. Tomaré lo mismo que usted, señor Mannheim.

El hombre le dirigió una extraña mirada.

—Llámame Bruce, por favor. ¿Pedimos una botella de vino?

—¿Vino? Nunca bebo vino, pero si usted quiere...

Mannheim no había apartado la mirada de ella.

—¿Cuál es el problema, Edith? —preguntó, imponiéndose al fragor de la lluvia.

«¿Edith?». Por un momento, la señorita Fellowes no supo qué decir. «Muy bien, Edith. ¡Serénate, Edith! ¡Pensaré que eres una idiota rematada!».

—Van a enviar de vuelta a Timmie —dijo.

—¿De vuelta? ¿En el tiempo, quiere decir?

—Exacto. A la época neandertal. Al período glacial.

Una amplia sonrisa apareció en el rostro de Mannheim. Sus ojos se iluminaron.

—¡Fantástico! ¡Es la mejor noticia que he oído en toda la semana!

La mujer se quedó horrorizada.

—No,... Usted no comprende...

—Comprendo que ese pobre niño cautivo volverá con su gente, con sus padres y hermanos, al mundo que amaba. Esto hay que celebrarlo. ¡Camarero! ¡Una botella de Chianti! Pensándolo mejor, media botella, mi amiga no bebe...

La señorita Fellowes le miraba, desolada.

—Parece usted muy preocupada, señorita Fellowes, Edith. ¿No quieres que Timmie vuelva con su gente?

—Sí, pero... pero...

Agitó las manos en un gesto de impotencia.

—Creo que ya lo entiendo. —Mannheim se inclinó hacia ella. Proyectaba simpatía e interés—. Le has cuidado durante tanto tiempo que te cuesta separarte de él. El vínculo entre vosotros es tan fuerte que te ha afectado muchísimo saber que va a regresar. Lo entiendo muy bien.

—Eso es lo menos importante.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

En ese momento, el camarero llevó el vino. Enseñó la etiqueta a Mannheim y descorchó la botella con aparatosidad, y luego sirvió un poco en la copa de Mannheim para que lo catara. Mannheim asintió.

—¿Estás segura de que no quieres, Edith? En un día lluvioso como éste...

—No, gracias —susurró ella—. Adelante, beba. Yo no lo sabría apreciar.

El camarero llenó la copa de Mannheim y se retiró.

—Bien. Hablemos de Timmie.

—Morirá si vuelve. ¿No lo comprende?

Mannheim dejó la copa sobre la mesa con tal brusquedad que el vino salpicó el mantel.

—¿Me estás diciendo que un viaje de vuelta en el tiempo es mortal?

—No, no es eso, al menos por lo que sé, y no lo creo, pero sería mortal para Timmie. Escuche, ahora es un ser civilizado. Se ata los cordones de los zapatos y come con tenedor y cuchillo. Se cepilla los dientes por la mañana y por la noche. Duerme en una cama y se ducha cada día. Mira vídeos y sabe leer libros sencillos. ¿De qué le servirán esas aptitudes en el Paleolítico?

—Creo que ya sé por dónde vas —dijo Mannheim, repentinamente solemne.

—Y es probable que haya olvidado cuanto sabía sobre la vida en el Paleolítico, y no creo que supiera muchas cosas. Era un niño pequeño cuando llegó. Sus padres, sus guardianes tribales, o lo que fuera, aún debían de cuidarle. Ni siquiera los neandertales esperarían que un niño de tres o cuatro años supiera cazar y seguir rastros solo. Y aunque tuviera conocimientos rudimentarios, han pasado varios años desde que estuvo expuesto a esas condiciones. No recordará nada.

—Pero si vuelve a su tribu, le aceptarán de nuevo, le reeducarán en las costumbres de la tribu...

—¿Lo harán? Ya no habla muy bien su idioma; no piensa como ellos; huele raro porque es muy limpio. Tal vez le maten al instante, ¿no cree?

Mannheim miró con aire pensativo el contenido de su copa.

La señorita Fellowes prosiguió.

—Además, ¿qué garantías hay de que regresará a su tribu? No entiendo mucho sobre viajes temporales, y tampoco estoy segura de que la gente de Estasis sea muy experta en la materia. ¿Volverá al momento exacto en que se fue? En ese caso, será tres años mayor y, por tanto, habrá sufrido un cambio radical en un instante, y los de su tribu no sabrán qué hacer con él. Igual piensan que es una especie de demonio. ¿Y si vuelve al mismo lugar de la Tierra, pero tres años más tarde de su desaparición? Si las cosas funcionan así, su tribu se habrá trasladado a otra región. En aquella época seguramente eran nómadas. Cuando llegue al pasado, no encontrará a nadie que le recoja. Estará abandonado en un entorno duro, hostil y terriblemente frío. Un niño pequeño enfrentado al período glacial sin ninguna ayuda. ¿Entiende, doctor Mannheim? ¿Entiende?

—Sí, entiendo.

Permaneció callado durante un rato. Aparentaba estar sumido en profundas reflexiones.

—¿Sabes cuándo le enviarán de vuelta? —preguntó por fin.

—Dentro de unos meses, según me ha dicho el doctor Hoskins. Ignoro si eso significa dos o seis meses.

—No mucho tiempo, en cualquier caso. Tendríamos que organizar una campaña, una campaña «Salvemos a Timmie»... Cartas a los periódicos, manifestaciones, una denuncia, tal vez obligar al Congreso a investigar las operaciones de Tecnologías Estasis. Sería muy útil que testificaras sobre la humanidad esencial de Timmie, que nos proporcionaras vídeos que le mostraran leyendo y aseándose. Si lo hicieras, tendrías que renunciar al puesto, y eso te apartaría de Timmie, cosa que no te

ayudará, y que tampoco nos resultaría útil. Un problema. Por otra parte, supongo...

—No. No me gusta.

Mannheim levantó la vista, sorprendido.

—¿Cómo?

—La campaña de la que está hablando. Le saldrá el tiro por la culata. En cuanto empiecen las protestas y amenace con manifestaciones y denuncias, el doctor Hoskins tirará de la palanca, y adiós Timmie. Basta con una palanca. Tira de ella, y todo lo que hay en el cubículo vuelve al pasado. Los responsables de Estasis no permitirían que usted les atara de pies y manos con denuncias. Actuarían en seguida y toda la campaña se iría al garete.

—No se atreverían.

—¿Que no? Ya han decidido que el experimento Timmie ha terminado. Necesitan las instalaciones de Estasis para otras cosas. Usted no les conoce. No son personas sentimentales. Hoskins es un hombre honrado, pero si ha de elegir entre Timmie y el futuro de Tecnologías Estasis, no lo dudará ni un segundo. Y si Timmie se marcha, no habrá forma de recuperarle. Será un fait accompli. No le localizarían en el pasado por segunda vez. Su denuncia sería papel mojado. Una persona que vivió hace cuarenta mil años y murió antes de que la civilización surgiera, no podría recurrir a nuestros tribunales.

Mannheim asintió lentamente. Bebió un largo sorbo de vino. El camarero se acercó, pero Mannheim le indicó con un ademán que se alejara.

—Sólo podemos hacer una cosa —dijo.

—¿Cuál?

—Tenemos gente en Canadá que estaría encantada de educar a Timmie. En Inglaterra, y también en Nueva Zelanda. Gente concienciada, gente afectuosa. Nuestra organización aportaría una subvención para los gastos de contratarte como enfermera a plena dedicación. Deberías romper por completo con tu existencia actual, por supuesto, y empezar desde cero en otro país, pero te creo capaz de hacerlo, por el bien de Timmie...

—No. Es imposible.

—¿No?

—No. De ninguna manera.

Mannheim frunció el ceño.

—Entiendo —dijo, aunque era evidente que no entendía—. Bien, Edith, aunque te represente un problema abandonar el país, y lo comprendo, creo que podemos contar contigo, por lo menos para que nos ayudes a sacar a Timmie de las dependencias de la Estasis, ¿no?

—No me representa ningún problema abandonar el país, si es necesario para salvar a Timmie. Por el bien de Timmie haría cualquier cosa e iría a cualquier lugar, pero sacarle de las dependencias de la Estasis no es posible.

—¿Tan vigiladas están? Te aseguro que encontraremos medios de burlar los

servicios de seguridad. Trazaremos un plan a prueba de errores y sacaremos a Timmie de ese edificio.

—Científicamente, es imposible.

—¿Científicamente?

—Es algo relacionado con el potencial temporal, un aumento de energía, líneas de fuerza temporal. Sí sacamos de Estasis una masa del tamaño de Timmie, volarán todas las líneas eléctricas de la ciudad. Hoskins me lo dijo, y sé que es verdad. Tienen un montón de guijarros, tierra y ramitas que llegaron con Timmie, y no se atreven ni a tirarlos. Los guardan en la parte posterior de la burbuja de Estasis. Además, no estoy segura de que sacar a Timmie de allí sea seguro para él. Podría ser peligroso. Por lo que sé, si le sacaran de la burbuja para introducirlo en nuestro universo, podría sufrir efectos derivados de la fuerza temporal. Ya sabe que la burbuja no está en nuestro universo. Es un lugar especial. Se nota el cambio al trasponer la puerta, ¿recuerda? Por lo tanto, su idea de secuestrar a Timmie de Estasis y enviarle a otro país... No, no, los riesgos son demasiado grandes. No para usted ni para mí, pero sí para Timmie.

La expresión de Mannheim era de abatimiento.

—No sé —dijo—. Ofrezco desencadenar una tormenta legal para defender a Timmie, y tú me dices que no servirá de nada, que tirarán de la palanca en cuanto causemos problemas. Después, recorro al resorte, completamente ilegal, de secuestrar a Timmie y ponerlo fuera de la jurisdicción de Hoskins, y respondes que tampoco podemos hacerlo, por ciertos problemas de física. Muy bien. Quiero ayudar, Edith, pero me has maniatado y no se me ocurren más ideas.

—Ni a mí —dijo la señorita Fellowes, afligida.

Siguieron sentados en silencio, mientras la lluvia repiqueteaba sobre las ventanas del restaurante.

Capítulo XI

PARTIR

De lo único que se hablaba ahora en Tecnologías Estasis S.L. era del Proyecto Edad Media. Todo el mundo coincidía en que era el principio de una nueva y sorprendente fase en la experiencia de los viajes en el tiempo. El proceso que controlaba exclusivamente Tecnologías Estasis abriría las puertas del pasado histórico, procuraría al siglo XXI nuevos e increíbles conocimientos sobre la antigüedad, un tesoro intelectual incalculable. Y tal vez tesoros de otro tipo, decían algunos: si podían acceder a cualquier siglo de los tiempos históricos y traer personas, ¿por qué no se podría hacer lo mismo con obras de arte, libros y manuscritos raros, objetos valiosos de todas clases? ¡Los contenidos de los museos se duplicarían, triplicarían, cuadruplicarían de la noche a la mañana! Y todo en perfectas condiciones, y sin otro gasto que los costes de energía.

Todos los miembros de la empresa rezaban para que el Proyecto Edad Media culminara sin problemas. Todos, salvo la señorita Fellowes, que rezaba en silencio por su fracaso, para que las teorías de Hoskins resultaran equivocadas, o para que los aparatos no estuvieran a la altura de la tarea. Sólo podía aferrarse a esa posibilidad; era su única esperanza de impedir la muerte de Timmie. Si el intento de traer a un hombre del siglo XIV fracasaba, no habría necesidad de evacuar la burbuja de Estasis que Timmie ocupaba. Luego todo seguiría igual que siempre.

Ella confiaba en el fracaso del proyecto, pero el resto del mundo confiaba en su éxito. La señorita Fellowes, irracionalmente, odiaba al mundo por esa causa. La publicidad del Proyecto Edad Media estaba al rojo vivo. Los medios de comunicación y el público estaban obsesionados con el tema. Hacía mucho tiempo que Tecnologías Estasis no lograba captar su atención. Una piedra nueva u otro pez primitivo apenas la despertaba. El pequeño dinosaurio había creado cierta expectación en su momento, pero ahora todo el mundo lo había olvidado. En cuanto a Timmie el neandertal, Timmie el niño de las cavernas, bien, habría fascinado al público durante más tiempo si se hubiera parecido al niño-mono feroz que todo el mundo esperaba, pero el neandertal de Tecnologías Estasis sólo era un niño feo. Un niño feo que vestía monos y había aprendido a leer libros ilustrados. ¿Qué tenía eso de emocionante? Había perdido todos sus atributos prehistóricos. Si hubiera rugido de rabia, o aporreado su pecho con los puños, o emitido algún salvaje rugido primordial, tal vez habría retenido la atención un poco más. Pero ése no era el estilo de Timmie.

Un humano de los tiempos históricos, sin embargo... Una persona adulta surgida

del pasado, alguien que hubiera visto con sus propios ojos a Juana de Arco, a Ricardo Corazón de León, a Saladino, alguien que hablara un idioma inteligible, alguien que dotara de vida a las páginas de la historia...

Las semanas transcurrieron. El momento se aproximaba.

Y ahora, el día de la Hora Cero del Proyecto Edad Media había llegado.

Hoskins y sus colegas había aprendido mucho sobre técnicas de relaciones públicas desde que Timmie había llegado, tres años antes. Esta vez no se contentarían con un puñado de curiosos, asomados a un mirador. Esta vez, los técnicos de Tecnologías Estasis interpretarían su papel prácticamente ante toda la humanidad.

La impaciencia reconcomía a la señorita Fellowes. Deseaba que la tensión terminara; deseaba saber si el proyecto era un éxito o un fracaso. Quería estar presente en la sala, cuando los últimos interruptores fueran pulsados. Con tal de que la nueva ayudante apareciera para sustituirla... Se llamaba Mandy Terris, y había sido contratada la semana anterior para ocupar el puesto de la señora Stratford, que había aceptado un trabajo mejor remunerado en otro Estado.

—Señorita Fellowes.

Giró en redondo, esperando que fuera Mandy Terris por fin, pero no, era la secretaria del doctor Hoskins, que traía a Jerry para su cita con Timmie. La mujer dejó a Jerry y se marchó a toda prisa. También quería ocupar un buen sitio para contemplar la culminación del Proyecto Edad Media.

Jerry se dirigió hacia la señorita Fellowes, con expresión turbada.

—¿Señorita Fellowes?

—¿Qué quieres, Jerry?

El chico sacó del bolsillo un arrugado recorte de periódico y se lo tendió.

—Es una foto de Timmie, ¿verdad?

La señorita Fellowes le echó un breve vistazo. Era Timmie, en efecto, sonriéndole desde la página. El nerviosismo desatado por el Proyecto Edad Media había reavivado en parte el interés periodístico por Timmie. Era una foto reciente, tomada el día del tercer aniversario de su llegada. La fiesta de cumpleaños de Timmie, como la habían denominado. Una fiesta para celebrar su «nacimiento» en el siglo XXI, acompañado por algunos científicos, unos cuantos periodistas y Jerry. Timmie sostenía uno de sus regalos de cumpleaños, un reluciente robot de juguete.

—¿Qué pasa? —preguntó la señorita Fellowes.

Jerry la observó con atención.

—Aquí pone que Timmie es un niño-mono. No deberían decir eso, ¿verdad?

—¿Cómo?

Le arrebató el recorte de la mano y lo examinó. Había un encabezamiento en el que no había reparado:

«NIÑO-MONO PREHISTÓRICO RECIBE ROBOT DE JUGUETE COMO REGALO DE CUMPLEAÑOS».

«Niño-mono, niño-mono, niño-mono prehistórico». Amargas lágrimas de rabia

inundaron los ojos de la señorita Fellowes. Rompió el recorte en pedazos y los arrojó al suelo.

—¿Por qué ha hecho eso, señorita Fellowes? ¿Porque dice que Timmie es un niño-mono? No es un niño-mono, ¿verdad? ¿O sí?

Cogió al niño por la muñeca y reprimió el impulso de sacudirle.

—¡No, no es un niño-mono! Y no quiero que repitas eso nunca más. Nunca, ¿entiendes? Es algo muy feo, y no debes hacerlo.

Jerry liberó su mano, asustado.

Su corazón latía a toda velocidad. La señorita Fellowes se esforzó por recuperar la serenidad.

—Ve a jugar con Timmie —ordenó—. Quiere enseñarte su nuevo libro.

—Me ha hecho daño...

—Lo siento. No era mi intención.

—Se lo diré a mi pa...

—¡Entra! ¡Date prisa! Ya te he dicho que lo sentía.

El niño atravesó la puerta de la burbuja y se volvió un momento para mirarla, con ojos iracundos. La señorita Fellowes oyó pasos que se aproximaban por la dirección contraria y vio a Mandy Terris. Justo a tiempo, pensó.

—Llega un poco tarde, ¿no? —dijo, procurando que su voz no sonara quejumbrosa—. Jerry Hoskins ya ha llegado. Está dentro, jugando con Timmie.

—Lo sé, señorita Fellowes. Intenté darme prisa, pero hay multitudes por todas partes. La gente está muy nerviosa.

—Lo sé. Bien, quiero que...

—Imagino que quiere largarse a echar un vistazo, ¿eh? —dijo Mandy, con una expresión de envidia en su bonito rostro—. Qué mala suerte he tenido...

—Lo verá en las noticias de la noche —la interrumpió la señorita Fellowes—. Entre, por favor. —Era la primera vez que dejaba solo a Timmie con Mandy Terris—. Los niños no le causarán ningún problema. Tienen leche a mano y todos los juguetes que necesitan. De hecho, lo mejor será que les deje en paz.

—Entiendo. Vigilaré que no salga. Sé lo muy importante que es.

—Bien. Entre.

La señorita Fellowes abrió la puerta de la Estasis. Timmie y Jerry estaban jugando en la habitación de atrás y no les prestaron atención. Explicó a Mandy Terris lo que debía hacer durante las dos horas siguientes, los formularios que debía llenar, las grabaciones que debía efectuar.

Cuando la señorita Fellowes estaba a punto de salir, la muchacha dijo:

—¡Espero que consiga un buen asiento! ¡Ojalá salga bien!

La señorita Fellowes se mordió la lengua. Salió corriendo, sin mirar atrás.

El retraso dio como resultado que no consiguió un buen asiento. Se tuvo que conformar con un lugar cercano a la pantalla gigante de la sala. Lo lamentó amargamente. Si hubiera podido estar en el meollo, si hubiera tenido al alcance de su

mano los instrumentos; si hubiera podido llevar a cabo un sabotaje...

No. Era una locura. Reunió fuerzas y rechazó aquellas ideas absurdas.

La destrucción no conseguiría nada. Volverían a construir y repetir la experiencia. Y la alejarían de Timmie para siempre.

No serviría de nada.

La única posibilidad residía en el fracaso del experimento, la demostración de su imposibilidad. Algo por el estilo.

Esperó mientras transcurría la cuenta atrás, vigiló cada movimiento en la pantalla gigante, escrutó los rostros de los técnicos a medida que la cámara los enfocaba, al acecho de la expresión de preocupación e incertidumbre que revelaría un fallo inesperado.

Vigiló. Vigiló.

Nadie parecía inseguro. Nadie parecía particularmente preocupado. Habían probado los aparatos mil veces. Habían llevado a cabo un millar de simulacros. Ya habían demostrado que era posible fijar un objetivo temporal de corto alcance.

La cuenta atrás llegó a su final.

Y, con mucha rapidez y sin la menor espectacularidad, el experimento culminó.

En la nueva Estasis establecida se erguía un campesino barbudo, encorvado, de edad indefinida, vestido con ropas sucias y raídas, calzado con zapatos de madera, que miraba en derredor con mucho horror.

Y mientras el mundo enloquecía de júbilo, la señorita Fellowes se quedó petrificada de aflicción, en tanto la empujaban, propinaban codazos y estaba a punto de morir pisoteada. Rostros triunfales la rodeaban por todas partes, mientras la derrota se cernía sobre ella.

Su nombre se oyó tres veces por el altavoz antes de que pudiera reaccionar.

«Señorita Fellowes. Señorita Fellowes. Se requiere de inmediato su presencia en la Sección Uno Estasis. Señorita Fell...».

¿Qué había pasado?

—¡Déjenme pasar! —gritó. El altavoz continuaba repitiendo la frase sin cesar.

Se abrió camino entre la muchedumbre con violencia, golpeando a la gente que se interponía con los puños alzados, mientras avanzaba hacia la puerta con agonizante lentitud.

«Señorita Fellowes, por favor... Señorita Fellowes, es urgente...».

Encontró a Mandy Terris sollozando en el pasillo que conducía a la burbuja.

—No sé qué ha pasado. Salí al pasillo para echar un vistazo a una minipantalla. Sólo un momento. Y antes de que pudiera moverme o hacer algo... —Le espetó una repentina acusación—: Usted dijo que no habría problemas. Dijo que les dejara en paz...

La señorita Fellowes, temblorosa y fuera de sí, la miró.

—¿Dónde está Timmie?

Mortenson había aparecido como por arte de magia. Estaba rociando con desinfectante el brazo de un histérico Jerry. Elliott se disponía a aplicarle una antitetánica. Una brillante mancha de sangre se destacaba en la ropa de Jerry.

—¡Me ha mordido, señorita Fellowes! —gritó Jerry, encolerizado—. ¡Me ha mordido!

La señorita Fellowes le traspasó con la mirada.

—¿Qué le habéis hecho a Timmie? —gritó.

—Le encerré en el baño —dijo Mandy Terris—. Encerré a ese pequeño monstruo ahí y atranqué la puerta con un par de sillas.

La señorita Fellowes entró corriendo en la casa de muñecas, sin apenas notar la sensación de desorientación cuando entró en la Estasis. Apartó las sillas y forcejeó con la cerradura del cuarto de baño. Tardó una eternidad en abrirla.

Miró al niño feo, acurrucado en un rincón.

—No me azote, señorita Fellowes —sollozó Timmie. Tenía los ojos enrojecidos, y sus labios temblaban—. No quise hacerle daño. No me azotará, ¿verdad?

—Oh, Timmie, ¿quién te ha dicho eso?

Lo atrajo hacia ella, abrazándolo con fuerza.

—Ella. La nueva —dijo Timmie, tembloroso—. Dijo que usted me pegaría con un látigo, que me pegaría mucho.

—No tenía derecho a decirte eso. Nadie te va a azotar. ¿Qué ha pasado, Timmie?

El niño la miró con sus grandes ojos.

—Jerry dijo que yo era un niño-mono.

—¿Cómo?

—Dijo que yo no era un niño de verdad, que lo había leído en un periódico. Dijo que yo sólo era un animal.

Timmie luchaba por contener las lágrimas, pero fue en vano. Los sollozos enmascararon sus palabras, pero la mujer fue capaz de entender hasta la última sílaba.

—Dijo que ya no quería jugar con un mono. Yo le dije que no era un mono. No soy un mono. Sé lo que es un mono.

—Timmie, Timmie...

—Dijo que mi aspecto era divertido. Él dijo que era horrible y feo. Lo repitió varias veces, y al final le mordí.

Los dos se echaron a llorar.

—No es verdad —dijo la señorita Fellowes, entre sollozos—. Ya lo sabes, Timmie. Eres un niño de verdad. Un niño de verdad, el mejor del mundo. Y nadie te alejará de mí.

Volvió a salir. Elliott y Mortenson seguían curando a Jerry. Mandy Terris no estaba en ninguna parte.

—Saquen a ese niño de aquí —ordenó la señorita Fellowes—. Llévenle al despacho de su padre y acaben allí la curación.

Los dos asintieron. Se apartaron de ella como si hubiera empezado a escupir fuego.

Dio media vuelta y regresó al lado de Timmie.

Había tomado una decisión. Le había resultado muy fácil: la repentina comprensión de lo que debía hacerse, la repentina resolución de hacerlo cuanto antes, con rapidez, sin la menor vacilación. Tal vez existían peligros que no entendía, pero tenía que arriesgarse. Si no actuaba, Timmie sería enviado de vuelta en el tiempo y moriría. Si llevaba a la práctica su plan, le quedaba al menos la esperanza de que saliera bien. Por una parte, la certidumbre de la muerte; por la otra, la esperanza. Una elección fácil. Y ya no había tiempo para reflexionar, ahora que el propio hijo de Hoskins había sufrido las consecuencias de su propia necedad.

Tenía que hacerlo esta noche, esta misma noche, mientras la celebración del éxito del Proyecto Edad Media mantenía distraído a todo el mundo.

Pensó en llamar a Bruce Mannheim para decírselo, pero no se atrevió a correr el riesgo. Los ordenadores de la centralita podían tener un programa de seguridad, quizá podían registrar su mensaje e informar sobre sus intenciones. Se pondría en contacto con él después. A Mannheim no le importaría que le despertara en plena noche por una cosa así. Luego le tocaría a él cumplir su parte.

A medianoche, pensó. El momento ideal.

Nada le impedía entrar y salir tan tarde. A veces volvía por la noche, incluso cuando decidió dormir en su apartamento y se marchaba por el día. El guardia la conocía bien y no se le ocurriría interrogarla. No sospecharía si llevaba una maleta. Ensayó la frase casual: «Unos juegos para el niño», y la sonrisa serena.

¿Juegos para el niño? ¿Y los traía a medianoche?

¿Por qué iba alguien a dudarlo? Ella sólo vivía para Timmie. Todos los de la empresa lo sabían. Si traía juegos para el niño en plena noche, bien, ella era así. ¿Quién iba a sospechar?

El guardia no lo hizo.

—Buenas noches, señorita Fellowes. Hoy ha sido un gran día, ¿verdad?

—Sí, ya lo creo. Unos juegos para el chico —dijo. Agitó la maleta y sonrió.

Y pasó la barrera de seguridad.

Timmie aún estaba despierto cuando entró en la casa de muñecas.

—Señorita Fellowes, señorita Fellowes...

Fingió desesperadamente normalidad para no asustarlo. ¿Estaba durmiendo? Un poco, dijo el niño. Había tenido el mismo sueño, y se había despertado por ese motivo. Se sentó a su lado y habló de sus sueños con él, y escuchó sus ansiosas preguntas acerca de Jerry. Se armó de paciencia. No había prisa, se dijo. Nadie iba a sospechar. Tenía todo el derecho a estar allí.

Muy poca gente la vería cuando se marchara, nadie le haría preguntas sobre el bulto que llevaría, Timmie mantendría un silencio absoluto y todo terminaría en

seguida. ¿De qué serviría intentar enmendarlo? La dejarían en paz. Les dejarían en paz a los dos. Aunque hiciera saltar las líneas eléctricas de seis Condados, no serviría de nada volver a encerrar a Timmie.

Abrió la maleta.

Sacó el abrigo, la gorra de lana con orejeras y lo demás.

—¿Por qué me pone esta ropa, señorita Fellowes? —preguntó Timmie, con una nota de perplejidad y tal vez pena en la voz.

—Voy a llevarte fuera, Timmie. Al lugar de tus sueños.

—¿Mis sueños? —Su rostro se contrajo en una mueca de ansia, pero el temor también estaba presente.

—No debes tener miedo. Estarás conmigo. No tendrás miedo si estás conmigo, ¿verdad, Timmie?

—No, señorita Fellowes.

Apretó la deforme cabecita contra su costado, y la señorita Fellowes notó bajo el brazo los acelerados latidos de su corazón.

Lo alzó en vilo. Desconectó la alarma y abrió la puerta con sigilo.

Y lanzó un chillido.

Gerald Hoskins estaba delante de la puerta.

Le acompañaban dos hombres. Hoskins la miró, tan estupefacto como ella.

La señorita Fellowes fue la primera en recobrase, y trató de abrirse paso hacia el pasillo, pero Hoskins, aunque con un segundo de retraso, tuvo tiempo de detenerla. La agarró con brusquedad y la empujó contra un tocador. Indicó a los dos hombres que entraran en la burbuja y bloqueó la puerta con su cuerpo.

—No me esperaba esto. ¿Se ha vuelto loca?

La señorita Fellowes había conseguido interponer el hombro para que Timmie no se golpeará contra el mueble. Se volvió con aire desafiante hacia Hoskins, aferrando a Timmie. El valor la abandonó cuando empezó a hablar, y su voz adquirió un tono suplicante.

—¿Qué daño puedo causar si me lo llevo, doctor Hoskins? ¿Piensa anteponer una pérdida de energía a una vida humana?

Hoskins hizo una señal en dirección a los dos hombres, y éstos flanquearon a la señorita Fellowes, como dispuestos a sujetarla si era necesario. Hoskins arrancó a Timmie de sus brazos.

—Un torrente de energía como el que usted iba a desencadenar dejaría a oscuras una zona muy extensa. Trastornaría toda la ciudad durante todo el día siguiente. Los ordenadores se desconectarían, las alarmas no funcionarían, se perderían datos, habría todo tipo de problemas. Se producirían cientos de denuncias y todas caerían sobre nosotros. Los gastos se elevarían a millones. Muchísimos millones. Puede que nos viéramos al borde de la bancarrota. Significaría un terrible revés económico para Tecnologías Estasis, y un considerable desastre en el terreno de las relaciones públicas. Imagine lo que diría todo el mundo cuando supiera que la culpable era una enfermera sentimental, que había actuado irracionalmente por el bien de un niño-mono.

—¡Niño-mono! —gritó la señorita Fellowes, furiosa.

—Ya sabe que así suelen llamarle los periodistas. Y la gente normal piensa otro tanto. Aún no entienden lo que es un neandertal. Y creo que nunca lo entenderán.

Uno de los hombres había salido de la burbuja. Regresó y pasó un cordel de nylon por unas anillas situadas en la parte superior de la pared.

La señorita Fellowes tragó saliva. Recordaba el cordel atado a la palanca que sobresalía del cubículo donde se guardaba el espécimen del profesor Adamewski.

—¡No! ¡No debe hacer eso! —gritó. Hoskins bajó a Timmie y le quitó el abrigo.

—Quédate aquí, Timmie. No te pasará nada. Vamos a salir un momento. ¿De acuerdo?

Timmie, pálido y silencioso, consiguió asentir.

Hoskins empujó a la señorita Fellowes hasta sacarla de la casa de muñecas. Ella

fue incapaz de oponer resistencia. Apenas reparó en la palanca de mango rojo que había en el pasillo. Era extraño que nunca hubiera reparado en ella, que jamás hubiera penetrado en su conciencia.

La espada del verdugo, pensó.

—Lo siento, señorita Fellowes —dijo Hoskins—. Le habría ahorrado este mal trago, de ser posible. Lo había preparado para medianoche. Así se habría enterado cuando todo hubiera terminado.

—Hace esto porque su hijo fue mordido —susurró la mujer—. ¿No comprende que Jerry atormentó a Timmie hasta obligarlo a reaccionar?

—Esto no tiene nada que ver con lo de Jerry.

—No, claro —replicó con acidez la señorita Fellowes.

—De verdad créame. Comprendo el incidente de hoy y sé que fue por culpa de Jerry. Bien, admito que lo ocurrido hoy ha acelerado un poco las cosas. La historia se ha filtrado. No me extraña, teniendo en cuenta que los periodistas correteaban por todas partes a causa del Proyecto Edad Media. Se hablará de «negligencia», de «neandertales salvajes» todo tipo de tonterías que enturbiarán el éxito del proyecto. Lo mejor es terminar el experimento Timmie de una vez por todas. En cualquier caso, Timmie tendría que haberse marchado antes. Lo haremos esta noche y no daremos ocasión a los periódicos sensacionalistas de que esparzan su basura.

—No es lo mismo que devolver una piedra. Es un ser humano, y usted le va a matar.

—Ni hablar. No existen motivos para pensar que el viaje de vuelta sea peligroso. Llegará aproximadamente al mismo lugar del que le recogimos, en un punto del tiempo que, según nuestros cálculos, será diez semanas después de su partida, considerando el deslizamiento entrópico y otros pequeños tecnicismos. No sentirá nada. Volverá a casa: un niño neandertal en el mundo neandertal. Ya no será un prisionero y un alienígena. Vivirá en libertad.

—¿Con qué posibilidades cuenta? Tiene siete años, está acostumbrado a que le cuiden, alimenten, vistan y protejan. Ahora, estará solo en el período glacial. ¿No ha pensado que tal vez la tribu se haya alejado en esas semanas? No son sedentarios; cazan, se mueven de un lado a otro, Y si, por algún milagro, siguen en el mismo sitio, ¿cree que le reconocerán? ¿Tres años mayor en diez semanas? Huirán a gritos. Se quedará solo y tendrá que cuidar de sí mismo. ¿Sabrá hacerlo?

Hoskins meneó la cabeza. Su expresión era indescifrable, impenetrable, implacable.

—Encontrará de nuevo a su tribu y le recibirán con los brazos abiertos. Estoy completamente seguro. Confíe en mí, señorita Fellowes.

La mujer le miró, angustiada.

—¿Que confíe en usted?

—Por favor —dijo, y de pronto también apareció angustia en sus ojos—. No podemos dar marcha atrás. Lo siento, señorita Fellowes, créame. Lo siento más de lo

que usted cree, pero el chico ha de marcharse. No ponga las cosas más difíciles de lo que están.

La señorita Fellowes clavó los ojos en él. Le miró fijamente, en silencio, durante un largo y terrible momento.

—De acuerdo —dijo por fin con tristeza—. Pero al menos déjeme decirle adiós. Concédame cinco minutos a solas con él. Por favor.

Hoskins vaciló, y luego asintió.

—Adelante —dijo.

Timmie corrió hacia ella. Corrió hacia ella por última vez, y la señorita Fellowes le estrechó entre sus brazos por última vez.

Le mantuvo abrazado durante un momento. Atrapó una silla con la punta del pie, la empujó contra la pared y la enderezó.

—No tengas miedo, Timmie.

—No tengo miedo cuando está conmigo, señorita Fellowes. ¿Ese hombre, el hombre de fuera, está enfadado conmigo?

—No. Es que no nos entiende. Timmie, ¿sabes lo que es una madre?

—¿Como la madre de Jerry?

—Bueno... Sí. Como la madre de Jerry. ¿Sabes lo que hace una madre?

—Una madre es una señora que cuida de ti, que te trata muy bien y que hace cosas buenas.

—Exacto. Eso es lo que hace una madre. ¿Alguna vez has querido tener una madre?

Timmie apartó la cabeza para mirarla a la cara. Lentamente, apoyó la mano sobre su mejilla y su pelo y la acarició, tal como ella le había acariciado mucho tiempo antes.

—¿Usted no es mi madre?

—Oh, Timmie.

—¿Está enfadada porque he dicho eso?

—No, claro que no.

—Yo sé que usted se llama señorita Fellowes, pero... pero a veces, la llamo «Madre» por dentro. Como hace Jerry con su madre, pero en voz alta. ¿Está bien que la llame así por dentro?

—Sí. Sí, está bien. No te dejaré nunca y no permitiré que nadie te haga daño. Siempre te cuidaré. Dime madre. Quiero oírlo.

—Madre —dijo Timmie, y apoyó la mejilla contra la suya.

La mujer se levantó y, sin dejar de sujetarle, se subió a la silla.

Recordó lo que Hoskins había dicho sobre los objetos que no estaban sujetos: viajaban en el tiempo con el objeto móvil. Había muchas cosas sujetas en la habitación, pero otras no. Por ejemplo, la silla sobre la que se había subido. Bien, daba igual. La silla se iría. No era importante. Otras cosas también se irían. No sabía cuáles quedarían atrapadas en el campo temporal y cuáles no. No le importaba. No era su problema.

—¡Oiga! —gritó Hoskins desde fuera de la burbuja.

La mujer sonrió. Aferró a Timmie con fuerza, extendió la mano libre y tiró del cordel que colgaba suspendido entre dos anillas.

La Estasis fue perforada y la habitación quedó vacía.

Epílogo

ROSTRO DE FUEGO CELESTIAL

Nube De Plata se acercó a Mujer Divina, que dibujaba círculos mágicos en la nieve, y dijo:

—Necesito hablar contigo.

La mujer prosiguió su tarea.

—Habla, pues.

—¿Puedes dejar de dibujar círculos un momento?

—Los círculos nos protegen.

—Para, de todas formas. Levántate y mírame a la cara. Quiero hablar de cosas serias.

La nieve había cesado, al menos de momento. El sol brillaba débilmente, bajo en el horizonte, el sol de finales de verano.

—¿Y bien? —dijo Mujer Divina—. Habla.

—Hemos de irnos.

—Ya lo creo. Hace mucho tiempo que todo el mundo lo sabe.

—Quiero decir que vamos a marcharnos. Hoy.

Mujer Divina se rascó el trasero con aire pensativo.

—Aún no hemos podido adorar a la Diosa en el altar.

—No, no lo hemos hecho.

—Vinimos para ello. Si nos vamos sin hacerlo, después de haber suspendido la Fiesta de Verano, la Diosa se irritará con nosotros.

—La Diosa ya está irritada con nosotros —dijo Nube De Plata, airado—. Lo sabemos bien. Envió a los Otros para que ocuparan la orilla del río y nos impidieran utilizar el altar. Muy bien, no podemos utilizar el altar, pero tampoco podemos quedarnos más. No hemos encontrado un verdadero refugio, la comida escasea y el invierno se aproxima.

—Tendrías que haber admitido todo eso hace tiempo, Nube De Plata.

—Sí, es cierto, pero al menos lo admito ahora. Cuando hayamos terminado de hablar, daré la orden de levantar el campamento, tú celebrarás los ritos de partida y nos iremos. ¿Entendido?

Mujer Divina le miró fijamente unos instantes.

—Sí, entendido —dijo por fin—, pero después de esto ya no podrás seguir siendo el jefe, Nube De Plata.

—Lo sé. La Sociedad de Ejecutores cumplirá su deber. Me quedaré aquí como

ofrenda a la Diosa. Otro jefe os guiará hacia el este para encontrar refugio.

—Sí. —Lo que Nube De Plata acababa de decir no pareció impresionar a Mujer Divina—. ¿Quién te sustituirá? ¿Ojo Llameante? ¿Montaña Rota?

—Quien quiera hacerlo —respondió Nube De Plata.

—¿Y si lo quiere más de uno?

El jefe se encogió de hombros.

—Pues que luchen.

—Es un error. Deberías elegirlo tú.

—No. Mi sabiduría se ha agotado. Mis días han acabado. Bien, prepárate para lo que deba hacerse, Mujer Divina. He terminado de hablar contigo.

Se alejó. Ella le llamó por su nombre, pero Nube De Plata no le hizo caso. La mujer le tiró una bola de nieve, que se estrelló contra su hombro y resbaló sobre su espalda, pero Nube De Plata siguió caminando. Ya no quería hablar con nadie más. Era su último día de vida y quería estar tranquilo, sereno, pasar el tiempo pacíficamente hasta que la Sociedad de Ejecutores viniera en su busca con el garrote de marfil. Mañana, su pierna ya no le dolería, y alguien cargaría con el peso de su poder.

Solo, contempló el altar que su pueblo no había podido utilizar.

Algunos Otros se movían cerca del río. Guerreros, y armados. ¿Qué estaban tramando? Antílope Joven montaba guardia en las proximidades del altar, y paseaba arriba y abajo, intranquilo. ¿Un ataque? ¿Era eso lo que tenían en mente? ¿Tomar por la fuerza el altar?

«Qué mala suerte tengo —pensó Nube De Plata—. En punto muerto semana tras semana, mutuamente amedrentados, sin que ninguno de ambos bandos se decida a tomar por la fuerza el altar, y precisamente cuando accedo a retirarme y entregar mi puesto, deciden arrebatárnoslo por la fuerza. Y no hay forma de comunicarse con ellos, de modo que tendremos que luchar, y muchos de los nuestros morirán. Sin la menor necesidad. Si hubieran esperado hasta mañana, el altar sería suyo sin resistencia, porque nos vamos a ir».

—¡Ojo Llameante! —gritó—. ¡Árbol De Lobos!

Los hombres acudieron corriendo. Nube De Plata indicó lo que ocurría cerca del altar.

—¿Van a provocar un enfrentamiento? —preguntó Árbol De Lobos.

—Sólo la Diosa lo sabe, pero será mejor que os preparéis, por si acaso. Decídselo a los demás. Decídselo a todo el mundo. Incluso a los viejos. —Nube De Plata levantó su lanza—. Si atacan, combatiré a vuestro lado.

Ojo Llameante le miró con incredulidad.

—¿Tú, Nube De Plata?

—¿Por qué no? ¿Crees que he olvidado la técnica?

«Mejor morir en combate —pensó— que enfrentarse al garrote de marfil de la Sociedad de Ejecutores». Aunque prefería que no hubiera guerra y el Pueblo se

marchara en paz.

Ojo Llameante y Árbol De Lobos se apresuraron a dar la alarma.

Entonces, de repente, La Que Sabe apareció como surgida de la nada, como si un escorpión la hubiera picado. Se había marchado sola por la mañana, como de costumbre. Vagaba por la senda que recorría la colina en dirección al este. Cada día parecía más extraña.

—¡Nube De Plata! ¡Nube De Plata! ¡Mira!

El hombre se volvió hacia ella.

—¿Qué quieres que mire?

—¡La colina! ¡Esa luz! —Dio media vuelta y señaló hacia atrás—. ¿La ves?

—¿Qué? ¿Dónde?

Entornó los ojos y miró hacia arriba. No vio nada anormal.

—En el sendero —dijo La Que Sabe—. Por donde bajamos. ¿No ves una luz?

—No... Sí. ¡Sí!

Nube De Plata experimentó un extraño estremecimiento. Había visto antes esa clase de luz. El aire centelleaba, proyectaba destellos rojos y verdes. Círculos y brillantes espirales de color bailaban, formando guirnaldas. Y en el centro se destacaba una intensa luz blanca, tan fulgurante que apenas se podía mirar.

Habían visto una luz cuando habían bajado por la colina, muchas semanas antes. El día en que la Diosa se apoderó de Rostro De Fuego Celestial.

Murmuró una ronca plegaria. Oyó que Mujer Divina canturreaba algo detrás de él, y luego se le unieron las dos Mujeres Divinas.

—¿Qué es esa luz, Nube De Plata? —le preguntó alguien—. Dínoslo. ¡Dínoslo!

Rechazó con un ademán a los que le interrogaban. Poco a poco, con torpeza, como un hombre que ha caminado demasiado tiempo por la nieve y sus pies se han convertido en piedra, empezó a avanzar hacia el sendero que subía a la colina. Tenía que acercarse. Tenía que ver.

—La Diosa ha vuelto —susurró una voz de mujer detrás de él.

Siguió caminando. Oyó que los demás le pisaban los talones. Nube De Plata miró hacia el altar y vio que los Otros también habían reparado en la aparición, que habían interrumpido sus actividades y se acercaban lentamente, atraídos tan irresistiblemente como él por la necesidad de mirar más de cerca.

—¡La Diosa está allí! —gimió una mujer—. La he visto. ¡La he visto!

—¡La Diosa, sí!

—La Diosa. ¡Y la Diosa es una Otra!

—¡La Diosa es una Otra! ¡Miradla! ¡Mirad!

Nube De Plata entornó los ojos y se esforzó por ver lo que los demás veían, pero la luz era demasiado brillante. Aquella extraña luz, aquel asombroso remolino de color, tan blanco en el centro...

Entonces, la luz empezó a desvanecerse. Y Nube De Plata vio a la Diosa.

Se erguía con majestuosidad sobre la ladera de la colina, en el lugar donde había

aparecido la extraña luz. Era de la raza de los Otros, sí, muy alta, muy delgada. Tenía la piel pálida, su cabello parecía claro y los labios eran rojos, y tenía la frente alta y despejada. Llevaba una ropa blanca, de una clase que Nube De Plata nunca había visto.

Y sostenía a un niño en sus brazos. Un niño del Pueblo.

Poco a poco, con calma, la Diosa bajó por el sendero y avanzó hacia el grupo congregado al pie de la colina. Nube De Plata continuó andando hacia ella. La Que Sabe estaba a su izquierda, y Mujer Divina a su derecha. Guardianas Del Pasado caminaba detrás. Se arrimaron a él, igualmente fascinadas, como si desearan la protección sagrada del jefe mientras avanzaban hacia la Diosa.

Ya estaban muy cerca.

¡Qué extraña era su cara! Y, aunque sin duda era la cara de un Otro, ¡qué hermosa era, qué serena! Sonreía, y sus ojos brillaban de alegría.

Y el niño que sostenía, algo mayorcito, vestido de una manera extraña, también tenía un brillo en los ojos.

—La marca de su cara —dijo La Que Sabe—. ¿La ves? ¡La marca del fuego celestial! Ya sabes quién es el niño. ¿Dónde está Humo Rojo Del Amanecer? Mira, Humo Rojo Del Amanecer, la Diosa te devuelve a Rostro De Fuego Celestial, tu hijo perdido.

—Pero Rostro De Fuego Celestial era un niño pequeño, y éste...

—¡Mira la marca! ¡La marca de su cara!

—¡Rostro De Fuego Celestial! ¡Rostro De Fuego Celestial!

De todas partes se alzó el mismo grito.

Sí, pensó Nube De Plata, Rostro De Fuego Celestial. Tenía que ser él. ¡Qué feliz parecía! Sonreía, saludaba, les llamaba. Había crecido años en pocas semanas (algún milagro de la Diosa, sin duda), pero era Rostro De Fuego Celestial, y les era devuelto. ¿Dónde había estado el chico? ¿Por qué se les devolvía ahora? ¿Quién podía decirlo? Era un prodigio de la Diosa.

—Mira —susurró Guardianas Del Pasado—. Los Otros se acercan.

Nube De Plata paseó la vista alrededor. Sí, el enemigo estaba prácticamente sobre ellos, pero no venían a luchar: lo leyó en sus rostros. No sólo los guerreros de los Otros ascendían por la colina, sino también las mujeres, los niños y los ancianos. Y todos parecían estupefactos por la aparición de la Diosa, al igual que el Pueblo; ambos bandos admirados y abrumados por aquella divina visión.

La Diosa aguardaba, aún con Rostro De Fuego Celestial en sus brazos, sonriente. Los dos parecían desprender una luz dorada.

Nube De Plata se postró ante ambos. Una oleada de alegría le invadió, empujó extrañas lágrimas a sus ojos, y tuvo que arrodillarse para dar gracias. Mujer Divina le imitó, y La Que Sabe. Después, miró a su alrededor y vio que los demás también la adoraban, tanto el Pueblo como los Otros. Todos en hermandad, desechando cualquier pensamiento belicoso, se arrodillaron en la nieve, y levantaron sus ojos

maravillados para rendir homenaje a la figura resplandeciente que sostenía en brazos al niño sonriente, y que se alzaba ante ellos como un presagio de paz y primavera.